

SIDAD A
ECCIÓO C

MORTIS
DE TYPOC
ZALB

DS470

.T6

M4

V.1

C.1

135876



1080046554



E # 68 # 135

86-60



MEMORIAS
DE TYPPOO-ZAÏB,

SULTAN DEL MASUR.

TOMO I.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPILLA ALFONSO DE MEXICO UNIVERSIDAD
4-19-83 MICRONADO 253-

MEMORIAS
DE TYPPOO-ZAÏB,

SULTAN DEL MASUR;

ó

VICISITUDES DE LA INDIA

EN EL SIGLO XVIII;

PROCEDIDAS DE LOS ESTABLECIMIENTOS IN-
GLESES Y FRANCESES SOBRE AQUELLAS COSTAS;
ESCRITAS POR DICHO SULTAN, Y TRADU-
CIDAS AL FRANCES DEL IDIOMA
MALABAR.

PUBLICADAS

POR EL CIUD. FRANCES DESODOARDS.

Y VERTIDAS AL CASTELLANO

*Por el Teniente Coronel D. Bernardo Maria de Calzada,
Individuo de varias Sociedades.*

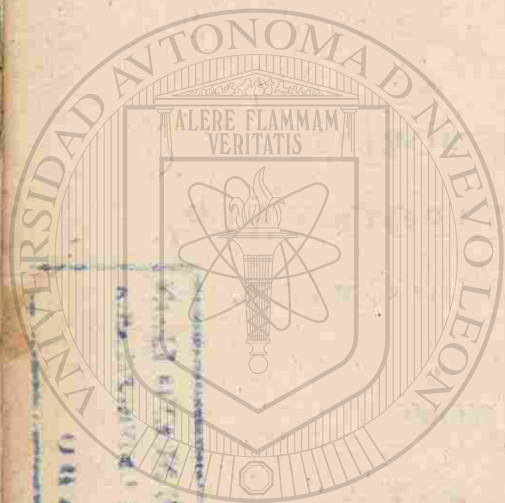
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID EN LA IMPRENTA REAL.

POR D. PEDRO PEREYRA, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M.

AÑO DE 1800.

32996

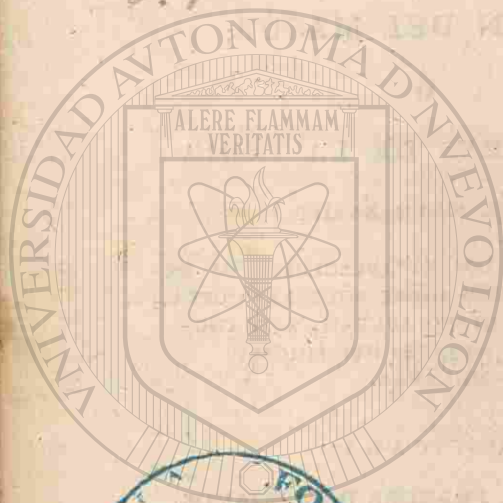


D.5470

.76

M4

V.1



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135876

0.356

EL TRADUCTOR ESPAÑOL.

Quanto quisiéramos decir al público en orden á la traduccion que le presentamos, acaso fuera inoportuno. Basta haber leído las Gazetas para tener noticias del famoso Typpoo-Zäib, y del celebérrimo Heyder-Aly-Kan, padre suyo. Las obstinadas guerras á que viviéron sujetos ámbos Soberanos, procedidas de los establecimientos Ingleses y Franceses sobre las costas del Indostan; la obstinacion de dichas guerras; y la lastimosa devastacion de aquel riquísimo país, no puede menos de cebar la curiosidad del lector. En quanto al tejido de la obra, nos parece que está hecho de manera, que puede muy bien adaptársele aquello tan sabido del fino

Horacio, sobre juntar, en uno, el recreo y la utilidad. Nuestras diligencias, en la version, se han dirigido al acierto, para hacerla menos indigna de la pública luz. Recíbasenos el buen deseo, en descuento de las faltas que hubiéremos cometido; y dexemos al lector que entre á juzgar del mérito del libro.

ADVERTENCIA

DEL EDITOR FRANCÉS.

Las memorias que presento al público, escritas originariamente en lengua Malabára, y traducidas al Francés, año de 1784, en Heyder-Nagur, capital del Masur, fuéron llevadas á Francia por los Embaxadores de Typpoo-Zaïb, encargados de una negociacion en la corte de Versalles, quando los primeros síntomas de la revolucion empezaron á manifestarse entre nosotros.

Atribuyéron la traduccion Francesa al General Lally, que representa gran papel en estas memorias. Mucho tiempo habia que dicho militar estaba olvidado de su patria. Parece que su talento, embebido en especulaciones comerciales, y en operaciones guerreras, no abrazaba, en el mismo grado, los conceptos literarios. Aseguraron que las memorias de Typpoo-Zaïb eran recomendables por su fidelidad; pero que infinitos anglicismos, freqüentes inversiones, no

usadas en nuestra lengua, muchas expresiones neológicas, un estilo sumamente arastrado, difuso y oscuro, y otras imperfecciones gramaticales, desfiguraban una obra, muy importante por sí misma.

A Mirabau y á mí nos constituyéron jueces de las correcciones, que exígia ántes de imprimirse; pero las grandes ocupaciones, supuestas ó verdaderas, que entonces tenia mi colega de trabajo, echáron sobre mí toda la tarea, impertinente mas que dificultosa.

No soy, pues, mas que un mero editor. Pero como las menudencias de la compilacion abrazaban todas las partes del manuscrito, tuve que registrarlo desde un extremo al otro. Ni en la conducta de los sucesos, ni en el modo de la execucion, adoptado por el autor, se ha mudado cosa alguna: solo es diferente la contextura del discurso; y esta es la parte que reclamo en la obra.

Ya fuese poco, ó mucho, el mérito de mi trabajo, lo cierto es que estuve bastante tiempo á pique de perder todo su fruto. Mirabau me pidió que le comunicase

ámbos manuscritos para confrontarlos; y me ofreció tambien que añadiría á mis frases algunas frases suyas, que, á su entender, empañarian la curiosidad pública. Me conformé gustoso á sus deseos; pero quando, al cabo de algunos meses, reclamé mi libro, vi verificada la fábula de la perra preñada y de su compañera, cuyo sentido es:

*Lo que, sin precaucion, se dió al malvado,
Al fin, se echa de ver que fué mal dado;
Y si, en lugar de darle, se le presta,
El cobrar lo prestado; qué no cuesta!
Y si el pie, por bondad, se le da en casa,
A tomarse la mano se propasa.*

No sé si Mirabau pensó apropiarse mi tarea, ó quales fuéron sus intenciones; pero pasáron cerca de dos años, sin que pudiese adivinar qué partido tomara.

En este largo intervalo, no solamente se habian vuelto á la India los Indios, que me confiáron las memorias de Typoo-Zaib, sino que tambien la rápida sucesion de los acaecimientos, en Francia, no permitia á los Franceses volver sus ojos hácia las ar-

dientes llanuras del Indostan. La fortuna de Mirabau había tomado nuevo aspecto; pues, como miembro de la Asamblea constituyente, hacia ya el señoron y el hombre de importancia.

En el mes de Junio de 1789 fué quando un suceso extraño, que no merece ocupar á mis lectores, traxo á mis manos mi manuscrito, con algunas variaciones hechas por Mirabau.

Iba á darlo al público, quando las operaciones del mes de Julio, que diéron nuevo curso á la revolucion Francesa, concentraron de tal manera la atencion de todos los ciudadanos en el círculo fecundo de los sucesos interiores, que pareció imposible que tuviese buen éxito una obra extranjerá en el movimiento insurreccional que agitaba á la Francia.

Hoy son las cosas muy diversas: la República Francesa, que está ya para terminar sus triunfos con una paz gloriosa, fixará, sin duda, especialmente su atencion sobre la naturaleza de sus relaciones comerciales en la India, y sobre los medios de volver á los Franceses aquella conside-

racion, que gozaron en las costas de Comandél, de Malabar y de Bengala, ántes de la guerra de 1756. En tal caso, no cabe indiferencia sobre la suerte de Typpoo-Zaib, que siempre se mostró amigo fiel de los Franceses, é irreconciliable enemigo de los Ingleses; y cuyo padre, Heyder-Aly-Kan, hizo á la Francia, mientras reynó, inapreciables servicios.

Difícil es presumirse que una pomposa embajada, enviada á toda costa por Typpoo-Zaib, desde la costa de Malabar hasta las orillas del Sena, no tuviese otro motivo que el de una demostracion sencilla de amistad ó de cortesanía. Miras políticas de la mayor importancia determinaron aquel viage. El mismo Typpoo-Zaib las aclara en sus memorias; y lo que yo aquí dixese seria una repeticion. Unicamente observaré, que la paz que hizo con los Ingleses, en 1784, (mirada por él como forzosa consecuencia de la que firmaron el año precedente las cortes de Paris y de Lóndres), no extinguió en su alma el odio que tenia á los Ingleses, opresores de su familia, y devastadores de su pais.

No hallándose en estado de apreciar puntualmente los intereses combinados de las potencias Europeas, y creyendo que las posesiones Indostanas eran el principal motivo de la guerra entre Franceses é Ingleses, no tuvo duda en que la debilidad de los primeros habria precipitado la paz, ni tampoco en que volverian gozosamente á las armas luego que supiesen, que, poderosamente sostenidos por los Príncipes del pais, habia llegado el instante de vengarse de sus enemigos.

Fué, pues, su objeto, desde que se firmó la paz, empeñar á los Máratas, á los Pátanos, y á otras grandes potencias del Indostan, en reunir sus intereses y esfuerzos para arrojar de la India á un pueblo, que no tanto debia su excesiva influencia á sus fuerzas efectivas, como á las divisiones que habia sabido sembrar entre los Indios principales, para que se destruyesen mutuamente, y se elevasen ellos despues sobre las ruinas de todos.

Esto motivó el Congreso de Benarés en 1785; pero Typpoo-Zaib no ignoraba que las fuerzas marítimas de los Ingleses en Cal-

cuta, en Bombay y en Madrás, los habilitaban para arrostrar impunemente los exércitos mas numerosos de los Indostanes, por la facilidad que les proporcionaba de transportar rápidamente á las plazas amenazadas las tropas y municiones, que, por tierra, habrian de conducirse lentamente, y con muchos gastos. De consiguiente preveia, que ninguna guerra seria útil contra la Compañía Inglesa, sin que interviniese una marina tan formidable como la de la Gran Bretaña. Solo la Francia podia suministrar aquella marina auxiliar.

Los mencionados motivos determinaron la embaxada, que envió el Rey de Masur á la corte de Versalles.

Si los pabellones Franceses hubieran surcado los mares de la India, al mismo tiempo que todas las potencias de aquel vasto pais, reuniendo sus fuerzas, hubiesen atacado á los Ingleses por tierra en Bengala y en Carnáte, ¿podrian haberse lisonjeado aquellos isleños de conservar sus posesiones orientales, quando no habian podido mantener baxo su dominacion á los Americanos, de quienes solo distaban mil y quinientas

leguas, y entre quienes contaban tantos partidarios? Mirados los Franceses como libertadores del Indostan, no solamente hubieran adquirido una inmortal gloria, sino que tambien hubieran sido premio de sus esfuerzos las mas vastas y lucrativas posesiones territoriales.

El temor de causar la menor sospecha á los Ingleses apenas permitió oír las proposiciones que hacia el Rey de Masur; y sus Embaxadores, obsequiados y atendidos con extremo, diéron vuelta á su patria, cargados de palabras vagas y dilatorias, equivalentes á repulsas formales.

Esta negociacion, cuyas conseqüencias felices hubieran devuelto su antiguo lustre al Imperio Mogol, fué fatal á Typpoo y á sus Embaxadores. Persuadido este Príncipe de que los comisionados habian tenido en su mision algun descuido culpable, mandó que pereciera sobre un cadahalso el xefe de la embaxada, algunos meses despues de su llegada á Heyder-Nagur.

Apenas vieron los Ingleses empezada la revolucion Francesa, quando, constantes en sus principios de atacar á los Príncipes In-

dostanes quantas veces pudiesen hacerlo con ventaja, declaráron la guerra al Masur. No tan solo abandonáron vilmente á Typpoo sus aliados, quando supiéron que la Francia no lo socorria, sino que tambien se declaráron casi todos en favor de sus enemigos.

Inútilmente desplegó aquel Monarca, por quatro años enteros, talentos y recursos acreedores á sucesos mas felices. Agoviado por el número de sus enemigos, se vió precisado á hacer una paz desastrada en Julio de 1792. Por dicho tratado le quitáron los Ingleses la mitad de su Imperio; y exigiéron tambien, que sus dos hijos fuesen enviados en rehenes á Madrás.

Tal fué la desdichada suerte de aquel Príncipe, tan recomendable, por su carácter enérgico, quanto por la señalada predileccion que siempre mostró hácia los Franceses. No trataré aquí de la naturaleza de las causas, que ligan estrechamente la prosperidad comercial de los Franceses, en la India, con la fortuna de Typpoo-Zaib. Estas causas, que son bien conocidas de todos los que han tenido algo que ver con aquellos apartados climas, dan indubitablemente mayor

importancia á las memorias que presento al público.

Otros lectores hallarán en esta obra asuntos que meditar de distinta naturaleza; y, comparando la sucesion y los efectos de las revoluciones de la India con los acaecimientos que presenciarnos, deplorarán los desórdenes á que los hombres se abandonan quando, no contenidos por leyes respetadas, solo escuchan la voz de algunos cavilosos turbulentos, que supieron seducirlos.

El hombre es el mismo en todos tiempos y lugares, esto es, por inclinacion virtuoso, y vicioso por interes: siempre que se determina, lo hace por la intensidad de la pasion que lo domina. Estas pasiones, buenas ó malas, sujetas, en todos sentidos, con las cadenas de las instituciones sociales, no se desarrollan del todo hasta que llegan las convulsiones políticas; y entonces, sin mas freno que su conciencia, y sin mas regla que sus deseos, manifiesta el hombre descaradamente sus errores, sus inclinaciones, sus flaquezas, y, en fin, todos sus vicios y virtudes.

MEMORIAS
DE TYPPOO-ZAÏB,

SULTAN DE MASUR.

PARTE PRIMERA.

I.

INTRODUCCION.

Heyder-Aly-Kan fue uno de aquellos hombres grandes y atrevidos, (y que rara vez la naturaleza produce), destinados á mudar la faz de los imperios. Nació sobre el trono, y voló la gloria de la nacion que gobernó hasta las extremidades del globo; y sus dichosos vasallos ben-

importancia á las memorias que presento al público.

Otros lectores hallarán en esta obra asuntos que meditar de distinta naturaleza; y, comparando la sucesion y los efectos de las revoluciones de la India con los acaecimientos que presenciarnos, deplorarán los desórdenes á que los hombres se abandonan quando, no contenidos por leyes respetadas, solo escuchan la voz de algunos cavilosos turbulentos, que supieron seducirlos.

El hombre es el mismo en todos tiempos y lugares, esto es, por inclinacion virtuoso, y vicioso por interes: siempre que se determina, lo hace por la intensidad de la pasion que lo domina. Estas pasiones, buenas ó malas, sujetas, en todos sentidos, con las cadenas de las instituciones sociales, no se desarrollan del todo hasta que llegan las convulsiones políticas; y entonces, sin mas freno que su conciencia, y sin mas regla que sus deseos, manifiesta el hombre descaradamente sus errores, sus inclinaciones, sus flaquezas, y, en fin, todos sus vicios y virtudes.

MEMORIAS
DE TYPPOO-ZAÏB,

SULTAN DE MASUR.

PARTE PRIMERA.

I.

INTRODUCCION.

Heyder-Aly-Kan fue uno de aquellos hombres grandes y atrevidos, (y que rara vez la naturaleza produce), destinados á mudar la faz de los imperios. Nació sobre el trono, y voló la gloria de la nacion que gobernó hasta las extremidades del globo; y sus dichosos vasallos ben-

dixéron su mano bienhechora ; pero si, al contrario , le hubiera colocado la suerte en una clase oscura , hubiera salvado entonces todas las barreras que separan á los hombres ; y supliendo sus talentos la falta de ascendientes ilustres , lo hubieran elevado á la suprema dignidad , entre las aclamaciones de sus competidores , precisados á admirar sus prendas.

En quarenta años , que este Príncipe llenó la tierra con el ruido de su nombre , no se atrevieron sus enemigos á atribuirle ninguna de aquellas acciones infames , que deshonoraron á los otros conquistadores. Profundidad en las miras , osadía en las empresas , sabiduría en la formacion de los planes , firmeza en las resoluciones , y moderacion en la prosperidad , fueron las prendas distintivas de aquel General de ejército , que no tuvo igual en la India. Abrazaba , de una ojeada , los varios objetos del gobierno guerrero y civil , y aplicaba , con destreza y utilidad , á unos la política , y á otros la astucia , segun la facilidad ó el obstá-

culo. No hubo Soberano mas popular en sus estados ; pero aquella blandura que mostraba en la paz , en medio de las vastas provincias que gobernaba como padre , se trocaba en inflexible rigor en la guerra ; y entonces era quando mostraba toda la energía de su carácter fogoso. Abarcaba con su mente quantas disposiciones podian facilitarle sus venganzas , y devastaba las tierras de sus enemigos como un huracan rápido y furioso ; pero , lejos de deslumbrarse con sus buenos sucesos , procuraba que su política igualase á su valor , y que la equidad fuese la guia de su política. Nunca olvidó que era hombre. Fue siempre su palabra inviolable ; y en viendo á su enemigo suplicante ó desarmado , ya no lo miraba como enemigo , sino como hermano.

Así se aprovechaba Heyder-Aly-Kan de sus derrotas , como de sus triunfos , aprendiendo de sus mismos contrarios el arte de la guerra , ignorado en el Indostan. Disciplinaronse sus tropas con la táctica europea , á fuerza de paciencia , cuidados

y gastos. Los débiles Indostanes arrostraron, baxo sus órdenes, las falanges inglesas, tenidas hasta entonces por invencibles, en fuerza de una serie continuada de triunfos. Los vencedores de Bengala doblaron muchas veces su cuello altivo baxo el yugo que les impuso; y si la fortuna, celosa de sus victorias, no hubiera adelantado el término de su vida, hubiera, sin duda, verificado la grande obra, á que, constantemente, dirigia sus esfuerzos, alianzas y leyes. El Imperio Mogol hubiera recobrado su esplendor; y los Européos, residentes en las diversas partes de la India, aquellos Européos, cuya astucia y cuya fuerza habia aniquilado tan soberbia Monarquía, hubieran vuelto á su estado primitivo de comerciantes y de factores.

Permítaseme hacer vanidad del acaso de mi nacimiento. Heyder-Aly, el mayor hombre, fue mi padre. Quitómelo el cielo quando su alma activa dirigia laboriosamente mi inexperiencia. Nadie puede volverlo á mis brazos. Ni aun tuve

la triste dicha de cerrarle los ojos, y de recoger en mi corazon sus últimas lecciones.... ¡Para nadie fuistes tan cruel como para mí, tremenda plaga de la guerra!.... En vez de derramar sobre su tumba lágrimas inútiles, recoxo, con silencio y veneracion, estas Memorias, escritas de su mano. Las presentaré á mis compatriotas y á mis hijos: los primeros verán en ellas, que Heyder-Aly se olvidó de ser feliz porque lo fuesen ellos; y en quanto á los segundos, si alguna vez (olvidando los principios que mi padre grabó en mi alma quando jóven) diese yo motivo para que mis vasallos se quejasen de mi conducta, este libro dirigiria constantemente la suya.

II.

Desde la muerte de Aureng-Zeb amenazaba ruina el Imperio del Mogol. Este Príncipe (cuyas manos empapadas en la sangre de su padre, de sus hermanos y sobrinos, habian empuñado con firmeza,

cerca de un medio siglo, el cetro de la India) no habia legado á ninguno de sus hijos, juntamente con su vasta herencia, sus talentos, sus vicios y virtudes. La incertidumbre del derecho de sucesion fue primera causa de las turbulencias, que se originaron despues de él, las quales acabaron con el cuerpo político del estado, entre las funestas convulsiones de la anarquía. Una ley fundamental mandaba, que no saliese el trono de la familia de Tamerlan; y, por otra parte, cada Emperador podia elegir su heredero entre sus hijos ó parientes cercanos. Precisamente habia de ser un manantial de discordias este derecho indefinido. Unos Príncipes jóvenes, llamados por su nacimiento á reynar, y puestos algunas veces á la cabeza de una provincia ó de un ejército, sostenian sus pretensiones con las armas en la mano, sin respetar las disposiciones de un déspota, que ya no existia. Para precaver tales acontecimientos, abandonaron Aureng-Zeb y sus sucesores á las mugeres la

educacion de sus hijos varones hasta la edad de siete años. Imbuidos en su adolescencia de algunos principios religiosos, iban seguidamente á consumir, en la blanda ociosidad de un serrallo, aquellos años de juventud y de actividad, que deben emplearse en instruir al hombre en la ciencia de la vida. Una política sospechosa debilitaba el carácter de aquellos jóvenes para no temerlos; y quando despues ocupaban el trono, vacilaban las riendas del estado en sus manos inexperimentadas. Erán juguetes infelices de los manejos ocultos y de las picardías de los cortesanos: y dependia su precaria existencia de los cálculos é intereses de la perfidia.

En el corto espacio de 20 años se sentaron, ó se presentaron mas bien, seis Príncipes en el trono de Delhy. Parecia que el eterno Arbitro de las cosas castigaba los delitos de Aureng-Zeb en su desgraciada posteridad. Aureng-Zeb fue el mas exécrable déspota, el bárbaro mas reservado, y el hipócrita mas profundo;

y, con todo eso, fue el mas dichoso de todos los hombres, y el que gozó de mas larga vida. Esto hubiera podido ser un exemplo funesto para el género humano, si sus hijos, que no tuvieron parte en sus crímenes, no hubieran recibido el castigo; porque quiso la Providencia que á la culpa siguiese, tarde ó temprano, la pena.

III.

De quatro hijos que tuvo Aureng-Zeb, murió en prision el mayor, nombrado Sultan-Mahmud. Azem-Schas, llamado al Imperio por la eleccion de su padre, solo poseyó algunos meses la herencia paterna. Fue vencido por su hermano Mazum, y encerrado en una fortaleza, donde pronto acabó con su vida un veneno. Mazum, baxo el nombre de Bahader-Schas, subió al trono, que Kan-Bakh, su hermano tercero, le disputó inútilmente. Murió de sus heridas ven-

cido y prisionero. Mazum, dos veces victorioso, no disfrutó mas que tres años su cetro ensangrentado. Murió en la flor de su edad, debilitado á fuerza de placeres y de fatigas, que no podia sobre llevar.

Apenas Mazum murió, quando una guerra civil desoló su familia y el Imperio. Dexó quatro hijos este Príncipe. Tres de ellos se reuniéron contra el quarto, y le quitáron la vida en una batalla. La discordia sopló sus furios en el ejército combinado. Los tres hermanos juráron, sobre el Alcoran, reynar de acuerdo, pero fue un juramento sacrílego, que cada uno de ellos pensaba violar en teniendo ocasion; y ésta la proporcionó el reparto de los despojos.

IV.

Geander-Schas, el mas dichoso, ó el mas malvado, de los tres, se hizo dueño, por sorpresa, de las personas de sus dos

colegas , y bañó sus manos en la sangre de ambos. Hízole aborrecible aquella acción atroz ; y su manejo no tardó en grangearle el desprecio general. Fue arrojado del trono por los Grandes del Imperio , anduvo algun tiempo vagando por las montañas de Candahar , y acabó su carrera baxo el cuchillo de los satélites, que sus contrarios enviaron á perseguirle.

V.

El Gobierno Mogol , despótico por muchos siglos , degeneró en una aristocracia áulica , exercitada por unas pocas familias , que poseían los grandes empleos de la Corte. Pero la sangre de Tamerlan era, no obstante , tan venerada , que los usurpadores de la soberana autoridad , no atreviéndose á sentarse en el trono , ponian en él pomposamente á un Príncipe , que, en verdad , no mandaba mas que á las mugeres de su serrallo. Mahommet-Furuksir obtuvo aquella vana dignidad , y la per-

dió luego que los Ministros , cuyo esclavo era , penetraron que intentaba romper sus hierros. No contentos con encerrarlo , le sacaron los ojos : y aquel grado de incapacidad y de miseria á que reduxeron á un Emperador del Indostan, aun no bastó para aquietar sus temores, ó satisfacer su resentimiento ; porque, al fin , le quitaron la vida , despues de haberlo insultado y maltratado.

VI.

Ocupó el trono Rafiek-al-Dirjat , primo hermano del último Emperador. Sacaronlo de la prision de Selingur , que era donde encerraban á los de la familia Real , que quedaban con la vida. Desvaneciósese como un sueño aquella mudanza de fortuna tan extraordinaria. Los mismos que le hicieron Emperador lo asesinaron , quando apenas habia reynado tres meses. Substituyéronle á su hermano Rafiek-al-Doulet , cuyo reynado fue todavía

mas corto. Por último, Mohammed-Schas, hijo de Gehan, uno de los tres hermanos á quienes Geander-Schas arrancó la corona, subió al trono, destinado á mas larga vida, y á mayores desgracias.

VII.

Habian degenerado los Mogoles de la virtud de sus antepasados. Con las delicias del voluptuoso clima de la India, apenas podian sus afeminados brazos mantener aquellas temibles cimitarras con que los robustos compañeros de Tamerlan subyugaron tan fácilmente á los pacíficos y débiles Indostanes. Confundida la mayor parte con los Aborígenes, amaban, como ellos, el descanso y la paz; y contentos con poco en un suelo fertilísimo, que les proporcionaba liberalmente, y casi sin trabajo, todo lo necesario para su subsistencia, pasaban, sin quejarse, de las manos de un tirano á las de otro; porque, acostumbrados al yugo del despo-

tismo, y á las frecuentes revoluciones que lo acompañan, y casi embrutecidos por las continuadas vexaciones que sufrían, habian perdido todos los sentimientos nobles. Los que allegaban riquezas mudaban de domicilio, segun las estaciones. En aquellos retiros, mas ó menos deliciosos, fabricaban casas de madera y de ladrillo solamente; pero en su interior resaltaba toda la molicie asiática, y todo el fausto de las Cortes mas corrompidas. En quantas partes no puede el hombre industrioso entablar una fortuna estable, ni transmitirla, con certeza, á sus hijos, se afana en reunir todas sus fruiciones en aquel solo instante de que está seguro. Los Mogoles, pues, agotaban, entre perfumes y mugeres, todos los placeres y todo su ser.

Los Gobernadores de las provincias grandes, que se llamaban Subás ó Vi-Reyes, como têtigos de la versatilidad del gobierno, pensaban en hacerse independientes, en extender las contribuciones puestas al pueblo, y en disminuir el tributo, que debian al tesoro imperial. Na-

da se reglaba por la ley, y todo se dirigia por el capricho, ó se viciaba por la violencia. Los gastos de la Corte eran arbitrarios, y la subsistencia del pueblo se disipaba en fastuosas niñerías. Estaba sitiado el trono por una multitud de hombres avaros, á quienes se prodigaban, con varios pretextos, los tesoros del estado. Las perpetuas guerras daban ocasiones de alistar soldados, y el alistamiento proporcionaba medios para nuevas guerras y nuevas depredaciones. Devastaban al Indostan ambicion, discordia y anarquía unidas. Tanto mas fáciles de ocultar eran los delitos, quanto los Grandes del Imperio estaban acostumbrados á escribir en términos equívocos, y á emplear Agentes oscuros, cuyo conocimiento negaban quando les convenia. Asesinatos y venenos eran crímenes comunes, que se sepultaban entre las sombras de aquellos palacios impenetrables, llenos de satélites dispuestos á emprender qualquiera cosa, á la menor señal de su dueño. Los resorts, que antes mantenian una mili-

cia de 1.200.000 hombres, se relaxáron entre las convulsiones del cuerpo político. Cada cuerpo de tropas, adicto exclusivamente al xefe particular que lo pagaba, se mostraba pronto á tomar las armas, á gusto del mas ligero interes, ya fuese favorable ó ya contrario al Emperador, cuyo nombre apenas era conocido. Y así caminaba rápidamente á su decadencia el Imperio mas floreciente y rico del universo.

A las plagas, que iban dando por el pie á la organizacion interior, se unieron algunas asechanzas extrangeras, no menos peligrosas. Los Pátanos, que era una nacion del Norte, que en otro tiempo dominó la India, se jactaban de renovar su primera dominacion. Se refugiáron hácia el nacimiento del Ganges, en las altas montañas de Cachemira y de Cabulestan, en las que Aureng-Zeb no pudo enteramente subyugarlos. Extendiéron sus correrías hasta los alrededores de Delhy, y amenazáron á la Ciudad imperial de una próxima destruccion. Los Máratas, habi-

tadores del mediodía, eran aun mas terribles. Fuéron los únicos que conservaron su libertad entre los Indostanes. Habitan unas montañas detras de la costa de Malabar, entre Goa y Bombay, en espacio de mas de 600 millas. Parece que todos los habitantes de lugares escarpados reciben de la naturaleza, juntamente con el amor de la independencía, mas bizarría y vigor que los moradores de las llanuras. Los Máratas resistieron siempre, con fortuna, á todos los exércitos Mogoles. Desesperanzado Aureng-Zeb de subyugar á unos hombres, que se alimentaban de la guerra, hizo alianza con ellos. Y queriendo tener constantemente á sus órdenes un cuerpo numeroso de aquellos guerreros célebres, se humilló hasta ofrecerles un tributo, baxo el nombre de subsidio; y, segun la costumbre extraña del Gobierno Mogol, quedáron los Máratas autorizados á cobrar ellos mismos el tributo, por la via de las armas, en las provincias que estaban con ellos confinantes. La mas horrorosa devastacion del

medio día del Imperio fue la pronta y funesta consecuencia de aquella necia disposicion.

VIII.

Aureng-Zeb era ya muy anciano, y, con el peso de la edad, se habia debilitado su ánimo y su ingenio. Encargó la defensa del Indostan meridional á un Márata, cuyos grandes talentos militares y políticos conocia. Este General, á quien llamáron Nizan-el-Moluk, que, en la lengua persa, significa *Protector del Imperio*, se hizo su mas temible contrario. Su autoridad, baxo el nombre de Subá, ó Vi-Rey, se extendia por las vastas y florecientes Provincias de Dekan y de Orixá, donde estan las minas de diamantes de Visapur y de Golconda. Determinó someter á su potencia todos los pueblos, que habitan la Península de la India, y fundar un Imperio independiente, terminado al Norte por los Máratas, y al Este, al Oeste y al Sur, por el

Océano , con una extension de 350 leguas de longitud, desde el Cabo Comorin hasta Surate, y sobre una latitud casi igual, desde lo último del golfo de Guzarate, hasta la embocadura occidental del Ganges.

Un concurso de circunstancias felices favoreció la ambicion de Nizan-el-Moluk. Las turbulencias, que se siguiéron á la muerte de Aureng-Zeb, precisáron á la Corte de Delhy á cerrar los ojos sobre unas usurpaciones, que, en otro tiempo, hubiera sepultado baxo montones de cadáveres. El Subá de Dekan, aliado oculto de los Máratas, compatriotas suyos, empleó las mejores tropas de la India para realizar sus vastos designios; y los pueblos que atacó, abandonados á la mas voluptuosa molicie, en el mas bello clima del mundo, opusieron siempre á los ambiciosos una resistencia tan corta como inútil. La sabiduría del gobierno de Nizan-el-Moluk afirmaba tambien su Potencia, en un tiempo en que el desorden general del Indostan desespera-

ba á los pueblos, vexados sucesivamente por todos los partidos que se guerreaban. Este Príncipe, en fin, llevó sus dias hasta mas allá de los límites comunes de la vida humana, pues cumplió 107 años. Parece que la naturaleza suspendió en su favor el curso ordinario de sus leyes, para darle tiempo de transmitir pacíficamente á su posteridad el trono fundado por su valor, y consolidado por su prudencia.

IX.

No tenia que temer Nizan-el-Moluk mas que los Europeos establecidos en las fronteras de sus estados, sobre las costas de Malabar, de Coromandel y de Bengala. Aquellos pueblos, inquietos y turbulentos, llevados, al parecer, por la naturaleza hácia los confines mas lejanos del Occidente, para preservar á los hijos de Brama de su fatal influencia; aquellos pueblos, digo, vencedores de los elementos, sobre las ciudadelas aladas, deposita-

rias del rayo, se fortificaron, con diversos pretextos, en todos los mares del Indostan.

Los habitantes de la Lusitania, embarcados sobre el Tajo, fueron los primeros que mostraron sus naves hacia las bocas del Ganges y del Indo. La fama de sus triunfos, y de las sumas riquezas que se habian apropiado, llevó pronto tras si una tropa de nuevos aventureros, salidos de las lagunas bátavas. Horrible sed del oro, ¡de qué maldades no haces al hombre capaz! Parecia que Portugueses y Holandeses solo habian resistido á las borrascas del Océano, para despedazarse como furiosos tigres, lejos de las costas de su patria. ¡Manes de los pacíficos Indostanes, sacrificados por aquellos bárbaros, algun consuelo tuvisteis quando sedientos de la sangre de sus mismos hermanos, volvieron contra ellos aquellos infernales tubos, cuyas mortíferas explosiones amenazaron transformar en horrible desierto la comarca mas poblada del globo!..... Los Bátavos, vencido-

res en aquella lucha doméstica, echaron á los Portugueses de casi todos sus establecimientos; y levantaron, sobre sus ruinas, un soberbio coloso de poder, que no tardó en venirse abaxo.

Aparecieron seguidamente Franceses é Ingleses sobre los mares de la India. Pero, mas astutos que los Portugueses y Holandeses, lejos de afectar miras hostiles de conquistas, pronunciaron solamente los dulces acentos de la fraternidad. Como navegantes pacíficos é industriosos, ofrecieron á los Indostanes inapreciables ventajas, llevándoles las producciones de los climas del Occidente, para recibir, en cambio, lo superfluo de la industria indiana. Iban tambien como hombres curiosos, cuyo entendimiento cultivado queria instruirse en las ciencias, que, desde la mas remota antigüedad, florecieron, sobre las orillas del Ganges, en la academia de Benarés; y, al mismo tiempo, como gentes que querian participar á los Bramas las invenciones europeas, en las artes de utilidad ó de recreo. Los Indostanes,

sobradamente francos , recibieron , con los brazos abiertos , á aquellos extrangeros pérfidos , que hubieran debido ahogar en las aguas del Océano , quando , por su corto número , todavía eran poco temibles. Permittieronles rodear , con cercas de verdes arbustos , sus casas y almacenes , para preservar sus personas y propiedades contra los atentados de los malévolos y de las bestias feroces. Pero aquellos recintos tutelares se transformaron luego en baluartes temibles , que amenazaban desde lejos á la libertad pública. Semejantes á los volcanes destruidores , contenidos en el centro de la tierra , cuyo exterior no presenta motivo alguno de temor á los habitantes esparcidos por su superficie , hasta el instante fatal en que , puestos en movimiento , por su combinacion con ayre y agua , levantan , con su fuerza incalculable , las mas enormes masas ; se abren un camino inflamado ; vomitan piedras de prodigiosa magnitud ; las lanzan por los ayres para que caigan y rueden con estrépito ; entierran los campos circun-

vecinos baxo montones de cenizas , arenas abrasadas y piedras pómez ; rompen las entrañas de los montes inmediatos para dar salida á torrentes de materia líquida é inflamada , que corren á inundar los campos hasta larga distancia , destruyendo , á un tiempo mismo , hombres , arboles y casas ; del mismo modo aquellos recién llegados de las heladas costas del Occidente , ocultando , con arte , sus ambiciosos proyectos , baxo un exterior doloso , aguardaban silenciosamente el instante de descubrirlos. Fortificaronse en Bombay , en Mahé , en Madras , en Pondichery , en Chandernagor y en Calcuta. Las materias combustibles fermentaban ; y ya estaba cercana la explosion.

X.

Afirmaba Nizan-el-Moluck su vasta dominacion , mirando con indiferencia las empresas de los Européos. Se ocupaba en que floreciese el comercio en sus Esta-

dos ; veía gustosísimo que aquellos extranjeros concurrían á llenar sus miras con su laboriosa industria ; calculaba la extension de sus medios ; y , acaso , miraba las ciudadelas , que se fabricaban á su vista , como cosas que habian de ser algun día suyas , sin preveer , que , entre sus hijos , unos encontrarían en ellas insolentes protectores , y otros , infames carceleros.

Hácia los primeros años del reynado de Mohammed-Schas , dominaba el Subá de Dekan sobre las Provincias de Cambaya , de Candisk , de Balagata , de Talenga , de Maduré , de Tanjaur y de Carnate. No le quedaba mas que dominar que los países de Masur y de Canara , para dar leyes á toda la Península del Indostan. Mi abuelo , Nadim-Zaëb , reynó 30 años sobre aquellas dos Provincias.

♦♦♦♦♦
XI.

El afortunado clima de la India supera,

en hermosura , á quantos habitan los hijos de los hombres , desde donde ven nacer al astro del dia , hasta las extremidades de la tierra mas occidental. Pero en aquel inmenso país , favorecido de la naturaleza , no hay comarca tan deliciosa como las felices llanuras de Canara y de Masur. Como situados junto al Equador , sería el calor intolerable , sino estuviesen cortadas , de Norte á Sur , por la cadena de las montañas de los Gates , que separan á Coromandel de Malabar , y que causan las muzones , tan célebres en los mares de la India. Se diría que la naturaleza ha elevado aquellos empinados cerros entre las estaciones opuestas del verano y del invierno. El Indio , del Cabo Comorin , fixados los ojos sobre el Equador , ve alternativamente á su derecha el verano , y á su izquierda el invierno. Este fenómeno , efecto natural de los vientos que soplan 6 meses al Sud-oeste , y lo restante del año al Nor-deste , se obra con prontitud , como si el Arbitro soberano de las cosas volviese repentinamente , en

aquellos instantes , la balanza de bienes y males , que tiene en sus manos divinas. Las montañas de los Gates parecen otros tantos elevados aqüeductos y reservatorios inagotables , colocados sobre las cabezas de los colonos de Canara y de Masur , para enviar á las llanuras risueñas , que habitan , infinitos arroyos y riachuelos , que , baxo lugares sombríos , siempre verdes , mantienen una deliciosa frescura , y anuncian , hasta muy léjos , una fertilidad interminable.

Entre aquellos ríos , hay uno , llamado el Crichena , formado por la reunion de muchos nacimientos , el qual , despues de hacer mil rodeos por los valles de Canara , como si temiera separarse de tan deleytosos vergeles , recorre velozmente las abrasadas llanuras de Visapur y de Condavir , y luego , por siete bocas , deposita en el Océano el tributo de sus aguas , no lejos de Masulipatnam.

Sobre el rio Tugebadra , que es uno de los canales de dicho gran rio , edificáron mis antepasados , en anfiteatro , sobre la

pendiente de una colina , la ciudad de Bednora , que , en lo sucesivo , fué llamada Heyder-Nagur , del nombre de mi padre. Las calles de esta vasta Metrópoli estan tiradas á cordel , y plantadas de corpulentos árboles. Las casas estan cubiertas con hojas de *banános* , y pintadas de diversos colores , haciendo una perspectiva muy vária y agradable. El castillo sirve de fortaleza á la ciudad. Sus jardines , que tienen mediana extension , se terminan en un parque , que llega hasta el pie de las montañas , con un circuito de 20 millas.

 XII.

Habitaban unas gentes afeminadísimas el pais mas bello del universo. Los dichos Masurianos pasaban sus días reposando dulcemente entre placeres y abundancias. Desde tiempo inmemorial era privativa del Capara la suministracion de las cortesanas mas voluptuosas , y de las

mas graciosas baylarinas del Indostan. Podría decirse, que la situacion relativa del pais autorizaba la indolente seguridad de sus habitantes. Al Norte tenian por vecinos á los Máratas, cuya proteccion compraron mis ascendientes por un tributo harto considerable. Al Este estaban ceñidos por algunas pocas poblaciones de Indostanes débiles, y en corto número; y el vasto Océano les servia de barrera al Sur y al Oeste, siempre respetada, hasta que llegaron los Europeos á la India.

XIII.

Asi que Nizan-el-Moluk ocupó la Subadía de Dekan, no se descuidó mi abuelo en asegurarse, con regalos, del favor de aquel Príncipe, y del de los Grandes de su Corte. Acababa de hermosearle su Serrallo de Aurengabad con doce mugeres baylarinas, cuyas habilidades agradables eran superiores á la belleza misma. Ademas que las relaciones conocidas de Nizan-el-Mo-

luk con los Máratas, parece que aseguraban el sosiego de una nacion pacífica, que los mismos Máratas protegian. Pero ¡qué barrera no salva el ambicioso, que no conoce mas derechos que la fuerza y sus caprichos!..... Algunos franceses, establecidos en Mahé, advirtieron al Consejo de Bednora de que los preparativos de guerra, hechos por los Mogoles junto á Golconda, sobre las orillas del Crichena, eran para el Reyno de Masur. Añadian, que los Ingleses, á quienes mis antepasados concedieron la isla desierta de Bombay, para facilitar su comercio, favorecian, con sus fuerzas marítimas, la invasion proyectada; y que la adquisicion de la isla de Salseta, sagrada cuna de la religion de los Bramas, habia de ser el premio de la perfidia. Aun no creian todos una noticia tan amarga, quando se supo que los Mogoles, despues de haber pasado el Crichena, marchaban, con fuerzas, hácia los desfiladeros de los Gates, á la entrada de Masur, quemando lugares y aldeas; y que una esquadra británica bloqueaba á Bar-

celor , que era el mejor puerto del Canara , y una de las plazas tenidas , hasta entonces , por inexpugnables en el Indostan.

XIV.

En vano fue que el Consejo de Bednora se dirigiese á la Regencia de Poonak, capital del gobierno Márata ; porque respondieron, que , con pueblos igualmente aliados de la Corte de Poonak , habia de observarse una neutralidad absoluta ; mas, con todo eso , formaba la vanguardia de los Mogoles un cuerpo numeroso de caballería Márata. Tambien parecia tan imprudente como inútil todo proyecto de defensa. Nadim-Zaëb cedió á su infeliz destino , y se aprovechó de la buena voluntad de los Franceses establecidos en Mahé, los quales le ofrecieron sus navíos. Confióles sus tesoros , su muger, y su hijo , Heyder-Aly , á quien su madre daba todavía el pecho , para que los llevase á las bocas del Indo , desde donde,

facilísimamente, podian ser transportados á Delhy : de manera que Heyder , desde su cuna , presagiaba la vida errante y tempestuosa , que la suerte le destinaba.

Dadas estas disposiciones domésticas por Nadim-Zaëb, mandó (para precaver la devastacion de su pais) á los Comandantes de todas sus plazas, que se sometiesen á Nizan-el-Moluk luego que se presentase su ejército ; y, habiendo juntado grandes provisiones en Barcelor, se encerró en aquella fortaleza, lisonjeándose de defenderla, ó, á lo menos, de hacer alguna composicion tolerable. Hubieran tenido efecto sus esperanzas, si solo hubiera tenido por enemigos á los Indostanes y Mogoles. Dueño Nizan-el-Moluk, sin resistencia , de todo el Reyno , notaba que su ejército se deshacia delante de las murallas de Barcelor. La estacion de las lluvias, que estaba ya próxima, iba á inundar las campiñas inmediatas , cubiertas de arroz. Las turbulencias que habia en Carnate merecian tambien sus cuidados ; y ya se arrepentia de su empresa , quan-

quando se presentáron delante del puerto cinco navíos de guerra ingleses. Las defensas de la plaza no resistieron á su fuego destructor, y los defensores, asombrados, empezáron á titubear.

Nadim-Zaëb, como testigo del espanto general, comprehendió que la ciudad no podría resistir mucho tiempo un género de ataque á que no estaban acostumbrados en la India; y, por eso, á favor de una noche obscura, y animado con el conocimiento que tenia de los caminos y sendas del pais, salió á caballo, atravesando tierras pantanosas, acompañado de pocos, y ganó, no sin peligro, los límites de sus estados, y se juntó felizmente con su familia en la Corte imperial, llevando grabado en su alma un odio inmortal á los Ingleses, que procuró transmitir á su hijo. Nizan-el-Moluk, fingiendo respeto á las preocupaciones del pueblo que acababa de conquistar, mandó reconocer por Rajah á Nuncomar, niño de quatro años, que mi abuelo habia tenido de una baylarina. Pero Raur-

kan, nombrado Gobernador de Masur y de Canara, tenia comision secreta para quitar de en medio á aquel Títtere político, inmediatamente que estuviese reconocida del todo en el pais la autoridad de los Mogoles.

— Mi abuelo habia militado, quando jóven, á la intermediacion del Emperador Aurenge-Zeb, á cuyo trato íntimo le llamaron algunos particulares sucesos; pero habia ya mucho tiempo que estaba fuera de la borrascosa Corte de Delhy. Pudo muy bien sorprehenderle el crecido número de amigos, que encontró en aquella Corte; pero no tanto los debió á sus pasados servicios, como á sus circunstancias presentes. Los abundantes tesoros, que sacó de Bednora; le habilitáron para comparecer, con lucimiento, en la Corte, y para solicitar victoriosamente la justicia imperial contra su opresor. La rebelion declarada del Subá de Dekan empezaba tambien á hacerse visible. Hablábale de reducirlo con fuerza armada, y en aquel estado político de las cosas, Na-

dim-Zaëb era mirado como un Agente útil.

XV.

Cinco años habia que Mohámmet-Schas reynaba, y otros tantos que luchaba, con alguna ventaja, contra el torrente de desórdenes, que inundáron las provincias del Indostan en los últimos reynados. Contenidos los Pátanos, cubrian las fronteras del Norte, y amenazaban la Persia. Un corto número de actos de severidad, hechos oportunamente, mantuvo en respeto á los Ministros y Grandes de la Corte. Una considerable reforma en los gastos de Palacio permitió al Emperador tener baxo su mando un ejército mas numeroso y mejor disciplinado. Los Subás del interior, sobre quienes se veía con mas cuidado, ponian en el tesoro público, á épocas fixas, los tributos que le debian. El de Bengala, zeloso de la elevacion de Nizan-el-Moluk, ó falto de la necesaria energía para imitar-

lo, ofreció, para reducirlo, todas las fuerzas de su gobierno. Amenazaba ya la tormenta sobre la cabeza del Subá de Dekan; y este, que no pudo arrostrarla, la supo eludir con astucia; pues como era dueño de las minas de Golconda, y de toda la Península del Indostan, que es el mas rico pais del universo, derramaba inmensos tesoros para comprar partidarios; de manera, que, alentado con el éxito, ofreció ir á justificarse á Delhy, y osó aventurar aquel viage, á la cabeza de un ejército poco numeroso.

Nadim-Zaëb se gozaba interiormente de ver que su mismo enemigo venia á caer en el lazo que le tenia armado; pero fue su gozo de corta duracion. Nizan-el-Moluk, precedido de su fama, y de grandes sumas de oro, que habia puesto en el tesoro imperial, se presentó en la Corte, no como acusado, que iba á justificarse, sino como vencedor generoso, que volvía al seno del Imperio unas provincias enagenadas, y que pedía el premio de sus trabajos. Mi abuelo ocul-

taba su despecho en lo mas retirado del Palacio. Nizan-el-Moluk, mas Señor de Delhy que el Emperador mismo, disponia de todos los empleos, y era el órgano de todos los negocios. Pero ciertos rumores confusos, multiplicadas y ocultas quejas, una inquietud que se notaba sobre los semblantes de todos, y otras señales poco equívocas para ojos exercitados, anunciaban mudanzas políticas. Hablábase de una rebelion en las cercanías de Benarés. No tardó en saberse, que Ibrahim, Principe de la sangre Real, habia sido sacado de la fortaleza de Selingur, por un cuerpo numeroso de caballería Márata, y que aquel ejército, aumentado por muchos aventureros, marchaba hácia Agra.

Nizan-el-Moluk tuvo tanto crédito, que lo nombraron Vekil-Mutlak, que era dignidad superior á la de Gran Visir. Todos los votos le proclamaban ya General del ejército, destinado á marchar contra los rebeldes, quando ciertas noticias secretas hicieron ver al Consejo de Delhy, que

aquel Subá era el alma de la rebelion. La precipitada marcha de este Príncipe trocó en certidumbre la sospecha; y mi abuelo obtuvo el mando del ejército Mogol. Ibrahim fue vencido y hecho prisionero; pero Nizan el-Moluk tuvo tiempo para ganar las montañas de Malur, y para retirarse luego á sus estados, sin que pudieran darle alcance.

XVI.

En los años siguientes, renaciéron, sin cesar, los manejos ocultos de la Core de Delhy. Convencidos estaban los amigos del Imperio de que este no recobraría su esplendor hasta que se sometiese el Subá de Dekan; pero sofocaba sus votos la turba emprendedora, cuyos votos habia él comprado. La quarta parte del Imperio, en que dominaba Nizan-el-Moluk, formaba un estado independiente, que no ponía tributo alguno en el tesoro imperial. Animado el Subá de Ben-

gala por la impunidad que acompañaba las empresas de su vecino, producía varios pretextos para quedarse con las contribuciones sacadas á los pueblos que gobernaba. Los Pátanos, Señores de Candahar y de Cabulestan, léjos de socorrer al Imperio, emplearon sus tesoros en hacer una incursión en Persia, que fue desdichada para los vencidos, inútil para los vencedores, y funesta, en lo sucesivo, para el Indostan. Las rentas estaban agotadas. Mohammed-Schas, que, en los principios de su reynado, dió algunas esperanzas, vacilaba entre las contradicciones de su Corte y de su Consejo, dexando abandonadas las riendas del Estado al arbitrio de los sucesos. Manteníase encerrado en su serrallo, entre sus mugeres y eunucos, tratando como cosa extraña la fortuna pública. Casi siempre ha sido la flaqueza de los Monarcas causadora de las grandes revoluciones. Preparábase una, que había de trastornar el Indostan, arruinar la familia Imperial, y transferir el cetro á la nacion Británica, que, entonces, apenas era conocida en la India.

XVII.

Ya estaban apaciguadas las turbulencias que, desde muchos años habia, agitaban la Persia. El celebrado Tamas Kouli-Kan, con pretexto de proteger la familia de los Sofís, llegó hasta el caso de oprimirla, de aniquilarla, y de sentarse sobre el trono de Hispahan, baxo el nombre de Nadir-Schas, cubriendo, con las qualidades de un conquistador, los delitos de un usurpante. La fama de su nombre llenaba el Asia y la Europa; pero las felicidades que le acompañaron siempre en sus novelescas empresas, no saciaron á su alma ambiciosa; porque como no entendia de los atractivos del amor, ni de las dulces estrecheces de la amistad, ni de los agradables ócios, que hermocean los dias de los hombres sensibles; solamente se entonaba á vista de la mortandad, y al estrepito de las batallas. Ademas de que, por muchas que fuesen las riquezas de la

Persia, no bastaban para satisfacer las pretensiones de los Capitanes, compañeros de su fortuna, con la mira de establecer la suya. Los inmensos tesoros, acumulados por los Grandes-Mogoles, podian solamente desempeñar las indiscretas promesas que hizo á sus tropas, para precipitarlas á las mas peligrosas empresas. Determinóse, pues, la conquista del Indostan.

.....

XVIII.

Las devastaciones, que hicieron en Persia los Pátanos, proporcionaban á Nadir-Schas pretexto para una venganza legítima. Penetró en el Candahar con un ejército, no tanto numeroso como aguerrido. La resistencia, que encontró, en un pueblo guerrero, inflamó mas su valor, y la esperanza de sus tropas. Sucediéron las negociaciones á los ataques. La mayor parte de los Pátanos tomaron partido en su ejército, atraídos por los magníficos ofrecimientos, que les hizo, de partir con ellos los despojos de Delhy.

El rumor de la incursión de los Persas, y el comun riesgo, calmáron, á lo menos en la apariencia, las funestas disensiones, que reynaban entre los Ministros de Mohammed-Schas. Nizan el-Moluk notició al Emperador, que habia salido de Aurengabad al frente de 100.000 caballos Máratas, para volar al socorro de Delhy. Los otros Subás daban prontísimas disposiciones para juntar sus tropas. El ejército Imperial estaba ya baxo las tiendas en el mes de Diciembre del año 1738, en las vastas llanuras, que se extienden desde Delhy á las montañas de Punjal. Contábanse 600000 hombres; pero, con todo, no sosegaba los ánimos tan formidable armamento. La infantería, reunida de prisa, sin disposiciones anteriores, y casi desarmada, parecía mas propia para saquear el campo de un enemigo vencido, que para pelear valientemente en la llanura. Cada caballero Mogol, servido de dos criados, llevaba un vestido ligero talar de seda. Los elefantes iban adornados como para una fiesta. Creció-

simo número de mugeres seguian al ejército. Habia en el campo tantas tiendas y mercaderías de luxò como en Delhy. Solo los Máratas presentaban un aspecto guerrero ; pero únicamente obedecian á Nizan-el-Moluk, cuyas intenciones, quando menos , eran sospechosas. Un Cipaya, despachado por Dupleix, Xefe del establecimiento frances de Chandernagor, aseguró á los Ministros del Emperador , que el Subá de Dekan , á quien se proponian dar el mando del ejército Mogol , habia traído á los Persas al corazon del Indostan , de concierto con los Ingleses ; los que se lisonjeaban de que , con el desmembramiento del Imperio , establecerian su dominacion sobre las costas meridionales.

Los muchos partidarios de Nizan-el-Moluk desfiguraban esta idea con consideraciones políticas. La competencia que existia en Europa, entre Franceses é Ingleses, empezaba ya á penetrar en la India. Los que son enemigos procuran perjudicarse por quantos medios pueden. Y

si no , el Subá de Dekan , en Delhy con su familia , entre sus envidiosos y contrarios , ¿ no era por sí mismo una prueba , sin réplica , de su buena fé? El tiempo , que , tarde ó temprano , desemboza las virtudes y los crímenes de los humanos, iba ya á descubrir aquel misterio.

XIX.

Viéndose los Persas dueños de las montañas , que separan la provincia de Cabul de lo restante del Indostan , tenian delante de sí abierto el camino hasta Delhy. Moviéronse , finalmente , los Mogoles para detener su marcha. Estuviéron ambos ejércitos á la vista el 13 de Febrero de 1739.

Una batalla , no mas , decidió la suerte del Emperador. Mi abuelo , (baxo cuyas órdenes militaba Heyder-Aly , de edad de 15 años) mandaba el ala derecha. Atacó á los Persas con mucho valor , pero no fue sostenido. Llegaron á decirle , en

lo mas vivo de la accion , que Nizan-el-Moluk y los Máratas , en vez de pelear , se habian retirado hácia los alrededores de una Pagode inmediata , y que el ejército se dispersaba. Fue preciso ceder al número de los enemigos. Completóse la derrota universal. El terror y la consternacion llegó hasta el cuerpo de reserva , que habia quedado para guardar al Emperador , quien se vió forzado á entregarse en manos del Rey de Pérsia.

Comisionóse á Nadim-Zaëb para que intentase algunas negociaciones con Nadir-Schas. Este Príncipe , amante del mérito militar , y buen juez en esta parte, admiró los esfuerzos inútiles hechos por mi abuelo para contener los progresos del ejército Persa. Lo recibió con el amistoso anhelo de un amigo, y le habló con la franqueza de un guerrero. Entonces quedó manifiesta á todos la atroz perfidia de Nizan-el-Moluk. Nadir-Schas mostró á mi abuelo el tratado , en virtud del qual se habia metido en el Indostan , llevando apenas á sus órdenes una escolta

reducida. Pero quando la infame traición del Subá de Dekan quedó patente á todos , yá la suerte de las armas le aseguraba la impunidad. Los Máratas , reunidos á los Pátanos y á los Persas , manifestaban la misma sed de sangre y de pillage. Nadir-Schas mandó proclamar, en el campo de los Mogoles , que cada qual pudiese retirarse donde mejor le pareciese, sin temor de ser inquietados en su retiro; y en fuerza de esta proclamacion , todos los Indostanes se dispáron. Los Persas quedáron dueños del Emperador y de Delhy.

XX.

Sabido es , que Nadir-Schas encerró al Gran Mogol Mohammed en una torre del castillo de Delhy ; y que se hizo proclamar Emperador de las Indias ; y que se apropió los inestimables tesoros que contenia el palacio. La sala del trono estaba toda cubierta de láminas de oro , y el artesonado guarnecido de diamantes. Do-

ce columnas, de oro macizo, tachonadas de perlas y piedras preciosas, formaban los tres lados del trono, cuyo dosel, especialmente, promovía, sin querer, la admiración. Era un pavo real, que, con la cola y con las alas extendidas, hacia sombra al Monarca. Los diamantes, los rubíes, las esmeraldas, y otras piedras finísimas, de que se componía aquel prodigio del arte, representaban, al natural, los brillantes colores de aquel páxaro hermoso. Sabido es también, que Nadir tramó un tumulto popular, con designio de saciar los furioses de sus bárbaros soldados, de manera que aquella inmensa capital nadó en sangre de sus desventurados habitantes. Dícese que fueron degolladas mas de 225.000 personas. El Rey de Pérsia Schas salió, quanto antes pudo, de una ciudad, que ya no era mas que un monte de ruinas.

Asegúrase, que un *Faquir*, condolido de las desgracias de su patria, tuvo valor para parar al caballo del Rey de Pérsia, y para presentar á este un papel que decía: „Si eres un Dios, obra como tal:

„si eres un Profeta, guíanos por el camino de la salud; y si eres un Rey, haz „á los pueblos dichosos.” Respondióle el bárbaro: „No soy un Dios para obrar „como Dios; ni un Profeta para mostraros la via de la salud; ni tampoco „Rey para hacer dichosos á los pueblos: „soy, sí, el que envia Dios á las naciones, que ha determinado visitar en su „furor.”

Quando Nadir-Schas dexó, el 13 de Mayo de 1739, la capital del Indostan para volverse á sus Estados, hizo un tratado con Mohammed-Schas, en virtud del qual, permitia á este Monarca imbecil vivir y reynar: reunia á la Pérsia las provincias que estaban á su favor, y se aseguraba un botin inmenso, y los despojos del Indostan; pero el artículo mas funesto á la grandeza del Imperio, era aquel en que se estatua, que todos los Subás quedaban independientes del Emperador. Desde entonces, el Indostan dexó de ser un cuerpo poderoso, cuya indivisibilidad era garante de su permanen-

cia. Aquellos miembros, separados entre sí, prometían una conquista fácil á los guerreros emprendedores, que fuesen á subyugarlos.

.....
XXI.

En los primeros meses del año de 1740 se acumuláron, en las cercanías de Delhy, quantas plagas suele derramar la naturaleza sobre los hombres y las plantas. Habian los Persas arrancado las viñas, cortado los árboles, quemado las casas y dispersado una parte de sus habitantes. La multitud de cadáveres, amontonados en las inmediaciones de los pueblos, ó mal cubiertos con la tierra, empapaban el ayre de miasmas pestilenciales; y como las siembras no se hicieron, á tiempo, en el año anterior, amenazaba el hambre devoradora á lo restante de los Indostanes felices. La desolacion llegó á su colmo. Solo Nizan-el-Moluk, Soberano sin contradiccion de un pais inmenso, gozaba insolentemente de los males que habia cau-

sado. Arrostró los clamores vanos de un pueblo desgraciado, el odio impotente de su Soberano, y el grito interior de su conciencia; y se atrevió á pasar á Delhy con su familia, para recibir, con aparato, de manos del Emperador, la investidura de sus estados. Hiciéronse, de orden suya, suntuosos preparativos, para hacer notable su entrada pública en la capital; y mientras tanto se estableció á cinco leguas de la Corte, en una casa de placer perteneciente al Emperador.

.....
XXII.

En aquella misma casa fue donde Mo-hammet-Schas determinó castigar la traicion de un vasallo rebelde, con otra traicion, que era el único medio que estaba entonces en su mano. Nizan-el-Moluk no tenia á la sazón junto á su persona mas que una compañía de 100 guardias, y una turba inútil de esclavos sin valor. Mi abuelo tuvo la orden para re-

cia. Aquellos miembros, separados entre sí, prometían una conquista fácil á los guerreros emprendedores, que fuesen á subyugarlos.

.....
XXI.

En los primeros meses del año de 1740 se acumuláron, en las cercanías de Delhy, quantas plagas suele derramar la naturaleza sobre los hombres y las plantas. Habian los Persas arrancado las viñas, cortado los árboles, quemado las casas y dispersado una parte de sus habitantes. La multitud de cadáveres, amontonados en las inmediaciones de los pueblos, ó mal cubiertos con la tierra, empapaban el ayre de miasmas pestilenciales; y como las siembras no se hicieron, á tiempo, en el año anterior, amenazaba el hambre devoradora á lo restante de los Indostanes felices. La desolacion llegó á su colmo. Solo Nizan-el-Moluk, Soberano sin contradiccion de un pais inmenso, gozaba insolentemente de los males que habia cau-

sado. Arrostró los clamores vanos de un pueblo desgraciado, el odio impotente de su Soberano, y el grito interior de su conciencia; y se atrevió á pasar á Delhy con su familia, para recibir, con aparato, de manos del Emperador, la investidura de sus estados. Hiciéronse, de orden suya, suntuosos preparativos, para hacer notable su entrada pública en la capital; y mientras tanto se estableció á cinco leguas de la Corte, en una casa de placer perteneciente al Emperador.

.....
XXII.

En aquella misma casa fue donde Mo-hammet-Schas determinó castigar la traicion de un vasallo rebelde, con otra traicion, que era el único medio que estaba entonces en su mano. Nizan-el-Moluk no tenia á la sazón junto á su persona mas que una compañía de 100 guardias, y una turba inútil de esclavos sin valor. Mi abuelo tuvo la orden para re-

ducir á polvo aquel puñado de facciosos. No podia el Emperador encomendar su venganza á un hombre mas interesado en completarla.

En una noche, sumamente obscura, salió de Delhy Nadim-Zaëb, mandando 500 caballos. Rodeó, con el mayor silencio, la casa que habitaba Nizan-el-Moluk. Cogiéron á dos guardias, que se paseaban, sin desconfianza, por afuera, y supieron de ellos, que el Subá de Dekan acababa de partir para un pueblo inmediato. Ambos guardias fuéron degollados. Mi abuelo, con una parte de su escolta, se dió á perseguir su presa, y encargó á Heyder-Aly lo restante de la expedicion. Bloqueóse totalmente la casa, y se forzáron sus puertas. Las guardias, aunque en corto número, se defendieron con determinado valor. La muerte revoloteaba sobre ambos partidos; y, con hachas encendidas, se dió fin á la pelea. Abrasóse toda la casa. Elevóse, formando torbellinos, el fuego y el humo, dando, hasta larga distancia, un lúgubre resplan-

dor. Oyéronse salir de entre las llamas unos agudísimos gritos (cuyo lastimoso horror aumentaba lo silencioso de la noche), los cuales procedian de una turba de mugeres, que iba á devorar el fuego, y que, menospreciando su extremo peligro, se esforzaban vanamente á libertar del mas cruel suplicio á una muchacha hermosísima, que apenas llegaba á los trece años de su edad. A tan dolorosa vista, se les apagó el furor á los mismos, que iban degollando quanto caía baxo su cimitarra; pero, con mas fuerza, se apoderó la compasion del alma de Heyder-Aly, no encrudecida aun por la edad. Un abismo inflamado lo separaba de la sala en que veia luchar á aquellas mugeres contra los progresos del incendio. Dominóle cierta sensacion no experimentada. Mandó á sus compañeros, que atravesasen un gran madero, que allí cerca estaba, y un relámpago no fue mas veloz. Arrojarle á dicho puente movedido, tomar en sus brazos á la jóven Azeyma, y ponerla en seguridad fuera de tan-

to escombros , todo fue hecho en un instante. Las otras mugeres quedáron tambien salvas ; y no cesáron hasta que hicieron sentir la existencia á su Señora desmayada. Abrió Azeyma sus ojos , y los volvió , con señales de gratitud , hácia su libertador. Penetró un fuego violento por las venas de Heyder-Aly , de manera que lo quemó todo entero. Aquel instante decidió su futuro destino. Azeyma fue la compañera querida , y el objeto adorado , á quien consagró sus dias.

Apenas anduvo el Subá de Dekan el espacio de dos leguas , quando fixó sus atenciones una pasmosa y súbita claridad. Parecióle que estaba inflamado el horizonte. Un resplandor vivo , que se aumentaba por instantes , repercutido desde las coloridas nubes sobre las colinas , á una distancia grande , anunciaba un incendio violento. Conturbóse Nizan-el-Moluk ; y un secreto instinto agitó y determinó sus movimientos. Abandonó el camino que llevaba , evitó , de aquel modo , la persecucion de sus contrarios , y , atravesando

campiñas , volvió á rienda suelta hácia su casa. A medida de como adelantaba , iba pareciéndole mas considerable el incendio. Llegó , en fin , y vió el asilo de su familia convertido en un horno : quiso entrar , y entonces unas gentes , que no conocia , se echáron sobre él y sobre los que le acompañaban : arrastráronlo , con violencia , hasta los pies de un jóven , á quien nunca habia visto , y á quien pidieron la órden para darle muerte. Al ruido que se oyó , cuya causa se ignoraba , se acercó Heyder-Aly , y vió á Nizan-el-Moluk , que estaba ya para expirar. Contuvo al instante los brazos de los satélites , levantados ya sobre su presa , reunió al padre , á la madre y á la hija , y disfrutó de los sentimientos tumultuosos , que produxéron en sus almas tan extraños sucesos.

Un ligero crepúsculo anunciaba ya la próxima venida del dia. Nadim-Zaëb era dable que llegase en aquellos momentos , despues de su infructuosa correría , y que , con su llegada , mudasen de semblante las cosas. Antevió Heyder-Aly aquella crisis.

Los jardines de la casa de campo de Behélur estaban á la orilla del Gemené, rio ancho y profundo, que, despues de haber regado las dos capitales del Indostan, mezcla sus aguas con las del Ganges, en las cercanías de Benarés. Habia á la sazón en el rio una barca bastante grande. Acomodó en ella al Subá, á su familia y á los esclavos que le quedaban; y tambien metió los carruages y caballos necesarios, para que los transportasen, á alguna distancia, hácia una casa en que encontrarían los socorros convenientes. Llegó la separacion. Nizan-el-Moluk no dixo mas que las palabras siguientes al despedirse de su bienhechor: „Buen jóven, fuí tu „enemigo: tú ves las lágrimas que se des- „prenden de mis ojos; pero no ves lo „que pasa en lo íntimo de mi corazon. „Padre, madre é hija, son tuyos: dispon „de todos como dueño.”

Luego que Heyder-Aly puso en seguridad á los que habia hecho depositarios de su felicidad para siempre, se volvió melancólico á arrostrar la cólera de su pa-

dre, que acababa de llegar desesperado y furioso, por no haber encontrado la víctima que queria sacrificar. Apénas causó diversion alguna á sus negras afecciones la vasta hoguera que tenia delante, y los horrores de que la suponía acompañada; pero sus furores degeneraron en rabia, quando supó que el Subá, tan buscado, habia venido él mismo á ponerse en sus manos, y que Heyder-Aly acababa de librarlo de la muerte. Enagenado de ira, mató, con su propia mano, á los dos soldados primeros, que cogieron á Nizan-el-Moluk, y no lo acabaron. La sangre de estos inocentes, que, á vista suya, salía á borbotones, parece que templó su enfurecimiento; ó, acaso, sería, que, viendo á su hijo único, la voz de la naturaleza mandó callar la del delirio. Miróle, con ojos centelleantes, y le dixo: Necio, ¿qué hicistes? ; No conoces toda la enormidad de tu falta! ; Por salvar á tu enemigo, has asesinado á tu padre!.... Dicho esto, marchó inmediatamente á la ciudad, sintiendo lo pasado, abominan-

do de lo presente , y temiendo lo futuro.

La fama , que gusta de publicar ve-
lozmente las cosas extraordinarias , habia
ya desfigurado en Delhy el acacimiento
de aquella noche. Súpolo el Emperador;
pero era tal su flaqueza de ánimo , y tanto
el espanto que le infundia Nizan-el-Mo-
luk , que , no habiendo logrado perder-
lo , determinó hacer de modo , que á él
no le sospechasen , echando la culpa de
las conseqüencias que tuviese aquel su-
ceso á los que fuéron comisionados para
efectuar su venganza. Supo mi abuelo,
al entrar en su palacio , que estaba acu-
sado de asesino , y dadas las órdenes para
prenderlo. Partió , sin mas demora , á Be-
narés , habiendo encargado á su esposa,
que le noticiara qué semblante tomaba
aquel asunto.

No tuvo las fatales resultas que temia.
Nizan-el-Moluk recibió solemnemente , al-
gunos dias despues , la investidura del De-
kan; y , pensando en su grandeza , ya fue-
se generosidad , ó ya política , él mismo

desmintió las voces que corrian ; de ma-
nera , que el suceso se hizo problemáti-
co , y , de allí á poco , ya no se habló
mas de ello.

Heyder-Aly visitaba , en secreto , al Su-
bá de Dekan y á su hija : ambos jóvenes se
prometiéron fidelidad inalterable. Nizan-
el-Moluk consintió en casarlos , y en po-
nerlos sobre el trono de Masur , siempre
que Nadim-Zaëb , olvidando qualquier
motivo de queja , quisiese ayudarle á so-
segar las turbulencias que se suscitaban en
Carnate , provincia dependiente de la Su-
badía de Dekan.

XXIII.

El funesto origen de aquellas turbu-
lencias era la competencia entre los esta-
blecimientos europeos de Pondichery , y
de Madrás. El Nabab , á quien Nizan-el-
Moluk dexó el gobierno de aquel pais ,
dió su hija en matrimonio á su Ministro
Chanda-Zaëb. Descansaba sobre la fe de

un hombre tan beneficiado , y ponía en sus manos las riendas del gobierno , quando supo su abierta rebelion. La ingratitude de Chanda-Zaëb era fomentada por Dumas, Gobernador de Pondichery, quien, despues de haber recibido á su muger, hijos y tesoros en aquella plaza , reputada entonces por inexpugnable , le suministraba tropas y artillería. Indignado el Subá de Dekan del manejo que se atrevia á tener una compañía de comerciantes ; y hallándose , ademas , sus intereses ligados con los de los Ingleses de Bombay , se propuso caer sobre Pondichery , con todas las fuerzas de la Península , para destruir totalmente aquella ciudad.

XXIV.

Mientras que Nizan-el-Moluk salía de Delhy para ir á atacar á los Franceses, Nadim-Zaëb entraba con bien distinto modo de pensar. En su viage á Benarés quiso ampliar sus relaciones con una gene-

rosa nacion , á la que debia la existencia de su familia , y de una parte de su fortuna ; y para ello visitó los establecimientos franceses sobre el Ganges. Dupleix , hombre tan activo como inteligente , y tan meditativo como laborioso , dirigia , á la sazón , la escala de comercio de Chandernagor. Habia edificado allí una ciudad , y equipado quince navíos. Era una conquista del ingenio y de la industria , y , por lo mismo , muy preferible á todas las demas. Enriqueció su patria , se enriqueció él , y combinó los medios para asegurar la preponderancia del comercio frances en la India , sobre una propiedad territorial , suficiente á mantener un número de artífices capaz de formar los carguíos. Puso los fundamentos de su grande reputacion.

En las conversaciones , que tuvo Nadim-Zaëb con aquel Frances , se instruyó del grado de poder de las principales Potencias europeas , (de que tenia poco conocimiento) , y de los ocultos resortes de su cautelosa política. Sabia que Francia é

Inglaterra estaban en vísperas de un rompimiento con España; que la reunion de las circunstancias prometia á los Franceses importantes sucesos en la India; y que los Ingleses podian ser echados de aquellos países. Nadim-Zaëb veia, en la tal revolucion, un campo vastísimo abierto á sus deseos. No solamente podia recobrar sus estados de Masur, sino que tambien era para él llegado el instante de establecer su dominacion en el Dekan. Conveniale, pues, auxiliár á los Franceses, con toda la influencia que le daban sus relaciones en la India. Agoviado el Mogol baxo el peso de la humillacion, suspiraba por el momento de vengarse de Nizan-el-Moluk. Descontentos los Máratas de la Corte de Aurengabad, (que les habia cercenado una parte de las sumas prometidas, quando la expedicion de Nadir-Schas, para comprar su derrota), y movidos, de otra parte, por su natural ligereza, no se mostraban distantes de contribuir á aquella venganza. Los dos Subás de Benarés y de Bengala abrazá-

ron abiertamente la causa de los Franceses. Las confianzas que hizo el Rey de Pérsia á mi abuelo, en el Campo de Delly, le esperanzaban en poder reducir á dicho Príncipe á que hiciese alguna diversion útil, arruinando las escalas inglesas sobre el golfo Pérsico. Los proyectos de elevacion, que fermentaban en la cabeza de Nadim-Zaëb, aliviáron el fastidio de un viage largo; y volvió al seno de su familia con el corazon lleno de esperanzas, tan vanas como lisonjeras.

♦♦♦♦♦
XXV.

Heyder-Aly confió á su madre el secreto de su corazon. Supo de ella Nadim-Zaëb las circunstancias del incendio de Behélur, que todavía ignoraba. Supo tambien que su hijo habia visto muchas veces á la hija de Nizan-el-Moluk; que aquel Príncipe aprobaba el matrimonio de ambos jóvenes; y quáles debian ser las condiciones. Estas hubieran obtenido

su consentimiento en otras circunstancias ; pero entonces era su resolucion decisivamente contraria.

XXVI.

La salud cadente de Mohammet-Schas anunciaba su muerte próxima. Este Príncipe tenia dos hijos , que eran , Ahmed-Schas , heredero del trono , y la Princesa Hadigé. Lo mucho que el hermano queria á la hermana era prenda segura del gran crédito , que , con el tiempo , tendria el marido de Hadigé. Nadim-Zaëb solicitaba aquella ventaja para su hijo , y con esperanza de lograrla. La diferencia de religion no era grande obstáculo para aquel himeneo. Nadim-Zaëb , educado por un institutor Márata , se mostraba indiferente al culto de sus padres. Los Máratas , aunque son de la religion de los Bramas , observan poco sus rigurosos ritos : su vida activa y vagabunda los precisa á beber licores fuertes , y á comer

carne y pescado. Nadim-Zaëb habia encargado la educacion de su hijo á dos filósofos , que eran el Mollah Hussein , y el Brama Ferisha. Pero ¿qué pueden las insinuaciones ajenas contra el idioma del corazon? Heyder-Aly era de la religion de Azeyma en aquella feliz edad en que todas las combinaciones políticas son nada , en comparacion de una mirada de la hermosura que se ama.

Sabia Nadim-Zaëb , que pocas veces las inclinaciones formadas en la infancia influyen sobre lo restante de la vida ; que la ausencia y la disipacion , compañera de los viages largos , curaria fácilmente á su hijo de una pasion que le parecia novelesca ; y , por esto , lejos de oponerse formalmente á ella , le daba esperanza de que podria coronarla algun dia. Pero , con todo , mandó á su hijo , que fuese á Hispahan , para desempeñar , con el Rey de Pérsia , una comision , de la qual le apuntó algunas particularidades , no confiando el secreto principal sino á Ferisha y á Hussein , que habian de acompañarlo.

Diversas circunstancias retardaron la partida de Heyder-Aly hasta primeros de Mayo de 1742. Dupleix, que acababa de ser nombrado Gobernador de Pondichery, y Comandante general de todos los establecimientos franceses en la India, se lo notificó á Nadim-Zaëb; y le previno, al mismo tiempo, de que la guerra entre Inglaterra y Francia seria inevitable; que aguardaba una formidable esquadra; que la rebellion de Chanda-Zaëb se consolidaba; que aquel Príncipe era dueño de la mitad de la Nababia de Carnate; que los Máratas se presentaban armados en el país, sin que aun pudiesen penetrarse sus verdaderas intenciones; y que era ya llegada la hora de descargar los grandes golpes sobre sus comunes enemigos. Entonces determinó Nadim-Zaëb que partiese su hijo para la Corte de Pérsia.

XXVII.

El camino mejor, y mas corto, desde Delhy á Hispahan, era el de Lahor, Cabul y Candahar; pero aquellas provincias, totalmente devastadas por los Persas, eran entonces guarida de un ejército de salteadores, mandados por un pastor de Chórassan, llamado Abdalah. Éste aventurero, famoso despues por las crueldades que exercitó en el Indostan, y por la influencia que adquirió sobre el gobierno de aquel país, sirvió, en calidad de *Porta-Maza*, en casa de Nadir-Schas. Metióse á ladron de caminos, como lo fue su amo. Tuvo aviso de un convoy de 3.000 camellos, cargados de armas, de víveres, y de una gran parte del oro, que sacaron los Persas de Delhy. Mató á la escolta, tomó todo el convoy, levantó tropas, se hizo dueño de las montañas, que separan el Cabulestan de la Tartaria, é hizo entonces incursiones hasta

las mismas puertas de Lahor. Aparte de esto, mi abuelo quería sondear las intenciones del Subá de Guzurate, cuya alianza era esencialísima, á causa de lo que importaba la opulenta ciudad de Surate, que se hallaba en su gobierno.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

XXVIII.

Heyder-Aly-Kan tomó el camino de Amadabad, capital de Guzurate, en la que se detuvo poco tiempo. Atravesó el Indo, por baxo de Tata, y descubrió muy luego las fronteras del Indostan. El Imperio Mogol está ceñido, por el lado de la Persia, de un vasto desierto, que reyna desde las orillas del Indo hasta la provincia de Zend en Persia, y por diferentes ramificaciones del Imaus, el qual, despues de haber separado la Tartaria del Indostan, y llenado, con sus ramas, el Candahar, extiende una de sus cadenas por las orillas del Indo, y va á terminarse en el golfo Pérsico, junto á la ciudad de Diu.

Este pais, cubierto de montañas, aunque naturalmente árido y arenoso, estuvo, en otro tiempo, poblado. Los Emperadores Mogoles lo mandaron arrasar, para impedir que los Persas penetrasen, por aquella parte, en lo interior de la India. Este desierto tiene, por lo menos, 40 leguas de ancho; pero, con todo, se encuentran en él algunos lugares, que valen poco, y estan muy distantes unos de otros.

La necesidad que tienen los viajeros (que no atraviesan aquella soledad sino en caravanas) de campar cada noche, trae consigo la de caminar á jornadas cortas, bien provistos de los víveres necesarios. La comitiva de Heyder-Aly era suficiente para no temer el encuentro de los Chaliars, llamados *Mapouls* en la costa de Malabar. Aquellos hombres, que son de carácter pérfido y sanguinario, suelen vagar, en gran número, por aquellos desiertos, para hacer esclavos que vender á los Arabes. Montan caballos de corta alzada, estan habituados á largas abstinencias.

cias , corren grandes distancias con imponderable rapidez , y precisan á los viajeros , que quieren evitar sorpresas , á caminar con mucha precaucion.

Estaba dada la orden de marchar para una hora antes de amanecer , y se hacia alto , quando el sol llegaba al medio de su carrera , porque entonces era el calor insoportable. Mandaba mi padre armar sus tiendas , y se descansaba hasta el siguiente dia. Su comitiva , y la de sus dos amigos , *Hussein* y *Ferisha* , consistia en esclavos , de cuya fidelidad y zelo estaban buenamente seguros. Pero las riquezas de sus señores tentaron á aquellos infelices , y determinaron repartírselas , en habiendo asesinado á los propietarios. Aquella conjura se tramó con tal sigilo , que , á pesar del cuidado escrupuloso con que *Ferisha* y *Hussein* atendian á la seguridad de su educando , no tuvieron la menor sospecha de ella hasta el momento en que iba á efectuarse.

XXIX.

Eligiéron los esclavos el quarto dia , despues del paso del Indo , para executar su designio horrible. La caravana habia andado aquel dia mas de lo acostumbrado. Mi padre , que estaba fatigado , se acostó al entrar la noche , y aun instó á sus dos compañeros para que lo imitaran. Si hubieran seguido su consejo , todos tres hubieran pasado desde los brazos del sueño á los de la muerte.

Por fortuna , Hussein y Ferisha , convidados por lo delicioso de la noche , se obstinaron en salir , con intencion de examinar si todo estaba bien ordenado , y despues tomar el fresco á la orilla de un riachuelo , que corria cerca del campo. Ya estaba adelantada la noche quando se retiraron ; pero advirtieron , con admiracion , al entrar en su campo , que las gentes estaban despiertas , y que ninguno pensaba en recogerse.

Algun espíritu bienhechor les inspiró en aquel instante. Arrimáronse, con tiento, hácia una tienda, en que hablaban muchos, en alta voz, y en la que habia ocho esclavos degollados á la entrada. Por la cruel conversacion que escucharon, comprendiéron que habian muerto los esclavos por fieles á sus amos. Los primeros impulsos de la indignacion aconsejaron á Hussein y Ferisha, que se arrojaran sobre aquellos malvados, que los intimidaran con su resolucion, ó que, por lo menos, vendieran caramente sus vidas; pero viniendo á reflexionar, que, muertos ellos, caería Heyder-Aly indefenso en manos de sus asesinos, se fuéron á la tienda en que su discípulo dormia profundamente, lo despertaron con sobresalto, lo medio vistiéron de prisa, le explicaron, en dos palabras, la tramada conjuracion, y lo reduxéron á ganar el campo, mientras ellos engañaban á sus enemigos, defendiendo la entrada de su puerta, como si estuviése en ella todavía; y añadiéron, que le saldrían al encuentro quan-

do estuviesen dispersados los esclavos.

Como Heyder era incapaz de cobardía, se rehusó á tener otra suerte que la de sus dos amigos; pero aquel no era tiempo de deliberaciones. Saliéron todos tres de la tienda, determinados á huir al favor de la oscuridad, salvando las vidas, con el sacrificio de las riquezas.

Se tomó sobradamente tarde el partido de la fuga. Apenas saliéron de la tienda, quando, tumultuados los esclavos, diéron sobre ellos con horrorosos gritos. Sin duda que gritaban para no oír las reconvenções de sus amos, que solo tuvieron tiempo para atrincherarse, muy de prisa, en medio de algunos fardos. Nunca ocultó la noche entre sus sombras batalla mas porfiada, no obstante su prodigiosa desigualdad. Los esclavos, que más se acercaron, pagaron su delito como merecian. Pero ¿de qué servia el valor de solos tres hombres contra cincuenta malvados, en quienes la rabia hacia el oficio de intrepidez?

Ferisha fue quien primero acabó á ma-

nos de los monstruos que nos asesinaban. Celebraron los esclavos aquella victoria con espantosos alaridos, y diéron sobre sus enemigos con mayor encarnizamiento. Heyder y Hussein determinaron pelear retirándose, con esperanza de que los asaltantes, cansados de la porfida resistencia que se les oponia, se echasen, al fin, sobre los camellos; pero continuaron la pelea con furor. Acabóse, por último, la pelea.

Cubierto de heridas, y debilitado, por la mucha sangre derramada, cayó desmayado Hussein al lado de mi padre, quien, al mismo tiempo, recibió una pedrada en el pecho, que lo derribó en tierra, sin movimiento ni señales de vida. Tuviéronle, sin duda, por muerto los esclavos, y se volviéron á su habitacion, dexando en el campo los cadáveres de sus enemigos, y los de sus compañeros muertos en la accion.

XXX.

Ferisha, que solamente estaba desmayado, volvió en su acuerdo; pero mas cubierto de la sangre de los esclavos que habia muerto con su cimitarra, que de la suya propia. Sus heridas, aunque muchas, no eran mortales. Al recobrar sus sentidos, se vió solo junto á mi padre, y se afaná en suministrarle los socorros, que podian volverle á la vida. Tenia en su semblante todas las señales de la muerte, y con trazas de haber cerrado para siempre sus ojos. No estaba lejos un riachuelo; llegó Ferisha hasta él como pudo; y, esperando en que la accion del agua sobre el sistema nervioso de su discípulo lo volveria, acaso, en sí, le roció inútilmente con ella el rostro. Despechado, pues, al ver la aparente inutilidad de sus diligencias, tomó una resolucion de que él solo era capaz.

Convencido de que su discípulo habia

muerto, no quiso sobrevivirle, y se echó tristemente á su lado, aguardando, en aquella postura, la muerte, que su debilidad le pintaba muy próxima. Su única esperanza era, que los esclavos volverían, al amanecer, para dar sepultura á los muertos, y que, entonces, lo enterrarían, con Heyder-Aly, en una misma sepultura.

Entre tan melancólicos pensamientos pasó Ferisha la noche. Hacia, de tiempo en tiempo, nuevas tentativas para volver al cuerpo de su amigo la fugitiva alma; pero no le producian fruto sus fatigas. Absorto en meditaciones, que lo desesperaban, era su estado mas amargo que la muerte, á que se habia generosamente abandonado. Al menor ruido, juzgaba que venian sus verdugos á quitarle la poca vida que le quedaba. Entonces se le disminuia la firmeza; pero no tardaba mucho su grande alma en dominar las desventajas que lo circundaban, constituyéndole insensible á ellas.

Larguísima es una noche quando se

pasa en situacion tan dolorosa. Vino, por fin, el dia; y aquel instante en que la naturaleza parece que recobra nueva vida, introduxó un rayo de esperanza en lo íntimo del alma de Ferisha.

Apenas empezó á distinguir confusamente los objetos, quando el natural instinto, que á todos los animales aconseja su conservacion, le fue guiando sus ojos inquietos hácia quantos parages lo rodeaban. Vió sobre su derecha, como á una media milla, unas malezas espesísimas, á la falda de un monte escarpado; y resolvió inmediatamente aprovecharse de aquel abrigo, que la suerte le ofrecia.

No obstante sus heridas y debilidad, tuvo valor para cargar con mi padre sobre sus espaldas, y para transportarlo hasta el centro de la espesura. Júzguese de su sorpresa y gozo, quando, al descargarse del peso, que tanto amaba, le oyó exhalar un suspiro. Lo sumo del contento le hubiera quitado, en otras circunstancias, el uso de los sentidos; pero, en aquel caso, produjo contrario efecto, pues,

con la alegría, recobró nuevas fuerzas, ó, á lo menos, suplió las perdidas. Sirvióse, entonces, con fortuna, de las aguas espirituosas que le quedaban todavía.

Volvió Heyder-Aly-Kan de las puertas de la muerte. Fue mirando los arbustos que lo rodeaban, sin concebir cómo, ó de qué manera, habia sido transportado á aquel bosque; pero así que vió á Ferisha, quedáron disipados sus temores. Teníanlo tan debilitado sus heridas, que su vida no estaba aun segura. Ferisha sí que mostraba mucho ánimo y fortaleza. Se apartó, por unos momentos, de Heyder, encargándole que lo aguardara en el mismo sitio. No fue la ausencia larga. Volvió anunciando favorables nuevas, con la alegría que brotaba su semblante, porque habia descubierto, en el seno de la tierra, un asilo impenetrable á la iniquidad de sus esclavos; y, sin explicarse mas, fue sosteniendo á mi padre quanto pudo para que anduviese.

Internados ya por las malezas, se halló mi padre en una senda que parecia frecuen-

tada: este caminito lo guió á una caverna, cuya entrada, que era angostísima, embrazaban unos espinos, pero cuyo hueco le pareció espacioso, en habiendo entrado. Tiempo era ya de ponerse en seguro. Ferisha, que salía, de tanto en tanto, á descubrir lo que pasaba en los alrededores, divisó á los esclavos, que venian hácia el parage en que mi padre habia caído, á causa de sus heridas: al verlos, se puso vientre á tierra entre la espesura, y ganó la caverna á gatas, para no ser descubierto de aquellos bárbaros.

Quedó Ferisha largo rato oculto é inmóvil detras de los espesísimos espinos, que tapaban la entrada de su asilo, despues de haber advertido á mi padre, que no hiciese ruido alguno.

Era favorable su puesto para observar sin ser visto. Al través de la maleza, se le presentaba delante la llanura como un quadro espacioso. Vió como los esclavos llegaron á la orilla del riachuelo, en el terreno mismo de la accion. Mostrábanse aquellos pícaros sin sosiego, porque no

encontraban los cadáveres de sus amos, y los buscaban con afanosas diligencias. Algunos de ellos siguiéron la orilla del rio; y, desengañados de que sus pesquisas eran inútiles, volviéron atrás, conferenciaron algunos instantes, y se dirigieron todos juntos hácia las malezas que nos ocultaban.

Ferisha, que era testigo de sus movimientos, fue corriendo á advertir á mi padre del nuevo peligro que le amenazaba; y, sin aguardar su respuesta, se escondieron juntos en lo mas oscuro de la caverna.

Caminaron, por entre las tinieblas, sin llevar camino cierto: presentóseles una galeria estrecha, y se entraron por ella asustados: de nada les importaba mas huir que de la luz del dia. Aquella galeria los conduxo á otra caverna sumamente oscura. Su primer movimiento fue ponerse de rodillas, y dar gracias al autor de todo, que les habia preparado, en las entrañas de la tierra, un refugio contra la ferocidad de los malévolos que los perseguian,

no contentos con haberlos asesinado.

Despues de aquel acto de religion, mi padre, que se hallaba débil, y que lo estaba mas á cada instante, tuvo que echarse en tierra, cuya accion imitó Ferisha poniéndose á su lado. Aquella postura les facilitaba oír hasta el menor ruido.

Algun tiempo despues, resonó en su asilo una especie de zumbido, que, imperceptible al principio, se fue, por grados, aumentando: oyéron, en fin, un confuso rumor, ocasionado por las voces de muchas personas, que hablaban juntas en la primera caverna.

Los diversos ambages que formaba aquel soterráneo inmenso, facilitaban la circulacion de los sonidos. Oyó mi padre distintamente la horrible conferencia de aquellos asesinos, la qual mostraba toda la negrura de sus almas yiles. „Con-
„fesemos, decia uno de ellos, que si nos
„vemos hoy con tanta inquietud es por
„culpa nuestra: la noche pasada los tu-
„vimos tendidos á nuestros pies, y no
„quisimos degollarlos, pudiendo: vivi-

„ríamos seguros en el mundo, asegurados
 „de que nuestra accion, sepultada en la
 „noche de su tumba, no llegaría jamas á
 „la noticia de los hombres.”

Mientras unos hablaban así, otros registraban, sin duda, los recodos de la primera caverna; pero sin atreverse á pasar adelante. Estuviéron los asesinos en la caverna cerca de una hora; y luego se fue disminuyendo el ruido.

De la profunda calma, que se notó muy presto en la caverna, infirieron mi padre y Ferisha que habian quedado solos; pero creyéron que seria imprudencia salir del tenebroso refugio; porque el silencio de los esclavos podia ser un lazo que les armaban. Con justa desconfianza, pues, se mantuviéron ambos reclusos la mitad del dia en el mismo parage y situacion.

Acaso no era solo el miedo la causa de aquella inaccion, que tambien pudo ocasionar el abatimiento y la flaqueza. Hallábase mi padre en tan deplorable estado, que no temia la muerte; porque se le habian enfriado sus heridas, y los agudos

dolores que sentia, le arrancaban suspiros, que no podia contener. Ferisha no tuvo tiempo para curar sus heridas, ni las de mi padre, ni aun tampoco para exáminarlas: y los sumos esfuerzos, que hizo, para salvar la vida á su discípulo, habian de tal manera agotado sus fuerzas, que, no obstante su zelo y su ánimo, que parecia superior á las flaquezas humanas, conocia mi padre que apenas podia sostenerse, y que le ocultaba sus angustias por no desanimarlo. ¡O Dios! exclamó Heyder-Aly; ¿habremos de perecer en el centro de la tierra, por falta de todo auxilio, habiéndonos libertado del hierro de nuestros asesinos?

Estas palabras, pronunciadas maquinalmente, causáron sensacion en el ánimo de Ferisha. Continuaba el silencio en la cueva. Juzgó que los esclavos estarian ya fuera, y que era preciso hacer otro tanto; pero el caso estaba en executar aquella resolucion. Ni él ni su educando podian mantenerse en pie; pero, en fin, á gatas y arrastrando como pudieron, llegaron,

con sumo trabajo, á la entrada de la caverna.

Miraron hácia todas partes, pero especialmente hácia el pequeño campo establecido el día antes para pasar la noche. Estaban los esclavos recogiendo tiendas; y, en todos sus movimientos, daban á entender que iban inmediatamente á partir. Partieron, por último, aquellos pícaros, con todo el botín que se habían repartido.

No era evidente el que la marcha de los esclavos no fuese una trampa armada, para que cayeran en ella sus señores, y para retroceder ellos despues al mismo sitio; pero los temores, con que luchaban Heyder-Aly y Ferisha, pudieron menos que la urgente necesidad de curar sus heridas: abandonaron, pues, el bosque, casi en el momento que los asesinos desaparecieron de su vista.

Como no podían andar, se dirigieron, casi arrastrando, á las orillas del río. Era excesivo el calor. Desnudaronse y metieronse en el agua; y aquel saludable baño disminuyó conocidamente sus dolores:

ninguna de sus heridas fue de gravedad; y así es que curaron totalmente de ellas en poco tiempo.

El corazón de Heyder-Aly se iba dando á la esperanza, quando otra nueva necesidad se manifestó, con tanta mayor violencia, quanto no veia medio alguno de satisfacerla; y esta necesidad fue la de comer. Veinte y quatro horas habia que ni Ferisha ni él habian tomado alimento alguno. El cuidado de su conservacion, que los habia ocupado hasta entonces, no les dió tiempo para pensar en otra cosa, porque aplicó á un objeto solo todas las facultades de sus almas; pero así que se vieron libres de sus aprehensiones, sintieron las crueles acometidas de la hambre. El baño que tomaron aumentó su flaqueza, y los puso en necesidad mayor de reparar, con el alimento, sus fuerzas abatidas. Heyder-Aly estaba absorbido en su mismo despecho, porque ni sabia qué hacerse, ni qué seria de ellos. Ferisha mostraba la firmeza, que no tenia, y procuraba consolarlo. ¿Qué hicis-

teis de vuestro valor? le preguntó. En él encontrareis recursos para superar lo crítico de nuestra situación; y quando, por vuestros pocos años, no alcanceis á conocerlos, ¿no estoy yo al lado vuestro para disminuir vuestros infortunios, tomando parte en ellos? ¿Es, acaso, la muerte un mal tan grande? ¿Pueden los hombres evitarla? Es una deuda que todos los seres animados contraxéron al nacer. El hombre sabio la paga sin murmurar. Pero, ¿por qué hemos de estar condenados á morir en este desierto? En los lances, que parecen desesperados, es quando se complace el cielo en enviar socorros á la virtud. El mismo que nos arrancó de los brazos de la muerte, que nos tenia asegurados como presa suya, puede preservarnos, de nuevo, con medios que no alcanzamos. La noche pasada huímos de los puñales de nuestros asesinos; y acaso Hussein habrá logrado igual felicidad. Si este amigo generoso no ha muerto (como podemos presumirlo, pues no hallamos su cuerpo en el parage donde

lo vimos caer), sin duda que está buscando, para él y para nosotros, los socorros que nos faltan: no lo dudeis: no tardará en aparecerse, y su llegada será el término de nuestras desventuras.

XXXI.

Diciendo así, llevó Ferisha á mi padre á la caverna donde los llamaba la proximidad de la noche. El hambre les hizo notar, que los arbustos que iban atravesando, para entrar en el soterráneo, estaban coronados de algunos frutos silvestres, de los que comieron con ansia. Aquella inesperada comida les proporcionó mejor noche que aguardaban. Despertaron por la mañana vigorosos, y con esperanzas, y salieron del soterráneo al salir el sol. Desayunáronse entre las matas, y llegaron á la orilla del rio, discurrendo sobre que camino les convenia tomar.

El de Hispahan se les presentaba na-

turalmente , y era el mas ventajoso ; pero lo habian tomado los esclavos , y el seguirlo era arriesgarse á caer en sus manos , sin contar lo dificultoso que se hacia proveerse de viveres en el desierto. Determináronse á seguir el curso del rio, sobre cuyas orillas podria encontrarse alguna habitacion , y á baxar hácia el golfo Pérsico , que no debia estar distante.

He observado que el desierto de Zend no está enteramente desierto. Se encuentran en él algunas pobres chozas, aunque muy distantes unas de otras , y esas es menester buscarlas á la orilla de los rios.

De quantos tesoros sacó mi padre de Delhy , no le quedó mas que un cinturon , guarnecido de preciosa pedreria , un diamante de mucho precio , y algun dinero en su bolsillo y en el de Ferishá. Aquellos restos eran un recurso admirable ; pero se necesitaban hombres en quienes emplearlo. Camináron el espacio de tres millas con esta esperanza ; y , al fin, columbráron un grupo de árboles plantados en un recodo á las orillas del rio,

en donde pensáron ambos viageros que estaba el término de sus trabajos. Era un bosque inhabitado ; pero , entre los árboles , que lo componian , descubriéron naranjos, cocoteros y palmeas. Aquella vista disminuyó el pesar que les habia causado su error. Entráron luego en un valle, donde se disputaban , á porfía, la preferencia todas las hermosuras del campo. Lo encantador de aquel lugar, el delicioso alimento que ofrecia , y el excesivo calor que experimentaban , induxo á los dos viageros á no continuar mas sus pesquisas lo restante del dia. Sentáronse al pie de un árbol , que les formaba una especie de cenador impenetrable á los rayos del sol. El riachuelo , que delante de ellos serpenteaba , daba riego á un prado esmaltado de flores , circuido de árboles de especies diferentes , cuyo desórden formaba un todo embelesador. Las colinas, que circundaban aquel valle , y que parecian puestas adredemente por la naturaleza , con designio de ocultar aquel delicioso retiro , les tapaban las abrasadas

peñas que acababan de recorrer.

Aquellas bellezas locales hirieron la imaginacion de Heyder-Aly, que, por sí misma, era ya sobradamente fogosa, y le inspiraron el extraño proyecto de acabar sus infortunios, pasando lo restante de su vida en la morada sencilla y rústica, adonde lo conduxo el acaso. Aquí disfrutaré en paz, se decía interiormente, de un cielo sereno, y de una tierra fecunda, apartado de los vicios que desfiguran á los hombres.

Así reflexionaba, entre tanto que Ferisha, puesto de centinela sobre la colina mas alta, procuraba descubrir alguna casa á lo lejos, y calculaba tambien si podrian pasar la noche seguros baxo aquellos árboles. Tomaron el último partido.

Entre los árboles, que los rodeaban, escogieron tres bananos copadísimos, distantes unos de otros cosa de doce pies, cuya reunion formaba un triángulo. Sus ramas, que se cruzaban, y baxaban por todos lados hasta la tierra, representaban una cabaña abierta por tres partes. Re-

solviéron, pues, cerrarla lo mejor que pudiesen.

Derribaron, con sus cimitarras, muchas ramas de los árboles inmediatos; y, quando tuviéron suficientes, hincaron en tierra algunas, en forma de pies derechos, muy arrimados unos á otros. Hecho este trabajo, sujetaron groseramente las ramas, y emplearon otras mas pequeñas y flexibles, para entrelazar con las primeras, y dar alguna solidez á la obra. En poco tiempo quedó preparada una cabaña muy bonita, cuya figura era próximamente ovalada. Ferisha acomodó una abertura estrecha, y se precavió, con ramas, para taparla, luego que estuviese dentro con su discípulo.

Ambos creian pasar una noche sosegada. El alimento que habian tomado, sano, agradable y succulento, en comparacion del que se vieron precisados á tomar el día antecedente; una cama, compuesta de hojas de árboles, en una casita bastante cómoda; y la certeza de que no les faltarian víveres ni abrigo; todas es-

tas probabilidades se reunian para prometerles una noche quieta. Ya sus párpados empezaban á cerrarse , quando hirieron súbitamente sus orejas unos gritos agudos y repetidos. Escucháron atentamente , y se convencieron de que los aullidos , que atronaban el valle , eran de un tigre , que no estaba lejos. Conjeturáron , que , junto á ellos , se daba alguna batalla , en que aquel animal era víctima. El frágil tabique , que cerraba su habitación , no era á prueba de los esfuerzos de tan temible quadrúpedo ; y , por otra parte , el interés de su conservación les obligaba á descubrir la causa de los horrendos quejidos del tigre , cuya violencia iba en aumento. Subiéronse , pues , sobre uno de los árboles , que servian de techo á la cabaña , armados con sus cimitarras.

Desde allí viéron , á la escasa luz de las estrellas , un tigre de enorme magnitud , que se revolcaba sobre la yerba , haciendo contorsiones horribles , y dando , de tiempo en tiempo , prodigiosos botes.

Parecia que estaba solo aquel animal. Propuso mi padre á Ferisha baxar , y dar sobre él espada en mano , con tanta mayor confianza , quanto se mostraba debilitado por las heridas , ó por los dolores agudos.

Baxaban ya , quando un penetrante silbido trocó su resolución , descubriéndoles el misterio de la riña. Pusieronse á examinar al tigre con mas cuidado , y conocieron que estaba estrechamente ceñido por una serpiente de desmesurada grandeza , que se le habia enroscado al cuerpo , y que arrancaba al bruto lastimeros aullidos , acribillándolo de heridas.

Ya no pensáron en abandonar su asilo , meditando , con horror , en que la parte meridional de la India encierra serpientes de la corpulencia de un hombre , y algunas tienen quarenta pies de longitud. Estos animales espantosos saltan sobre los árboles copados , desde donde se lanzan rápidamente sobre su presa. Temblaban al pensar el riesgo en que se habian visto de ser pasto de aquel monstruo , si la

casualidad lo hubiera dirigido hácia el bosque que les servia de guarida, donde no hubiese encontrado otro alimento.

Empezaba ya á debilitarse el tigre: sus aullidos ménos penetrantes, sus botes no tan elásticos, sus movimientos ménos determinados y rápidos, todo esto junto era indicio de que iba á espirar; y, en efecto, dexó de defenderse; pero, de pronto, crecieron sus aullidos con suma violencia, y dió tan maravillosos saltos, acercándose á la enramada que contenia á los dos observadores, que temieron que se lanzase al árbol que los ocultaba.

No extrañarán sus temores los que tengan noticia de la flexibilidad y ligereza de los tigres. Por fortuna, aquellos esfuerzos extraordinarios que hacia el monstruo, por huir de su enemigo, eran los últimos é inútiles movimientos de un animal robusto, que lucha con la muerte, y reúne lo restante de su fuerza para evitarla; mas no tardó en morir, yendo á caer á treinta pasos del bosquecillo.

Celebró la serpiente su triunfo con un

largo silbido que resonó en el bosque. A esta señal (que lo fué sin duda) acudió otra serpiente menor que la primera: venia arrastrando sobre los dos tercios de su cuerpo, con la cabeza levantada: en un momento llegó á su compañera, que la aguardaba, y entre las dos devoraron al tigre.

Fácilmente se pintará qualquiera la situacion de ambos espectadores mientras aquella escena. Dos horas habia que estaban encaramados sobre el árbol; y aunque su postura era incomodísima, no osaban moverse, temerosos de que el mas leve ruido descubriera su asilo á los dos monstruos que tenian á la vista. Notó Ferisha que mi padre se desvanecía, y, temiendo que se le fuese la cabeza, y cayera del árbol, le hizo seña de que baxase con el menor ruido posible; y, sin perder un instante, se baxaron por la parte opuesta adonde estaban comiendo las serpientes, y caminaron, con celeridad, hasta que se viéron fuera del valle en campo descubierto, á mas de

una milla del rio. Entonces tomaron algun reposo.

Disipábanse insensiblemente las sombras de la noche, y un ligero crepúsculo empezaba ya á dar color á los objetos. El dulce despertar de la naturaleza acaloró los espíritus de Heyder-Aly, y lo vigorizó para seguir á Ferisha, que le instaba á continuar el camino hácia la mar, costeando el riachuelo. Presto perdiéron de vista el valle, que les causó mas susto que recreo; pero diéron con nueva dificultad. El rio que los guiaba se perdió en un boqueron al pie de una roca. Esperaba Ferisha, que, siguiendo la misma direccion, volverian á encontrarlo; pero no diéron mas con él.

Quedáron perplexos con suceso tal; porque no era posible internarse, sin exponerse á morir de hambre y de sed. Sabia muy bien Ferisha, que la mar no estaba lejos; pero la ocultaban unos montes altísimos: resolvieron, pues, volver atras.

El calor era sumo; y se hallaban co-

mo unas seis millas distantes del valle donde habian pasado la noche: el hambre los dirigió allá segunda vez; pero así que apaciguáron la necesidad urgente, que los habia arrastrado, como á su pesar, hácia aquel fatal sitio, aumentó el espanto sus fuerzas, y los recondujo á la caverna. Cargáron con quantas naranjas y cocos pudieron llevar; y, asegurados con aquellas provisiones, no hicieron al otro dia mas que pasearse á lo largo del rio.

Al dia siguiente, juzgó Ferisha, que su discípulo habia menester descanso, y, por tanto, le propuso que se quedara solo en las cercanías de la caverna, mientras él costeaba el riachuelo una docena de millas, esperanzado en hacer algun descubrimiento feliz. Desechó mi padre el consejo de su amigo, á quien inspiraba algun espíritu superior, y perdió la ocasion de encontrar á Hussein.... Pero, acaso, ¿podia adivinar lo futuro? Débiles humanos, ¿conoceis los caminos que guian á la felicidad? Con el auxilio de la ra-

zon, que os gobierna en vuestra marcha insegura, vais vagando por sendas tortuosas, siendo el acaso el conductor que lleváis delante.... Ferisha era el único bien que le quedaba á mi padre: ¿cómo, pues, habia de separarlo de sí? Lo acompañó, fuéron sus diligencias inútiles, y solo consiguiéron volver cansadísimos.

Al llegar á los arbustos que circundaban la caverna, divisó Heyder-Aly sobre la arena las huellas de un hombre, que, por distinto camino que el nuestro, iba á parar al mismo punto. ¿Era algun enemigo ó algun desventurado viagero, que participaba, como ellos, de los rigores de la mala fortuna?... En qualquiera de estos casos, un hombre solo no era temible. ¿Si será Hussein?... Sí, Hussein es, gritaron á un mismo tiempo Heyder y Ferisha; y corrieron juntos á la caverna, no dudando encontrar en ella á su compañero. En vano lo buscaron. El eco repitió, en el soterráneo, el nombre de Hussein; pero Hussein no lo oyó.

Al apuntar el siguiente dia, anduvo

Ferisha, cerca de una hora, sobre las huellas que habian advertido la víspera; pero las perdió entre las arenas; y aseguró á su discípulo, al volver, que Hussein no estaba lejos; y que, permaneciendo algun tiempo en el parage mismo, lo encontrarían infaliblemente.

Tomada esta resolucion, trataron de procurarse aquellas comodidades, que daba de sí el desierto. El fértil valle, que producía frutos en abundancia, solo distaba cinco millas. Heyder y Ferisha lo visitaban freqüentemente, y se trajan á su caverna varias cosas. La industria es hija de la necesidad. Construyéron un carrito, con ramas entretexidas, y sujetadas con cuerdas hechas de cortezas. Aquel carruage les sirvió para llevar á la caverna frutas que los alimentasen, y hojas que les sirviesen de cama; y las ramas de los árboles les sugirió la idea de cortar los espinos, que cegaban la entrada de su habitacion, para cercarla con una empalizada fuerte.

Dos semanas pasaron con bastante so-

siego, en aquella soledad. Ferisha halló tambien modo para pescar; mas, al cabo de algunos días, se les acabó la esperanza de hallar á Hussein; y acudieron los cuidados punzantes á perturbar la paz que gozaban.

XXXII.

Un día, que el mal tiempo les detuvo en la caverna, determinaron, para disipar el tedio, exâminar todas sus sinuosidades. Para esto hicieron amplia provision de ramas de pino resinoso, á fin de alumbrarse con luz clara. A favor de esta especie de antorchas, sembradas en su camino, y de las que llevaban muchas, se metieron por las entrañas de la tierra, y, andando á paso largo, atravesaron muchas diversas grutas, las unas separadas por galerías, y las otras por vestíbulos ó gabinetes. Las magestuosas bellezas, que veian en aquel inmenso palacio, formado por mano de la naturaleza, les hi-

cieron no reparar en la disminucion de sus ramas de pino, y en no pensar en la vuelta, hasta que la luz se les apagó en las manos.

De espacio en espacio habian puesto ramas encendidas para dirigirse al salir; pero, por desgracia, se extraviaron en aquel laberinto; de manera, que ambos viageros se encontraron vagantes y desatentados entre tinieblas espesísimas. Sobradamente tarde se arrepintió Heyder de su curiosidad indiscreta, y tanto por el terror, quanto por el cansancio, se vió precisado á sentarse para tomar algunas fuerzas. Mil veces habia invocado la muerte; pero en aquel instante la temió, porque su llegada no estaba lejos. ¡Tanto tiembla el hombre de su próxima destruccion! Ferisha, cuya serenidad era inalterable, le reduxo á que se esforzara de nuevo para salir del peligro. Heyder lo siguió sin esperanza.

XXXIII.

Oyeron un ruido sordo, á manera de un horroroso zumbido. Continuaron andando, y tambien aumentándose aquel espantable bramido. Ya Heyder tenia por cierta la muerte, quando entrevió una confusa claridad, y entonces entró la esperanza en su alma. La luz se aumentaba, á medida de como se acercaban á ella. Por último, se libertaron los viageros de aquellos caminos soterráneos, y volvieron á ver el cielo. Su pasmo fue sin igual al verse á la orilla del mar, cuyas olas, agitadas por una tormenta, causaron el ruido que los asustó en la caverna.

Formaba aquella costa una horrida perspectiva. Descubriase solamente una cadena de montes inaccesibles, picos agudísimos, rocas desnudas, amontonadas unas sobre otras, de manera, que muchas de ellas se presentaban suspendidas maravillosamente: separábanse entre sí por me-

dio de espantosos precipicios, y de barrancos profundos, que parecian como resultados de algun terremoto: sus lados estaban casi perpendiculares, y sus bases indicaban penetrar hasta la raiz de las montañas. Acaso no hay sobre el globo un sitio tan melancólico y áspero como aquel.

Siguiéron Heyder y Ferisha la orilla del mar sin determinada intencion; y á poco, divisaron una muger, que baxaba de las montañas. Sirvióse Ferisha de la lengua persa, que hablaba con facilidad, para implorar su auxilio, y tomar noticia de la situacion de las costas. No se engañó, porque se hallaba sobre el golfo Pérsico, á quince leguas de Diu; pero la extranjerá añadió, que no podian ir á aquella ciudad por tierra, costeando el mar, porque las peñas, que circundaban la playa, llegaban hasta el mismo mar, á pocas leguas de donde se hallaban. Preguntóla Ferisha el camino que podrian tomar para llegar á Diu, dándola á entender que aquel era el término de su viage. Quantos pro-

pusó parecieron impracticables, porque era preciso trepar, entre horrendos precipicios, por unas rocas, cuya aspereza bastaba á desanimarlos. Dudosos estaban Heyder y Ferisha sobre qué partido habian de tomar, y además muy decaídos por la urgente necesidad de alimento; y así, suplicaron á aquella muger, que los recibiese en su habitacion para pasar la noche en ella.

XXXIV.

Escrito está en el *Vedam*, que la franqueza y la generosidad fueron echadas de las ciudades por la concupiscencia y por la avaricia, y que se refugiaron á los montes inhabitados. Mi padre verificó esta verdad en los amistosos socorros de aquella muger.... Seguidme, les dixo, desventurados extrangeros, que yo os llevaré á un parage, que, sin duda, os sorprenderá.

Costearon la orilla del mar el espacio de dos millas, hasta la embocadura de

un riachuelo. Siguiéronlo agua arriba con su guia, y, de allí á poco, entraron en un valle, si puede llamarse así, una abertura entre dos peñas, no mas ancha que el riachuelo sobre que se veían precisados á caminar: eran las dos rocas tan altas, y estaban tan juntas, que apenas los viageros podian descubrir el cielo.

Después de haber andado una hora, se apartaron del rio para seguir una senda, que se presentaba en la hendedura de una roca. Era tan empinada la subida, que tuvieron que ayudarse con las manos para seguir á su conductora, que corria por aquellas asperezas tan veloz como una cabra montés.

Aumentóseles el sobresalto al llegar á la cima de un peñon. No tenia quatro pies de ancho el camino que habian de andar: á un lado estaba una montaña, cuya cúspide se perdía entre las nubes; y al otro, se veía un precipicio, en cuyo fondo apenas se divisaba el riachuelo. Era indispensable caminar por aquella cornisa. Iban poniendo las plantas sobre las

mismas huellas de su guía, quien les advirtió, que no mirasen al río, sino que tuviesen fixos los ojos sobre la peña andando con tiento. A la salida de aquel mal paso, era el camino ya mas transitable.

Ya empezaba mi padre á arrepentirse de haberse imprudentemente empeñado; y el mismo Ferisha mostraba algunas señales de inquietud, quando, al doblar la punta de una roca, se presentó á sus ojos un deliciosísimo país. Paróse su conductora algunos instantes, para gozar ella misma de la agradable novedad, que tenia embelesados á los viageros.

XXXV.

Dióles luego prisa á que anduvieran, para llegar á su casa antes de acabarse el día. La dulzura de su rostro, y la benignidad con que los acogió en la orilla del mar, convidaron á Heyder y Ferisha á que la preguntaran, ¿qué país era el

que estaban viendo? Luego os lo diré, les respondió sonriéndose: contentaos hoy con saber, que ese valle, cuya hermosura os maravilla, está habitado por gentes, que son dignas de tan halagüeña morada. Allí disfrutareis la felicidad, de que, en qualquiera otra parte, estan privados, porque no abrazan mas que su imagen fugitiva. Dichosos sereis, si la inconstancia no viene á perturbarla; porque esta es el único enemigo que teneis que temer en aquel retiro, totalmente separado de lo demás del universo.

Lloro la pérdida de un jóven, merecedor de mejor suerte, á quien encontré, habrá un mes, en el parage mismo que á vosotros. ¡Qué infeliz estaba! Movida á compasion, le ofrecí el asilo que me habeis pedido. Mis compatriotas lo recibieron gozosos, y procuraron disipar sus pesares; pero no habia cosa que lo distraxese de su melancolia: sentado sobre aquella peña, que veis á vuestra derecha, pasaba los días mirando tristemente hácia la mar.

Gané su confianza con la hospitalidad que le dí, y supe de él, que la fortuna lo habia separado de algunos amigos, y que estaba resuelto á encontrarlos, ó á morir. Admiré la constancia de aquel hombre virtuoso: supe circunstanciadamente las desventuras que lloraba; y llegué á esperar que el tiempo daría algun consuelo á su alma: pero ¡ay! ¡nos dexó! ¿Qué no hice para que se quedara con nosotros? Me ha dado el cielo una hija amable; y confieso, que me hubiera tenido por dichosa entre las madres; si hubiera querido aceptarla por esposa, y fixar su residencia en este valle.

Con esta narracion, se arrasaron involuntariamente de lágrimas los ojos de Ferisha y de Heyder. Lo parecido de la suerte de aquel extranjero á la suya, los enternecía, sin saber aun que Hussein era, en tal momento, la causa de su sensibilidad. Caminaban, no obstante, por entre grupos de cocoteros, palmeras y banános. Luego descubrieron la poblacion, compuesta de unas cincuenta casas, que, á lo lejos,

parecian sumamente bonitas. La conductora les señalaba hácia su casa, y les decia: Ved allí nuestra morada: ved allí la morada pacífica, donde, sin temer las dobleces de los hombres, ni los crueles juegos de la fortuna, pasamos una vida libre de penas, y acompañada de inocentes placeres. La tierra, que no pide mucho cultivo, nos prodiga sus dones; con que así, gozareis de la misma felicidad, y aumentareis la nuestra participándola.

Finalmente llegaron á la casa de Zulmira, (que así se nombraba la conductora): fuéron presentados á los extranjeros su marido y dos hijos, varon y hembra. Su marido (llamábase Luzein) parecia un hombre de buena edad, y aun con ciertos rasgos de juventud en su fisonomía; pero Heyder supo, con admiracion, que era hombre de edad avanzada. Recibió á sus huéspedes con aquella franqueza generosa, que nosotros apenas mostramos á nuestros mayores amigos. Sirviéron á los recién llegados una comida aseada y frugal, compuesta de frutas y pescados; las frutas se presentá-

ron en canastillos de juncos, delicadamente trabajados, y el pescado se puso en unas hermosas conchas, sirviendo de platos las mas pequeñas. Acabada la cena, fuéron llevados á una celdilla, que se les destinó. Sus camas eran unas hojas de árboles, cubiertas con pieles de cabras monteses.

Impaciente estaba mi padre por verse solo con Ferisha. Quanto habia pasado desde su salida de la caverna le parecia cosa de encanto; pero, acaso, podian ocultarse espinas baxo las flores. Ferisha, que conocia bien los hombres, le aseguró de que sus temores no eran fundados, y de que la única cosa que podía temerse de parte de aquel pueblo caritativo era, que, deseoso de librarlos de nuevas desgracias, no les impidiesen su vuelta á la India, quando llegara la ocasion.

Cayó la conversacion sobre aquel jóven, cuyas aventuras eran tan semejantes

á las suyas. Las combináron, y observó Ferisha, que el tiempo en que aquel extranjero fué acogido por Zulmira en las orillas del mar, era cabalmente el mismo en que ellos viéron impresas las huellas de un hombre en las cercanías de la caverna.

Entonces abriéron los ojos. Conociéron que podia haber sido Hussein el que, deseoso de unirse á ellos, habia llegado hasta la gruta en que ellos habitaban. Sospecháron que aquel amigo generoso habia advertido tambien sus huellas; pero que, no pudiendo distinguirlas de las de algun enemigo, cuyo encuentro debia huir, se habia metido por las sinuosidades del terreno, de las que habia salido con igual felicidad que ellos mismos. ¡Quánto les pesó á Heyder y Ferisha haberse separado aquel dia del soterráneo! Pero ¿está en manos del hombre preveer tales sucesos? Lo que se llama sabiduría en los humanos es una serie de circunstancias felices. Resolviéron, pues, informarse puntualmente de las particularidades, de la llegada y de la partida del extranjero, del camino que habia tomado,

de su nombre, de su país, y de quanto podia ilustrarlos sobre su suerte.

Al día siguiente, al salir de su casa, encontraron á Zulmira, que iba á informarse de como habian pasado la noche. Propúsoles un paseo hácia un vergel contiguo á su cabaña; y, luego que les hubo mostrado menudamente sus delicias, instó á sus huéspedes para que fixasen su residencia en aquel valle.

Conocio entonces mi padre que Ferisha tenia razon en conjeturar que lo único que debian temer en aquel sitio embelesador, era el ser detenidos á su pesar; pero, no obstante, Hussein habia salido. A pesar de esta reflexion, se puso involuntariamente melancolico y pensativo; y Zulmira lo advirtió, y le preguntó el motivo, con un modo tan agasajador, que Ferisha (temeroso de que mi padre se pasara) tomo la palabra, y dixo así:

Os portais de manera con nosotros, generosa Zulmira, y es tan grata la oferta que nos haceis de admitirnos en el número de los dichosos habitantes de esta

tierra encantadora, que moveria al agradecimiento aun á los mas insensibles corazones; pero no está en poder nuestro aceptar esta dicha que nos ofreceis: nos llaman á otros climas unas órdenes imperiosas: vos fuísteis la confidenta del pobre extranjero, cuya partida llorais: nosotros somos los amigos que él buscaba: sin duda que os contó el atentado horrible de nuestros esclavos: Hussein nos cree muertos: es obligacion nuestra desengañarlo.

Ayer nos dixisteis, que solo distábamos quince leguas de Diu, capital de la provincia de Zend: con una barquilla que tuviéramos, abordaríamos á aquella ciudad, donde, no hay duda, que tendríamos noticia de nuestro amigo.

¡Quánto gusto tendria yo en proponerlos lo que me pedis! contestó Zulmira; pero sabed, que aunque me encontrasteis en la orilla del mar, y aunque baxamos algunas veces á pescar, no por eso tenemos barca alguna, sin embargo de lo útil que nos seria: creemos que si

tuviéramos barcos , dariamos á entender que este pais está habitado , y , desde entonces , ya no viviríamos seguros.

El desierto de Zend , que nos circunda , está infestado por muchas tropas de ladrones chaliatos y árabes , que rondan continuamente para hacer esclavos. Quando tienen ya un cierto número , vienen á la orilla del mar , por un horrible soterráneo , cuyas vueltas y revueltas conocen ellos solos. Allí campan hasta la llegada de los baxeles de su nacion , que aparecen sobre aquella costa dos veces cada año. Venden los árabes sus esclavos , y luego que dan á la vela los navíos , dexan la playa para volver á sus correrías.

A fuerza de experiencias , conocemos , sobre poco mas ó menos , el tiempo de la aparicion de los baxeles árabes ; y entonces , uno de nuestros compañeros sube cada dia á lo mas alto de las rocas , que coronan el valle , y avisa á la colonia de la llegada de los extrangeros : nos mantenemos muy encerrados en nuestro retiro

todo el tiempo que ellos ocupan la costa , y no salimos hasta muchos dias despues , que , desde la cima de las peñas , hemos visto que los Arabes han desaparecido de la costa : entonces baxamos , como queremos , á la orilla del mar , que es abundantísima de pesca , y cada qual se ocupa en ella por tiempo de tres meses.

Ademas de que si el extrangero , que se separó de nosotros ocho dias ha , es nuestro amigo , no es en Diu donde debéis esperar hallarlo , porque él navega sobre este vasto Océano , en uno de esos grandes navíos , que vienen desde las extremidades del occidente á comprar telas á las costas de Coromandel y de Bengala. Ayer os dixé , que Hussein pasaba los dias enteros sobre la orilla del mar. Un dia le ví volver mas contento que acostumbraba. Alegréme de aquella mudanza , y , al instante , le pregunté el motivo , y supe que era haber visto un navio , que ceñía hácia la costa , y que queria aprovecharse de aquella ocasion , para ir en busca de otros climas en que pudiese concebir esperanzas

de volver á su patria, y de socorrer á sus amigos. No pude menos que aplaudir, en mi interior, el generoso designio que le inspiraba; pero, por lo mismo que conocía yo su buen modo de pensar, sentía, con mas dolor, su pérdida, y admiraba mas su nobleza. Con todo eso, no le di consejo alguno indigno de su valor. Yo no conocí el navío que alcanzó á ver Hussein; pero podia muy bien ser Arabe, y haber encontrado en él vuestro amigo una amarga esclavitud, en vez de la hospitalidad que solicitaba. Convencle, no sin trabajo, á que no baxase al mar hasta el otro dia, y mi marido le prometió acompañarlo, con algunos de nuestros jóvenes, para defenderlo, si lo insultaban.

Estas precauciones (que no podíamos tomar sin exponernos á descubrir nuestra habitacion) fueron, por fortuna, inútiles. Subió mi marido, al amanecer, á una roca, desde la qual se descubria mucha extension de mar. El navío extranjero estaba anclado á una media milla de la costa. Mi marido conoció, que aquel

buque era europeo, porque habia visto otro semejante quando era mozo. Lleno de alegría Hussein, corrió á la orilla del mar, y le vimos embarcar en la chalupa del navío, llevándose nuestro buen deseo, y nuestra pena. Al tiempo de su partida, me entregó una carta, escrita en un idioma que no entendemos; y me rogó, que la conservase, y presentase á los que el acaso traxese á estas playas. La leereis, y encontrareis regularmente en ella noticias que podrán tranquilizaros.

Entráron en la cabaña, donde Zulmira entregó á Ferisha la siguiente carta, escrita en la antigua lengua hanscréta.

„Vos, qualquiera que seais, á quien el „acaso, ó la eleccion, hubiere traído á „este valle, sed confidente de mis des- „venturas. Heyder-A y-Kan iba á la Cor- „te de Persia, por mandado de su padre. „Los esclavos, que lo acompañaron, de- „termináron quitarle la vida, y robarle „sus equipages, en medio del desierto de „Zend. El sabio Ferisha, y yo, teníamos „la comision de acompañar á este Prín-

„cipe, á quien defendimos hasta el ex-
 „tremo de dar por él nuestra vida. A
 „fuerza de golpes, caí en el suelo, á pre-
 „sencia suya, sin conocimiento. Ignoro
 „qué consecuencias tuvo la pelea.

„Fuí volviendo, poco á poco, en mi
 „acuerdo, y me hallé solo. Anduve to-
 „da la noche, no obstante mis heridas
 „y flaqueza, sin llevar camino cierto, es-
 „peranzado en que me encontraría en la
 „llanura con mis dos ilustres compañeros.
 „¡Vanas esperanzas! Viéndome, pues, re-
 „ducido, por la hambre, á la mayor ex-
 „tremidad, me metí en un inmenso so-
 „terráneo, creyendo meterme en un se-
 „pulcro. Registré, sin susto, los escon-
 „drijos mas tenebrosos; pero, no sin ad-
 „miracion, divisé otra salida en la ca-
 „berna donde aguardaba la muerte, y
 „me hallé en la orilla del mar. La gene-
 „rosa Zulmira, que estaba pescando en
 „ella, me traxo á esta morada deliciosa.
 „Huyo de sus brazos, deseándola cordial-
 „mente la felicidad que no tengo. Me
 „embarco sobre un navío frances, anhe-

„lando llegar á mi patria, para volver á
 „buscar á Heyder-Aly por todas las cer-
 „canías del desierto de Zend.

„Si, por ventura, una felicidad, igual
 „á la que guió mis pasos á este hala-
 „güeño asilo, guiare tambien á él á Hey-
 „der ó á Ferisha, pueden aguardar aquí
 „mi vuelta.”

 XXXVII.

Leida esta carta, ya no se habló mas
 de ir á Diu. Ferisha, que hablaba la len-
 gua persa con mas facilidad que Heyder-
 Aly, dió á Zulmira aquella noticia, que
 le causó un grandísimo placer. La tierna
 Zulmira vertió lágrimas de gozo, al sa-
 ber que volvería Hussein.

Desde aquel mismo dia, contó Luzein
 á sus dos huéspedes entre los individuos
 de su reducida familia; y, en los dias si-
 guientes, recibieron visitas de los princi-
 pales habitantes, de quienes fueron aco-
 gidos con el mayor afecto. Aquellas gen-
 tes honradas les regaláron pescado, puesto

á secar al sol, raíces, arroz y frutas.

Namur, hijo de Luzein, era un mozo de veinte y cinco años, alto, bien formado, de bello aspecto, y de grande alma. La narracion de las desgracias de Heyder-Aly se le habia grabado tan hondamente en su alma, que, en quantas ocasiones podia, le mostraba lo sensibles que le eran. Fuéron, desde entonces, inseparables, y faltó poco para que la fiel adhesion, que á mí padre tenia, le costase, en lo sucesivo, su libertad.

Zulia, hermana de Namur, iba á entrar en los quince años. Zulmira no lisonjeó mucho el retrato de su hija, diciéndonos que era amable. La naturaleza depositó en ella quantas gracias y prendas pueden desearse en una muger. La inocencia y el candor se echaban de ver en su cara, que era magestuosa y noble, con bella boca, y ojos hermosísimos. La blancura de su tez era mayor, en contraposicion de su negro pelo. Sus miradas eran tiernas y vivaces, su compostura sencilla y natural, su voz dulce y flexible, su

talle gallardo, y su porte muy señor. La hermosura era la menor de sus perfecciones; y á todo aquel admirable conjunto de prendas corporales, animaba un alma bella y generosa.

Esta preciosa jóven amaba á Hussein; y se lo habia confesado á su madre, porque no se acostumbraba á la ficcion en un pais donde la libertad era el feliz distintivo de sus habitantes. Porque supo esto Zulmira, y porque amaba muchísimo á su hija, hizo quanto pudo para que Hussein no se fuera del valle; y de esto procedió aquel gozo que tuvo, quando la dixéron, que habia de volver Hussein. Esta misma noticia causó en Zulia vivísima conmocion. Lisonjeábase la tierna amante de que el amor tenia alguna parte en el regreso de Hussein. ¡Halagüeña idea, que calmaba su dolor, é introducía en su alma la serenidad y la paz!

XXXVIII.

Pasaron un año en aquel retiro Heyder-Aly y Ferisha. Lo que supieron de su organizacion interior es tan curioso, que no puede menos de agradar su relacion.

Ya he notado, que el desierto de Zend está cortado por una cadena de montes, que son parte del Imaus, y se extienden desde Candáhar hasta el golfo Pérsico. Aquella cadena se abaxa en muchos parages; pero sobre las orillas del mar (desde Diu hasta las bocas del Indo, donde aquellas montañas se juntan á las de los Gates, que dividen la península del Indostan,) son escarpadísimas, y de tan desmedida altura, que, no obstante hallarse situadas cerca de la zona tórrida, estan sus cúspides cubiertas de una nieve tan antigua como el mundo.

Aquel país agreste, que solo parece apto para guaridas de fieras, contiene muchos valles, y algunos agradables y espa-

ciosos, como aquel en que mi padre estuvo un año. Por ocultarlo á lo demas del mundo, hizo la naturaleza su acceso sumamente escabroso. Solo por el camino que tomó puede llegarse á él. Para atreverse á entrar en tan escabrosa senda, es menester tenerla conocida. Por eso fué casual el descubrimiento de aquel valle.

Su longitud es de quince millas, sobre seis en su mediana latitud. La imaginacion mas florida podria dificilmente pintar un paisaje tan magnífico. Todo quanto los poetas y romancistas han dicho, para describir un país delicioso, se ve realizado en este. La llanura se parece á un extendido jardin, cortado por infinitos arroyuelos, de agua límpida, los cuales, despues de haber formado muchas cascadas, cayendo estrepitosamente desde los montes, serpentean por una inmensa pradería esmaltada de flores. Y aquellos arroyuelos, con los varios rodeos que hacen para retroceder, van como publicando, que se apartan con disgusto de aquel sitio encantado, para tomar el camino del mar.

XXXIX.

Treinta años no mas había que estaba habitado aquel país, quando su buena estrella conduxo allí á mi padre. Muchos de los fundadores de la colonia vivian aun; y el suceso, que allá los llevó, es de los mas extraordinarios.

Unos comerciantes de Diu equiparon un navío para comerciar sobre el golfo de Bengala. Apenas salió del puerto, quando, combatido por la borrasca, naufragó en la costa, pegando contra unas peñas, y quedó sumergido todo el equipage y las mercaderías. De treinta y cinco personas, que montaban el navío, contando algunos pasajeros, que se habian de ir desembarcando, solo se salvaron siete, quatro hombres y tres mugeres, que las olas del mar arrojaron á tierra, á la entrada de la noche. Así que se vieron sobre la arena, fué tanto el gozo que sintieron de haber librado sus vidas, que no les permitió

pensar en lo que habian perdido, ni en los riesgos experimentados. Subiéronse á las peñas, y aguardaron á que la vuelta del sol les manifestase, qué suerte les habia cabido. Pero la tempestad, que acababa de sumergir á sus compañeros, y de quebrantar su nave, continuaba con tal violencia, que arrojó á la orilla el despedazado baxel; y á esto debieron la conservacion de su existencia.

Al amanecer, descubrieron las reliquias de su embarcacion sobre la playa. La necesidad los acercó: sacaron víveres; pero no encontraron vivo á ninguno de sus compañeros. Hízoseles preciso buscar algun parage habitado para pedir auxilios. Practicaron penosas correrías; pero fué mucha su admiracion, quando se cercioraron de que el arenal, donde los habia arrojado la suerte, no tenia salida alguna. En los primeros instantes de su despecho, envidiaron á sus compañeros la muerte; pero, calmada su consternacion, trabajaron unánimes en conservarse las vidas, que habia respetado el mar.

Fixáronse en la embocadura del riachuelo, que termina la llanura por la parte del oeste. Prefirieron aquella situacion, á causa del agua dulce que necesitaban, y de los arbustos que producía el terreno. Determinaron habitarlo. Hombres y mugeres pusieron mano á la obra, y, sirviéndose con economía de los fragmentos de su nave, fabricaron, en poco tiempo, tres casas bastante cómodas. La una, se destinó á guardar las provisiones y efectos libertados. La otra, á habitacion de las tres mugeres. Y la tercera, mas inmediata á la mar, al alojamiento de los hombres.

XL.

Los quatro Persas se llamaban, Nadir, Misuf, Luzein y Zaïr. Las tres mugeres, Zulia, Mirza y Zeloïda. Estas siete personas, bien avenidas por la conformidad de su suerte, lo continuaron estando por su modo de pensar. Las provisiones, sacadas del navío, eran bastantes pa-

ra socorrer todas sus urgencias muchos meses; pero determinaron buscar mas, á fin de hallarse abundantemente provistos.

Las mugeres no se separaban de la habitacion, ocupadas en los quehaceres de su casa, y en pescar conchas á la orilla del mar; y como era preciso dexarlas defensores, que las sirviesen de escudo, alternaban en este trabajo los hombres, quedándose dos, mientras los otros dos recorrian las montañas, deseosos de hacer nuevos descubrimientos.

Ya habia seis semanas que habitaban aquella soledad. Los felices hallazgos, que habian tenido, se reducian á algunas tortugas, que, de tanto en tanto, encontraban, y que les sirvieron de mucho, quando cambió repentinamente su fortuna, por uno de aquellos sucesos, que tocan en prodigio.

XLI.

Zaïr y Luzein estaban guardando la

habitacion. Misuf y Nadir fuéron á la descubierta. Nadir volvió solo al ponerse el sol. Aguardáron á su compañero. Degeneró la impaciencia en inquietud. Toda la colonia pasó la noche asustada. Las mugeres mantuviéron una grande hoguera delante de la habitacion, para que la pudiese ver, desde lejos, su compañero extraviado, á quien buscaron los hombres por todos los parages ya conocidos.

Aun estaban ocupados en esto, quando amaneció. Creían que Misuf habria pasado la noche en alguna caverna, y que vendria luego. Pasose todo el dia con aquella esperanza. Llegó la noche, y no pareció Misuf. No obstante lo que necesitaban del reposo las seis personas, pasáron tambien aquella noche como la anterior, y nada consiguieron.

Al salir el sol, volviéron los hombres, á quienes las mugeres aguardaban llorando. No dudáron ya que Misuf habia caído en algun precipicio, ó sido presa de las fieras. Sentados estaban á la re-

donda delante de sus cabañas, quando divisáron á su compañero, que volvia muy acelerado: presagios felices se inferian de la alegría de su semblante: todos echáron á correr para encontrarse con Misuf.

Pasada la confusion, inseparable de las primeras preguntas, contó quanto habia hecho desde la partida, é hizo una descripcion tan agradable del valle delicioso, que felizmente habia descubierto, que determináron, de comun consentimiento, ir á tomar posesion de él al siguiente dia. Empleóse todo aquel en preparar lo necesario para la mudanza; y, llegada la noche, rodeáron á Misuf sus seis amigos, pidiéndole, que les contara las circunstancias de su viage. Misuf los contentó, hablándoles así:

„Desde que llegamos á este desierto
„concebí esperanzas de salir de él. La
„tura de las montañas animaba mi valor,
„en vez de suspenderlo. Determiné me-
„terme por quantas hendeduras encontra-
„se en las peñas, y, sin asustarme de los

„precipicios, trepar y adelantar, mien-
„tras no me precisára á retroceder la im-
„posibilidad de pasar mas adelante.

„Sondeé inútilmente muchos barran-
„cos (que me llevaron á unos abismos,
„que era imposible salvar) antes de ayer,
„quando salí á continuar mis descubri-
„mientos. Seguí, como cosa de una mi-
„lla, el río que baña nuestra habitacion,
„y me hallé en un valle, formado por el
„cauce de un torrente. Anduve una ho-
„ra, y atravesé el río, para meterme en
„un barranco, que tenía delante, y que
„me llevó á una llanura reducida, regada
„por un arroyuelo, sobre cuyas orillas
„encontré árboles cargados de frutas bas-
„tante buenas. Descansé algunas horas en
„aquel parage, porque era mucho el ca-
„lor; y luego continué mi camino, sin
„calcular lo que me alejaba de la habita-
„cion.

„Ibase estrechando el camino, de ma-
„nera, que, una hora ántes de ponerse el
„sol, me hallé al pie de una montaña es-
„carpadísima, y, de consiguiente, dete-

„nido. El arroyuelo, que era mi guía,
„salía á borbotones por el agujero de una
„roca. Aunque miraba hácia todas par-
„tes, buscando alguna abertura por don-
„de trepar sobre la montaña, fué en va-
„no; y me ví precisado á volver atras.

„Caminé velozmente; pero se me puso
„el sol en las cercanías del bosquecillo,
„donde reposé quando lo fuerte del ca-
„lor. Era hermosa la noche; pero, con
„todo, no me pareció prudente conti-
„nuar un camino, que apenas conocia.
„Tendíme sobre la yerba, á la orilla del
„riachuelo, y dormí quietamente. Por la
„mañana me despertó el canto de los pá-
„jaros. Comí algunas frutas, y seguí la
„pendiente del arroyuelo, que me con-
„duxo, en poco tiempo, á la orilla del
„río.

„Deliberé sobre si tomaria el camino
„de la habitacion, ó continuaria mis pes-
„quisas. La inquietud en que os contem-
„plaba, me llamaba hácia vosotros; pero
„no podia resolverme á dexar el sitio en
„que me hallaba, sin haber exáminado

„todas sus partes, para no tener que vol-
 „ver. Finalmente, la curiosidad, y el de-
 „seo de seros útil, pudo mas que todas
 „las otras consideraciones, y seguí una
 „senda, que habia practicada en la hen-
 „dedura de una roca.

„No me desanimó la escabrosidad de
 „los caminos; y, despues de haber an-
 „dado, ó mas bien trepado, cerca de tres
 „horas, llegué á la cima de la montaña.
 „Pero ¡quan maravillado y gozoso que-
 „dé, quando tendí la vista por una vasta
 „llanura, que me pareció agradable al par
 „de fértil! Los únicos habitantes, que
 „ví, fuéron numerosas manadas de cabras
 „monteses, y muchos páxaros. Pude ha-
 „ber venido ayer noche; pero, atraído
 „por lo hermoso del parage, me detuve
 „mucho tiempo en su exámen; y me co-
 „gió la noche en medio de las correrías,
 „que hice por aquella llanada deliciosa.”

Acabó de hablar Misuf, y cada qual
 se retiró á descansar de sus fatigas pasadas,
 y á prepararse para las del otro día.

Llamó Misuf á sus compañeros y

compañeras, luego que el astro del día
 asomó por la mar. Superáron trabajosa-
 mente la aspereza del camino; y, así que
 estuviéron á la vista de Dinam (así nom-
 bráron aquel precioso valle), quedáron
 pasmados, y abrazáron á su conductor,
 y lo proclamáron xefe de la colonia. Hi-
 zo quanto pudo Misuf para no admitir
 tal honra; mas se vió forzado á aceptar-
 lo, á lo ménos pasageramente.

XLII.

Lo primero que hicieron los nuevos
 colonos fué escoger lugar para su habita-
 cion; y, una vez ya escogido, fuéron
 casi diariamente á la orilla del mar Mi-
 suf y sus tres compañeros. Transportá-
 ron al valle de Dinam, no solamente las
 provisiones de su morada antigua, sino
 tambien los tablones de que estaba cons-
 truida, los útiles de carpintero, los cla-
 vos, el herrage, y generalmente quanto
 pudo serles útil, en su nuevo estableci-

miento, de las reliquias de su baxel naufragado.

XLIII.

Fabricáronse las primeras quatro casas sobre una misma línea, enfrente de un arroyo bastante grande, que partia el valle en dos porciones casi iguales. Las hicieron con los tablonces traídos, y con gruesas ramas de árboles hincadas en tierra; y las cubrieron con hojas de banáns, que formaban un techo impenetrable, en un país donde rara vez llueve.

Siempre son trabajosos los principios. Los colonos estaban harto cómodamente alojados para el cálido clima que habitaban. Las cabañas solo les eran necesarias de noche. Pasaban los días baxo árboles, cargados de frutas deliciosas, que les hacian sombra contra los abrasadores rayos del sol; pero aquellas frutas llegaron á ser su único alimento, y la cantidad que de ellas comieron les ocasionaron disenterias. Las provisiones del navío se consumi-

ron sin ser reemplazadas; aunque aquel inconveniente, que amenazaba la destruccion de la colonia, fué, por fortuna, de poca duracion.

Matáron algunas de las cabras monteses, que pacian por aquellos prados, y que casi se les venian á las manos; y quando moria alguna cabra, que dexaba hijuelos, estos no se apartaban del cuerpo de su madre; y de esta manera las amansáron tan fácilmente, que, en poco tiempo, tuviéron en la colonia una casta de cabras domésticas. Misuf sembró, en un cercado, un poco de arroz, que habia quedado en el almacén junto á la orilla del rio; y desde entonces dexó de ser temible la hambre.

XLIV.

Quando ya la colonia tomaba risueño aspecto, estaba un día Misuf sentado sobre una peña, desde donde se descubria la mar, y advirtió, que un navío hacia

vela con direccion á la costa. Noticiólo á sus compañeros, y determináron aprovecharse de aquella ocasion para volver á su patria, o, á lo menos, para saber en que pais estaban. Misuf les hizo presente quanto les importaba mantenerse ocultos, en la duda de si aquel navío pertenecía á comerciantes de su nacion, ó á corsarios que los hiciesen esclavos. Fuéron sus advertencias de ningun peso. Al siguiente día, notáron que el buque extranjero estaba anclado cerca del rio, y que la tripulacion tomaba tierra. Zaïr se ofreció para ir al reconocimiento de los recién llegados; y la colonia hizo rogativas por el buen éxito de su viage. Zaïr no volvió mas, y la embarcacion se hizo á la veía algunos dias despues.

Apenas la perdiéron de vista, quando Misuf, desasosegado por la suerte de Zaïr, baxó al mar con Luzein, y encontráron sobre la arena el cadáver de su amigo lleno de heridas. Aquel suceso trágico hizo mas mirados á los colonos; de manera, que, como, en lo sucesivo, observa-

sen, que aquel navío se aparecía, de tiempo en tiempo, en la costa, procuráron estar ocultos desde su llegada hasta su salida.

XLV.

Hizo Misuf muchos reglamentos favorables á la colonia. Construyéron quatro cabañas. La primera para almacen. La segunda, para Misuf. La tercera, para las tres mugeres. Y la quarta, para los hombres. Propuso Misuf á sus compañeros, que se casaran para vivir mejor, y tener hijos, que algun día recogiesen sus últimos suspiros. Con aplausos oyéron la proposicion, y señaláron día para la ceremonia.

Con este motivo, representó Misuf á sus compatriotas, que no habian hecho acto alguno público de religion desde que estaban en el valle de Dinam. Todos observaban el antiguo culto de los Persas, compilado por Zoroastro, que era una religion generalmente profesada en la provincia de Zend. Construyó Misuf un al-

tar, frente á frente de las cabañas, de figura redonda, y de seis pies de alto, sobre doce de circunferencia. Rodeáronlo, á cierta distancia, de una cerca de cañas entrelazadas unas con otras. Todavía estaba en pie aquel altar en tiempo que mi padre habitaba la colonia. Estos preparativos ocuparon á los hombres, mientras las mugeres prepararon el festin nupcial.

Llegó el dia, que debe mirarse como el de la fundacion de la colonia. Las tres parejas (supuestas ya las elecciones respectivas,) se presentaron al pie del altar. Empezóse la ceremonia encendiendo sobre el altar un fuego, que habia de subsistir hasta la destruccion de la colonia.

Delante de aquel fuego (símbolo de la actividad del grande Arquitecto del universo) se juraron los seis esposos una fidelidad constante, y fueron unos y otros, mutuamente, ministros y testigos de aquella ceremonia augusta. Misuf trocó la disposicion de las cabañas, y señaló á cada matrimonio la suya.

Aumentóse desde entonces la colonia;

y de manera, que, quando Heyder-Aly era miembro de ella, ya se contaban quarenta familias. Misuf gobernó hasta su muerte, y despues paró el gobierno en democrático.

XLVI.

Dos de los mas ancianos de la poblacion eran los que mandaban executar las leyes. Componíase el consejo de la nacion de todas las cabezas de familia. Las mugeres no entraban, porque se habia notado que siempre eran del parecer de sus maridos; pero quando estos morian, dexando hijos, entonces la viuda era declarada cabeza de la familia, y miembro del consejo legislativo. Las viudas, sin hijos, volvian á la casa paterna.

Quando mi padre llegó al valle de Dinam, todas las cabañas, que componian la poblacion, estaban fabricadas alderredor del altar, y cada una tenia su jardin, cercado con verdes arbustos. Todo el arroz que se cogia se guardaba en almacenes.

Cada familia recibia la provision que podia consumir; y aquella distribucion era el principal objeto del gobierno.

A fuerza de observaciones, se aseguraron de que los corsarios Arabes no venian á la costa á comprar esclavos, sino en ciertos tiempos del año. Aprovecharon los colonos de los intervalos, entre aquellas apariciones, para enviar gentes al mar á que traxeran al valle pescado y conchas.

XLVII.

Cada mes, en el plenilunio, se celebraba una fiesta pública, que duraba tres dias. Acompañaban las madres hasta el pie del altar á sus hijas casaderas. Los jóvenes podian libremente ofrecerlas su mano mientras aquella ceremonia, que se terminaba con bayles: si el mozo agradaba á la moza, esta aceptaba su ofrecimiento; pero, si no la gustaba, le rehusaba su mano, sin miramiento ni temor á nadie. Quando un soltero daba la mano á una solte-

ra, en tres fiestas consecutivas, se daba ya por hecho que la habia pedido en casamiento, y que estaba aceptado por esposo. Al dia siguiente, se les casaba en presencia de la nacion; y solo se celebraban los matrimonios en dias de fiesta.

XLVIII.

Ambos amantes se presentaban delante del altar coronados de flores, y acompañados de sus padres y parientes. A la entrada del santuario, presentaban sus coronas á los xefes de la nacion, á quienes estaban confiadas las funciones del sacerdocio. Los ancianos recibian las coronas, y las devolvian al instante, dando la del marido á la muger, y la de la muger al marido.

Juraban los esposos en presencia de la nacion congregada, la qual aplaudia su union; y despues iban con ellos á la casa nueva, modelada por las otras, y mandada fabricar por los xefes de la nacion.

En ella encontraban los nuevos desposados quantos utensilios caseros y provisiones necesitaban. Juntábase el consejo, algunos días despues, y declaraban al esposo cabeza de familia, y miembro de la legislacion.

XLIX.

Las exéquias de los habitadores de aquel valle se hacian con aparato. Quando alguno de ellos moria, ponian el cadáver, vestido con sus mejores ropas, delante de la puerta de su cabaña: allí lo tenían veinte y quatro horas, y, al cabo de ellas, lo llevaban, con ceremonia, sus parientes y amigos á una montaña, que servia de sepultura general.

Todos los habitadores usan, para vestirse, de una tela ligera parecida á la mu-

sulina. Se sirven, para fabricarla, de la corteza interior de cierto pino, de una especie particular, que se da en abundancia sobre los montes inmediatos. Aquella corteza se va despegando en pedazos grandes; semejantes al pergamino. Las tienden luego á la sombra baxo los árboles, despues de haberlas unido cuidadosamente por la orilla unas á otras. Aquella corteza está impregnada de una goma, por cuyo medio cada hoja se pega fuertemente á su inmediata. La tela, que resulta de esta union, es bastante igual por todas sus partes. Quando ya está seca, la exponen al rocío; y queda blanquísima en el espacio de seis semanas. Entonces la usan

LI.

A excepcion de una vasta llanura, donde cultivan el arroz, todo lo restante del valle de Dinam no está cultivado; pero produce naturalmente bellísimos pastos, que nutren rebaños de cabras monteses y

domésticas. También produce muchas especies de raíces de exquisito gusto, y muchas cañas de azúcar, de que los habitantes no hacen mas uso que chuparlas. Además, está cubierta toda la llanura de bananos, de naranjos, de cocoteros, de palmeras, de cepas de viña, que se abrazan con los árboles, de mangles, y de cicas. Estos árboles estaban plantados sin orden al principio de la colonia; pero después cuidaron de distribuirlos con tal simetría, que toda la llanura semejaba á un dilatadísimo jardín.

Desde que llegaron Heyder-Aly y Ferisha á la colonia, les ofrecieron una cabaña; pero Luzein y su muger se mostraron tan deseosos de tenerlos en la suya, que ellos se conformaron á quedarse. No tardaron mucho en no diferenciarlos de los antiguos colonos. Mi padre participó de sus ocupaciones y recreos, fué con ellos á la pesca, les ayudó á recoger la cosecha, tomó parte en las fiestas públicas; y así él como su compañero tuvieron en su mano el casarse.

Quando ya era tiempo de que se presentaran los Arabes, enviaban diariamente los xefes á un ciudadano, para que, desde lo alto de una roca, observase la aparicion de las corsarios. Heyder-Aly fué testigo del escrupuloso encierro en que se mantuvo la poblacion en los quince días que estuvieron los Arabes sobre la playa.

LII.

Todas las mañanas, antes del día, subía sobre una peña uno de los xefes, y solo estaba unos instantes. El día que los Arabes se fueron lo advirtió el xefe á la colonia, y esta celebró el suceso con un día de fiesta y regocijo. Todos tuvieron ya libertad para ir á la pesca, ó á pasearse á la orilla del mar.

LIII.

Ya habia diez meses que mi padre es-

taba en el valle de Dinam. Empezó á rezelar que Hussein no fuese dueño de volver. Parecíanle los dias muy largos, y pasaba con desasosiego las noches. Por divertir sus pesares, solia baxar al mar con Ferisha, y allí se estaban algunas veces juntos dias enteros. El estruendo de las olas, y el profundo silencio de aquella soledad, guardaba proporcion con el estado de su alma. Un dia llegaron hasta la entrada de la caverna. Con su vista se acordaron de Hussein, y se les renovaron melancólicas memorias. En el caso de que aquel amigo generoso no pudiese volver á Dinam, no les quedaba, para salir de aquel valle, otro recurso que el que les sugiriese su valor. Diu no distaba mas que quince leguas, y podian llegar allá atravesando segunda vez el subterráneo.

Tomada esta resolucion, no fueron largos los preparativos del viage. Ferisha se proveyó de un saquito, hecho de la misma tela de que los colonos se vestian, y lo llenó de frutas y de pescado seco. Mi padre llevó consigo su diamante y su

cinturón; y se proveyeron de ramas de pino resinoso. Hechas las provisiones, y puestas, de antemano, en la orilla del mar, salieron del valle, pesarosísimos de separarse de sus bienhechores, sin despedirse de ellos.

Hasta ahora he sacado los hechos referidos de las memorias de mi padre; pero las circunstancias del suceso, que voy á referir, son tales, que me parece haré bien en servirme de sus mismas expresiones para transmitirlo á mis lectores.

„Llegué á la entrada del subterráneo
 „con Ferisha. Deliberamos nuevamente
 „sobre si lo atravesariamos para entrar
 „en el desierto de Zend, ó si nos seria
 „mas ventajoso costear la orilla del mar;
 „pero como habia oido decir tantas ve-
 „ces, que aquel camino era impractica-
 „ble, me atuve al partido primero. Nos
 „metimos, pues, por la caverna, y, sin
 „accidente alguno, volvimos á ver la ma-
 „leza que le servia de vestibulo por la
 „parte del desierto.

LIV.

„Con determinado valor caminamos al
 „Este. Nos íbamos guiando por la cade-
 „na de montañas, y andando sin reze-
 „lo, quando Ferisha alcanzó á ver una
 „tropa de ginetes, que venian por nues-
 „tro camino. Como la llanura no pre-
 „sentaba asilo alguno, fuimos en un ins-
 „tante asaltados. Era una cuadrilla de la-
 „drones Arabes, y así no tratamos de
 „defendernos. Nos desnudaron, y nos vi-
 „mos forzados á seguirlos. Advirtiéron
 „que andábamos con trabajo, y nos mon-
 „taron sobre unos camellos. No venia de
 „generosidad aquel procedimiento, sino
 „de temor de que nuestra muerte les qui-
 „tase lo que habian de sacar por nuestra
 „venta.

„Un mes anduviéron los Arabes sin ca-
 „mino fixo, y sin otro objeto, que el
 „de aumentar el número de sus esclavos.
 „Como conocian tanto aquel desierto,

„paraban todas las noches en sitios de
 „mucha arboleda, y regados por algun
 „arroyuelo. Maravillado quedé de los in-
 „finitos bosquecillos que se me presentá-
 „ron desde que era prisionero de los Ara-
 „bes, quando encontré tan pocos en el
 „tiempo que atravesé por aquel desierto
 „el año anterior.

LV.

„Acercáronse, en fin, á la mar. Sa-
 „bíamos, que algunas veces se detenian
 „bastante tiempo sobre la costa, aguar-
 „dando los navíos de su nacion; y por
 „esto nos pareció fácil escaparnos al fa-
 „vor de la obscuridad, y volvernos al
 „valle de Dinam. Con esta esperanza, se
 „nos hacia mas llevadera la esclavitud.

„Pasáron los Arabes á la caverna que
 „conocíamos; y, al entrar, encendié-
 „ron muchas teas para alumbrarse. No
 „volví á ver sin admiracion aquel pala-
 „cio subterráneo, que ya habia atrave-

„sado dos veces, sin conocer, no obs-
 „tante, todas sus partes. En poco tiem-
 „po nos vimos á la orilla del mar. Nos
 „aguardaban en la costa los baxeles ára-
 „bes; y en aquel mismo dia fuimos ven-
 „didos á otros amos, quienes nos enca-
 „denaron y pusieron entrepuentes.

„De nada me sirvió mi poca filosofia,
 „quando ví frustradas de una vez todas
 „mis esperanzas. El primer dia no quise
 „tomar alimento alguno; y, á no ser por
 „los consuelos que me dió Ferisha, que
 „estaba encadenado al lado mio, hubie-
 „ra terminado la desesperacion mi vida.

LVI.

„Nuestra navegacion acabó felizmente.
 „A los diez y ocho dias llegamos á Ba-
 „sora, ciudad situada á quince leguas so-
 „bre la embocadura del Eufrates, en la
 „provincia llamada Iragüa ó Diarbeck.
 „Tenia el Capitan á su bordo muchos es-
 „clavos. Púsonos en venta en un mer-

„cado público, llamado *bazar*: es un
 „gran pórtico, baxo del qual nos desnu-
 „daron, y, sin atender á la decencia ni
 „al pudor, quedamos desnudos, y ex-
 „puestos á la vista de una multitud de
 „gentes, que trataban de nuestro ajuste,
 „como si fuéramos camellos. La mayor
 „parte de mis compañeros esclavos fué-
 „ron prontamente vendidos.

„Yo me oculté entre los brazos de Fe-
 „risha; pero no nos dexaron mucho tiem-
 „po juntos. Ferisha, como que estaba en la
 „mejor edad, parecia robusto, y de buen
 „servicio: muchos, cuya lengua yo no
 „entendia, lo pusieron en ajuste; y, quan-
 „do el comprador lo arrancó de mis bra-
 „zos, creí que me despedazaban las en-
 „trañas. Me parece, que, quando se me
 „salga el alma del cuerpo, no padeceré
 „un tormento tan cruel. Seguile obstina-
 „damente, sin querer dexarlo, pero dos
 „hombres me volviéron por fuerza al ba-
 „zar. Tan enfurecido estaba, que no oí
 „la despedida de mi amigo.

„Dí gritos, capaces de enternecer á las

„mas duras almas: me revolqué en tier-
 „ra, me arranqué el pelo, y, en lo fuerte
 „de mi rabia, procuré matarme. Ningu-
 „no se presentó á ponerme en ajuste. Yo
 „tenia diez y ocho años, pero las fati-
 „gas y las hambres me habian de tal ma-
 „nera extenuado, que mas bien parecia
 „un esqueleto viviente, que un jóven,
 „cuya edad daba esperanzas. Mis deses-
 „peradas voces acercaron, en fin, á mí
 „algunos comerciantes, y, entre ellos, á
 „una viuda jóven, llamada Zama, que
 „pasaba en un palanquin por las inme-
 „diaciones del bazar.

LVII.

„Son las mugeres mas sensibles que los
 „hombres. Movida Zama de ver mi tris-
 „te estado, me compró, me volvió mis
 „vestidos, y mandó que me llevaran á su
 „casa, porque yo estaba tan endeble que
 „no podia andar.

„Zama tendria como unos veinte años,

„y era hermosísima. Por la muerte de su
 „marido poseia sumas riquezas. Cansada
 „de la solitud de mil amantes, que aca-
 „so ambicionaban tanto sus riquezas co-
 „mo su persona, los acogia favorable-
 „mente para no desanimarlos; pero sin
 „inclinarse á ninguno de ellos. Era tan
 „naturalmente compasiva, que se lasti-
 „maba de todos los infelices; y su alma
 „no conocia mayor deleyte, que el de
 „beneficiar á todos. Por este genio la
 „amaban en la ciudad, y en su casa la
 „adoraban sus esclavos, á quienes tra-
 „taba, no como señora, sino como ma-
 „dre.

LVIII.

„Los esfuerzos que hice en el bazar,
 „despues que se fué Ferisha, me debilitá-
 „ron de tal modo, que me dexé trasla-
 „dar á casa de Zama, sin hacer resisten-
 „cia, ni hablar palabra. Así que llegué,
 „me desnudaron, y me metieron en una
 „cama. El cansancio padecido sirvió sin

„duda de reaccion á mi dolor; porque
„dormí profundamente hasta el otro día.

„Al despertar, quedé maravillado de
„verme tan atendido. No comprendia
„yo que un esclavo pudiese ser tratado
„con tanta humanidad. Apenas me ves-
„tí, quando ví entrar en mi quarto á una
„muger de diez y ocho años, que me
„traia una especie de potage.

„Mientras lo comia, me habló varias
„veces aquella muger en una lengua, que
„no entendí: yo la miraba de hito en hi-
„to, como para inferir de sus ojos lo que
„pensaba de mi persona. La dulzura de sus
„miradas me tranquilizó, y la pregunté,
„en lengua malabára, ¿qué situacion era
„la mia, y si estaba libre? comprendí,
„por su ademan, que no me entendia:
„tampoco me sirvió la lengua tártara;
„hasta que, en fin, la hablé en el idio-
„ma persa, que hablaba yo harto mal.
„Luzina, que este era su nombre, me
„respondió, en la misma lengua, que yo
„era esclavo; pero que, sin duda, me
„protegia el cielo, pues disponia que hu-

„biese yo caido en manos de Zama; y,
„añadió, que su buena ama lloró de com-
„pasion, quando, pasando por el bazar,
„vió mi estado lastimoso; y que la ha-
„bia comisionado para mi curacion, y
„encargádola, que la noticiase mi estado.
„Dixe á Luzina, que mis pesares eran la
„causa única de mi enfermedad; pero
„que, con todo, conocia que el reposo
„de aquella noche me habia vuelto las
„fuerzas, que yo no esperaba recobrar.
„Direis, pues, á mi señora, que, en lo
„sumo de mi desventura, tengo por suer-
„te feliz ser cosa suya, y que espero no
„se arrepentirá de haberme comprado.

„Luzina se fué, diciéndome, que pron-
„to volveria. Acabé de vestirme, y, sin-
„tiéndome algo vigorizado, baxé á los
„jardines. La esperanza es el último sen-
„timiento que se apaga en el corazon
„del hombre. Entonces lo experimenté.
„El principio de mi cautividad se pre-
„sentaba á mi vista á tan favorable luz,
„que me figuraba próxima y agradable
„la salida; y esperaba encontrar á Fe-

„risha , así que me viese en estado de
 „rescatarlo. Alimentaba yo mi imagina-
 „cion con quimeras, que son los únicos
 „placeres que suelen tener los hombres.
 „Apenas volví á mi quarto, quando
 „entro Luzina con la comida. Enseñan
 „en Benares, que existe en la naturaleza
 „un fluido simpático, que liga á dos
 „personas desde el mismo instante que
 „se ven: aquel fluido obró indubitable-
 „mente en el corazon de esta jóven, la
 „qual se me inclinó muy de veras; pero
 „yo lo atribuí á la compasion que cau-
 „san las desdichas en los primeros años.
 „No sabía yo á quien confiarme para
 „hablar de mi rescate. Estudié el genio
 „de Luzina; y así que tuve conocida su
 „franqueza, hice de ella una total con-
 „fianza, de que nunca abusó.

LIX.

„Algunos dias despues de haber llega-
 „do á casa de Zama, me envió esta se-

„ñora á llamar desde su quarto. Halléla
 „sentada sobre un camapé de damasco de
 „la India, bordado de oro. Mandóme
 „arrimar, y que me sentara sobre una
 „alfombra al pie del sofá. Jóven, me di-
 „xo en lengua persa, la cruel situacion
 „en que te ví en el bazar, se me quedó
 „muy grabada en el alma. Puede decirse
 „que apenas has salido de la infancia;
 „pero el abatimiento, que ha demudado
 „tu rostro, no me quita el conocer,
 „que no nacistes para el estado á que te
 „ha reducido la suerte en edad tan tem-
 „prana. Consuélate, que encontrarás en
 „tu ama una madre, que quiere enxugar
 „tus lágrimas, y ponerte entre los bra-
 „zos de tus padres. Entonces me obligó
 „á que la confiara mi nombre, y los su-
 „cesos que me habian llevado á manos
 „de los Arabes.

„Me impuse la obligacion de compla-
 „cer á mi señora, sin comprometer el
 „secreto de los negocios de mi encargo.
 „Díxela cómo se llamaba mi padre, y
 „el empleo que exercia en la Corte da

„Delhy. La narracion de las circunstan-
 „cias encadenadas, que me habian lle-
 „vado á Basora, hizo llorar á Zama; y
 „me aseguró, al despedirme, de lo mu-
 „cho que se interesaba en mi bien.

„Pasé quince dias sin ver á mi ama.
 „No estaba yo libre; pero mi esclavitud
 „era tan suave, que apenas la echaba de
 „ver. Dos veces al dia me traia de co-
 „mer Luzina: soliamos pasar juntos ho-
 „ras enteras; y, no obstante lo reciente
 „de nuestro conocimiento, estaba yo tan
 „en gracia con ella, que me contó el
 „suceso, que la habia reducido á escla-
 „vitud.”

LX.

„Era Luzina natural de Eriván, capi-
 „tal de la Armenia Pérsica. Su padre se
 „disgustó de la carrera militar; la dexó
 „para darse al comercio, y se estableció,
 „con su familia, en Bander-Komron,
 „puerto de mar sobre el golfo de Or-
 „muz. Le salieron tan bien sus primeros

„viages á la India, que, al cabo de al-
 „gunos años, se encontró con bastantes
 „bienes. ¡Dichoso de él si no hubiera
 „procurado aumentarlos! La ambicion
 „lo perdió, porque pereció volviendo
 „de Junquin; y con él quedó sepultada
 „en el mar la mayor parte de sus bie-
 „nes. Murió su muger al recibir la no-
 „ticia; y dexáron las reliquias de su co-
 „mercio á su hija Luzina, de diez y ocho
 „años de edad.

„Una tia anciana, que vivia muy so-
 „la, se encargó de la huérfana. Era una
 „musulmana zelosa, del número de aque-
 „llas viudas, que los Mahometanos lla-
 „man *Santonas*. Cumplia escrupulosa-
 „mente con todas las supersticiones de
 „la ley; no hablaba á su pupila de otra
 „cosa, que de los prodigios obrados por
 „el Profeta; y la contaba, sobre esta ma-
 „teria, mil cuentos ridículos. La vieja
 „criaba á Luzina con sobrada estrechez;
 „y Luzina, que era naturalmente viva,
 „empezaba á impacientarse de su escla-
 „vitud; pero, aunque tenia diez y ocho

„ años, carecia de experiencias.

„ Un jóven, pariente de la tia, que era
„ el único de su sexò con privilegio de
„ visitarla, fué el primero que dixo un
„ día á Luzina, que era hermosa; y ya la
„ conversacion iba haciéndose tierna, quan-
„ do entró la vieja. Desde entonces no se
„ hablaron los jóvenes mas que con los
„ ojos.

„ Hybrain (este era el jóven) se fué, y
„ Luzina se quedó involuntariamente tris-
„ te: soñó toda la noche con su amante,
„ y le escribió al otro día, sin saber co-
„ mo enviarle la carta. Hybrain no vol-
„ vió hasta quatro días despues, porque
„ el miedo de la *Santona* espantadiza lo
„ habia hecho circunspecto. Aprovechó-
„ se Luzina de un instante, en que su tia
„ se apartó á abrir una ventana, para en-
„ tregar al dichoso Hybrain la carta es-
„ crita. Dos dias despues, traxo el jóven
„ la respuesta, en que juraba á su ama-
„ da una fidelidad sin exemplo. Luzina
„ escribió muchas veces á su amante, y
„ el amor creció con la correspondencia,

„ hasta que, por último, llegó á ser tan-
„ to, que Luzina consintió en que la ro-
„ baran.

„ Lo dificultoso era elegir tiempo y
„ lugar. La tia no salia de casa casi nunca,
„ y era centinela de vista de Luzina. De
„ tiempo en tiempo iban á orar á una
„ mezquita, extramuros de la ciudad; pe-
„ ro aquellos dias de peregrinacion de-
„ pendian del capricho de la vieja. No
„ contuviéron los obstáculos al enamo-
„ rado Hybrain: alquiló una caballeriza,
„ en las cercanías de la mezquita, y puso
„ en ella un excelente caballo árabe, pa-
„ ra servirse de él con oportunidad.

„ Recorria Hybrain diariamente los al-
„ derredores de la mezquita, incierto del
„ instante que habia de coronar su amor.
„ Despues de haber esperado dos meses,
„ vió, en fin, un dia venir á pie á la *San-*
„ *tona*, á Lucina, y á una esclava; y se
„ dispuso aceleradamente á partir. Noti-
„ ciosa Luzina de su disposicion, apenas
„ entró en la mezquita, quando pretextó
„ una necesidad, que la obligaba á sa-

„lir, por unos instantes, acompañada de
 „su esclava. Su amante la aguardaba ba-
 „xo el pórtico. La tomó en brazos, la
 „puso sobre el caballo, montó despues
 „él, y huyéron á rienda suelta. Supo la
 „tía el suceso un momento despues; atur-
 „dió la mezquita á gritos inútilmente; y,
 „mientras tanto, los amantes se alejaban,
 „sin oírlos. Caminaron toda la noche;
 „y, al amanecer, llegaron á Ormuz, don-
 „de se casaron.

„Supiéron, algunos dias despues, que
 „la evasión de Luzina apesadumbro tan-
 „to á la *Santona*, que murió de pesar,
 „sin haber querido admitir consuelo, ni
 „tomar alimento. Esta noticia determinó
 „á los esposos á volver á Bander-Kom-
 „ron, para arreglar sus negocios, y se
 „embarcáron, con la idea de llegar mas
 „pronto.

„A dos leguas de Ormuz, se levantó
 „un viento de tierra, que los puso en al-
 „ta mar. Por mas que maniobraron los
 „marineros, no pudieron ganar la cos-
 „ta. Duró toda la noche el mal tiempo,

„y, al salir el sol, reconocieron las cos-
 „tas de Arabia. Mandó el patron rebi-
 „rar de bordo, para atravesar segunda
 „vez el golfo Pérsico; pero un corsario
 „árabe no les dió tiempo; y les tomó
 „su navío, despues de un ligero choque,
 „en que Hybrain perdió la vida al lado
 „de su esposa, defendiéndola. El corsa-
 „rio llevó su presa á Basora, donde Lu-
 „zina fué comprada por la madre de Za-
 „ma, quien la destinó para servir á su
 „hija. Zama aligeró tanto su cautividad,
 „que, viéndose ya Luzina la confidenta
 „de su señora, olvidó su patria.

LXI.

„La confianza, que Luzina acababa de
 „hacerme, pedia, en recompensa, que la
 „diese yo parte de los motivos, que me
 „llamaban á Hispahan. Al mismo tiempo
 „que se los dixé, le dí tambien á enten-
 „der, que mis padres eran riquísimos, que
 „pagarian mi rescate al mas subido pre-

„cio, y que recompensarian generosa-
„mente el buen trato que se me hubiese
„dado en mi esclavitud.

„Luzina me repitió lo que habia di-
„cho su ama, esto es, que no me habian
„desfigurado tanto las desdichas, que no
„se me conociese que no habia nacido
„para esclavo. En efecto, estaba ya muy
„trocado, porque el buen trato recibido
„me habia vuelto, en poco menos de tres
„semanas, la frescura y lozanía, que no
„esperé recobrar en tan poco tiempo. Pe-
„ro la juventud fácilmente se repone de
„las mas violentas enfermedades, y de las
„mayores fatigas.

„Luzina entró un dia en mi quarto,
„antes de la hora acostumbrada. Admi-
„rado estareis, me dixo al entrar, de ver-
„me á estas horas; pero mas os admira-
„reis en oyéndome. Ayer noche, des-
„pues que os dexé, tuve con mi ama
„una larga conversacion acerca de vos.
„Me preguntó si sabia vuestro nombre,
„patria y sucesos. Como la conozco tan-
„to, no titubeé en franquearme á ella.

„Confio en que aprobareis mi conduc-
„ta. — Ya ves, querida Luzina, me re-
„plicó Zama, quan poco debe contarse
„sobre los dones de la fortuna. ¿Cómo
„aprecian tanto los hombres sus favores
„borrascosos, cuya inconstancia iguala
„á la del vasto océano?..... ¡Qué lástima
„me causa ese jóven! Pero mas dignos de
„compasion son todavía sus padres. —
„Mandóme que me informára hasta de
„las menores circunstancias de vuestras
„desventuras; y en especial, que hiciese
„quanto pudiese para sosegar algun tan-
„to vuestro espíritu.

„Son tan conformes las órdenes de mi
„señora á los deseos de mi corazon, que
„no podré ménos de executarlas puntual-
„mente. ¡Oxalá pudiera yo, á costa de
„mi vida, volveros quanto habeis per-
„dido!..... Zama os aguarda en su habi-
„tacion á las diez, porque quiere habla-
„ros. En su rostro mismo conoceréis lo
„mucho que la importa el actual estado
„de vuestra fortuna, aun quando no os
„hablase de ello; y aun, acaso, rastrea-

„reis tambien otros sentimientos, que os
 „serán mas ventajosos. Vuelvooslo á re-
 „petir: mi ama se inclina á vos: cor-
 „responded á sus miras con una confian-
 „za ilimitada. ¡Quánto me cuesta daros
 „tales consejos! ¡Quán contrarios son á
 „mis intereses! Pero ¿puedo yo amar
 „otros mas que los de vuestra propia
 „felicidad?..... Con tal que seais dichoso,
 „contaré por nada quanto me sucediere.

LXII.

„Pronunció Luzina estas palabras úl-
 „timas derramando algunas lágrimas. Mil
 „reflexiones hice, luego que se fué, so-
 „bre la rareza de mi estrella: no dudé que
 „aquella muger me miraba con inclina-
 „cion; pero mi actual existencia no me
 „permitia corresponderla. Para mí no era
 „delito que me amase. Nunca me habló
 „de lo que sentia sino ambiguamente.
 „Determiné, pues, fingir que no entendia
 „el verdadero sentido de sus palabras, para
 „ganar tiempo.

„Segun la órden recibida, pasé á la
 „habitacion de Zama á las diez del dia.
 „Aquella muger me recibió con la urba-
 „nidad, que no debia yo esperar de mi
 „señora. Arroðilléme para darla gracias
 „de la generosidad con que me trataba.
 „Mandóme levantar, y me dió á besar
 „su bella mano. Yo estaba en pie; pero
 „fué preciso, por no desobedecerla, sen-
 „tarme sobre un taburete puesto junto
 „á su sofá — Os he mandado venir, Hey-
 „der, para concertar con vos el como
 „puedo seros útil: quiero que me mireis
 „como una amiga vuestra.

„La ciudad que habitamos está llena
 „de comerciantes de todas las partes del
 „mundo. Escribid á vuestros padres, y
 „así que recibais sus órdenes, las podreis
 „executar libremente. No penseis que me
 „aprovecharé de la opulencia de vuestra
 „familia para exígir de vos mayor rescate.
 „No he pretendido comprar el derecho
 „de venderos con el dinero que di por
 „vos al corsario. Mi intencion no fué
 „otra que la de sacaros de sus manos pa-

„ra procuraros algun alivio. Vos me vol-
 „vereis, quando pudiereis, la cantidad
 „que di por obligaros; y si es que os
 „hice qualquier bien, quede solo á car-
 „go de vuestro corazon el agradecimiento.
 „No ignoro que os separaron de un hom-
 „bre á quien amabais, y á quien vues-
 „tra familia confió el cuidado de vues-
 „tra persona. Si el amigo, que llorais, ha-
 „bita en la extension de la Iragiia, pron-
 „to haré que venga á acompañaros.

„Interrumpiéron nuestra conversacion
 „algunas gentes, que entraron á ver á mi
 „señora. Zama me hizo seña de que vol-
 „viéramos á vernos. Luzina me aguarda-
 „ba. Yo tomé el camino de mi pequeña
 „habitacion; pero ella me dixo, que aquel
 „no era ya mi alojamiento. Me llevó á
 „mi nueva morada, cuya magnificencia
 „me dexó parado. Por algunos instantes
 „creí que Luzina se burlaba; pero, á sus
 „ruegos, tomé posesion de mi quarto.

„VÍ un suntuoso vestido á la turca:
 „Luzina me dixo que era para mí, y
 „que podia ponermelo al instante, por-

„que habia de comer con Zama. Enton-
 „ces se fué, para darme tiempo de poner-
 „me el nuevo vestido. No daba yo, por
 „mas que hacia, con la causa del trata-
 „miento que experimentaba; pero supe,
 „algun tiempo despues, que habia sido
 „consequencia de las preguntas que Za-
 „ma me hizo á mi llegada á Basora, y
 „particularmente de lo que confié á Lu-
 „zina al principio de mi esclavitud.

„Como yo habia dicho á Luzina, que
 „era nacido en el Indostan, atribuyó á
 „la buena educacion recibida el hablar
 „yo medianamente la lengua Persa, infi-
 „riendo de ello, que era de familia riquísi-
 „ma. La hablé de las relaciones de mi
 „padre con Nadir-Schas, Rey de Persia.
 „Y bien que la guerra subsistente, entre
 „Constantinopla y Hispahan, habia dis-
 „minuido el gran comercio de Basora con
 „esta última capital, con todo, la afluencia
 „de extrangeros en el puerto era tanta,
 „que, á fuerza de pesquisas, descu-
 „brió Zama algunos comerciantes, que ha-
 „bian acompañado á Nadir-Schas á su

„expedicion de Delhy: informóse de ellos
 „de si entre los Generales del Emperador
 „del Indostan, habian oído hablar de
 „un Señor de aquel pais, llamado Na-
 „dim-Zaëb. Y aunque los preguntados no
 „tenian todas las necesarias noticias, sin
 „embargo, sus respuestas se encontraron
 „algo conformes á lo que yo dixé en se-
 „creto á Luzina.

„La inclinacion de Zama á mí era
 „tan violenta, que pugnaba contra ella
 „sin fruto: las diligencias superficiales que
 „hizo, la parecieron bastantes para que
 „quedára justificada su flaqueza en el
 „tribunal de su razon. Resolvió aquella
 „dama ofrecerme su mano con sus bie-
 „nes. Tal fué el principio del buen trato
 „que experimenté, y que se aumentó en
 „lo sucesivo.

„Acabándome estaba de vestir quando
 „Luzina volvió á entrar. El buen ayre
 „que me notó, entré mis nuevos adornos,
 „la hizo dar un grito involuntario, que
 „me excitó la risa. Dió muchas vueltas
 „á mi alderredor; y poniéndose luego se-

„ria, exclamó así: ¡Veo claramente que
 „vais á ser nuestro dueño! ¡O Heyder!
 „¡Qué suave me parecerá la esclavitud!
 „Entraron unos esclavos á decirme,
 „respetuosamente, que su señora me
 „aguarbaba. Al instante pasé á su quarto.
 „Hízome Zama sentar á su lado sobre
 „el mismo sofá. Hablamos de mi fami-
 „lia: preguntóme: ¿si habia escrito á mi
 „padre? y me mandó que volviese á es-
 „cribir. Muchos navíos, me dixo, hay
 „en el canal prontos á hacerse á la ve-
 „la para Dekan y Bengala: servios de es-
 „te medio: vuestras cartas irán recomen-
 „dadas á los Capitanes de los navíos pa-
 „ra el Baxá de Barrack; y estad seguro
 „de que no se perderán, como las reci-
 „ba, en el puerto de mar de la India
 „adonde abordasen los buques, algun
 „conocido vuestro, para dirigirlas á su
 „destino.

„Avisaron de que la comida estaba
 „en la mesa. Comí solo con Zama, por-
 „que su madre, que la acompañaba, re-
 „sidia entonces en una casa de campo.

„Despues de comer, volvimos á su ha-
 „bitacion, y pasamos toda la tarde jun-
 „tos. Al entrar me dixo Zama, que mi
 „desembarazado porte, y mis modales no-
 „bles y decorosos, publicaban mi naci-
 „miento, por mas que yo quisiese ocul-
 „tarlo. Despues de muchas especies de
 „esta naturaleza, y muy hijas de su co-
 „razon, me ofreció que me presenta-
 „ria, en los dias sucesivos, á las damas
 „que componian su tertulia, para procu-
 „rarme diversiones, mientras estuviese en
 „Basora.

„Me retiré temprano, y me acosté.
 „¡Qué noche pasé tan mala! ¡Quan di-
 „ferente de las anteriores, desde mi par-
 „tida del valle de Dinam! Pasé muestra
 „á todas las aventuras de mi vida; y ad-
 „miré su caprichoso tejido: vi de bul-
 „to las máximas verdaderas de Ferisha:
 „me acordé, sin dexar de admirarme, de
 „las varias ocasiones en que aquel hom-
 „bre virtuoso me aseguró, que el Ser
 „supremo nunca abandonaba á los hom-
 „bres de bien, y que, despues de haber-

„los probado de mil maneras, les daba
 „auxilios dignos de su omnipotencia.

„El placer me causó los mismos efec-
 „tos que pudiera el pesar. Casi no dormí.
 „Las promesas de Zama me lisonjeaban
 „con la esperanza dulce de ver pronto á
 „mi querido Ferisha. Me complacia mu-
 „chísimo el ir á ser, en algun modo, au-
 „tor de sus dichas, despues de haber con-
 „tribuido tanto tiempo á sus desgracias.
 „Ya me figuraba tenerlo entre los brazos,
 „y sentir sobre mi pecho las palpitacio-
 „nes de su corazon. Pero luego vino á per-
 „turbar aquel sueño agradable la dudosa
 „suerte de Hussein. Con todo eso, dixe
 „entre mí, aquella mano que me dió una
 „protectora en el pais donde solo debia
 „esperar grillos y cadenas, me volverá á
 „mis dos amigos.

LXIII.

„Apenas me habia vestido, quando en-
 „tró Luzina á traerme café, de parte de

„Zama. Estaba yo escribiendo á mi padre:
 „cerré la carta, y la puse segundo sobre
 „dirigido á Dupleix, Gobernador de Pon-
 „dichery: le hice un compendio de mis
 „aventuras, y le supliqué, que enviase á
 „Delhy el pliego para Nadim-Zaëb. En
 „aquella ocupacion pasé la mañana. Fuí,
 „á medio día, al quarto de Zama, y la
 „encontré con su hermano, á quien aun
 „no conocia yo. Este me presentó, al día
 „siguiente, al Baxá, y á las personas dis-
 „tinguidas de la ciudad, en calidad de un
 „señor extrangero, á quien la suerte ha-
 „bia traído á casa de su hermana. En to-
 „das partes me recibieron con urbanidad,
 „que es el caracter distintivo de los Ara-
 „bes, aunque en ello tenia mucha par-
 „te el aprecio que yo debía á mi protec-
 „tora.

„Desde el día que entré en casa de Za-
 „ma tuve la misma libertad que hubiera
 „tenido en mi patria; y me aproveché de
 „ella para aprender la lengua árabe, y pa-
 „ra instruirme de la situacion del país en
 „que vivia, de sus producciones, de su

„comercio, y de las costumbres y usos de
 „sus habitantes.

LXIV.

„Basora, mas comunmente llamada Bas-
 „rak, es una de las ciudades mas comer-
 „ciantes del Asia. En ella se encuentran
 „comerciantes de todas las partes del glo-
 „bo, atraidos por la libertad de concien-
 „cia que allí se disfruta, y por la suma
 „puntualidad de su excelente policia.
 „Los comerciantes de Francia, de In-
 „laterra, de Portugal, de Holanda, de
 „Constantinopla, de Smirna, de Alepo
 „y del Cayro, vienen á ella por el golfo
 „Pérsico. Los de Bagdad, de Mussul, de
 „Diabequir y de toda la Mesopotamia, ba-
 „xan por el Tygris, cuya navegacion es
 „peligrosa, á causa de las corrientes rápi-
 „das. Y los de Hispahan, de Tauris, de
 „Cachemira, vienen dos veces al año en
 „caravana. Basora es tambien la plaza pú-
 „blica de los peregrinos de la India y de

„Persia, que van á la Meca. Contribuyen
 „á que florezca esta ciudad, dexando en
 „ella, por venta ó cambio, muchos géne-
 „ros de que acostumbran cargar las pia-
 „dosas caravanas, quando van á visitar el
 „sepulcro del Profeta, ó quando vuelven.

„El Califa Omar edificó á Basora el año
 „15 de la Egira. Guerreaba este Príncipe
 „con el Rey de Persia, y su objeto era
 „impedir á los Persas de las provincias
 „occidentales pasar á las Indias por el
 „golfo Pérsico, baxando por el Eufrates
 „ó el Tygris. Este camino era para
 „ellos el más corto y el más cómodo;
 „pero la ciudad de Basora interceptó la
 „navegacion de los dos ríos, y los pre-
 „cisó á viajar por tierra, atravesando las
 „provincias de Kerman y de Macran, por
 „un camino penoso y costosísimo.

„Está situada Basora á la extremidad
 „del golfo Pérsico, á la derecha del Eu-
 „frates, llamado por los Arabes *Sctul-*
 „*Areb*, ó río de Arabia, á quince le-
 „guas sobre la embocadura de este río.
 „Todo el pais de la circunferencia es tan

„baxo, desde la union del Tygris con
 „el Eufrates hasta la mar, que, á no ser
 „por un dique levantado por los Arabes
 „en la extremidad del golfo, estaria fre-
 „qüentemente en peligro de ser sumergi-
 „do. Este inconveniente obligó á los fun-
 „dadores de Basora á edificar la ciudad
 „á una milla del río, cuyas aguas con-
 „duxéron por un canal ancho y profun-
 „do, que sufre embarcaciones de ciento
 „y cincuenta toneladas. La entrada del
 „canal está defendida por una fortaleza
 „fábrica sobre el río, en el parage que
 „sirve de puerto á la ciudad.

„La circunferencia de Basora es de dos
 „mil y quinientas toesas. Su figura es ova-
 „lada. La circunda una muralla fuerte,
 „flanqueada, de trecho en trecho, con
 „torres más elevadas que el muro. Las
 „calles son espaciosas y rectas, y las ca-
 „sas de ladrillo: muchas de ellas rematan
 „en terrados, por los que pasean las gen-
 „tes como si fueran jardines. En el cen-
 „tro de Basora hay una hermosa plaza,
 „llamada *Merbac*. Baxo los pórticos que

„la rodean, recitan los autores Arabes á
„los pasajeros sus obras de prosa ó de
„poesía.

„Basora está á tres leguas de la anti-
„gua ciudad de Teredon. Todavía se ven
„las reliquias de un aquíeducto de ladri-
„llo, que llevaba á ella las aguas del Eu-
„frates; y por las ruinas que quedan, se
„viene en conocimiento de que aquella
„ciudad estuvo floreciente. Despues que
„cayeron los Califas de Bagdad, fué go-
„bernada Basora por un Príncipe parti-
„cular, que se llamaba *Scheich*, nom-
„bre que se da generalmente en Arabia
„á los señores, que se mantuviéron inde-
„pendientes en sus comarcas. Esta ciu-
„dad, y la pequeña provincia de Iragña,
„cuya capital es, cayó baxo el dominio
„de los Otomanos en el año de 1668.

LXV.

„Llegué á Basora al empezar la pri-
„mavera. Zama me propuso despues pa-

„sar la estacion de los grandes calores en
„su casa de campo, á tres leguas de la
„ciudad. Admití la propuesta con gus-
„to, é hicimos juntos aquel viagillo.

„Las cercanías de Basora son pedre-
„gosas y areniscas. Su terreno es total-
„mente infértil, porque casi nunca llue-
„ve; pero, á dos leguas de la ciudad,
„corre un riachuelo, que baña los mu-
„ros de la poblacion de Obbola, y que
„hace tan delicioso el valle que riega, que
„los Arabes lo llaman uno de los qua-
„tro paraísos del Asia. En aquel valle es-
„tá fabricada la casa de Zama. Los jar-
„dines, que la acompañan, estan delicada-
„mente adornados, y presentan surtide-
„ros y bosquecillos espesos, que son una
„frucion voluptuosa en el ardiente cli-
„ma de la Arabia.

„Las mugeres Arabes viven en la ciu-
„dad retiradísimas; rara vez se las ve;
„pero en el campo es mucho menos se-
„vero el uso, porque salen quando quie-
„ren. Teníamos en nuestra vecindad mu-
„chas personas de bellissimo trato. La ma-

„dre de Zama pasaba casi todo el año
„en Obbola; y su hermano iba á menu-
„do con sus dos mugeres y sus hijos.

„Como yo he gustado siempre tanto
„de las diversiones campestres, pasaba
„unos días deliciosísimos en el valle de
„Obbola. Luzina (que, por una ridícula
„etiqueta, estaba en la ciudad en clase
„inferior, á pesar de lo mucho que Za-
„ma la estimaba) comía con nosotros
„en el campo. Esta apreciable jóven pa-
„saba por las mañanas algunos instantes
„en mi cuarto: me amaba locamente, y
„se esforzaba quanto podia para ocul-
„tarme su pasión, especialmente desde que
„supo que Zama se me habia inclinado.

„Nunca me confesó Luzina su amor; pe-
„ro ¡quántas veces lo ví escrito en lo
„interior de su alma! Algunas veces, que
„estábamos solos, y que hablábamos co-
„mo amigos, sorprehendia yo sus lágrí-
„mas desprendiéndose de sus ojos, ape-
„nas contenidas por el pudor.

„Al ponerse el sol, nos paseábamos
„por una pradería llena de árboles fruta-

„les. El riachuelo serpenteaba por aque-
„lla risueña llanura, prestándola nuevos
„atractivos. Algunos bosquecillos, sem-
„brados á la orilla del agua, y en los pa-
„rages mas escondidos del valle, pare-
„cian dispuestos por la naturaleza para
„recibir los suspiros de los amantes. Lle-
„gábase á ellos por sendas solitarias, en
„las que no se oía mas ruido que el mor-
„mullo del riachuelo, que paseaba sus
„límpidas aguas por un cauce de guijar-
„ros, ó el trinar de los paxarillos, cu-
„yo plumage brillante y variado causaba
„tanto placer á los ojos, como su can-
„to á los oídos.

LXVI.

„Con pretexto de buscar abrigo con-
„tra los últimos rayos del sol, me lle-
„vaba frecüentemente Zama á dichos en-
„cantados retiros, cuya soledad y silen-
„cio se conformaba tanto con el estado
„de mi alma. Allí hablábamos de los su-

„cesos de mi vida, sentados sobre la yer-
 „ba. Yo la repetia lo que me habia oido
 „muchas veces; pero siempre me escucha-
 „ba con nuevo placer. Arrasáronse, un
 „dia, de lágrimas los ojos, y me dixo en
 „un language bien expresivo: ¡Qué in-
 „justo sereis, Heyder, si atribuis á com-
 „pasion sencilla los sentimientos de mi co-
 „razon!..... Me arrodillé, besé sus hermo-
 „sas manos, que me presentó ella misma,
 „como convidándome á menos retentiva
 „con aquella condescendencia. Yo enton-
 „ces la hablé de mi suma gratitud; pero
 „ella me pedia amor.

LXVII.

„Otro dia, que me levanté algo mas
 „temprano que acostumbraba, fui á to-
 „mar el fresco á una alameda, que se ex-
 „tendia á lo largo del rio, inmediata á
 „la casa de Zama. La belleza de aquel
 „paisage me inclinó á una meditacion dul-
 „ce. Empezaba á salir el sol, penetraban

„sus rayos por entre las hojas de los ár-
 „boles, y parecia que trocaba en piedras
 „preciosas las gotas de rocío de que es-
 „taban empapadas las plantas. Los páxa-
 „ros formaban coro cantando la renova-
 „cion de la naturaleza. Como estaba yo
 „tan embebido en el grande espectáculo
 „del universo, no reparé en Luzina, que
 „vino tras mí, se sentó á mi lado, y me
 „tiraba suavemente del vestido. Yo es-
 „taba en el caso de un hombre, á quien
 „despiertan quando está soñando cosas
 „placenteras. He venido á buscaros, me
 „dixo Luzina, para que sepais muchas
 „cosas que os importan: me alegro de
 „hallaros en este sitio, donde podré ha-
 „blaros libremente. Mi ama, que no ha
 „dormido esta noche, nos dará todo el
 „tiempo necesario. — ¿Está Zama enfer-
 „ma? la pregunté. — No, señor, me res-
 „pondió; ó, á lo menos, sus males no
 „proceden de trastorno alguno en sus
 „órganos, sino del estado de su corazon.
 „He pasado la noche con ella hablando
 „de vos: os ama. ¡Ay Dios! ¿Es posible

„que me haya destinado la fortuna para
 „ser confidenta de sus sentimientos? ¿de
 „aquellos sentimientos de que vos par-
 „ticipareis sin duda? ¿de aquellos, cuyo
 „resultado me hará la muger mas infeliz
 „de todas?... La sosegué lo mejor que
 „pude, protestándola, que la memoria de
 „los beneficios de que me habia colma-
 „do Zama estaba grabada en mi cora-
 „zon; pero que la inclinacion que yo la
 „tenia no era la del amor, y que, ade-
 „mas de eso, no estaba en mi mano con-
 „traer empeño semejante.

„Fuéron mis palabras un rayo de ale-
 „gría, que penetró hasta el alma de Lu-
 „zina. Ninguno es señor de los movi-
 „mientos primeros de su corazon. Para
 „ella fué un consuelo, que yo no tuviese
 „á su señora el amor que la rehusaba; pe-
 „ro pronto superó la violencia de sus
 „afectos; y me dixo, mirándome con
 „ternura: ¡Ah, desgraciada pasion! no he
 „podido, por mas que he hecho, ocul-
 „tarla en lo interior de mi alma: vos
 „sereis el único depositario de ella. ¡Ay,

„Heyder! ¡Defendedme de mí propia!
 „¡Yo os amo!.... Desde el primer dia que
 „os ví, me abrasó el fuego del amor.
 „¿Por qué vuestra religion no os permite
 „dividir el cariño entre muchas mugeres?
 „La esperanza de poder ser vuestra, seria
 „la delicia de mi vida. Pero ya que la
 „fortuna se opone á la única felicidad,
 „qué envidiaría yo, nada temais de la
 „confesion que acabo de haceros; pues
 „ántes bien ella me dará fuerzas para ven-
 „cer la inclinacion, casi irresistible, que
 „hácia vos me arrastra. Si no consiguere
 „superar totalmente mi pasion, sabré ocul-
 „tarla de tal manera, que nunca mas lle-
 „gareis á conocerla. Yo me haré señora
 „de mis acciones y palabras: sí: os amo
 „tanto, que ocultaré para siempre que os
 „amo, si vuestra felicidad consiste en es-
 „to: viviré satisfecha con habitar donde
 „habiteis, y el gusto de veros será para
 „mí el compendio de todos los gustos; y
 „ya que no podais ser mi esposo, mere-
 „ceré, á lo ménos, vuestra estimacion y
 „confianza.

„Yo estaba enternecido. Luzina me
 „habia servido mucho y bien. Siempre
 „estuvo atenta á quanto podia contribuir
 „á mis satisfacciones; y nunca perdió
 „ocasion de darme pruebas de su fide-
 „dad; pues al retrato, que diariamente
 „hacia á Zama de mis prendas morales,
 „debí, en parte, los bienes de que dis-
 „frutaba. La mostré toda mi sensibilidad:
 „mezcláronse mis lágrimas con las su-
 „yas..... Ya veis, la dixé, que no es in-
 „sensible mi corazon; pero este corazon,
 „que amais, lo tengo ya dado desde mi
 „tierna edad. ¡Quántas lágrimas cuesta
 „este triste donativo á la que lo recibió!
 „Pero creed que, despues de mi esposa,
 „á ninguna querré tanto como á vos.
 „¡Casado sois! replicó Luzina. ¡Qué
 „me habeis dicho! ¡Infeliz Zama! ¡Qué
 „suerte tan lastimosa la suya! — Nada
 „comprehendí de aquella exclamacion;
 „porque me pareció extraordinario, que,
 „despues de haberme pintado tan apa-
 „sionadamente su amor, lo olvidase Lu-
 „zina de repente, para pensar en el de su

„competidora. No me dió tiempo para
 „manifestarla mi admiracion, porque con-
 „tinuó diciéndome: — Testigo sois de mi
 „turbacion, Heyder: sabeis tambien los se-
 „cretos de mi alma; pero ignorais to-
 „davía á quantos haceis desgraciados. ¿Pa-
 „ra qué os ha traído el destino á la Ara-
 „bia? Yo gozaba de una paz admirable,
 „que habeis alterado. Os amo: hago el sa-
 „crificio de mi amor; pero ya que este do-
 „loroso esfuerzo me atraviesa el alma; y ya
 „que suspende todas sus facultades, tenia,
 „á lo ménos, en lo sumo de mi pena, el
 „consuelo de no cederos á otra que á mi
 „buena ama, á quien quiero como á mi
 „misma..... ¡Parece que os sorprendeis!
 „Mas, con todo, el modo de pensar de
 „Zama no debiera seros nuevo, porque
 „yo os lo he dado á entender mucho
 „tiempo ha. Ayer mismo me lo confió
 „mi señora plenamente; y, movida yo
 „de lo vivo de su afecto, determiné al
 „instante sufocar el mio, mirar á Zama
 „sin celos, y reynar en un alma, cuya
 „posesion preferiria yo á todas las rique-

„zas del mundo. ¡Cuán digna soy de
 „lastima !.... Luzina mia , me dixo mi
 „señora, ¿qué se hizo aquel sosiego de
 „ánimo de que yo disfrutaba, el qual me
 „hacia insensible á las adoraciones de
 „una turba de amantes? El último dia de
 „mi libertad, fué aquel en que la fortuna
 „traxo á mi casa á ese jóven extran-
 „gero. La tristeza que lo poseia se apo-
 „deró de mi alma; y creyendo yo que
 „mi agitacion era lástima, la dí abrigo
 „sin desconfianza. Si hubiera conocido
 „yo la naturaleza de los sentimientos,
 „que iban ocupando mi corazon, acaso
 „hubiera tenido fuerza para triunfar de
 „ellos. Despues acá, ¿qué no hice para
 „destruir mi pasion! Però hoy ya és en
 „vano pelear, porque se ha grabado tan
 „hondamente en mi alma, que la muerte
 „sola podrá borrar su señal. Añadió mi
 „ama, que estaba determinada á ofrece-
 „ros su mano, luego que terminase al-
 „gunos negocios, que la impedian pasar
 „á segundas nupcias.— Esta conversacion
 „me detuvo mucho tiempo en la prade-

„ría, de manera, que eran las once de la
 „mañana, quando tomé, con Luzina, el
 „camino de la casa.

LXVIII.

„En lo sucesivo evité encontrarme solo
 „con Zama, á fin de quitar las ocasiones
 „de que hubiera podido servirse aquella
 „señora para hablarme de su amor. Vol-
 „yimos á Basora á fines de Noviembre,
 „que era el tiempo en que debía llegar la
 „caravana de Hispahan, y el tiempo en
 „que yo esperaba saber, si Ferisha ó Hus-
 „sein estaban en aquella capital.

LXIX.

„Zama consultaba conmigo todos sus
 „negocios. Díxome un dia, que el Baxá
 „de Barrak queria casarla con uno de sus
 „parientes, que era un jóven, que daba
 „grandes esperanzas. Yo habia oido ha-

„blar varias veces de aquel matrimonio;
 „y me lisonjaba de que la fortuna me
 „presentaba la ocasion del recobro de mi
 „libertad. Desde entonces venia el Baxá
 „diariamente á casa de Zama. Parecia-
 „me, que, aun quando su corazon estu-
 „viese de parte mia, la razon le impon-
 „dria silencio. A quella confianza me cau-
 „só ménos admiracion que embarazo. Ti-
 „tubeé sobre el como la responderia: to-
 „mó mi embarazo por celos, y se llenó de
 „alegria su cara. ¿Pensais, me dixo, que
 „yo me meteré en semejante empeño así
 „como quiera? He arrastrado ya las ca-
 „denas de himeneo; y sé, por experien-
 „cia, que solo son leves quando el co-
 „razon ha formado sus eslabones. Yo no
 „he de tener otro esposo que mi amante;
 „y si este me traxera una corona, no me
 „complacera tanto como el poseer su
 „corazon; y entonces, aun quando fuese
 „un pastor sencillo, lo estimaria en mas
 „que todos los potentados del mundo.
 „Hago justicia al mérito de este jóven,
 „que me ofrecen para marido; mas yo no

„recibiria ni aun la mano del Padisha
 „de los Otomanos. Mi corazon no es ya
 „mio: mi mano, sin mi corazon, es un
 „triste donativo: así es como pienso; y
 „si os fuera dable penetrar en mi alma,
 „conoceriais á su amable vencedor, de
 „quien hago mas caso, que del trono de
 „todo el mundo entero. Por último, ¿á
 „qué es ocultaros mas tiempo un amor,
 „cuya pureza constituye mi felicidad y
 „mi gloria? Vos sois ese amante: vos se-
 „reis mi esposo, ó no me casaré jamas.
 „Aunque aquella declaracion no debió
 „sorprenderme, por lo que ya me ha-
 „bia confiado Luzina en el valle de Ob-
 „bola, no dexé de verme comprometido.
 „Respondí vagamente, que yo no mere-
 „cia el don precioso, (cuyo precio co-
 „noscia muy bien) sin poder aceptarlo al
 „instante, porque el respeto, que debia
 „yo á mi padre, no me permitia casarme
 „sin su consentimiento. Nos ciega el
 „amor. Parecióle á Zama, que era efecto
 „de pasion una respuesta, que la sola cor-
 „tesía dictaba. En fin, me sacrificó el pa-

„riente del Baxá, sin miramiento á lo que
„la ridiculizaba aquella repulsa.

„Su procedimiento me puso en una
„dura perplexidad. Algunos proyectos hi-
„ce de escaparme ocultamente, tomando
„el camino de Hispahan. La mayor prue-
„ba de agradecimiento, que podia yo dar
„á Zama, era libertarla, con la fuga, de
„una pasion, que en mí no habia. Pero
„quando meditaba que era esclavo de Za-
„ma, me detenian junto á ella las leyes de
„la honra, no obstante de no haber otro
„medio, que mi ausencia, para apagar el
„fuego de su amor. Diariamente visitaba
„yo á Zama, y yo era el confidente de
„todos sus pensamientos, y en nada pen-
„saba sino en mí.

LXX.

„En los primeros días, que siguiéron al
„equinocio de la primavera, dexamos la
„ciudad para ir á pasar los grandes calo-
„res en el valle de Obbola. Díxome un

„dia Luzina; que si yo queria curar á su
„ama de su desgraciada pasion, debia
„confesarla los empeños contraidos en
„mi patria, los quales me ataban las ma-
„nos para no disponer de mi corazon.
„Aprobé el medio, y la di libertad pa-
„ra que se sirviera de él á su arbitrio.

LXXI.

„Presumo que Luzina instruyó á su
„señora, con poca precaucion, de los
„estorbos que me impedian contraer ma-
„trimonio fuera de mi patria. Fué un ra-
„yo fulminado contra Zama. Su corazon,
„que estaba ya oprimido con un dolor
„violento, se heló de tal manera con
„tal noticia, que perdió á un tiempo mis-
„mo la palabra, las fuerzas y el movi-
„miento.

„A la sazón estaba yo en la pradería,
„y á la vuelta me contaron aquel acci-
„dente. Subí á ver á Zama: su estado
„era lastimoso. Viniéron los mas celebra-

„dos médicos de Basora, y no me cogié-
 „ron de nuevas quando me dixéron, que
 „la enfermedad de aquella dama podia
 „tener muy malas conseqüencias. Me apar-
 „taba de la enferma lo menos que podia,
 „porque notaba que mi presencia favo-
 „recia el efecto de los remedios que la
 „daban.

„Un dia, que, estando solo con ella,
 „la aseguré de quanta pena me causaban
 „sus males, me dixo con voz débil:—
 „Heyder, vuestro corazon ni es recto, ni
 „sincero. ¿Es posible que lo haya cono-
 „cido yo tan tarde? ¿Bien cara pago mi
 „ciega credulidad!—Estas palabras hi-
 „ciéron sobre mi alma tan fuerte impre-
 „sion, que no tuve aliento para abrir la
 „boca, y pedir la explicacion de ellas:
 „mi embarazosa inquietud parecia con-
 „vencimiento de los delitos de que me
 „acusaba.—Escuchadme, sin interrumpir-
 „me, replicó Zama: Sé que ningun-
 „no tiene libertad privativa de dar ó
 „de rehusar su corazon: esta es una
 „verdad verificada, por desgracia, en mí.

„No soy tan injusta, que os atribuya á
 „delito el de amar en vuestra patria, y
 „el ser fiel al objeto de vuestro amor; pe-
 „ro decidme: ¿no debiais haberme con-
 „fesado lo mismo que á Luzina? ¿No
 „soy merecedora de vuestra confianza?
 „¿Donde está aquella franqueza que fin-
 „gais en presencia mia? ¿He de verme
 „precisada á creer, que Heyder es el úl-
 „timo de los hombres, quando, en mi
 „estimacion, le tenia por el primero? Pe-
 „ro, ademas, ya que la gratitud no os
 „hubiera impuesto la obligacion de des-
 „cubrirme un secreto, que no ocultasteis
 „á mi esclava, importándome á mí sola,
 „¿no debiera imponeros esta ley la hon-
 „ra, aquella guia rígida, que alguna vez
 „os gobernó? Ya me habeis visto rehu-
 „sar un matrimonio ventajoso, y mas en
 „el estado en que mis negocios se pre-
 „sentan. No me arrepiento de lo hecho;
 „y no pudiendo ser vuestra, no quiero ser
 „de nadie; y esto os lo acreditaré con
 „mi muerte. Y decidme, por último:
 „¿estábais menos obligado á advertirme

„que un lazo sagrado os impedía el ser
„mio?

„Estas palabras últimas fuéron como
„un rayo luminoso que ahuyentó la os-
„curidad de mi mente. Conocí al ins-
„tante que Luzina (á quien yo había
„noticiado muy de paso las obligaciones
„contraídas con Azeyma, que me qui-
„taban disponer de mi corazón), las ha-
„bía tomado en concepto alusivo al nu-
„do matrimonial; y aun me acordé de
„que, en el instante de mi confianza,
„se admiró mucho, y yo no quise des-
„engañarla. Las circunstancias eran ya
„muy diversas; pues lo mucho que yo
„debía á Zama no me dexaba elección
„alguna que hacer.—Engañada estais, la
„dixe con eficacia, arrodillándome jun-
„to á su cama; os han engañado: no
„estoy ligado, Zama, con las cadenas
„del himeneo; pero no por eso está li-
„bre mi corazón, pues empecé á querer
„en mi infancia, quando aun no os co-
„nocía. Es verdad que amo en mi pa-
„tria; mas mi empeño no es tan solem-

„ne que me impida ser vuestro.—El mo-
„do con que pronuncié estas palabras, ó
„las palabras mismas, produxéron tan
„favorable revolucion en Zama, que des-
„apareció el sepulcro, y vino la dulce
„esperanza, con rostro afable, á socorrer-
„nos.

LXXII.

„Pasaba yo los dias al lado de Zama,
„cuyas fuerzas se iban renovando. La
„tomé el pulso para juzgar de su estado,
„y entónces ella cogió entre sus manos
„la mía, y me la apretó con ternura tal,
„que pasó hasta mi corazón. Olvidé á
„Azeyma, y aun me olvide á mí mis-
„mo. No pretendo justificar mi flaque-
„za; pero sí digo, que es difícilísimo que
„un jóven resista á una tentacion tan
„violenta, y, en especial, viéndose cie-
„gamente amado.

„Zama se repuso prontamente. Cono-
„ció, con mucho placer suyo, que esta-
„ba en cinta. Determinóse, que nos iría-

„mos á Basora á pasar el invierno. Zama
 „dió á luz un niño, á quien crió á sus
 „pechos; y no se habló ya mas de vol-
 „ver á la ciudad. Dos años despues tu-
 „ve una hija. Mas de cinco consecutivos
 „pasé en el valle de Obbola. Mis dos hi-
 „jos murieron en quince dias, de virue-
 „las: eran dos prendas que me unian á
 „su madre; de manera, que olvidé en
 „los brazos de Zama á todo el universo;
 „pero la muerte de mis hijos deshizo
 „aquel encanto.

LXXIII.

„En vano seria que yo intentase for-
 „mar el quadro de mi existencia, tal qual
 „me lo presentó mi imaginativa, así que
 „perdí mi dos hijos. Yo mismo era pa-
 „ra mí mismo un enigma indefinible. No
 „comprehendia yo como habia podido
 „pasar cinco años en aquel valle, en los
 „brazos del deleyte, sin haber recibido
 „noticia alguna de mi pais, y aun sin

„haber pensado en él. Degeneraron mis
 „ideas en melancólicas. Aquel agradable
 „paisage, que antes me enamoraba, per-
 „dió á mis ojos todos sus atractivos, en
 „terminos de mirarlo ya como una pri-
 „sion. Oculté mi tristeza á Zama; pero
 „aquella muger era sobrado penetrativa
 „para no conocerlo. Hizo quanto pudo á
 „efecto de disipar los negros vapores de
 „mi imaginacion; y sospechando que aca-
 „so me fastidiaria el campo, me propuso
 „volver á Basora, baxo pretexto de ar-
 „reglar algunos asuntos importantes, que
 „no lo estaban aun, y que la estorba-
 „ban el instarme para que recibiera su
 „mano.

LXXIV.

„A Basora pasó conmigo el tedio que
 „me devoraba. Fuéron inútiles quantas
 „pesquisas hice de toda especie para des-
 „cubrir á Ferisha; y aumentó mi melan-
 „colia la inutilidad de mis diligencias. Re-
 „prochárame yo, con razon, el haberlas

„hecho sobradamente tarde. Por ventura habia ya muerto en la esclavitud „aquel generoso amigo, pudiendo yo haberlo libertado. Ninguna distraccion me „borraba aquella imágen, que me atormentaba cruelmente. Mientras el dia, iba „en busca de los sitios mas apartados, „cuyo silencio alimentaba mi dolor. De „noche soñaba, pero en mis penas; y „estas desviaban de mis párpados el sueño; y si dormitaba algunos instantes, „me despertaba amedrentado de horrosos sueños. Semejante estado de agonia no podia ser de mucha duracion. „Caí, por último, peligrosamente enfermo.

LXXV.

„Luzina era mi única confidenta, y „yo no tenia para ella secreto alguno. „Compadecíase de mí; pero sin remediar „mis males. Zama, que me adoraba, empleó, para mi alivio, los conocimientos „de los mas célebres médicos árabes. El

„principal síntoma de mi enfermedad „era un mortal caimiento: estaba tan débil, que cada dia se daba por cierto „que no veria el siguiente. Los remedios „no producian efecto alguno. La muerte, que miraba yo muy cercana, era „el blanco de mis deseos. En fin, declararon los médicos, que mi mal tenia una „causa oculta, que su arte no alcanzaba „á curar, ni aun á conocer. Zama estaba como fuera de sí; pero, á pesar de su „despecho, mi estado se empeoraba tanto, que ya calculaban el término de „mi vida.

„En tal extremidad, se aventuró Luzina á descubrir á su ama la causa oculta de mis males: la aseguró de que esta „era el ansia de volver á mi patria; y „de que la sola esperanza que me diese „de conseguirlo, me volveria infaliblemente la salud.

LXXVI.

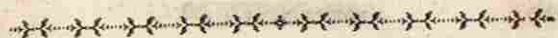
„Zama temía perderme, si me dexa-
 „ba volver á la India; pero mas temia
 „ verme morir á sus ojos. Fuera de esto,
 „ se reprochaba en lo interior de su alma
 „ la supresion de quantas cartas habian
 „ venido dirigidas á mí. Resolvió, pues,
 „ volverme la vida, á costa de su propia
 „ satisfaccion. Aprovechóse de un mo-
 „ mento, en que yo sentia algun alivio,
 „ para persuadirme á que hiciera un via-
 „ ge á la India, luego que estuviera resta-
 „ blécida mi salud, previniendo con an-
 „ ticipacion á mi padre sobre nuestro ma-
 „ trimonio. Y añadió, que, durante mi
 „ ausencia, quedarian zanjados todos los
 „ negocios procedentes de la sucesion de
 „ su marido; y que, contando con mi
 „ probidad, que tan conocida tenia, no
 „ dudaba de mi pronto regreso á su pre-
 „ sencia.

„ Buscaba yo en los ojos de Zama la

„ confirmacion de sus palabras, y así que
 „ me aseguré, con varias pruebas, de que
 „ hablaba de buena fe, sentí tal gozo,
 „ que brotó de nuevo el manantial de mi
 „ vida, casi agotado ya por los pesares.
 „ Disminuyóse conocidamente la calentu-
 „ ra, aunque aun me duró algunos dias
 „ mas, porque no era dable restablecerse
 „ de pronto de unos males sobradamente
 „ arraigados. Con todo eso, recobré mis
 „ fuerzas antes de lo que esperaba.

„ Yo conté con marchar luego que es-
 „ tuviese totalmente bueno. La tierna Za-
 „ ma, que temblaba solo de pronunciar
 „ nuestra separacion, alejaba quanto podia
 „ aquel instante; y yo, que no me atre-
 „ via á hablar de ella, recaí en la melan-
 „ colía, que me llevó hasta las puertas de
 „ la muerte. Zama, que lo conoció, gra-
 „ duó sus lentitudes de delito, y apron-
 „ tó mis equipages, y me dió algunos
 „ esclavos de cuya fidelidad tenia con-
 „ fianza. Ultimamente, despues de haber-
 „ me exígido la palabra de que volveria
 „ á Basora dentro de dos años, á mas tar

„dar, me arranqué de sus brazos, y de
 „los de Luzina, para embarcarme en un
 „navío Portugués, que habia de arribar
 „á Goa, y hacerse despues á la vela pa-
 „ra la China.”



MEMORIAS
 DE TYPPOO-ZAÏB,
 SULTAN DE MASUR.

PARTE SEGUNDA.

I.

Heyder-Aly-Kan salió del puerto de Basora, á primeros de Mayo de 1750, en el navío *Nuestra Señora de Gracia*, mandado por el Capitan Don Juan de Acuña, natural de Lisboa. Adornaban á dicho navío bellas pinturas, de modo que parecia nuevo. Al sexto dia de la navegacion, pasáron á la vista de Ormuz. Los

días siguientes costearon la provincia de Makeran, en Persia; y ya se disponian á ganar la alta mar, para evitar las embocaduras del Indo, quando advirtiéron, que el navío hacia agua. Aquel accidente precisó al Capitan á entrar en el puerto de Diu, adonde la embarcacion llegó con trabajo. Viéronse precisados á volcarlo sobre el costado, para descubrir la entrada del agua. Todos salieron de él. Descargaron las municiones de guerra, y las mercaderías; y el Capitan previno á los pasajeros, que en quince días se acabaria la operacion.

Heyder escogió su alojamiento en casa de un rico Banian. Era entonces el calor excesivo, y pasaba, una parte del día, baxo un magnífico pórtico, que circundaba á la ciudad. Hallándose ya en la vecindad de su patria, podia ir á ella, en poco tiempo, por tierra, atravesando el desierto de Zend; pero la experiencia le disgustó para siempre de aquel camino. Prefirió, con razon, el del mar, que, á la verdad, era un poco mas largo; pero que

era mas seguro, y mas cómodo.

En las cercanías de Diu es donde se terminan en fértiles collados las altas montañas del Imaus, que separan á la Persia del Indostan. Desde las murallas de Diu se veian sus cimas, cubiertas con nieves eternas. Aquella vista recordaba á Heyder el florido valle de Dinam, en el que habia pasado cerca de un año. Representábase los sosegados placeres, que disfrutaban los habitantes de aquella morada feliz. Poníale delante su memoria el quadro de la desolacion en que habria dexado á la colonia su fuga; y sentia amargamente haber cometido una falta, que habia tenido ya cruel castigo.

Al atravesar una calle, para ir á su posada, le pareció ver á Zulia, la hija de Zulmira, esto es, de aquella muger, que lo acogió en la orilla del mar, y que fué su introductora en el valle de Dinam. La poca probabilidad de que Zulia se hallase en Diu, le quitó el seguirla, creyendo aquella apariencia engaño de su imaginacion. Con todo eso, el encuentro le dió

que pensar. Así que se recogió, trabajó en traer bien á la memoria la fisonomía de Zulia, y halló, que era parecidísima á la que había encontrado; y que, además, tenían igual estatura, igual talle, é igual porte. O la naturaleza había hecho dos, ó aquella era la misma Zulia; pero ¿por qué extraño acontecimiento habría salido del valle de Dinam?

Hizo Heyder mil conjeturas. Salió muy de madrugada, y recorrió toda la ciudad, esperanzado en volver á tener segunda vez el encuentro, de que no supo aprovechar. No le desanimó el poco fruto de sus diligencias, y las renovó los días siguientes, pero también sin éxito.

II.

Carenado ya el navío, todos volviéron á bordo. Luego que estuviéron fuera de la rada, entró Heyder, por acaso, en la cámara de popa. Lo primero que vió, fué aquella que, con tanto afán, había

buscado. No se engañó Heyder: Zulia era. Ambos quedáron igualmente sorprendidos. Estaba la cámara llena de pasajeros, que presenciáron la escena, que produjo aquel reconocimiento. Corrió mi padre á abrazar á Zulia; pero ¡qual quedó, al verse abrazar repentinamente por Hussein! Preguntó mil cosas á este y á Zulia, pero sin orden ni concierto. Ellos le hicieron seña de que los siguiese, porque querían satisfacer su curiosidad. Subiéron á la cruxía; y mi padre, enagenado de gozo, abrazaba alternativamente á Zulia y á Hussein. Ni podía saciarse de verlos, ni reducirse á dar crédito á sus mismos ojos.

Zulia le hizo los cargos, que debía esperar, sobre su fuga de la colonia. — „Ingrato, le dixo aquella muger amable, ¿por qué nos abandonasteis furtivamente? ¿Merecía este premio el cuidado que pusimos en que os fuese agradable vuestra morada en Dinam? ¡Quántas lágrimas ha vertido mi madre, que os amaba como á hijo! Los días, que si-

„guiéron á vuestra partida, fuéron dias
 „de luto para la colonia. Cerca de un
 „mes os estuvo buscando inútilmente mi
 „hermano; y no nos quedó duda de que
 „habriais perecido con Ferisha..... Pero
 „¿donde está?..... Porque Ferisha nunca
 „se apartaba de vuestro lado..... ¿Por qué
 „estais solo?“—Esta pregunta renovó el
 amargo dolor de Heyder, por haber dexado á su amigo en una tierra extraña. Disputáronse la posesion de su alma la pena y el placer; y se mantuvo vacilante como en una especie de delirio. Pero, no obstante su perturbacion, contó á Zulia y á Hussein sus aventuras desde que salió del valle de Dinam. Hussein le contó tambien, que habia vuelto á dicho valle seis meses despues de su fuga; que lo habia buscado en una parte del Asia; y que, vuelto por tercera vez á Dinam, se habia casado con Zulia, y venido seguidamente juntos á Diu, para buscarlo de nuevo.

III.

La noche, que estaba próxima, los obligó á baxar para cenar. Mientras cenaban, dixo mi padre á Hussein lo admirado que estaba de no haber recibido carta alguna de Nadim-Zaëb, habiéndole escrito muchas veces desde Basora. Hussein le satisfizo con decir, que era posible que se hubiesen extraviado todas sus cartas, á causa del sumo desórden que reynaba en el Indostan, desde muchos años habia; y continuó diciendo:—„El Emperador Mohamet Schas ya no reyna: su hijo Achmed-Schas, que le sucedió, está vacilante sobre el trono. Nizan-el-Moluk acabó en las batallas su larga carrera; y sus hijos, armados unos contra otros, disputan entre sí su sangrienta herencia; y, no contentos con haber envuelto en sus querellas á los mas valerosos soldados del Indostan, han recurrido á los extrangeros establecidos

» sobre las costas ; y aquellos pérfidos
 » Europeos, que apénas disfrazan su pro-
 » funda ambicion, dexan traslucir un pro-
 » yecto formado de subyugar aquel so-
 » berbio Imperio, si las disensiones inte-
 » riores continúan en favorecer los es-
 » fuerzos de su política. Quando cono-
 » cais una parte de los males, que deso-
 » lan á nuestra desdichada patria, no os
 » maravillará el silencio de vuestro pa-
 » dre. La ciudad de Delhy, totalmente
 » saqueada por los Pátanos, baxo el co-
 » mando de Mirs-Abdalak, ya no existe.
 » El nuevo Emperador reside en Agra:
 » allí encontrareis á Nadim-Zaëb y á Azey-
 » ma, que tendrán mucho gozo en volver
 » á veros.”

El rezelo que mi padre tenia de que Azeyma hubiese muerto, ó estuviese casada, lo contuvo para no preguntar por ella. Retiróse á su camarote, donde, echándose sobre su cama vestido, reunió sus ideas, que no habian tenido orden desde el instante que encontró á Hussein.

Luego que los primeros rayos del sol

llegáron á revivir la naturaleza, subió Heyder á la cubierta para aprovecharse de la frescura de la mañana. Salió de la mar el astro del día, paseándose sobre las aguas, y pintando, con lucidos colores, la vasta extension del Océano, y las nubes que se mecian en los ayres. Admiraba mi padre, en silencio, aquel espectáculo magnífico, en que no habia parado ántes su atencion. El placer de que estaba empapada su alma, hermoseaba los objetos á sus ojos. Llegó Hussein, y, sentándose sobre la cruxía, satisfizo á mi padre, que le instaba á que le refriese quanto le habia sucedido desde su separacion en el desierto de Zend.

IV.

Así que salió Hussein del valle de Dinam, se embarcó en un navío frances, que venia del mar Roxo, y que iba á Pondichery á llevar á Dupleix la noticia del rompimiento entre las Cortes de Paris

y Lóndres. Recibióle el Capitan con humanidad. Pasáron á la vista de Suráte; y ancló en la rada de aquella plaza, sin tener que hacer en ella, y solo con la intencion de obligar á Hussein, poniéndole en tierra en su misma patria.

Apenas llegó al puerto, quando supo la guerra civil que devastaba al Indostan. Los Máratas hacian correrias hasta las inmediaciones de Suráte y de Aurengabad. Habian saqueado las célebres pagodes de Iloura y de Daltabad, que eran monumentos incomprendibles de la antigüedad mas remota, cortadas en peña viva, y figurando palacios inmensos inaccesibles á la claridad del dia. En todas partes halló sangrientos vestigios de la devastacion, compañera de la guerra, esto es, pueblos enteros quemados, y campiñas sin mieses ni habitantes. En fin, llegó á Delhy, y, con su aparicion, sorprendió sumamente á Nadim-Zaëb. — ¿Sois vos, Hussein? me preguntó: ¿me traeis á mi hijo? — La tristeza de mi rostro advirtió á Nadim-Zaëb de su desgracia. Púseme á sus

pies, le di parte del atentado horrible de vuestros esclavos, de la batalla reñida que hubo entre aquellos malvados y nosotros, y de la inutilidad de las diligencias hechas, desde aquel dia fatal, para saber de vos. — ¡Con qué mi hijo no parece! me dixo aquel padre desventurado: yo te lo confié; pero no creas por eso que te haga responsable de su pérdida; adoro los terribles decretos del supremo Ser. Ese hijo habia de ser algun dia el consuelo de mi ancianidad, y habia de cerrarme los ojos. Muere en tierra extraña, y en la flor de sus años, y quando apenas empezaba á gozar de la vida. ¡Respetad las lágrimas que arranca el despecho á un infelicísimo padre! ¡Con qué no he de ver ya mas á mi hijo! ¡Cielos, que me lo quitasteis, vosotros mismos presagiasteis mi desdicha con los obstáculos que se opusieron á aquel viage fatal! — Por mas que me esforcé á dar alguna leve esperanza á Nadim-Zaëb, no pude conseguir esperanzarlo. Habia estudiado atentamente á los hombres, y no dudaba de su fe-

rocidad; y así, por mas que le dixé, os creyó víctima de vuestros enemigos. Fué preciso dar esta fatal nueva á vuestra madre. Quisiera callaros un suceso, que os atravesará el corazon. Aquella Princesa, que vivió penando desde vuestra partida, no pudo sobrellevar tanto golpe, y murió en los brazos de su esposo, pronunciando vuestro nombre. El padre vuestro se mostró, de allí á poco, superior á su pena, porque era filósofo, y ademas lo tenian distraído los preparativos de la guerra que hacia. Quise dexarlo, por la esperanza de encontraros, recorriendo, en vuestra busca, todas las partes del Asia. Tu cuidado es ya superfluo, me dixo el Príncipe: si mi hijo ha sido dichoso, como vos, hoy dia estará ya libre de riesgos, y le veremos pronto; pero en vano me consuelo con esta lisonjera idea: no está mi hijo ya en el número de los vivos, y tu brazo me es útil en el ejército.

V.

La debilidad y negligencia del Emperador Mohammed-Schas llegaron á tal extremo, que declaró Gran-Visir á Galziodin-Kan, hijo mayor de Nizan-el-Moluk, públicamente convencido de ser autor de la revolucion última. El Subá de Dekan, asegurado entónces de tener gran influxo en la corte de Delhy, acababa de dexár aquella residencia imperial para pasar á Golconda, á la cabeza de un ejército mas disciplinado que numeroso. Nadim-Zaëb esperaba esta partida para proponer el matrimonio de su hijo con la Princesa Hadigé. Achmed Schas, heredero presuntivo de la corona, favorecia aquella union, porque como conocia las relaciones de Nadim-Zaëb con los Franceses de Pondichery, quiso servirse de ellos para vengarse de Nizan-el-Moluk. Las dudas que habia sobre la existencia de Heyder-Aly descompusieron aquellas

medidas imaginadas; las quales quedáron inutilizadas del todo, quando supiéron que Chanda-Zaëb (con quien contaba esencialmente Dupleix para efectuar una invasion en el Dekan), habia sido hecho prisionero por los Máratas en Trinchanapali el 26 de Marzo de 1741; y que los Máratas estaban abiertamente declarados en favor de Nizan-el-Moluk y de los Ingleses. Desvaneciéronse entónces los proyectos, que Nadim-Zaëb habia formado de entrar, con mano armada, en su Reyno de Masur; ó, quando menos, se dexáron para tiempos mas felices. Dupleix, que se jactaba de dominar en la península de la India al frente de todas las fuerzas de la Nababía de Carnáte, se vió precisado á mantenerse sobre la defensiva; y Nadim-Zaëb se quedó en Delhy, acechando alguna circunstancia favorable á sus intenciones.

VI.

Dominaba los mares de la India una escuadra Inglesa, á las órdenes del Almirante Barner. Se apoderó, en el año de 1744, de tres navíos de la Compañía Francesa de la India, cuyo valor se estimó en quatro millones. A Pondichery la defendian solamente quinientos Europeos, y aunque sus fortificaciones eran buenas, no estaba libre de ser tomada. Empleando estaba Dupleix todos los recursos de su ingenio, para salvar la metrópoli de los establecimientos Franceses, en Asia, quando recibió un socorro, que no aguardaba.

VII.

Mahé de la Bourdonnaie era Gobernador de las Islas de Borbon y de Francia; y estas dos posesiones, que ántes estaban

casi abandonadas, florecieron baxo su administracion. No habia almacenes ni viveres, y consiguió, con su habilidad y constancia, formar una esquadra, compuesta de un navío de sesenta cañones, y de cinco de la Compañía, armados en guerra. Salió de la Isla de Borbon con estos navíos, en que embarcó dos mil y trescientos blancos, y ochocientos negros disciplinados por el mismo, y exercitados en el manejo del cañon. Se atrevió á atacar la esquadra Inglesa; la venció, la persiguió, la forzó á que se alejara de la costa de Coromandel, y seguidamente puso sitio á Madrás, capital de los establecimientos Ingleses en aquella costa.

VIII.

Fué en vano que unos Enviados de Anaverdi-Kan, Gobernador de Carnate en calidad de Nabab, baxo las órdenes del Subá de Dekan, fuesen al campo frances á representar á Bourdonnaie, que

Madrás estaba baxo la proteccion inmediata del Gran Mogol. Los Franceses, que desembarcáron sin oposicion, pusieron las baterías delante de la plaza, mal fortificada y defendida por una guarnicion débil. El establecimiento Ingles consistia en el pueblo, que llaman *Blanco*, habitado por los Européos, y en el llamado *Negro*, poblado de negociantes y artesanos de todas las naciones de la India, Judíos, Banianos, Armenios, Mahometanos y Negros de diferentes especies. Esta poblacion ascenderia como á unas cincuenta mil almas, añadiendo el fuerte de San Jorge, que servia de ciudadela á la plaza, y era donde estaban los almacenes de la Compañía. El Gobernador se vió obligado á rendirse. El rescate de Madrás se evaluó á un millon y cien mil pagodes, que son cerca de once millones de Francia.

La toma de esta plaza y de sus ricos almacenes, parecia que anunciaba la ruina próxima de los establecimientos Británicos sobre la costa de Coromandel. Pero

se salvaron por la desavenencia que se introduxo entre el Commódoro Bourdonnaie, y el Comandante de Pondichery Dupleix. Los Directores de la Compañía Francesa de la India estaban, á la sazón, en París, partidos en dos facciones. La opuesta á Bourdonnaie sintió mucho que este hubiese hallado en su talento recursos para defenderse de los golpes que le habian dado. La malevolencia le fué siguiendo hasta la India, y vertió en el alma de Dupleix el veneno de los celos.

IX.

Dos hombres, nacidos para amarse, y para ilustrar, de acuerdo, el nombre Frances, se fomentaron mutuamente un odio, que no les era natural. Bourdonnaie tenia expresa orden del Ministerio para no conservar ninguna de las conquistas que hiciese en tierra firme: orden tan inconsiderada, como todas las que se dan de muy léjos sobre objetos que no se conocen.

Cumplió puntualmente con la orden; y arregló que los Ingleses, pagado el rescate convenido, serian puestos en posesion de su ciudad á fines de Enero 1747, sin poder ser atacados de nuevo mientras durase la guerra. Aquella capitulacion fué seguramente contraria á los intereses de la Francia. Dupleix la anuló por una deliberacion del Consejo de Pondichery. Quedó con Madrás. Los comisionados de la Compañía, en Carnáte, se aprovecharon, con aquel motivo, excesivamente; pero el fisco quedó privado de una parte de los once millones, que la ciudad debió pagar por su rescate. Mandó Dupleix arruinar enteramente el pueblo negro; y este fué un exemplo atroz de barbaridad con los vencidos, que no tuvo ventajas para los vencedores, y que sirvió de pretexto para las terribles represalias, que los Ingleses hicieron, en lo sucesivo, sobre Pondichery. Fingió estar persuadido á que Bourdonnaie era un prevaricador, que habia exigido de los Ingleses un rescate muy pequeño, y recibido grandes

regalos; y, en fuerza de esto, quiso arrestarlo sobre la esquadra que mandaba. Entre los desabrimientos, reproches y tropelías, que produjo semejante conducta, se vió precisado el Almirante Frances á perder un tiempo muy precioso. Y despues de haber permanecido sobrado tiempo en la costa de Coromandel, pidiendo los socorros que le difiriéron, vió su esquadra arruinada por un huracan, y la division introducida en su equipage.

X.

Tantas desgracias, causadas por los manejos ocultos de Dupleix, precisaron á Bourdonnaie á volverse á Europa. Libres ya los Ingleses de aquel enemigo temible, y fortificados con poderosos socorros, se viéron en estado de atacar á su vez á los Franceses.

El vencedor de Madrás, aquel hombre que sostuvo, con tanto lucimiento, el crédito del nombre Frances en la India, fué

encerrado en la Bastilla. Penó en aquella prision horrible mas de tres años, sin disfrutar los cariños de su familia. Al cabo de este tiempo, lo declararon inocente los comisarios del Consejo, que le diéron por jueces, convencidos por la evidencia de la verdad. Con todo, algunos enemigos, que le habia suscitado su fortuna, y sus bellas acciones, quisieron su muerte, y la lograron; porque Bourdonnaie murió, al salir de su prision, de una enfermedad cruel, que le causó ella misma.

¡Infeliz resultado de los servicios memorables que hizo á su patria! Pero á bien que si Bourdonnaie fué perseguido mientras vivió, la posteridad vengará su memoria. Bourdonnaie será tenido en todos los siglos por uno de los mas grandes hombres que han ilustrado á la Francia.

XI.

Reparó Dupleix su fatal error con la vigorosa defensa de Pondichery, el año

siguiente de 1748, contra todas las fuerzas de Anaverdi-Kan, Nabab de Carnate, y contra la escuadra Inglesa del Almirante Boscaven, compuesta de veinte y una velas, que reforzó el ejército de tierra con ocho mil hombres, Ingleses, Holandeses ó Cypayas. Empezó el 18 de Agosto, y el 5 de Octubre se vió precisado el Almirante Ingles á levantar el sitio, despues de haber perdido en aquella empresa mas de mil y doscientos hombres, y muchos navíos que perecieron en una borrasca. La paz, que entonces se publicó, entre las Cortes de Lóndres y Paris, prometió algunos dias serenos sobre la costa de Coromandel; pero los horrores de la guerra continuáron en todo lo restante del Indostan.....

Fué interrumpida la narracion de Hussein con la llegada de Zulia. Hablaron del valle de Dinam, en el que sus desconsolados padres consintieron en su partida, exigiendo la palabra de que volveria dentro de algunos años, con su esposo. — Al dia siguiente, fué Hussein á buscar

á mi padre, que estaba sobre la cruzia desde el amanecer, y siguió el hilo de su narracion.

.....

XII.

Desde que Nizan-el-Moluk dexó la corte de Delhy, estableció la discordia su Imperio en ella. Hubiera dado Mohamet-Schas una provincia á quien lo hubiera librado de aquel enemigo; pero inspirábale este un terror tan grande, que apenas osaba confesar lo que le aborrecia á los mismos que vivian con él mas familiarmente unidos. La fama, que se complace en desfigurar las noticias que vienen de lejanos paises, pintaba al Subá de Dekan, ya arruinado por los Franceses, y ya victorioso de sus contrarios, y triunfante en la Península de la India. El Gran Visir Gaziudin Kan era el que promovia los mentirosos rumores, y el que tenia en un continuo movimiento á los muchos emisarios, que su padre pagaba en la capital, para extraviar la opi-

nion pública, mientras se afirmaba su autoridad sobre fundamentos estables. El Monarca infeliz, encerrado en su harem, deploraba, en secreto, lo desgraciado de su destino, para el que ni aun procuraba remedio. Mirs-Abdalak, de quien ya se habló, se hizo dueño de los terrenos montuosos, desde Candahar hasta Cachemira. Los Pátanos llegaron, como un torrente, hasta las puertas de Lahur, quemaron las casas, arrancaron los árboles, y se llevaron á los habitantes para esclavos. Las quejas que, de todas partes, llovian, con motivo de estas devastaciones, no pudieron despertar al Monarca indolente del profundo letargo en que yacía. En esto se supo que Abdalak, con título de Sultran de los Aghuanos, marchaba hácia Delhy con todas sus fuerzas, no proponiéndose menos que conquistar todo el Indostan. Sucedió esto cabalmente quando Bourdonnaie tomó á Madrás.

XIII.

Mohammet-Schas (cuyo destino fué ser oprimido por ladrones, ya Reyes, ó ya en pretension de serlo) envió contra él á su Gran-Visir, baxo cuyo mando militó, por la vez primera, su hijo Schas-Achmed. Dióse una batalla en las llanuras de Punjal. No quiso ganarla Gaziodin-Kan, y cometió algunas faltas. Los Pátanos se hicieron dueños de las gargantas de los montes de Multan, y se extendieron por las campiñas á veinte leguas de Delhy. Matáron al Visir en un encuentro particular, y la fortuna se inclinó á favorecer al ejército Imperial. Entónces Nizan-el-Moluk envió apresuradamente á la corte á su hijo tercero Mirs-Mogol, quien obtuvo al instante el empleo de Gran-Visir; pero, al mismo tiempo, fué declarado Nadim-Zaëb Teniente General del Imperio, y, en esta calidad, Xefe del ejército imperial. Fuéron inútiles sus

afanes para establecer alguna disciplina en las tropas que mandaba; porque el Gran-Visir, que destruía sus operaciones, desbarataba el efecto. Los xefes estaban escandalosamente divididos. Dióse otra batalla, en el año de 1748, á las puertas de Delhy. Rehusó entrar en acción la división que mandaba el Gran-Visir. Nadim-Zaëb, que estaba en el ala derecha, peleó tan valerosa quanto inútilmente, pues no impidió que el centro del ejército Mogol fuese cortado. Asegúrase, que los Omras, que peleaban al lado del Emperador, lo ahogaron, y despues esparcieron la voz de que habia tomado un veneno. Schas-Achmed fué proclamado Emperador de las Indias, baxo los mas funestos auspicios. La derrota de la mayor parte del ejército Mogol no permitió la defensa de la ciudad de Delhy, abierta por todos lados. Pero Nadim-Zaëb resistió dos dias enteros á todos los esfuerzos de los Páranos, para dar tiempo á que se pudiesen sobre el camino de Agra los tesoros y archivos del estado.

Tomó Abdalak, por asalto, á Delhy, y se vió esta ciudad anegada en la sangre de sus habitantes infelices. Las devastaciones que hizo Nadir-Schas fueron nada en comparacion de esta nueva calamidad. Cansados los Páranos de matar, y persuadidos á que los habitantes ocultaban sus riquezas, demoliéron los edificios para hallárlas. Por último, el fuego acabó de destruir aquella inmensa ciudad; de manera, que, quando los Páranos la abandonaron, solamente un monton de ruinas, y el olor infecto de infinitos cadáveres, que se pudrian á montones, privados de sepultura, indicaban que aquella lúgubre soledad fué, en otro tiempo, el sitio donde estuvo la capital mas soberbia del Asia.

XIV.

Reunió Schas-Achmed en Agra las reliquias de sus fuerzas. Tuvo algun consuelo quando supo que Nizan-el-Moluk

acababa de terminar su carrera, á la edad de cien años. Fué este Príncipe padre de seis hijos varones. Murió el mayor, dexando un hijo, llamado Muza-Ferd-Zind, á quien parece que pertenecía la herencia paterna. Los Pátanos quitáron la vida á su segundo hijo Gaziodin-Kan. Mirs-Mogol, su hijo tercero, Gran-Visir del Imperio, no tenia pretension alguna á la soberanía de Dekan. Su quarto hijo, Salabet-Zind, fué Subá de Dekan en lo sucesivo. El quinto vivia retirado; y, en fin, el sexto, llamado Nazer-Zind, acostumbrado á la guerra desde sus años primeros, se preparaba á disputar á su sobrino la sucesion de Nizan-el-Moluk. El primero de estos Príncipes estableció su corte en Golconda, donde murió Nizan; y el segundo se hizo proclamar en Aurengabad. Su posicion geográfica parece que determinó el partido que tomaron entre Franceses é Ingleses. Nazer-Zind, reconocido Subá en la parte occidental de Dekan, inmediata á Bombay, se inclinó á los Ingleses; y Muza-Fer-

Zind trató con Dupleix, quien le prometió poderosos socorros para mantenerse en el trono. La guerra, suscitada entre tio y sobrino, fué causa de que, en mucho tiempo, no tuviesen los Subás de Dekan influencia alguna sobre lo restante del Indostan; pero no por eso aquel bello pais, que formaba la quarta parte del Imperio, dexaba de ser un verdadero desmembramiento. Todo el tributo que el Emperador sacaba de él era un homenaje inútil. El Gran-Visir acababa de hacer un tratado de alianza con los Máratas, quienes se obligáron á suministrar constantemente al Imperio cincuenta mil caballos; pero con la condicion de que se les daría la Subadía de Guzuráte, desde las montañas de Dekan hasta las bocas del Indo. Compráron, con una pérdida real inmensa, unos socorros que podian no llegar á tiempo.

XV.

Pero los Pátanos continuáron devastando todas las provincias del norte, y se acercáron á Agra. El miedo de ver totalmente subvertido el Imperio, forzó á Schas Achmed á reconocer á Mirs-Abdalak por Sultan de los Aghuanos, y á entregarle, con la carga de un homenaje simple, las vastas provincias desde el Indo al Gániges, y desde las fronteras de la Tartaria hasta las ruinas de Delhy. El Imperio del Mogol, que se extendia antes desde el Cabo Comorin hasta las montañas de Thibet, en el espacio de seiscientas y cincuenta leguas, sobre cerca de seiscientas desde las fronteras de Candahar hasta las bocas orientales del Gániges, se hallaba entonces reducido á menos del tercio de su antiguo territorio. Sus principales provincias consistian en las Subadías de Orixá, de Bengala, de Patna, y de Benarés; y en los paises situa-

dos en las inmediaciones de Agra. Aquel Reyno, tan recortado, podia aun florecer baxo Príncipes inteligentes y activos. Schas-Achmed, Príncipe valeroso, pero débil, voluptuoso, inconstante é indeciso, estaba como destinado á ser infeliz.

Volvió Hussein á ser interrumpido en aquel punto de la narracion; pero no tardó en juntarse con Heyder-Aly, y continuó en estos términos.

XVI.

Las turbulencias de Dekan determináron á Azeyma á dexar, juntamente con su madre, la ciudad de Golconda, para fixar su residencia en Agra junto á su hermano Mirs-Mogol. El amor fué la causa oculta de aquel viage, á que se prestó una madre idólatra de su hija. Ocho años habia que la tierna Azeyma carecia de noticias de su amante; y la ausencia, lejos de amortiguar su pasion, la habia infla-

mado mas. Así que llegó á la ciudad imperial, supo que habiaís muerto. Entro la desesperacion en su alma, y se determinó á juntarse con vos en el sepulcro.

XVII.

Yo me hallaba en palacio con el Emperador, y juntamente Nadim-Zaëb. Estaba el Divan entendiendo en un negocio importante, quando los uxieres avisaron, que una jóven pedia audiencia. Esta fué Azeyma. Subió de punto mi admiracion, quando la vi llegar al pie del trono, vestida de riguroso luto, y acompañada de muchas jóvenes en el mismo traje.

Nunca estuvo mas hermosa vuestra amada. El caimiento y melancolía de su rostro daba mas gana de quererla. Todos fixaron la vista en su persona. Era la vez primera que la veía el Emperador Schas-Achmed; y sus gracias se grabaron profundamente en el corazon de aquel Prín-

cipe, criado entre el tumulto de las armas. Desde aquel instante ya no vió, ni oyó otra cosa que á ella.

Azeyma subió algunas gradas del trono, y dixo al Emperador, en voz firme, que nos arrancó lágrimas: A vuestros pies teneis, Señor, á una amante infeliz, que, no esperando ya mas felicidades en la vida, os pide permiso para morir.—Y hablando luego con Nadim-Zaëb, continuó así.—Testigo fuisteis, en tiempos mas dichosos, de la íntima amistad que me unia a vuestro hijo. ¡Ay de mi! Alguna vez os dignasteis de alentar la esperanza que yo tenia de ser feliz, con vuestra sonrisa y paternas ojeadas. Pero ignorais que yo le dí mi fe, y él me dió la suya. Mis juramentos y los suyos estan depositados hoy en el secreto de mi corazon. Mientras él vivió, no tuve mas objeto que el de su felicidad. Pensando yo así, y no ignorando que le destinabais otra esposa, devoré mi dolor, sin prevalerme de sus promesas. Nadie me envidiará el triste uso que quiero hacer de

mi cariño. Murió mi esposo, y yo tambien quiero morir. Mi suerte puede excitar alguna compasion; pero tengo, á lo menos, el alivio de confesar, en público, que estuve unida á un Príncipe en extremo amable y virtuoso. No me lastimo de su pérdida: vos sí que sois digno de lástima; pues la muerte que os quita el hijo, me vuelve á mi esposo. Nos vamos á reunir en el seno de Brama; y si él hubiera vivido, se hubieran opuesto mil obstáculos á nuestra felicidad sobre la tierra.

Con un discurso tan extraordinario quedó el Consejo en un silencio tétrico, y todos nos vimos embarazadísimos así que Azeyma salió con su comitiva. Conmovido Nadim-Zaëb de aquel sacrificio sin exemplo, se reprehendió á sí mismo los rodeos de su política; de manera, que si, en aquel mismo instante, os hubierais presentado en palacio, hubiera coronado, con sus manos, un amor tan puro. Nos consultó el Emperador sobre el partido que debería tomarse. Es á saber, que, no

pudiendo los Mogoles desarraigar la costumbre que tenian algunas viudas indianas, de la primera nobleza, de quemarse, despues de muertos sus maridos, hacian menos comunes estos sacrificios con los impedimentos que podian acumular; pero las circunstancias eran espinosas. Circundado el Emperador de enemigos, vacilaba en su trono. La fuerza principal de su ejército consistia en los Máratas, que profesaban la religion de los Bramas, y que podian quedar malcontentos, si se desechaba públicamente la peticion de Azeyma, hecha delante de una numerosa corte. Amargamente deploraban el destino de vuestra desventurada amante; pero en un caso en que la menor queja, de parte del pueblo, podia ocasionar una revolucion, opinó el mayor número, que se permitiese el sacrificio de Azeyma. El mismo Schas-Achmed, partido entre su amor naciente y su interes, guardó obstinadamente silencio. Lo vago de sus miradas descubria los esfuerzos con que procuraba acallar los sentimientos de su al-

ma. Iba á pronunciarse una sentencia, y era una sentencia de muerte, á tiempo que entró en la sala del Consejo la madre de Azeyma.

Quando esta Señora vió entrar á su hija, de vuelta de palacio, vestida tan de luto, conoció la desgracia que la amenazaba. Y como sabía quanta era la firmeza de Azeyma, penetró al instante, que el sosiego que fingia era efecto fatal de algun proyecto lastimoso, de que sería difficilísimo desviarla. Quedábala un solo medio para retardar su execucion, y lo puso por obra.

XVIII.

Así que la madre de Azeyma entró en la sala del Consejo, me sobrecogió un temblor universal, que pareció haberse comunicado á todos los presentes. ¡Ah, madre desgraciada! ¡Con quanta sinceridad participábamos de tu pena! Arrojóse á los pies del Emperador, y, al querer

explicar el motivo que la llevaba á palacio, no pudo proferir su lengua mas que sonidos vagos é inarticulados: en fin, habló solo con lágrimas; y así que, despues de un largo silencio, se le habilitó la lengua, dixo:—Príncipe grande, mirad con lástima á una madre tan desdichada. Mi hija os ha pedido licencia para sacrificarse sobre la hoguera de Hyder-Aly. Yo moriré despues que ella. Con todo, respeto sobradamente las costumbres de mi raza, para oponer mi autoridad materna á su bárbara resolucion. Permito un sacrificio horroroso, que mis ojos no verán; pero es muy muchacha mi hija. Concededme, señor, que yo pruebe su constancia con las dilaciones que la misma religion autoriza. Las leyes *hanscretas* del Vedam, aunque permiten á las viudas el quemarse en las exéquias de sus maridos, no autorizan el sacrificio hasta que han cumplido los veinte y cinco años. Azeyma tiene solo veinte. Mío es el derecho de conservarla á mi lado hasta el tiempo indicado por la ley. En

tonces ya no la contendré mas, si mi vejez y mis lágrimas no la han apegado á la vida.

No buscaba el Emperador mas que un pretexto plausible para eludir la demanda de Azeyma, sin que murmurára el pueblo. Celebró, pues, el que se le presentaba; y, por mera política, fuéron consultados algunos de los Bramas principales; y Sehas-Achmed, tomado su dictámen, dió una declaracion real, por la qual permitió á Azeyma seguir los impulsos de su corazon animoso, para acompañar á Heyder Aly, su esposo, en el sepulcro; mas que, en atencion á la juventud de Azeyma, y tambien á que no habia certidumbre total de la muerte del Príncipe, demoraba las exéquias solemnes hasta pasados cinco años.

Todo el mundo reconoció la justicia de aquella declaracion, la qual se publicó en Agra. Solo Azeyma la graduó de rigurosa. Se tuvo por desterrada en el mundo en aquellos cinco años, precedentes á su sacrificio; pero se sometió al mandato;

y lo que resolvió fué vivir enteramente retirada del trato, á exemplo de su madre, y á imitacion de las viudas, á quienes algunas consideraciones particulares impedian el abrasarse en la misma hoguera de sus maridos difuntos.

XIX.

Este suceso renovó, en el alma de Naddim-Zaëb, el dolor que sentia de vuestra pérdida, y le hizo insoportable la residencia de Agra. Determinó, pues, pasar á Pondichery á verse con Dupleix, para acordar con él los medios de sacar algunas ventajas de las turbulencias de Dekan. Antes de marchar, visitó á Azeyma, y la dió palabra de honor de que, si la fortuna os volvía á sus paternos brazos, consentia, de antemano, en vuestro casamiento con ella.

En circunstancias tales, conseguí el permiso para volver al valle de Dinam. No sin grave dificultad di con el riachuelo, á

cuyas orillas nos desnudaron nuestros esclavos; y él me guió hacia la caverna, que atravesé con el auxilio de algunas luces; y me metí en el valle, cuyos caminos exactamente conocia.

XX.

A qual mas gozosos me recibieron los habitadores de aquella soledad. Noticiaronme al instante, que habiais estado allí con Ferisha, y que os habiais desaparecido, sin saberse nada de vosotros. Mas sabia yo entonces que los habitantes de la colonia, pues no dudaba de que hubieseis tomado el camino del subterráneo, para ir á Diu. Comunicé mis conjeturas con Luzein y su esposa. Aquellas buenas gentes se asustaron, porque no creian que las oscuras sendas del tal laberinto fuesen conocidas de otros hombres que de los ladrones Arabes. Yo les llené de admiracion diciéndoles, que habia atravesado dos veces aquel subterrá-

neo, y que, acaso, seria la única salida que su retiro tuviese sin pasar el mar.

No mas que un mes me detuvieron en la colonia las lágrimas de Zulmira, y de su hija amable. Quería yo ciegamente á Zulia, y me aseguraban de su correspondencia mil cosas, que no se ocultan á los ojos lince de un amante. Las obligaciones de la amistad me arrancaron de entre las dulces esperanzas del amor. Derramé lágrimas al salir de aquella mansion del sosiego, donde me dexaba la mitad de mi ser, y prometí volver á ella inmediatamente que pudiese.

Me informé en Diu de si habia dado á la vela algun navío en el tiempo en que yo juzgaba que podiais haber estado en aquella ciudad. Dixeronme, que un navío Ingles habia salido para Madrás. Aquella vislumbre de esperanza bastó para que me embarcára sobre un buque Ingles, que venia de Ormuz, y habia de visitar, de vuelta á la China, algunos establecimientos Europeos sobre la costa de Malabar.

XXI.

Desembarqué en Suráte, desde donde fuí, por tierra, á Amadabad. Aquel país, tan fértil en otro tiempo, se resentia dolorosamente de la plaga terrible de la guerra. Quando ví aquellas provincias, tan ricas y pobladas, vueltas en una soledad vasta, no pude menos de deplorar la ceguedad de los hombres, quienes, teniendo tan pocos días que vivir sobre la tierra, abrevian ellos mismos este término corto con sus disensiones, matándose frecüentemente por intereses, que no son los suyos.

XXII.

Llegué á Delhy, adonde aun no habia vuelto Nadim-Zaëb. Pasé á Pondichery á buscarlo. El fuego de la guerra, que creia yo extinguido, consumia, de

nuevo, aquel desgraciado país. Varios acaecimientos habian llevado á Madrás y á Pondichery un número de tropas européas mucho mayor que el que jamas habian tenido en la India los Franceses y los Ingleses. Aquellos soldados, en vez de ir á disfrutar á su patria de las dulzuras de la paz, se quedáron en la costa de Coromandél; y como si hubiera sido imposible, que unas fuerzas militares, capaces de meditar empresas, pudiesen permanecer en la inaccion, determináron ámbos establecimientos (no estando ya autorizados para pelear uno contra otro) emplear sus armas en las desavenencias que nacia entre los Príncipes Indios.

Desde la invasion de Nadir-Schas no formaba ya un cuerpo regular el Imperio Indostano. Todas las Subadias eran ya hereditarias; y las no independientes se contentaban con enviar un ligero tributo al tesoro del Imperio. A exemplo de los Subás, sacudiéron tambien el yugo de la obediencia los Nababes que dependian de ellos. Guerreábase continuamente

entre el Emperador y los Subás, y entre los Subás y los Nababes, sin dársele á esta inquietud nombre de rebelion. El que podia pagar un cuerpo de tropas, aspiraba á una soberanía. La única formalidad que observaban los usurpadores, era contrahacer el sello del Emperador en un firmán ó despacho de investidura. Mandábalo traer el usurpador, y lo recibia de rodillas. Esta pantomima imponia veneracion al pueblo, porque respetaba tanto la familia de Tamerlan, que exigia, á lo ménos, que la autoridad pareciese emanada de aquella familia. Las tropas extrangeras, llamadas por los diferentes partidos, colmáron los males públicos, porque se llevaban todo el numerario, ó forzaban á los pueblos á ocultarlo; de manera, que se fuéron desapareciendo, poco á poco, los tesoros acumulados en el Indostan por espacio de tantos siglos. Hízose universal el desaliento. Quedóse la tierra sin cultivo. Decayerón las manufacturas; y los Indios no quisieron trabajar ya mas para extrangeros devasta-

dores, ó para opresores domésticos. Llegóse, en fin, á conocer la miseria y la hambre en el pueblo de ménos necesidades, y de mas medios de satisfacerlas, entre todos los pueblos del mundo; y los comerciantes Europeos temieron, que su comercio quedára totalmente arruinado en la India, por falta de alimentos.

XXIII.

Los Ingleses, por medio de un manejo constante y seguido, se proporcionaron la propiedad de un territorio suficientemente vasto para contener un número de obreros capaz de suministrar alguna parte de sus cargamentos; y Dupleix se lisonjeó de que conseguiria, por medio de conquistas rápidas, ventajas harto mas importantes. Mucho tiempo habia que estudiaba el genio de los Mogoles, sus manejos ocultos, y el texido de sus intereses. Sobre estos objetos habia adquirido luces, que no siempre adquiririan los esta-

distas educados en la Corte de Delhy. Estos conocimientos, profundamente combinados, le convencieron de que podia lograr un influxo principal en los negocios del Indostan, y aun, acaso, llegar á ser árbitro de ellos. El temple de su alma, que le impulsaba á querer mas de lo que debia, daba mayor fuerza á estas reflexiones. Nada le arredraba, en el papel que se disponia á representar, á seis mil leguas de su patria. No pensaba en mas que en las gloriosas ideas de asegurar á la Francia una nueva dominacion en medio del Asia, de ponerla en estado, con los caudales que de ella sacase, de cubrir los gastos del comercio, y los de la soberanía, y aun de libertarla del tributo que el luxô Frances pagaba á la industria Indiana, proporcionando á la Francia muchos y ricos carguños, que no se comprasen con exportacion alguna de dinero, y cuyos fondos se hiciesen con el excedente de las rentas territoriales. Deseoso Dupleix de realizar este gran proyecto, se aprovechó, con ansia, de la

primera ocasion que se le presentó para ello: no tardó en disponer de la Subadía de Dekan y de la Nababía de Carnáte, en favor de dos hombres dispuestos á hacerle quantos sacrificios exigiése, de manera, que, á no haber sido por la suma negligencia y por la funesta versatidad de la corte de Luis XV, hubiera él erigido en la India, á beneficio de los Franceses, aquel coloso de poder, de que los Ingleses, mas diestros, se apoderaron en lo sucesivo.

XXIV.

Muza-Fer-Zind y Nazer-Zind se disputaron el trono de Dekan, de que dependia la Nababía de Carnáte. Chanda-Zaëb, amigo de los Franceses, conquistó, algunos años antes, una parte de aquella Nababía. Ya se ha visto como fué hecho prisionero por los Maratas; y que, de este suceso desgraciado, le dimanó la pérdida de una parte de sus posesiones. Ocho

años habia que estaba preso. Su muger é hijos, refugiados en Pondichery con sus tesoros, rogáron á Dupleix, que le diese libertad, y apoyáron sus negociaciones con consideraciones políticas muy poderosas. En varias acciones de guerra, y en muchas vicisitudes, habia mostrado, no solo distinguidos talentos militares, sino tambien una magnanimidad, que le adquirió el respeto de sus mismos contrarios, y el concepto de ser el único hombre capaz de disputar el Carnáte al Nabab Anaverdi-Kan, protegido por los Ingleses.

Encargó Dupleix á Nadim-Zaëb, que tratase con los Máratas de la libertad de aquel Príncipe; y no podia darle comision que mas grata le fuese. La muerte de Nizan-el-Moluk hizo la negociacion mas fácil. No solamente consintieron los Máratas en poner en libertad á Chanda-Zaëb, sino tambien en suministrarle tres mil caballos, mediante setecientas mil rupias, á cuyo pago salió Dupleix. Vióse libre el prisionero á principios del año

de 1749, y, desde entonces, dió sus disposiciones para la conquista de Carnáte. Su ejército estaba reforzado con un batallon Frances, mandado por el Coronel d'Auteuil. No temió ponerse al frente de Anaverdi-Kan, cuyas fuerzas eran quatro veces mayores que las suyas. Anaverdi-Kan fué derrotado y muerto en la batalla de Amboor.

XXV.

Marchó el vencedor á Golconda á jornadas tiradas, ofreció el socorro de su espada á Muza-Fer-Zind, lo reconoció por Subá legítimo de Dekan, y recibió de él el título de Nabab de Carnáte. Nadim-Zaëb, que lo acompañó en su marcha triunfal, vió, finalmente, que la fortuna le abria el camino para subir al trono de sus padres. El Rajah, que Nizan-el-Moluk estableció en Bednora, murió, no dexando mas que un hijo de tierna edad, á quien fué cedida la corona, ba-

xo la regencia de un tio materno, llamado Nand-Rajah. Nadim-Zaëb entró en el Masur, acompañado del batallon Frances, y de una parte del ejército de Muza Fer-Zind. Todas las plazas se le sometieron, y la importante fortaleza de Banguelor le abrió sus puertas. Iba huyendo el Regente de Masur con su pupilo, quando una nueva revolucion, que se preparaba sobre la costa de Coromandél, precisó á Muza-Fer-Zind á reunir su ejército. Reducido Nadim-Zaëb á pocos defensores, se vió obligado á encerrarse en la ciudela de Banguelor. Los pesares le causaron una enfermedad mortal; de manera, que, á despecho del arte médico, lo vi morir en mis brazos. Provéi lo mejor que pude á la seguridad de Banguelor; y, despues de haberlo noticiado á Dupleix y á Chanda-Zaëb, me embarqué en un navío, que dió á la vela para Ormuz. Era el camino mas corto para llegar á Hispahan, donde, por último, esperaba yo saber de vos. Pero el navío me pareció tan lastimado, que temí no pudiese aguantar las

fatigas del viage. Con todo, como yo no era marino, y como notaba la alegría con que los marineros se embarcaban, me persuadí á que la embarcacion no estaba tan arruinada como parecia.

Apenas nos vimos en alta mar, quando nos convencimos de que el buque no acabaria el viage; y hubo precision de refugiarse hácia la embocadura del Indo. Anclamos en la mala rada de Pacha, en la provincia de Soret, en Persia. Sospeché que nuestro navío no estaria en mucho tiempo capaz de sufrir la mar; y el tedio me sugirió el partido, á que debo la felicidad de volveros á ver. Pasé al valle de Dinam, de donde no me hallaba distante. Zulmira y Zulía no esperaban verme tan pronto. Celébranse fiestas solemnes algunos dias despues de la del plenilunio. Ofrecí mi mano á Zulía para que me acompañara al sacrificio; pero no quiso aceptarla. ¡Qué no hice para apresurar el momento dichoso, que habia de unirnos! Los usos de aquel valle hechicero no admiten dispensas. Aguardé el dia de mis

dichas; el qual vino, y me vi el esposo mas feliz del mundo. Solo perturbaba mi paz la incertidumbre en que yo estaba sobre vuestra suerte; ó, mas bien diré, que no tuve instante alguno de completo sosiego. Zulia era la confidenta de los secretos de mi corazon. Quando hablábamos de vos mezclábamos nuestras lágrimas, y vos erais cada dia el asunto de nuestras conversaciones. En fin, no obstante las obligaciones que acababa yo de contraer en la colonia, determiné pasar á Hispahan, adonde Zulia quiso acompañarme. Despedímonos, pues, tiernamente de Luzein y de Zulmira, asegurándoles, que volveríamos pronto al valle, para nunca mas separarnos.

XXVI.

Dos meses habia que estaba yo en Diu, sin haber hallado ocasion de embarcarme para Ormuz, quando ancló en el puerto el navío en que estamos: supe que iba á

la India: aquel destino no favorecia mi proyecto de pasar á la corte de Persia; pero la residencia en Diu desagradaba tanto á mi esposa, que resolvimos embarcarnos en este navío, donde ciertamente no esperaba yo encontraros.

Lo que Husséin acababa de contar á Heyder-Aly-Kan induxo á este á suplicar al Capitan, que entrase en el puerto de Banguelor; y el Capitan convino en ello. Aquel fuerte estaba en buen estado de defensa; pero las circunstancias de la Península no permitiéron á Heyder intentar nuevas conquistas; y, por lo mismo, creyó oportuno pasarse al ejército de Muza-Fer-Zind, que marchaba hácia la costa de Coromandél.

XXVII.

Ya gozaba Dupleix los frutos de su política industriosa. Chanda-Zaëb, dueño, en Arcáte, de todos los tesoros de su predecesor Ahaverdi-Kan, distribuyó una

parte á las tropas Francesas, que tuvieron parte en la expedicion; y acababa de hacer una donacion, á la Compañía Francesa de la India, de ochenta lugares situados en las cercanías de Pondichery.

Al frente de estas adquisiciones de Dupleix estaba la célebre isla de Scheringhan, formada por dos ramales del Caveri. Esta isla, vasta y fértil, debe su nombre á una págode, fortificada, como lo estan, en el Indostan, casi todos los edificios destinados al culto público. El templo estaba circundado de siete cercas quadradas, distantes unas de otras como unos trescientos y cincuenta pies, y sus tapias de bastante elevacion, y de proporcionada altura.

El altar está en el centro. Los Bramas observan la política de no dexar entrar en sus templos á ningun extrangero. Un sabio, que lograrse la entrada, hallaria, acaso, en los emblemas; en la forma y construcción del edificio; y en las prácticas y tradiciones, particulares á aquellos sagrados recintos, manantiales de instruccion

y de luces sobre la historia de los siglos mas remotos. Los peregrinos del Indostan van allí á buscar la absolucion de sus pecados, y nunca se presentan sin una ofrenda proporcionada á sus bienes. Eran todavía de tanta consideracion estos dones, á mediados de este siglo, que bastaban para la subsistencia, y vida cómoda y ociosa, de quarenta mil Bramas. Estos Sacerdotes, no obstante el freno de una grande subordinacion, vivian de tal manera contentos con su estado, que dexaban rara vez su retiro para entrar en los manejos ocultos de la política.

Ademas de otras ventajas, que proporcionaba á los Franceses la págode de Scheringhan, tenian en ella una posicion, que debia producirles una gran influencia en los países inmediatos, y un imperio absoluto sobre la provincia de Tanjaur, porque podian interceprar las aguas necesarias para la cultura del arroz, que era la produccion principal del país.

XXVIII.

Muza-Fer-Zind pasó á Pondichery, con un corto ejército, y supo que su competidor, á quien juzgaba ocupado contra los Máratas en las inmediaciones de Amadabad, le seguía con un ejército de doscientos mil hombres. Chanda-Zaëd estaba, á la sazón, ocupado en sacar subsidios en el Tanjaur. Unos correos, enviados por Dupleix, le precisaron á volver á toda prisa. Muza-Fer-Zind se mostró mortificado de aquel contratiempo. De nada sirvió que Dupleix le hubiese enviado un cuerpo de dos mil Franceses, asegurándole de que aquel destacamento solo era capaz de afrentar y de vencer las fuerzas de su río. Perdió toda esperanza, quando advirtió en el ejército de Nazer-Zind otro cuerpo Ingles igual al de los Franceses; y, en vez de tentar el medio de las armas, recurrió á las negociaciones. Ofreció reconocer á su tío en calidad de

Subá de Dekan, á condicion de que la Nababía de Carnáte quedaria para Chanda-Zaëb, y de que él mismo poseeria, con el título de Nababía, la provincia de Golconda.

XXIX.

Al instante fueron aceptadas estas condiciones por un hombre, que se juzgaba con derecho de romperlas, luego que pudiese. Muza-Fer-Zind, muy confiado, pasó al campo de su tío á tributarle sus respetos; pero lo cargaron de cadenas al llegar al quartel general. Así que su ejército lo supo, se disipó.

XXX.

Heyder-Aly-Kan, que previó la catástrofe, se negó á acompañar á Muza-Fer-Zind al campo de su competidor. Se reunió á los Franceses para entrar en Pondichery; y entonces fué, quando, habiendo

obtenido de Dupleix el permiso para alistar algunos Europeos, se sirvió de ellos, á efecto de enseñar la táctica al cuerpo de tropas, á quienes debió, en lo sucesivo, sus mejores sucesos.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

XXXI.

El ejército de Nazer-Zind, fortificado con las reliquias del de su sobrino, y con los socorros, que, de todas partes, le enviaban, desde que no necesitaba de ellos, marchaba sobre Pondichery, con cerca de trescientos mil hombres. Introdúxose la consternacion en la plaza. Dupleix manifestó entonces mucha grandeza de ánimo. Las tropas que mandaba eran pocas; pero su valor y buena disciplina eran superiores á todo elogio; y los Indostanes, por mas que fuesen, no podian resistir al rápido fuego de su artillería. Atacó Dupleix los puestos avanzados de los Indostanes, y los arrolló unos despues de otros. Nazer-Zind, que nunca habia experimentado el

valor Europeo, vió deshacerse su ejército delante de una plaza, á la que no se atrevia á acercar hasta tiro de cañon. Envió dos diputados á Pondichery para tratar de composicion. Dupleix pidió, que Muza-Fer-Zind fuese puesto inmediatamente en libertad, y en posesion de la Nababía de Golconda; que Chanda-Zaëb fuese nombrado Nabab de Carnáte; y que no solamente fuesen confirmadas las concesiones hechas por Muza-Fer-Zind á la Compañía Francesa de la India, sino que tambien se añadiese la ciudad y territorio de Mazulipatnam, en la embocadura del Crisna. Durísimas debieron parecer estas proposiciones á un Príncipe, que se creia victorioso; pero se hallaba embarazadísimo. Muchos Nababes, que tomaron las armas en su favor, lo hicieron con la esperanza de lograr el perdon de los tributos que debian al tesoro Imperial, y algunas excepciones en favor de sus respectivos gobiernos. Pero el nuevo Subá, (teniendo la prision de su sobrino por suficiente garantía contra las turbulencias

futuras, y necesitando, además, de grandes sumas para cumplir con sus empeños), los trataba como á feudatarios, que no habían hecho mas que cumplir con sus obligaciones en alistarse baxo el estandarte Imperial del gran Mogol. Túvose, pues, por dispensado de concederles recompensa alguna; y estos Nababes, engañados en su esperanza, amenazaron abiertamente con una sublevacion. Noticioso Dupleix de la disposicion de sus ánimos, mandó atacar la vanguardia Mogola, compuesta de ochenta mil hombres, por la Touche, que no llevaba á sus órdenes mas que trescientos Franceses. Con todo eso, penetraron, de noche, en el campo enemigo, mataron mil y doscientos hombres, sin perder mas que dos soldados, introduxeron el espanto en aquel grande ejército, y lo dispersaron totalmente. Jamas celebró la historia una jornada parecida á esta. Lleváron los fugitivos la confusion hasta el campo de Nazer-Zind. Los Nababes malcontentos se aprovecharon de ella, y asesinaron á este Subá en medio

de sus guardias. El ejército Frances, mandado por Bussi-d'Autevil y por Lass, se movió al apuntar el dia, pero ya no encontró enemigos que vencer. Muza-Fer-Zind acababa de ser reconocido generalmente por Subá; y como quedó dueño de los tesoros, que su tio habia juntado para pagar el ejército, los repartió entre sus tropas, y marchó á Pondichery para mostrar á Dupleix los efectos de su gratitud.

.....

XXXII.

Recibió Dupleix á Muza-Fer-Zind en Pondichery, el 15 de Diciembre, en los mismos términos que lo executa un gran Príncipe, quando honra en su corte á otro Monarca. Fué declarado Nabab y Gobernador, por el Emperador Mogol, de todo el pais al Sud del rio Crisna, entre las montañas de los Gates y la mar, en una extension igual á la mitad de la Francia. Mandóse, que no tuviera curso otra moneda en el Carnáte, que la que se

acuñase en Pondichery; y que todas las rentas imperiales de la Nababía pasasen á manos de Dupleix, quien solo daría cuenta de ellas al Subá de Dekan. Y Chanda-Zaëb fué reconocido por Nabab de Arcate, baxo las órdenes de Dupleix.

XXXIII.

La Compañía Francesa de la India llegó entonces al colmo de la prosperidad. Poseía, no solamente la isla de Scheringhan, y ochenta lugares en el territorio de Pondichery y de Karical; sino que también abrazaban sus establecimientos el Condavir, Mazulipatnam, la isla de Divy, y las quatro provincias de Chicacol, Ragimandri, Mutafanagar y Elur. Unas concesiones de esta importancia producian anualmente veinte millones, hacían á los Franceses dueños de la costa de Comandél, en una extensión de seiscientas millas, y podían darles las mejores telas del Indostan. Verdad es que la Compañía

ña no había de gozar de las quatro provincias, sino en quanto mantuviese, al servicio del Subá de Dekan, un cierto número de tropas en que se había convenido; pero aquellas tropas mismas, dando á los de su nacion mucha preponderancia en la corte de Golconda, aseguraban las ventajas de los Franceses en Pondichery.

XXXIV.

Muza-Fer-Zind salió de esta plaza, dia 4 de Enero, acompañado de dos mil hombres, entre Franceses y Cipayas, mandados por Bussi, célebre ya por lo bien que había defendido, algunos años antes, á Pondichery. Aquel pequeño ejército llevaba consigo diez piezas de campaña. Heyder-Aly-Kan había de acompañarlo con su batallón, exercitado en la táctica europea. Muza-Fer-Zind le ofreció fuerzas suficientes para entrar en sus Estados de Masur; pero unas noticias, que recibió de Agra, lo determinaron á marchar en dili-

gencia á aquella capital; y dexó el mando de su batallon á su hermano Ismael-Zaëb.

XXXV.

Muza Fer-Zind, tan desgraciado como su tio, estaba destinado á no volver á su capital. Fué asesinado en el camino de Golconda, en un motin fomentado por los mismos Nababes, que asesinaron á Nazer-Zind. Bussi, Comandante de los Franceses, era tenido en el campo en mucha estima. Previendo las conseqüencias funestas que podria producir aquel asesinato, juntó á los Generales y Ministros del Subá difunto, y les propuso tomar las medidas convenientes para reparar la pérdida de su Soberano.

Habia en el campo un hijo de Muza Fer-Zind, todavía niño, y dos hermanos de Nazer-Zind, estrechamente custodiados para que no se sublevaran. Propuso, pues, que la dignidad de Subá se confiriese á Salabet-Zind, que era el mayor de

los dos hermanos. Los Generales, para obviar las turbulencias á que expondría al país la menor edad del hijo de Muza Fer-Zind, aprobáron unánimes el parecer de Bussi. Salabet-Zind fué proclamado inmediatamente Subá de Dekan.

Bussi conduxo á Salabet-Zind á Golconda, y despues á Aurengabad, que se miraba como la capital de Dekan. La imbecilidad de este Príncipe, las conspiraciones de que fué causa, los *firmans* concedidos á sus competidores, y otros impedimentos, combatiéron las miras del General Frances, pero no las mudáron, porque el protegido de Dupleix reynó mas pacíficamente de lo que debía esperarse de las circunstancias, y lo mantuvo en independencia absoluta de la corte de Agra.

XXXVI.

No era tan feliz la situacion de Chanda-Zaëb, nombrado, por los Franceses, para la Nababía de Carnáte. Mohammed-

Aly-Kan, hijo de Anaverdi-Kan, muerto en la batalla de Amboor, ofreció á Dupleix, despues de la derrota y asesinato de Nazer-Zind, ceder á Chanda-Zaëb sus derechos sobre la Nababía de Carnáte, si le ponian en posesion de un corto gobierno en las cercanías de Golconda. El mal estado de los negocios de este Príncipe motivó el desprecio de sus ofertas. Los Ingleses le diéron asilo en su territorio, é hicieron valer sus pretensiones. El nombre de los dos Príncipes Mogoles sirvió de pretexto á las dos Compañías Europeas para guerrear en plena paz. Peleáron por la gloria, por las riquezas, y por satisfacer las pasiones de sus xefes Dupleix y Saunders.

Mohammet-Aly-Kan conservó á Trichenapali, plaza importante por su situacion sobre el Caveri, mas arriba de las posesiones Francesas, en la isla de Scheringhan. Dupleix determinó echarlo de ella. Y por mas que los Oficiales Generales le representáron, que los Ingleses no dexarian de defender aquella plaza, y que era

probable que la empresa no tuviese buen éxito, Dupleix se obstinó; y dadas las órdenes, mas como Rey, que quiere ser obedecido, que como hombre encargado de los intereses de una gran Compañía de comercio, sucedió que los sitiadores fueron vencidos por los sitiados. El Lord Clive empezó entonces su gloriosa carrera, la qual, en lo sucesivo, le valió á la Compañía Inglesa todo el Bengala. Adquirió y conservó la grandeza y las riquezas, que Dupleix habia sospechado; y desde entonces empezó la decadencia triste de la Compañía Francesa.

XXXVII.

Mas arriba vimos, que Heyder-Aly-Kan se separó de los Franceses para irse á la capital del Indostan. Este viage precipitado fué consecuencia de la noticia que acababa de recibir de que la madre de Azeyma estaba expirando. Llegó Heyder á punto de recibir sus últimos suspiros. Se-

ñalóse la ceremonia de su matrimonio con Azeyma, para seis meses despues del gran luto.

Ambos amantes disfrutáron, en aquel intervalo, de la complacencia de verse sin obstáculos. Quiso Azeyma saber hasta las circunstancias menores de las singulares aventuras de Heyder, que no guardaba secreto con ella.—Contóla, pues, la felicidad que tuvo, en su esclavitud de Basora, de caer en manos de la generosa Zama. Pintó los infinitos beneficios que debió á aquella señora, siendo guia del pincel la gratitud. Confesó, con franqueza, Heyder, que Zama lo habia amado ciegamente, y que, á haber él tenido libre su corazon, hubiera correspondido con iguales sentimientos, que estaban fundados sobre la estimacion, y autorizados por un agradecimiento sin límites.

Quiso Azeyma conocer mas particularmente la dama, á quien su amante debió tan esenciales finezas: informóse de su clase, y del tiempo que Heyder habia pasado en su casa; y él la satisfizo diciéndola, que

habia tenido de Zama pruebas nada equívocas de su amor, y que, como conocia su sensibilidad extrema, no dudaba que su ausencia la hubiese vivamente atormentado.

XXXVIII.

Pocos dias despues llegó á Agra un Persa jóven, llamado Mirsa-Mula. Muchos años habia que viajaba por Europa y por Asia. Pensó residir algun tiempo en la corte Imperial de la India, y quiso que lo presentára al Emperador Schas-Achmed, el Embaxador de Persia, quien despues lo introduxo en las casas principales de la ciudad.

No era numerosa la comitiva de este extranjero, pero, con todo, lo suficiente para juzgar que era de nacimiento distinguido; fuera de que sus finos modales deponian muy á favor suyo. Visitó á Mirs-Mogol. Azeyma, que se hallaba en la habitacion de su hermana, no la pesó de poder juzgar por sí misma, si

merecia, ó no, lo bien que se hablaba de él desde su llegada. Sorprehendísimamente quedó al notar, que el extranjero cambió de color muchas veces mirándola. Quedó muy satisfecha de su conversacion; y como no supo á que atribuir la commocion que mostró el jóven, creyó que la habria motivado su hermosura.

Heyder entró en el quarto de Azeyma, una hora despues de haber salido Mirsa-Mula. Ella le notició la visita que acababa de recibir su hermano, y le dixo, que el extranjero la parecia de un trato afable.

El dia antes lo habian presentado á Heyder-Aly-Kan, quien, á su vista, sintió un oculto movimiento, cuya causa no penetró. Habló de ello á Azeyma, la qual se le mostró admirada de que no lo hubiese visto en Basora, quando Mirsa acababa de decirla, que se hallaba en aquella ciudad, en tiempo que Heyder estaba en casa de Zama.—No he tenido, contestó Heyder, trato particular con Mirsa-Mula; pero no me es desconocida su cara: en alguna parte lo he

visto.—Llegaron algunas gentes, y mudó la conversacion de objeto. Algunos dias despues, entraron recado de visita del Persa, mientras Heyder-Aly estaba en el quarto de su esposa. Mirs-Mogol estaba en una pieza contigua.—Señora, la dixo, saludándola con mucha gracia, Heyder-Aly-Kan, y Mirs-Mogol me han favorecido, recibíendome en el número de sus servidores: el testimonio mas lisonjero, que podrán darme de su atencion, será permitirme que os ofrezca mis respetos, mientras permaneciere en esta ciudad. Heyder correspondió á este cumplimiento con una especie de chiste harto comun: le dixo, que, por mas peligroso que fuese tener juntó á su esposa un hombre tan amable como él, pasaba por alto estas consideraciones, contando sobre las leyes de la amistad.

La última expresion, replicó el extranjero, no seria un escudo á toda prueba. Esta señora posee atractivos, sobre los que la razon podrá tener poco imperio; mas ¡ay! continuó suspirando: ¡no soy

señor de mi corazon propio! ¡Una fatal inclinacion lo arrastra hácia un objeto, que me consituye un hombre infelicísimo! Mirsa no pudo menos de llorar hablando así. Iba á continuar, quando fué interrumpido por varias personas.

Así que Heyder-Aly-Kan quedó solo con Azeyma, determináron, de comun acuerdo, reducir á Mirsa-Mula á que les contase los sucesos de su vida. No tardó en presentarse la ocasion, y contentó su curiosidad.

XXXIX.

„No parece verisímil, dixo Mirsa, que,
 „siendo tan jóven como soy, haya experimentado ya los mas grandes rigores del
 „amor. Pero, con todo eso, él me ha hecho una triste víctima suya. Volviendo
 „de Constantinopla, donde estuve algunos
 „meses al principio de mis viages, determiné visitar el templo de la Meca, y
 „embarcarme despues para Ormuz, y para
 „la India. A mi llegada á la Meca, supe

„que muchos peregrinos iban á partir inmediatamente para Basora. Juntéme con
 „la caravana á efecto de ir, ya á Hispania por el camino de Bagdad, ya al Indostan por el golfo Pérsico.

„Dos años ha que llegué á Basora. Disfrutaba yo entonces de un sosiego
 „de ánimo, al que presto sucedió una borrasca deshecha. Mis bienes me proporcionáron medios para adquirir fácilmente conocimientos. Admitiéronme en
 „las mejores sociedades. Propúsome uno
 „llevarme á una casa, cuya ama pasaba por muger de amables prendas. La vi,
 „y me pareció superior á las alabanzas que la daban generalmente. Habia poco
 „que era viuda, y disfrutaba de crecidos bienes. Heyder-Aly-Kan la habrá
 „conocido: Zama se llamaba. — Al oír este nombre, se le encendió el color á
 „Heyder. El extrangero se hizo el desentendido, y continuó así.

„Fuéme imposible ver muchas veces á la hermosa Zama sin quererla. Conseguí, para obsequiarla, el permiso que so-

„licité: solo mis ojos tuviéron á su car-
 „go, algun tiempo, explicarla mi pasion;
 „pronto conocí que no les entendian su
 „idioma, ó que no querian entendérsele.
 „Resolví hablar mas claramente. Saqué
 „de mi corazon los términos mas tiernos
 „y expresivos para pintar los afectos de
 „mi alma. Zama se mantuvo insensible.
 „—Conozco vuestras buenas qualidades,
 „Mirsa, me dixo un dia, y aprecio vues-
 „tro mérito; pero no puedo concederos
 „mas que la estimacion que todo el mun-
 „do os concede. Curaos, pues, de una
 „pasion de que nunca participaré.—No
 „me desanimó este exórdio, porque yo
 „me jactaba de triunfar de la insensible
 „Zama con mi perseverancia. En vano
 „me alimentaba yo de una esperanza qui-
 „mérica. Un dia, que, solo y á su lado,
 „la hablaba yo de mi amor, con la ef-
 „cacia que inspira la presencia de un ob-
 „jeto amado:—Mirsa-Mula, me dixo la
 „bella señora, pues que mi indiferencia
 „no basta para atajar vuestra pasion, ne-
 „cesito emplear el último remedio que

„me queda para curaros. Sabed, pues,
 „que teneis un competidor, á quien amo:
 „que no tiene el mundo cosa que pue-
 „da arrancarlo de mi corazon, y que, lé-
 „jos de agradarme con vuestra asidua
 „asistencia, os aborreceré si no la mino-
 „rais — ¡Zama cruel! exclamé al oirla: ¡no
 „bastaba decirme que no puedo agrada-
 „ros, sin añadirme, que un competidor
 „dichoso triunfa de un corazon, que pre-
 „feriría yo al trono de todo el univer-
 „so! Pero, señora, no contribuiré á ha-
 „ceros infeliz: para siempre me destierro
 „de vuestra presencia, amable Zama:
 „me privaré del placer de veros, sin re-
 „nunciar, por eso, mi amor: contadme
 „por algo el sacrificio que os hago, y
 „conoced, á lo menos, por mi sumision
 „á vuestras órdenes, lo que era capaz
 „de producir la violencia de mi pasion.
 „El esfuerzo que entónces hice me
 „costó tanto, que caí peligrosamente en-
 „fermo. Se me abrieron las puertas de
 „la eternidad; pero la juventud, y el ri-
 „gor de mi destino, me desviáron del

„puerto, que la tierra me ofrecia en sus
 „entrañas. Conocí que mi pasion renacia
 „con mis fuerzas, y llegó á tiranizarme
 „tanto, que resolví presentarme por úl-
 „tima vez á mi ingrato objeto. ¡O Dios!
 „la hallé en un estado tal, que hoy mis-
 „mo destroza mi corazon su recuerdo.
 „Estaba dominada de un violentísimo
 „despecho. Así que me vió, se aumen-
 „taron sus lloros.—Venid, Mirsa, me
 „dixo, venid á ser testigo de los horro-
 „res que me circundan. El ingrato, que
 „posee mi corazon, el ingrato, que in-
 „justamente os he preferido, me aban-
 „dona: va huyendo el infiel; y, á pesar
 „de la promesa que me ha hecho de
 „volver á mi lado, sé que es perjuro.

„Bella Zama, la dixé con quanta ex-
 „presion pude, olvidad para siempre á
 „un monstruo de perfidia, indigno de las
 „lágrimas que por él vertéis.—Pero ¿lo
 „puedo hacer, Mirsa-Mula? me replicó:
 „sé todo quanto la razon debe inspirar en
 „circunstancias como las mías; y aun tam-
 „bien lo que un justo despecho puede su-

„gérir para vengarse de un pérfido; pero
 „mi amor, á pesar mio, vence á la deses-
 „peracion, que debería infundirme la con-
 „ducta de mi mudable amante. No, no,
 „no quiero para mis males otro alivio que
 „el de la muerte, que deseo. ¡Cruel!
 „continuó diciendo entre sollozos: ¡No
 „olvidaré tu pérdida hasta que mi último
 „suspiro haya acreditado mi constante
 „amor!—Zama pronunció estas palabras
 „con tanto acaloramiento, que, temiendo
 „yo no perdiese la vida, llamé á sus cria-
 „das para que la socorrieran, y me retiré
 „acongojadísimo.

„Como testigo de lo que Zama amaba
 „á mi competidor feliz, conocí bien que
 „nunca llegaría el caso de que mudase de
 „modo de sentir. Con todo, volví, al
 „siguiente dia, á visitar á la poseedora de
 „mi corazon. No me quedó que hacer
 „para introducir la tranquilidad en su al-
 „ma. Me fui sirviendo sucesivamente de
 „quantas armas puede suministrar el ra-
 „ciocinio, pero sin fruto.—Os compa-
 „dezco, Mirsa, me dixo aquella desven-

„turada muger: nacisteis para ser dicho-
 „so; y con mucho dolor contribuyo á
 „vuestra desgracia; pero no está en mi
 „mano pensar en otra cosa que en mi in-
 „fortunio propio. Dexad un proyecto,
 „que el mundo entero no conseguirá veri-
 „ficar en mí. Mi corazon no está ya á dis-
 „posicion mia, porque mi pérfido aman-
 „te se ha señoreado de él: se ha llevado
 „consigo la mitad de mi alma: lo amaré
 „hasta la huesa.

„No sé como sobreviví á este desen-
 „gaño; y así, viéndome precisado á re-
 „nunciar á la única esperanza de felicidad
 „que me quedaba, me resolví á ausentarme
 „de Basora. Fui á despedirme de Zama.
 „ma. ¡Que no pudiera yo repetiros ahora
 „todo lo que, en aquel momento triste,
 „me sugirió el amor y el despecho! No
 „dudo de que os lastimariais del estado
 „en que me ví; pero la cruel Zama ni
 „aun lo echó de ver. — Partid, Mirsa-
 „Mula, me dixo, partid: no está en mi
 „mas que compadeceros, estimaros, y mo-
 „rir. — Estas fuéron las únicas palabras

„obligatorias que merecí á aquella her-
 „mosa desesperada. Salí de Basora tan fue-
 „ra de mí, que llegué á esta capital, casi
 „sin reparar en el camino que habia trai-
 „do. Creí haber hallado en ella objetos
 „capaces de divertir mis pesares, y no me
 „engañé, pues os habeis dignado de admi-
 „tirme á vuestro trato.”

Heyder-Aly-Kan se interesó de veras
 en la suerte de aquel jóven. — Os compa-
 dezco, Mirsa-Mula, le dixo, así que hubo
 acabado su narracion, y tanto mas, quan-
 to yo soy la causa de vuestros males.
 Viendo estais al competidor que no co-
 nociais. Yo soy quien, sin saberlo, os ha
 disputado el corazon de Zama. Verdad
 es que no participo de su pasion; pero me
 ha colmado de beneficios, y la debo un
 agradecimiento eterno.

¡Barbaro Heyder! dixo exclamando el
 extrangero, y limpiándose algunas lágrí-
 mas, que se le desprendieron: ¿teneis el
 corazon tan duro, que no os mueve el
 estado á que habeis reducido á la infelici-
 sima Zama? ¿Sabeis que está ya para ce-

der al peso de su desesperacion? — Os pido mil perdones, señora, continuó Mirsa interrumpiéndose: no he sido dueño de los primeros sentimientos de mi alma: vuestras gracias disculpan el procedimiento de Heyder; pero no puedo menos de quejarme de un competidor, que no solo me ha quitado el corazón de mi amada, sino que también está dispuesto á quitarla la vida.

No condeno vuestros sentimientos, le dixo entonces Heyder-Aly; pero yo ¿qué puedo hacer para la felicidad vuestra? Si mi corazón se rindiese á la constancia de Zama, ¿seriais por eso mas dichoso? Entonces os desterraria para siempre de su presencia, y padeceriais el dolor de saber que estaba en los brazos de un competidor. — ¡Pluguiera al cielo, dixo el jóven, que me viese reducido á esa alternativa! Amo á Zama por ella sola, y moriria contentísimo, sabiendo que quedaba su felicidad asegurada.

Recibió Heyder-Aly-Kan, pocos dias despues de esta conversacion, un pliego

de Basora, que le entregaron en el quarto de su esposa. Lo abrió en su presencia, y leyó la carta siguiente:

„¿Es cierto, Heyder, que me has dexado para siempre? Otra posee el corazón que me pertenece por tantos títulos.... ¡Pérfido! No creas gozar impunemente del fruto de tu vil traicion. Temme los furores de una muger ultrajada, y estremécete de los excesos que un desesperado amor puede inspirar á Zama.”

La lectura de esta carta asustó á Azeyma. — ¡Quántas desgracias nos esperan! exclamó. — Calmad vuestros temores, repuso Heyder: no me intimidan las ineficaces amenazas de Zama. Dexemos que su dolor se exhale en vanas quejas, y pensemos en adelantar el instante de nuestra union. — Avisaron entonces de que estaba allí el jóven Persa. — Muy oportunamente llegais, le dixo Heyder: acaban de entregarme una carta de Zama: vedla ahí: leedla. Leyóla Mirsa-Mula, y quedó admirado de su estilo. — No la hubiera creído, dixo, capaz de tal arrebatamiento;

pero ese es el carácter de un fogoso amor. No es cosa rara verlo trocado en furor. El desprecio y la inconstancia son delitos, que difícilmente perdonan los amantes.

Convengo en ello, replicó Heyder; pero ¿qué puede contra mí el enojo de Zama? Voime á unir con el blanco de mis deseos. ¿Qué temor ha de causarme una muger, de quien estoy separado por un espacio de mas de mil leguas? — No os engañéis, repuso el extrangero: mirad que la venganza es dulce quando viene del amor; y pues esa muger no ha dexado de amaros, es capaz de executar las cosas mas extraordinarias.

¿Temblar me haceis, Mirsa-Mula! interrumpió Azeyma. ¿Sería dable que esa muger llegase al extremo de... Ello es posible, señora: inferidlo de vos misma; ¿qué hariais, si una competidora os quitase para siempre el objeto de vuestros cariños?... Conozco el corazon de Zama: sé, por una funesta experiencia, quan fuerte es el apasionado amor que tiene á Heyder-Aly-Kan.... Sí: ambos obrareis con prudencia

en precaveros contra los efectos de su furor.

Dentro de seis dias habia de celebrarse el casamiento de Heyder y de Azeyma. La víspera de él recibió Azeyma este billete anónimo: „Azeyma, tú vas á ser causa „de mi desesperacion: témelo todo de „mis despechos, quando te entregues á la „ternura.”

Pasmóse Azeyma, porque no dudó que el papel fuese de la dama de Basora. Acaso aquella muger podia estar oculta en Agra. Y Mirsa-Mula ¿no podia ser un emisario enviado de parte suya? Con estas ideas se aumentaban sus recelos. Entró Heyder. — Ved, mi querido Heyder, dixo, lo que tenemos que temer de una muger despreciada: no lo dudemos: mi competidora está en la ciudad, y pronta á vengarse. ¡Ay, Dios! ¡Preservad á mi amante de los males que le amenazan!

No son fundados vuestros miedos, señora: conozco muy bien la letra de Zama; pero de esto no debe concluirse que se halle en Agra. La carta no tiene fecha:

puede estar escrita mucho tiempo ha, y habérseos entregado mas tarde de lo que Zama hubiera querido. Fuera de que, ¿qué teneis que temer de sus celos? Por mí, voy siempre acompañado de criados y de amigos, y, por tanto, al abrigo de un asesinato, dado caso que yo pudiera sospechar de Zama una accion tan vil: sosegaos, pues, bella Azeyma. — Mirsa-Mula fué á pasar la tarde en casa de Mirs-Mogol. A su pesar se le traslucia en los ojos lo conturbado que se hallaba. Heyder-Aly, por mas que lo procuró, no pudo persuadirle á que su matrimonio, acaso, redundaria en utilidad suya: aquellos razonamientos no disminuyéron el negro humor que lo devoraba.

Llegó, por fin, el dia del matrimonio. Vistiéndose estaba Heyder-Aly-Kan, quando le avisáron que entraba Mirsa-Mula. — Amigo mio, dixo este, ved aquí unas cartas de Basora, que tengo que leeros al instante. Mi padre le suplicó que entrara en su gabinete. — Ya sabeis, continuó Mirsa, lo que amo á la infeliz Zama: sabeis

que he sacrificado por ella mi descanso y mis placeres: no tengo ya que sacrificarla mas que la vida: tomad y leed. Leyó Heyder la carta siguiente: „Sé, Mirsa-Mula, „que estais en Agra, y que tratais con „Heyder-Aly-Kan. Acaso os habrá con- „tado su vil procedimiento conmigo. Se „ha de casar muy presto con una mu- „ger, que me prefiere. Os mando, pues, „que me vengueis de ese pérfido. ¡Desgra- „ciada de mí! Yo le saqué del medio de „la miseria, y le llené de bienes. Hasta su „misma exístencia es un beneficio mio. Es „una sierpe, que ha cobrado la vida en „mis brazos. Pasad el corazon á ese mons- „truo, y conseguireis el mio á tal precio: „su cabeza os pido para prueba de si amais „á la desdichada Zama.”

XL.

Bien conoceis que no puedo vacilar. O habeis de quitarme la vida, ó perder á mis manos la vuestra. — Azeyma y la honra

me son igualmente apreciables , replicó Heyder ; pero hoy es el día en que he de poseer al objeto de mi amor: permitid que dexemos nuestra contienda para mañana. — Eso es ser mucho mas enamorado que valiente , repuso Mirsa ; y estoy por creer que no amais tanto la honra como decis. — Eso es ya demasiado , añadió Heyder : presto vereis que no se me insulta con impunidad.

Uno de los esclavos de Heyder-Aly notó en los ojos de Mirsa-Mula , mientras hablaba , extraordinaria agitacion: prestando el oído , alcanzó á saber lo que hablaban. Este mismo hombre los fué siguiendo hasta las puertas de Agra , y así que vió que Heyder y Mula tomaban el camino del rio , corrió á buscar á Azeyma , que estaba en su tocador. Luego que oyó al esclavo , lo abandonó todo , se metió en un carruaje , y , acompañada de dos mugeres , voló al parage del desafio. Divisó á los contendientes en lo hondo de un valleciello. Baxar y correr hácia ellos fué cosa de un segundo. Su intencion fué desarmarlos

metiéndose entre los dos. La vista de su amada perturbó á Heyder. Mirsa se echó sobre él con tanta rabia , que le metió la espada en el cuerpo hasta la guarnicion.

Cayó Heyder á los pies de Azeyma , bañado en su sangre. El despecho pudo mas , en aquel instante , que su debilidad. Tomó Azeyma la espada sangrienta , y , encarándose con Mirsa-Mula , le dixo: ¡ Bárbaro , todavía te falta otra víctima ! ¡ Aquí la tienes ! ¡ Junta , con mi muerte , á dos amantes que has separado ! — Retrocedió Mirsa algunos pasos , diciendo : Verdad es , señora ; aun falta otra ; mas será para apaciguar los manes de Heyder : yo soy esa víctima : á mí , á la infelicísima Zama toca castigarse de haberse sobradamente vengado : conoced á esa muger triste por los fatales efectos de su amor : Zama soy : acabo de quitar la vida á mi amado , por un bárbaro enagenamiento de mi furor. ¡ Ay , Heyder , en extremo querido , y dignísimo de serlo ! ¡ Yo misma te he asesinado ! ¡ Ve ahí , amado mio , la prueba que te he dado del amor eterno que te

juré! Pero ¿me atrevo todavía á nombrar al amor?..... En fin, no viviré mas que tú: yo misma te vengaré; y si causare estremecimiento la narracion de mi delito, tambien se mezclarán algunos sentimientos de lástima á los del odio: abominarán de mí, pero se compadecerán de mi mala suerte. Diciendo así, se atravesó con su misma espada, y fué á caer junto á Heyder. Tambien Azeyma iba á matarse, si sus criadas no la hubieran arancado la espada, que ya volvía contra su pecho. Sacáronla de aquel sitio, y lleváronla á su casa.

Recobró Heyder sus sentidos en una casa que no conocía. Preguntó por Azeyma, mas nadie le satisfizo. Informóse de donde estaba, pero nadie le contestó. Hicieron la operacion de curarle su herida. Pasó la noche casi sin conocimiento; y las únicas palabras que oyó pronunciar, al día siguiente, fuéron la seguridad dada por el Cirujano de que no era mortal su herida. Aquel día no vió á ninguno de sus amigos; pero, al otro, fué Hussein

á verlo. Lo halló mejorado, y le contó las particularidades de la riña que ignoraba. Mirsa-Mula, herido de muerte, fué llevado á casa del Embaxador de Persia, y no daba esperanzas de curacion. Quando le registraron su herida, reconocieron su sexó. Los rumores, que corrian por Agra, de que Heyder-Aly-Kan habia tenido desafio con una muger, no le hacian mucho favor. Publicóse que Azeyma era la causa del duelo, y el Emperador lo creyó de manera, que prohibió á dicha señora salir de su casa hasta nueva orden.

XLI.

Guardóse tan puntualmente el secreto de la convalecencia de Heyder, que no se transpiró por afuera la menor cosa relativa á él. Ni en la corte, ni en la ciudad, dudaban de su muerte. El Emperador (enamorado de Azeyma desde el día que se le presentó, para que la autorizara á hacer á su esposo, que juzgaba muer-

to, el sacrificio de su vida) se lisonjeaba de trasladarla á su harem. Azeyma, advertida por Hussein, se preparaba oculta-mente para seguir á su esposo, luego que pudiese montar á caballo. Llegó el instante; se celebró el casamiento sin ceremonia; y, mientras se anunciaban las solemnes exéquias de Heyder, ambos esposos caminaban hácia el Dekan. Llegaron á Aurengabad á primeros de Noviembre.

XLII.

Bussi, Comandante de los Franceses en aquella ciudad, acababa de saber, que el sitio de Trichenapali estaba empezado por Dupleix; é inclinó á Heyder-Aly-Kan á que pasase allá con su batallon. El sitio no fué feliz. Los Máratas, acostumbrados á mudar de partido, segun sus intereses, abrazaron el de Mohammed-Aly-Kan; y los Ingleses, celosos de las grandes ventajas que Dupleix habia proporcionado á la Compañía Francesa de la

India, aprovecharon la ocasion de quitárselas.

XLIII.

Los Ingleses, mandados por el Mayor Laurencio, atacaron, el 28 de Abril de 1752, á los Franceses, mandados por D'Auteuil. Era la vez primera, desde la paz de Aix-la-Chapelle, que ambas naciones pelearon una contra otra en batalla ordenada. La accion estuvo indecisa, y aun poco sangrienta; pero alimentó la antipatía nacional en aquellos países lejanos, y fué prelude de hostilidades mas serias. Atribuyéronse los malos éxitos, que tuvieron las empresas de Dupleix en el Carnate, al triunvirato Ingles de Laurencio, Clive y Saunders, que entonces estaban al frente de los negocios de aquella nacion. Pero fueron resultado del egoismo de los Ministros que dirigian la corte de Versalles, los quales no enviaron ni los refuerzos, ni los auxilios, que las circunstancias exigian. Y, particularmente, fué-

ron efecto de las disposiciones políticas de un monton de aventureros, que atravesaron los mares para hacer su negocio, siéndoles del todo indiferente la prosperidad pública. Las empresas felices de Dupleix habian proporcionado grandes riquezas á algunos particulares. Los regalos, que Salabet-Zind prodigó á los que le afirmaron en su trono, las multiplicaron y aumentaron. Los Oficiales, que no tuvieron parte en el peligro, en la gloria y en las buenas resultas de aquellas lucidas expediciones, procuraron consolarse de su desgracia, reduciendo á la mitad el número de los Cypayas, que mandaban, y aprovechándose de aquel sueldo, con la facilidad que les daba el ser depositarios del caudal preciso para su manutencion. Desde entonces quedaron incompletos los ejércitos, y defectuosas las combinaciones de los xefes. Los comisionados, que no podian hacer estas picardías, hacian otras, pues, de la venta de los géneros enviados, solo entregaban á la Compañía la menor parte del beneficio que hubieran

debido producir, y les revendian carísimos los de la India, que hubieran debido recibir de primera mano. Los administradores de alguna posesion, la arrendaban por sí mismos, baxo nombres Indios, ó la daban á vil precio, porque habian recibido, de antemano, alguna gratificacion considerable. Muchas veces se quedaban con todas las rentas de las posesiones, suponiendo violencias ó trastornos, que habian imposibilitado su cobro. Todos los emprendedores se avenian admirablemente para ocultar las depredaciones, de modo que las empresas eran para provecho total de los enredadores. El abuso de hacer, ó de recibir, regalos á cada tratado, tenido por legal en el Indostan, multiplicó, sin necesidad, los contratos. Los navegantes, que abordaban en aquellos climas, deslumbrados por los bienes, que veian quadruplicados de un viage á otro, no quisieron ya mirar los buques, cuyo mando se les habia confiado, sino como un camino de tráficos y de riquezas, que veian abierto. Llegó la corrupcion á su

colmo con los nobles envilecidos y arruinados, que, por lo que veían y oían decir, quisieron pasar al Asia, esperanzados en restablecer allí sus negocios, ó en continuar impunemente sus desarreglos. La conducta personal de los directores les precisaba á cerrar los ojos á aquellos desórdenes. Se les reprochaba, que no veían en sus empleos mas que el crédito, el poder y el dinero que les daban. Se les reprochaba, que conferían los mas importantes puestos á parientes de malas costumbres, sin aplicacion ni capacidad. Se les reprochaba, que multiplicaban, sin cesar y sin medida, el número de los interesados en las rentas, para tener protectores en la corte de Versalles. Y se les reprochaba, finalmente, que suministraban ellos mismos, á caro precio, lo que se hubiera podido tener, por otra vía, á precio moderado, y de mejor calidad. — Un director preguntó á Dupleix: Como había hecho tan bien su negocio, y tan mal el de la Compañía? — Porque en la direccion de los negocios generales, le respondió, he

seguido vuestras instrucciones, y en mis particulares negocios, las mías.

XLIV.

Una gran parte de las tropas de Chanda-Zaëb abandonó las banderas de este Príncipe, en el mes de Noviembre de 1752, á causa de una de aquellas revoluciones tan comunes en la India. La Compañía Francesa creyó que era obligacion y honra suya proteger al Nabab abandonado de la fortuna. Hizo los esfuerzos mas vigorosos; pero no fueron sostenidos por aquel en cuyo favor se guerreaba. Chanda-Zaëb, vendido por los suyos, se vió compelido á ponerse entre las manos de Mohammed-Aly-Kan, su competidor, quien mandó cortarle la cabeza. Dupleix acusó de aquella barbaridad al Mayor Laurencio, quien se defendió como dándose por calumniado. Fue inútil que los Franceses proclamáran, en Pondichery, Nabab de Carnate, á Raza-Zaëb, hijo de Chanda-Zaëb;

porque los Mátaras, que constituían la mayor fuerza de su ejército, lo habían abandonado, juntamente con la fortuna.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

XLV.

Heyder-Aly-Kan estaba entonces al frente de quince mil hombres, entre los quales contaba tres mil caballos excelentes, y doscientos soldados Europeos. Tuvo que ausentarse del ejército para ir á defender su país de Manguelor, amenazado por un armamento, que se hacia en la rada de Bombay, el qual se supo despues que tenia otro destino. El Nabab, protegido por los Ingleses, dominaba sobre la costa. Clive, dueño de Arcáte, capital de Carnáte, estaba en el mismo campo de batalla, donde trescientos Franceses vencieron á ochenta mil Indios, y donde Nazer-Zind fué asesinado por sus guardias. Para perpetuar la memoria de aquel memorable suceso, se edificó en aquel parage un pequeño pueblo, que debía lla-

marse *Dupleix-Fateabad*, lugar de la victoria de Dupleix. Erigióse una soberbia columna, con inscripciones en las lenguas Francesa, Persa y Malabara. Acuñaéronse medallas con representaciones simbólicas de aquella accion. Pero Clive destruyó, de alto á baxo, todos los mencionados trofeos. Las tropas, á quienes Dupleix encargó que se opusieran á aquella demolicion, no quisieron pelear, ya fuese porque su última derrota, despues de otras desgracias, los hubiese desanimado, ó porque, rezelosos de su corto número, desesperáron del buen éxito. Fuéron llamados á Pondichery los Europeos y los Cipayas; y Dupleix, irritado contra Rajah-Zaëb, á quien habia confiado el mando del ejército, no quiso, en mucho tiempo, permitirle que se le pusiera delante.

La muerte de Chanda-Zaëb, la toma de la isla de Scheringhan, donde fuéron hechos prisioneros de guerra cerca de quatrocientos Franceses, y la derrota de los Mátaras, abatiéron é intimidáron á los habitantes de Pondichery. Los que juzgan

de todo por el éxito, desaprobáron altamente las miras ambiciosas de Dupleix, y acaso viéron, con maligno gozo, la aniquilacion de algunos de sus vastos proyectos, esperanzados en que aquellas experiencias le arredrarian de formar empresas nuevas. Aquello no era conocer su carácter. Las dificultades y los impedimentos, lejos de desanimarlo, le hacian sentir la necesidad de obrar con mas vigor. El plan que formó para asegurarse de inmensas posesiones en la península, fué seguido con tanta sagacidad por Bussi, que los buenos sucesos de sus armas en aquella parte, balanceaba ya el contratiempo experimentado en Scheringhan.

XLVI.

Después de haber tomado posesion Salaber-Zind de la capital de su Subadía, quiso vengar la muerte de su predecesor Muza-Fer-Zind. Marchó á Canul, capital de la Nababía de los Pátanos, cuyo

xefe asesinó á aquel Príncipe. Tomóse por asalto la ciudad, y se pasó á cuchillo la guarnicion. Hiciéron prisioneros á la muger y á los dos hijos del Nabab, que habian huido.

El Subá se hizo reconocer seguidamente en toda su vasta dominacion. Y habiendo sabido que un Nabab pretendia haber recibido de la corte Imperial de Agra una patente de Subá de Dekan, le salió al encuentro, y lo derrotó enteramente. Aquellos sucesos se debian á un puñado de Europeos, que eran objetos de admiracion para los naturales del país, capaces de hacer algunas observaciones. La decision de las batallas dependia únicamente de los Franceses y de los Ingleses. Ningun espectáculo podia ser de mayor importancia á los ojos de un filósofo, colocado sobre las torres de la pagode de Trichenapaly, que una de aquellas batallas que se daban á la vista. Las dichas tropas competidoras, que, rara vez, ascendian á mas de mil hombres, reñian encarnizadas, mientras sus aliados respectivos, con pro-

digiosos exércitos, se mantenian á cierta distancia, siendo meros espectadores de la batalla, cuyo resultado aguardaban ansiosos.

XLVII.

Asegurado ya en el trono Salabet-Zind, hizo la ceremonia de recibir, de un Embaxador del Emperador Mogol, cartas patentes que le nombraban Subá de Dekan, y el *Serpau*, ó Chupa, con la espada y demas atributos de soberanía, que el Gran-Mogol envia á sus Vice-Reyes. Dicho Embaxador, acaso supuesto, como asimismo los escritos que llevaba, fué recibido con tanto respeto, como si hubiera sido el Emperador mismo. El Subá, acompañado de la tropa Francesa, salió de Aurengabad para complimentarlo. La entrega de las cartas imperiales fué anunciada con cañonazos. Entonces el Subá se sentó en su trono para recibir el homenaje de sus primeros oficiales. Con aquel motivo, regaló á Bussi, Coman-

dante de los Franceses, dos millones; y los oficiales y soldados recibieron proporcionadas gratificaciones.

XLVIII.

Súpose, á la sazón, en Aurengabad, el desastre de Chanda-Zaëb. Inmediatamente fué conferida á Dupleix la comision de Nabab de Carnáte, cuyas patentes mandó publicar en Pondichery, con el mayor aparato. Unos buques, acabados de llegar de Francia, traxéron refuerzos con que se pudo continuar la campaña. La casualidad puso en manos de Dupleix un batallon entero de Suizos, que iba de Europa á socorrer á los Ingleses. Lo embarcáron sobre unas barcas ligeras del pais, llamadas *masaolas*, con órden de dirigirse al fuerte San David. ®

Pensáron en Madrás que los Franceses respetarian el pabellon ingles; pero, luego que las barcas estuviéron á la vista de Pondichery, llevó á los Suizos á es-

ta plaza un navío que se encontraba en la rada. Dupleix los retuvo prisioneros, y sustuvo, que aquella captura era tan legítima, como la que los ingleses hicieron en Scheringhan de los quatrocientos Franceses.

Eran casi iguales los sucesos entre Dupleix y Saunders. Todó concurría para dudar qual de estos dos hombres (dotados igualmente por la naturaleza de carácter inflexible) daría la ley; pero había seguridad de que ninguno de los dos la recibiría, mientras les quedase un soldado, ó una rupia para sostenerse. Mas este apuro, no obstante sus excesivos esfuerzos, se presentaba distante, porque ámbos hallaban en su ingenio recursos, que ni aun los mas hábiles sospechaban.

En el año de 1753 recobró la Compañía Francesa la Isla de Scheringhan: poseía esta las provincias de Mutafanagar, de Elur, de Ragimandri, de Chicacola, de Masulipatnam y de Condavir, y con esto era señora de la costa marítima de Coromandél y de Orixá, en un

espacio de seiscientas millas, desde Carikal hasta la págode de Jagernat. Estos países confinan, por el Norte, con las montañas de los Gates, cuyas altas cadenas siguen casi la misma direccion que la costa del mar. En algunos parages distan noventa millas, y en otros unas treinta.

Estas montañas tienen bosques impenetrables, cubiertos de una especie de árboles, que, por muchos motivos, valen tanto como las encinas, y se nombran *bambous* y *teakes*: no pueden ser penetrados estos bosques, sino por raros parages, los quales, segun refiere Bussi, podian defenderse, solo con algunos piquetes, contra exércitos enteros. Este territorio contenía las manufacturas de las telas mas bellas y baratas. Los Franceses hubieran conservado estas ventajas, si los hombres que componian el Consejo de Versalles hubieran tenido aquel espíritu de patriotismo, que distinguia entonces á los Ministros Británicos.

Empezaba el Consejo de Madrás á cansarse de una guerra, en la qual Saunders

las dignidades que tenia de los Príncipes Mogoles, y reconociese á Mohammed-Aly-Kan, vencedor de Chanda-Zaëb, por Nabab de Carnáte. Los Franceses propusieron, por preliminares de paz, que Salabet-Zind fuese reconocido, por los Gobernadores de Madrás y de Bombay, único Subá de Dekan; y que Dupleix y su protegido Rajah-Zaëb conservasen la dignidad de Nabab; y ofrecieron á los Ingleses un territorio considerable en las cercanías de Madrás, y establecer razonablemente á Mohammed-Aly-Kan. Eran muy opuestas las dichas proposiciones para admitir conciliacion.

L.

Quedaban los Franceses árbitros de la suerte de los Ingleses, si sus proposiciones se admitian; y los Ingleses dominadores de la costa, si prevalecian las suyas. De manera, que cada parte pedia, que la nación competidora renunciase á todo, antes de empezar á tratar. Los Franceses se autori-

zaban con las patentes que Dupleix habia recibido de los Príncipes Mogoles. Los Ingleses pretendian que eran supuestas; y con estas inútiles disputas, los ánimos se encrespaban en vez de conciliarse. En fin, propusieron los Ingleses, que ámbas Compañías fuesen puestas en posesion de terrenos de igual valor, y que los prisioneros quedasen en libertad por ámbas partes; y ofrecieron reconocer á Salabet-Zind por Subá de Dekan, á condicion que nombriaria á Mohammed-Aly-Kan Nabab de Carnáte, y que los Franceses concurririan, con los Ingleses, á mantener á este Príncipe en el gobierno. Parecia que este acomodamiento precavia todas las futuras disputas, y que afirmaba el comercio de las dos Compañías sobre cimientos iguales; pero quitaba á Dupleix su brillante superioridad. — Rompiéronse las conferencias veintidias despues de su abertura, y recomenzó la guerra. Pero los Ingleses consiguieron, con sordos manejos, asegurarse el buen éxito, haciendo que la corte de Francia llamase á Dupleix, cuya presencia, en

la India, hubiera sido siempre un obstáculo invencible para la verificación de sus ambiciosos proyectos.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

LI.

Mientras que una fortuna contraria destruía los monumentos de grandeza, erigidos por los Franceses en el mediodía del Indostan; estaba el norte del Imperio agitado con nuevas borrascas. El Emperador Schas-Achmed, que dió á ver alguna apariencia de vigor quando subió al trono, cayó presto en la misma indolencia que caracterizaba á todos los sucesores de Aureng-Zeb. Para evitar que Mirs-Abdalak y los Pátanos invadiesen sus estados, se puso entre las manos de los Máratas; pero aquello no era más que mudar de opresores. Los Subás de Benarés y de Bengala Suraja-Doulah y Suja-Ul-Doulah, le ofrecieron fuerzas para recobrar su autoridad usurpada. El desventurado Monarca, sin calcular quan precarios hacían aquellos so-

corros las distancias, creyó que podía pedir á los Máratas un tributo por la Subadja de Guzuráte, que les habia cedido algunos años antes. Así que supieron aquella novedad los Máratas, que componian la guardia del Emperador, fuéron tumultuados á palacio. Gasi, su xefe, se aseguró de la persona del Emperador Schas-Achmed, y le reventó los ojos. Murió este Príncipe de las conseqüencias de su suplicio. La religiosa adhesion de los Mogoles á la casa de Tamerlan, no permitió al Márata Gasi ocupar el trono de Agra, y colocó en él á un pariente de Schas-Achmed, llamado Allum-Gir, ó Alem-Guir-Sani, y se apoderó de todo el poder público, baxo título de Gran Visir.

LII.

Los Directores de la Compañía Inglesa hicieron, en el año anterior, vivísimas representaciones á la corte de Paris, con motivo de las hostilidades que se cometían

sobre la costa de Coromandél, no obstante la paz que subsistia entre Francia é Inglaterra. Amenazáron con enviar á la India fuerzas temibles de mar y tierra. Esto fué objeto de una negociacion. Duvelaër, y su hermano el Conde de Lude, ámbos enemigos de Dupleix, se trasladáron á Londres para tratar de aquel negocio.

Era fácil intimidar al débil Luis XV. Las guíneas Inglesas, derramadas á manos llenas, apagáron totalmente el amor de sus Ministros, y de sus cortesanos, á la prosperidad pública. Conviniéronse en que las disputas de ámbas Compañías se arreglasen en la India sobre un pie de igualdad, sin consideracion á las ventajas que la una ó la otra pudiese tener en el tiempo en que se concluyese el tratado. Quedaban que nombrar los Comisarios, que habian de encargarse de executar aquel plan de conciliacion. El Ministerio de Francia dió las pruebas menos equívocas de traicion, llamando á la corte á Dupleix, en un tiempo en que no podia dudarse de que los Ingleses se disponian á renovar la guerra.

Godeheu, uno de los Directores de la Compañía Francesa de la India, fué nombrado para negociar la paz con Saunders y con el Consejo de Madrás. Dupleix no supo aquella mudanza hasta la llegada de su sucesor, que hizo su entrada en Pondichery el día 1º de Agosto de 1754, y tomó inmediatamente las riendas de la administracion. Dupleix se las entregó con aquella firmeza que le habia puesto superior á las contradicciones freqüentemente experimentadas. Permaneció algun tiempo mas en Pondichery, y se embarcó despues para la Francia, adonde llegó el 8 de Junio de 1755.

LIII.

El tratado publicado por Godeheu y Saunders, día 11 de Enero de 55, estableció una igualdad de territorio, de fuerza y de comercio, entre las dos naciones, sobre la costa de Coromandél; pero los Franceses conserváron los establecimientos, que el Subá Salabet-Zind les habia cedido so-

bre la costa de Orixá y de Bengala. No tardaron en ser un motivo de discordia. La tregua establecida nunca se observó puntualmente, y aun no habia recibido la sancion de las cortes de Lóndres y de París, quando mayores intereses encendieron de nuevo la llama de la guerra entre estas dos naciones.

Tenian entonces los Ingleses dos fuertes esquadras en los mares de la India; la una, baxo las órdenes de Warson, y la otra, mandada por Pocok. Los Franceses no les opusieron ningunas fuerzas navales.

Los Ingleses acababan de recibir un refuerzo, compuesto del Regimiento quarta y nueve, mandado por el Coronel Adlercron, de un destacamento de artillería, y de doscientos hombres de tropas de la Compañía. Con fuerzas tan considerables, no hubiera dexado la Presidencia de Madrás gozar pacíficamente á los Franceses de las rentas de ninguno de los territorios adquiridos baxo el gobierno de Dupleix, á no haber sido porque dos guerras, á que los Ingleses se vieron arrastra-

dos en consecuencia de sus miras ambiciosas, no los hubieran precisado (por no aumentar el número de sus enemigos) á ocultar, baxo el exterior de una moderacion fingida, los celos que les causaban las reliquias de la prosperidad Francesa.

Pero emplearon los ocultos resortes de la mas insidiosa política, para sembrar desavenencias entre el Subá de Dekan y los Franceses, á quienes este Príncipe debia su corona.

LIV.

Bussi, á la cabeza de un batallon Frances, estaba particularmente adicto á Salabet-Zind. Este Oficial gozaba de gran consideracion en Aurengabad; y á su hábil conducta debió, en mucha parte, la Compañía Francesa las quatro provincias de Elur, de Mutafanagar, de Ragimandri y de Chicacola, que conservó por el tratado de 1755, porque estaban situadas á la otra parte del rio Crisena, fuera de Comromandél. Las rentas de estas provincias,

unidas á otros establecimientos, que los Franceses conservaban en los territorios de Pondichery, de Masulipatnam, y de las islas de Scheringhan y de Divy, se evaluaron á seis millones novecientas quarenta y quatro rupias de renta, ó bien sesenta y quatro millones mil y ochocientos reales de vellon.

No ignoraban los Ingleses que la Compañía Francesa, con tan considerables entradas, se hallaba en estado de renovar la guerra con mucha ventaja; pero estaban persuadidos á que la ausencia de Dupleix, cuyo talento aprisionaba la actividad Británica, produciría mas bienes á la Inglaterra, que los que podrian sacar los Franceses de sus ricas posesiones.

LV.

Dupleix partió de Pondichery para la Europa el 14 de Octubre de 1754, despues de haber entregado á su sucesor el estado de sus cuentas con la Compañía de

la India, por el qual constaba, que habia dado á la administracion, durante su gobierno, veinte y ocho millones y ochocientos mil reales vellon sobre lo recibido. Se proporcionó una parte de esta suma con sus ahorros; y lo restante lo tomó prestado de comerciantes Franceses é Indios. Godeheu encargó la discusion de aquellas cuentas á los Directores de la Compañía Francesa, quienes opinaron, que Dupleix habia hecho los gastos sin estar suficientemente autorizado, y, de consiguiente, rehusaron pagarlas: este procedimiento, con un hombre como Dupleix, fué injustísimo, pues él ilustró el nombre Frances en la India, y, con energía industriosa, dió á la Compañía tesoros inmensos, y la propiedad de un territorio, que alimentaba las bastantes manufacturas para los carguíos de sus buques. No hubo hombre mas capaz que Dupleix de extender la reputacion de las armas Francesas en el Indostan. El traxo los negocios hasta el punto de que le ofrecieran el gobierno perpetuo de Carnáte, que era la provincia mas

florecente del Imperio Mogol. Ciertas circunstancias, singularmente felices, le diéron, de seguida, tres Nababes, cuyo vigilante cuidado se fixó sobre la cultura y la industria. La felicidad general fué el fruto de una conducta tan generosa.

Las rentas públicas de aquella nacion llegaban á quarenta y ocho millones de reales. Estaba arreglado que Dupleix entregaría la sexta parte de esta suma al Subá de Dekan; y que todo lo demas se diese á la Compañía.

Si el Ministerio de Paris, y la direccion de la Compañía Francesa de la India (que, alternativamente, querian y no querian ser una potencia en aquel pais) hubieran sido capaces de una determinacion invariable y firme; si hubieran tenido menos consideraciones con los Ingleses, que no se las pasaban en cuenta; y si hubieran dado á Dupleix los necesarios socorros para realizar los vastos proyectos que habia formado; hubiera aquel magnífico establecimiento tomado la consistencia necesaria para haber llegado á ser indestructible. La Fran-

cia, señora, sobre la costa de Coromándel, de un estado reunido y contiguo, se hubiera procurado, en el mismo pais, suficientes rentas para la provision de sus plazas fuertes, y para la subsistencia de las tropas destinadas á guardarlas. No solamente hubiera podido arrostrar los celos de sus vecinos y de sus contrarios, sino que tambien, alargando la mano á Heyder-Aly-Kan y á sus aliados, hubiera podido echar á los Ingleses, para siempre, de la península.

Pondichery se hizo el árbitro de los establecimientos formados por los Europeos en aquellas vastas comarcas. Quando se reflexiona en que Dupleix formó aquel plan de conquista y de dominacion en un tiempo en que todas las Potencias de la Europa tenian ideas exágeradas de las fuerzas del Imperio Mogol; y en un tiempo en que todas las Compañías de comercio, establecidas sobre las costas, sufrían pacientemente la insolencia de los menores Oficiales enviados por la corte Imperial, para no irritar aquel poder que juz-

gaban capaz de arruinarlos en un momento; no se puede menos de admirar la osadía del despejado entendimiento de Dupleix, que fué el primero que descubrió y despreció aquellas ilusiones. Pero quando se observa que aquel plan de grandeza y de dominacion (tratado de quimérico por una corte imbécil ó corrompida) se executó algunos años despues por los Ingleses sobre las mismas bases, y que fué el germen de la prosperidad Británica; es forzoso deplorar la fatalidad que guía los sucesos.

Aséguran, que no se echaban de ver en Dupleix todos aquellos talentos militares, que regularmente distinguen á los conquistadores; que, aunque instruido en la teoría de la guerra, no habia recibido de la naturaleza aquella frescura, que contempla el peligro presente y tumultuoso con la tranquilidad necesaria para superarlo; y que, por conseqüencia, no era para mandar un ejército; pero que suplía aquella falta con el conocimiento profundo de los hombres, y con el arte de servirse oportunamente de ellos, que son prendas pro-

pias de los estadistas. De esto último se tiene una prueba irrefragable en el manejo que observó con Bussi. Aunque este excelente Oficial, en su expedicion de Dekan para favorecer á Muza-Fer-Zind, y despues á Salabet-Zind, adquirió mas riquezas y mas reputacion militar que tenia Dupleix, vió siempre este su fortuna sin celos ni envidia, y siguió siempre sus dictámenes. Y aun es presumible que Dupleix, lejos de perseguir á Bourdonnaie, se hubiera tambien compuesto con él, si la autoridad del Comandante de las islas de Bourbon y de Francia, hubiera estado subordinada á la suya.

Quedó humillado el orgullo de Dupleix viendo que un competidor tomaba medidas diferentes de las suyas, en un país donde su poder era igual al de los Soberanos. Penetró la envidia en su alma, que no parecia capaz de tan baxa pasion, y persiguió á un hombre á quien debió ayudar. Esta injusticia fué para su gloria una mancha, que apenas laváron sus grandes acciones; pero su alta capacidad estaba tan

bien conocida, que amigos y enemigos convinieron unánimemente en que su retirada del gobierno de Pondichery era el golpe mas temible que podia darse á los intereses de la nacion Francesa en la India.

LVI.

Los Ingleses, para aprovecharse bien de las circunstancias, emplearon sucesivamente las promesas y las amenazas, á efecto de inducir á Salabet-Zind á que despidiese las tropas Francesas, que tenia á su sueldo, cuyo General era Bussi. Como conocian tan bien el carácter versátil de los Príncipes Indios, no dudaban de que, luego que los Franceses no tuviesen ya mas influxo en la corte de Aurengabad, se arrepentiria el Subá de haber cedido á la Compañia Francesa quatro provincias, cuya pérdida disminuia considerablemente sus rentas; y tampoco dudaban de que pediria la asistencia Británica para recobrarlas por la via de las armas.

No fuéron felices sus primeras insinuaciones. Bussi, al frente del batallon Frances, acababa de hacer recientemente los mas señalados servicios á Salabet-Zind, en una expedicion contra un Nabab Pátano, que rehusaba pagar el tributo. No por esto se desanimáron los Ingleses. El Consejo de Mádras tenia, de algun tiempo á aquella parte, relaciones estrechas con los Máratas, que vivian freqüentemente desavenidos con Salabet-Zind. Determinóse socorrerlos la primera vez que marchasen contra el Subá de Dekan. Juzgó el Consejo de Madrás, que Salabet-Zind se asustaria de tal modo de aquel auxilio, que consentiria en despedir á los Franceses, á condicion de que los Ingleses abandonasen las banderas Máratas. El Coronel Clive fué el encargado de aquella expedicion, para la qual destinó el Consejo de Madrás tres Compañias de infantería, de cien hombres cada una, trescientos reclutas, que acababan de llegar al Indostan, y un tren de artillería de campaña.

LVII.

El Gobernador de Madrás, antes de obligarse formalmente con los Máratas, quiso consultar al Consejo de Bombay, cuyo territorio estaba contiguo al de estos pueblos. Habian preparado, en Bombay, un armamento considerable. Estaba destinado contra otro enemigo, cuyas piraterías incomodaban, mucho tiempo habia, al comercio Británico sobre la costa de Malabar. Abandonáron, pues, el proyecto de precisar al Subá de Dekan, con las armas, á separarse de la alianza de los Franceses: y, para obrar despues esta revolucion, volviéron al uso de los ocultos manejos, de que los Franceses, sin desconfianza, fueron víctimas durante el curso del año de 1756.

Los preparativos de guerra, que hicieron los Ingleses en Bombay, obligaron á Heyder-Aly-Kan á llevar su ejército á Bangalore, temeroso de que los Ingleses no quisieran embestir aquella fortaleza, único

baluarté de la pequeña soberanía que le quedaba en el Masur. Pero quedó en sosiego quando supo que el enemigo, contra quien el Consejo de Bombay armaba entonces, era un célebre pirata, llamado *Angria*, que se habia hecho dueño de un corto país, en las cercanías de Bombay, cuya capital, llamada *Geriah*, pasaba por una plaza fortísima. El padre y abuelo de Angria exercitáron el mismo oficio de piratas con buena fortuna. En frente de Geriah habia algunas islas, que se fortificáron para asegurar en ellas el botin. Millares de vagamundos Máratas, Indios, Mogoles, Christianos y Negros, aumentáron aquella República de foragidos, muy semejante á la de Argel.

La costa de Malabar, desde el Cabo Comorin hasta Surate, está cortada por muchos rios, que entran luego en el mar. Parece que, desde la antigüedad mas remota, fueron inclinadísimos á la piratería los habitantes de aquella playa. La afición al saqueo pasó á su posteridad; y casi todos los Soberanos de aquel país tienen navíos

que navegan en corso contra los de otras naciones.

Quando los Mogoles extendieron su dominacion sobre la península de la India, mantuvo el gobierno, en aquellos mares, un Almirante con una flota, para proteger el comercio que hacian los Mogoles Musulmanes, en los golfos Árabe y Pérsico, contra los piratas Portugueses y Malabares.

Entre estos últimos, descolló Conagria sobre sus iguales, por su talento guerrero. El fundó aquella República marcial, cuya autoridad principal transmitió á su hijo y á su nieto, que se apellidaron Angria. Los Emperadores Mogoles no pudieron someter aquellos piratas, y, por tanto, concedieron á su xefe el título de Almirante del Imperio. A la sombra de esta dignidad, acometian á los baxeles de todas las naciones, que no les compraban sus pasaportes.

Los Angrias fortificaron las embocaduras de todos los rios sobre la costa de sus estados. Aquellos puertecillos servian de retirada á sus buques, cuya presa era

tan difícil como el evitar su encuentro. Componíase su flota de *grabs* y de *gallibats*, que son unas embarcaciones propias de la costa de Malabar. Los *grabs* necesitan de poca agua, y son del porte de ciento y cincuenta hasta trescientas toneladas. Llevan regularmente dos mástiles. Su forma es prolongada, y van estrechándose desde el centro hasta el extremo, que se termina en una proa bastante parecida á la de las galeras. Como esta construccion sujeta á los *grabs* á movimientos fuertes, quando la mar está ondulosa, se queda desocupado y liso el puente de la proa, para que la ola que pase por encima resbale sin estorbo. Sobre el puente principal, encima del castillo de popa, estan colocados cañones de nueve ó de doce.

Los *gallibats* son unas barcas grandes con remos, construidas como los *grabs*, pero con menores dimensiones. Las mayores son de setenta toneladas. Solo tienen una pequeña mesana, y un mástil grande, que lleva una vela triangular, cu-

ya punta hizada levanta mas que el mastil. Los gallibats no tienen regularmente mas cubierta que un puente, hecho de bambous hendidos, para que sean mas ligeros. No llevan mas que pedreros, asegurados con argollas á los maderos del buque. Llevan quarenta ó cincuenta remos, con los que pueden navegar quatro millas por hora. Ocho ó diez grabs, y quarenta ó cincuenta gallibats, cargados de soldados, componian el armamento ordinario con que Angria embestia á los navíos de mayor fuerza.

Inmediatamente que algun navío se presentaba á la vista de una bahía, donde estacionaba la flota de dichas corsarios, picaban sus cables, y se echaban á la mar. Si el tiempo era favorable, su construcción les permitia bogar con velocidad extraordinaria; y si el tiempo era calmoso, los gallibats remolcaban á los grabs. Quando ya estaban al alcance del cañon de caza, se reunian, por lo regular, á la retaguardia del navío que querian acometer. Los grabs no hacian fuego hasta que

tenian á la vista los tres mastiles del navío, de manera que pudiesen, probablemente, pegar en uno de los tres. Así que el navío estaba desarbolado, lo batian por todas partes hasta dexarlo fuera de combate; pero si era obstinada la defensa, enviaban unos quantos gallibats, con doscientos hombres en cada uno, y llegaban al abordage espada en mano.

Medio siglo habia que aquel estado de piratas era temible á los navegantes. Costaba á los Ingleses ciento cincuenta mil guineas cada año la proteccion de sus embarcaciones comerciantes; y Angria se apoderaba regularmente de los que navegaban sin escolta; y aun cogia algunas veces navíos de guerra. Acometió, en el mes de Febrero de 1754, á tres baxeles Holandeses de cincuenta, treinta y seis, y diez y ocho cañones, que navegaban de conserva. Los de mayor buque se quemaron; y el tercero cayó en manos de los piratas.

La esquadra Inglesa, á las órdenes del Almirante Walson, estuvo pronta en

Bombay en el mes de Diciembre. Los Máratas, cuyo comercio incomodaba Angria, ofrecieron á los Ingleses atacar al pirata juntamente con ellos. Decidióse el sitio de Geriah. Ningun Ingles de la esquadra de Walson habia visto aquella plaza, y, por relacion de los naturales del pais, la suponian tan fuerte como Gibraltar. El Xefe de esquadra James tuvo la comision de reconocerla con tres navíos de línea. Este Oficial encontró la flota de los piratas anclada en el puerto. Con todo eso, se acercó á la plaza hasta tiro de cañon; y aseguró, á su vuelta, que no era tan inaccesible é intomable como se decia.

La esquadra Inglesa, compuesta de quatro navíos de línea, de uno de quarenta y quatro, de tres de veinte, de un grabs de doce, y de cinco galeotas de bombas, se presentó delante de Geriah el 11 de Febrero de 1756. El ejército de tierra constaba de ochocientos Ingleses y mil Cipayas, mandados por Clive, y de treinta mil Máratas.

LVIII.

Geriah está situada sobre un promontorio, á la entrada de un hermoso puerto, formado por la embocadura de un rio, que baxa de las montañas de Balagat. La roca, embatida por todos lados de las olas del mar, se levanta como unos cincuenta pies. Las fortificaciones que la coronan consisten en una muralla doble, flanqueada de torres redondas. El muro interior es muchos pies mas alto que el exterior. La lengua de tierra, que une el promontorio al continente, es estrechísima; y, quando empieza á ensancharse, se encuentra una ciudad grande indefensa, habitada por los que no son necesarios para la guardia del fuerte.

Espantóse Angria á la vista de la flota Inglesa, dexó á su hermano el cuidado de defender la plaza, y él se pasó secretamente al campo de los Máratas para tratar con ellos. Esta maniobra, que des-

cubrieron al Comandante de la escuadra, apresuró el momento del ataque. Intimóse luego luego á los piratas, que se rindieran; y, como no lo hiciesen, se adelantaron los navíos Ingleses, sobre dos divisiones paralelas, la mas extendida de las quales cubria á las galeotas de bombas contra el fuego de la fortaleza. Anclaron hácia la parte septentrional de las fortificaciones, y empezaron á cañonearlas, á la distancia de veinte y cinco toesas, con ciento y cincuenta cañones. Las cinco galeotas de bombas hacian, al tiempo mismo, jugar sus morteros.

Cayó una bomba sobre uno de los grabs de Angria, y lo incendió. Todos estaban unidos. Aquella flota, que, medio siglo habia, era el terror de la costa de Malabar, quedó totalmente destruida en menos de una hora. Supieron los Ingleses, por la tarde, que la plaza habia de entregarse á los Máratas al siguiente dia. Pero Clive, para estorbar la execucion de este proyecto, tomó puesto entre los Máratas y el fuerte, que se rindió dos dias

despues. Clive, que tomó posesion de ella, vió que la artillería habia arruinado las fortificaciones artificiales, pero que la peña formaba un baluarte respetable; de suerte, que, si los piratas hubieran tenido bastante valor é inteligencia, no hubiera podido tomarse la plaza sino con aproches regulares por la parte de tierra.

Halláronse en la plaza doscientos cañones, gran cantidad de municiones, y otros efectos, en valor de cerca de doce millones de reales. Este botin fué presa del soldado vencedor. Tomada la capital, se rindieron, casi sin resistencia, quantos fuertes tenian los piratas sobre la costa. En dos meses se terminó la guerra.

Resentíase ya Pondichery de los funestos efectos de la retirada de Dupleix. Godhéu y Saunders partiéron para Europa, despues de haber firmado el tratado provisorio de paz entre las dos Compañías. Confíaron el gobierno de Pondichery á Duval-Leyrit, hombre de talento tan limitado, quanto era profundo y enérgico el de Dupleix. En vez de continuar su-

ministrando algunos socorros á Heyder-Aly-Kan, (cuya actividad y valor no pedia mas que un poco de apoyo para verificar, en la costa de Malabar, una revolucion favorable á la grandeza de la Francia, y acaso para apoderarse de Bombay) le privó de esta gloria por una parsimonia muy mal entendida. Heyder-Aly-Kan, adicto siempre á los Franceses, llegó á serles inútil; y él mismo, limitado á sus propios recursos, se vió reducido, por muchos años, á defender, con trabajo, sus posesiones. La falta de política de Duval-Leyrit se echaba de ver tambien en la corte de Salabet-Zind.

LIX.

Los Ingleses consiguieron, quando su expedicion contra Angria, precisar al Subá de Dekan á que despidiese las tropas Francesas, que le diéron la corona y la vida. Todos los grandes del estado, comprados con el oro de los Ingleses, y ce-

losos del crédito que tenia Bussi en la corte de Aurengabad, amenazáron al Subá de una rebelion general, si no despedia á los Franceses. Salabet-Zind, hombre sin dictámen ni voluntad propia, y tirano tanto mas déspota, quanto mas esclavo de los que temia, no tuvo que oponer á tan poderosa confederacion.

LX.

Recibió Bussi la órden de separarse del campo del Subá, con la indignacion que causa en un corazon noble, y en un valeroso soldado, el ver pagados sus servicios con una negra ingratitud; pero como no pudo resistir á la conspiracion formada contra él, se despidió del Subá, sin manifestar descontento, y se retiró con las tropas que mandaba, compuestas de seiscientos Européos, de cinco mil Cipayas, y de un bello tren de artilleria. Los Franceses se propusieron retirarse á las quatro provincias, que les fuéron cedidas, entre el rio

Crisena y el Ganges. Apenas llevaban algunos dias de camino, quando se viéron provocados, en su marcha, por muchos cuerpos de caballería Márata, que se iban reforzando de dia en dia.

Bussi se apoderó, el 14 de Junio de 1756, de la ciudad de Hydrabad. Se fortificó en un jardin, que habia pertenecido á los Reyes de Golconda. Determinó conservar aquel puesto hasta la llegada de los socorros, que aguardaba de Pondichery, y de Masulipatnam; y supo, en aquel parage, que Salabet-Zind, dirigido totalmente ya por los Ingleses, y olvidado de lo que debia á la nacion Francesa, no solo se ponía en marcha para acometer á Hydrabad, sino que tambien solicitaba de la presidencia de Madrás, que le diese un cuerpo de tropas que concurriese, con él, á echar á los Franceses de las quatro provincias, que él les habia cedido sobre la costa de Orixá.

Subsistia entonces, en su total, la tregua entre ambas naciones. Nada se sabia en la India de las contestaciones que habia entre Francia é Inglaterra sobre los hielos del

Canadá. En vano fué que Duval-Leyrit escribiese al Consejo de Madrás, que los movimientos de los Ingleses, en favor de Salabet-Zind, eran una infraccion de la tregua: sus tropas se reuniéron á las del Subá de Dekan. Es probable que, en los años de 1756 y 1757, hubiesen perdido los Franceses todos sus establecimientos sobre la costa de Coromandél, si las novedades que entonces habia en Bengala, y que amenazaban la próxima caída de las posesiones Británicas sobre las orillas del Ganges, no hubiesen precisado al Consejo de Madrás á destinar sus expediciones contra Masulipatnam y Pondichery, para volar al socorro de Calcuta por mar y tierra.

LXI.

Esta diversion, capaz de restablecer los negocios de los Franceses baxo la administracion de un Dupleix, era obra de Bussi, único hombre capaz de reemplazarlo en la India. Este General estaba al frente

de un cuerpo de cerca de seis mil hombres. En vísperas de verse aniquilado por todas las fuerzas del Dekan, sostenidas por la artillería Inglesa, y convencido, al mismo tiempo, de que, si los Ingleses se vieran obligados á dexar el ejército Mogol, el Subá no querría, ni se atrevería, á atacarlo, formó, y executó, el osado proyecto de forzarlos á una retirada. El Consejo de Madrás habia hecho cara al Subá de Bengala, Suraja-Dulah. Bussi le prometió un socorro de hombres y de artillería, si quería atacar á Calcuta, que no estaba preparada á la defensa. Aceptó el Subá sus ofertas, y marchó sobre la capital de los establecimientos Ingleses sobre el Ganges, con un ejército de sesenta mil hombres, á los que se juntaron doscientos Franceses y seiscientos Cypayas, mandados por Lass, y ademas un tren de artillería. El fuerte Guillermo, atacado en el mes de Junio de 1756, se rindió, despues de una resistencia vigorosa. La ciudad se dió á saqueo, y se reduxo á cenizas. Se llevaron el tesoro de la Compañía; y destruyéron, hasta los ci-

mientos, todas las fortificaciones. Ciento y cincuenta Ingleses, que sobrevivieron á la toma de la plaza, fuéron metidos en un calabozo, que llamaban *el Agujero negro*.

Hiciéron funestísima experiencia de los efectos del ayre encerrado, y recalentado por el hálito de los hombres. Muriéron ciento veinte y tres de ellos en doce horas. Los que quedáron ofrecieron grandes sumas á la guardia de su prision, porque advirtieran al Príncipe de su padecer. Sus gritos y gemidos conmovian al pueblo que los escuchaba; pero ninguno quiso encargarse de hablar de ello al Subá.

Duerme, decian á los Ingleses moribundos. No habia un solo Indio en Bengala, que pensase, que, para salvar la vida á ciento y cincuenta desgraciados, fuese permitido privar de un instante de sosiego al Soberano. Holwel, Gobernador en segundo de Calcuta, fué uno de los que se escapáron de aquel contagio súbito. A él y á sus compañeros los llevaron á Maxábad, capital de la Subadía de Bengala. Su-

raja-Dulah tuvo compasion de ellos, y les quitó las prisiones. Holwel le ofreció un rescate; pero el Príncipe lo rehusó diciéndole, que, sobre haber sufrido tanto, no queria que pagase tambien su libertad. Este es aquel mismo Holwel, que, habiendo aprendido la lengua de los Bracmanes antiguos, nos dió unas preciosas memorias sobre la India, y una traduccion del Vedám.

Supo la toma de Calcuta el Subá de Dekan, y, acostumbrado, como todos los Príncipes Mogoles, á variar de aliados, segun las circunstancias, se reconcilió, por lo menos en apariencia, con los Franceses. Bussi, que conoció la necesidad de fortificarse en las quatro provincias cedidas á la Compañía, no quiso acompañar al Príncipe á Aurengabad; pero, no pudiendo evitar el suministrarle las tropas que debia, segun los tratados, llamó al Mayor Lass, á quien no creia ya mas necesario en Bengala. La fortuna presentó á los Franceses una ocasion preciosa de recobrar, en el Indostan, la superioridad sobre los Ingleses.

La hubieran aprovechado, si Bussi hubiera estado revestido de suficiente poder para dirigir hácia un fin general las fuerzas y medios de la Compañía; pero sus miras activas estaban perpetuamente contrarrestadas con la pusilanimidad del Gobernador de Pondichery Duval-Leyrit. Este hombre, habituado á los cálculos del comercio, pero incapaz de abarcar las combinaciones inmensas de una administracion política, extensa y complicada, se lisonjeaba, en vano, de conservar las posesiones Francesas con transacciones clandestinas, y de allegar riquezas á la sombra del pacífico olivo. Los Ingleses, que reunian sus fuerzas dispersas, abusáron de su sencillez, esperanzándole en las dulzuras de una neutralidad, que no tenian gana de guardar. Duval-Leyrit, engañado con sus insidiosas promesas, contuvo al ardor Frances en las llanuras de Dekan, de Orixá y de Bengala; y su conducta tímida é incierta (debilitando en la imaginacion de los Príncipes Indios las ideas de la grandeza de la Francia, que Dupleix habia inculcado en

sus ánimos) fué disponiendo, por grados, su total ruina.

El Almirante Walson, y el Coronel Clive, vencedores de Angria sobre la costa de Malabar, iban navegando á Bengala. Acababan de recibir, por la via de Suez, la noticia de haberse empezado las hostilidades entre Francia é Inglaterra. Pronto se publicó, no obstante el cuidado que pusieron en ocultarla. Los Franceses podian entonces libremente reunirse á las tropas de Suraja-Dulah. Opúsose tambien Duval-Leyrit á este golpe político; lisonjeándose de conseguir una neutralidad entre las dos Compañías, como la que se verificó sobre las orillas del Ganges, mientras la guerra de 1744. Los Ingleses le diéron esperanzas de aquel acomodamiento, mientras necesitáron de la inaccion Francesa; y de ello resultó, que el Consejo de Pondichery dexó á Masulipatnam y á Chander-nagor sin defensa. ¡Primera y fatal causa de quantas desdichas cargáron despues sobre la Compañía Francesa de la India!

Los Ingleses, señores del mar, se pre-

sentáron en la rada de Calcuta; y allí encontráron á muchos compatriotas suyos, que se salváron, en las islas del Ganges, sobre unas barcas estropeadas. El Subá de Bengala no los persiguió. Este Príncipe tenía sesenta mil soldados, y muchos elefantes, pero ni un solo navío.

LXII.

Para entrar en Calcuta, era preciso vencer al Subá, que estaba campado junto á las ruinas de aquella ciudad. Fué indecisa la batalla entre un ejército de sesenta mil Indios, y un cuerpo de novecientos Ingleses y tres mil Cipayas. Entabláronse negociaciones, y se las apostáron á qual mas astuto y pícaro habia de ser. Suraja-Dulah temió ser nuevamente atacado, y rindió Calcuta á los Ingleses, y les permitió levantar las fortificaciones del fuerte, batir moneda en la ciudad, excepcion de todo derecho, en el Ganges, á los buques de la Compañía, y ce-

dió, además, á los vencedores la propiedad de treinta y ocho Ingares en las inmediaciones de la plaza; pero, al mismo tiempo, trató secretamente con Bussi, y le entregó sumas quantiosas, para reducirlo á que juntase las tropas Francesas á las suyas. El pacífico Duval-Leyrit detuvo aquella reunion con consideraciones, que no tenían mas peso que ser presentadas por el órgano de aquel á quien todos los Franceses, establecidos en la India, estaban obligados á obedecer, bajo la mas terrible responsabilidad.

No ignoraban los Ingleses que aquel estado de mala fe, por una parte, y de irresolucion, por la otra, no podia durar mucho tiempo. Determináron asegurar su potencia con una de aquellas perfidias atroces, que ni aun el mismo éxito justificaria, si los hombres, en tratándose de política, contasen la justicia por algo.

El Gobierno de Madrás nombró, para dirigir la guerra de Bengala, una comision, compuesta de quatro miembros, Clive, Kilpatrick, Walson y Drake. For-

máron el proyecto de arrojar del trono á Suraja-Dulah, y de poner, en lugar suyo, á uno de sus Capitanes, llamado Meer-Jaffet.

LXIII.

Fué, sin duda, un suceso singular, en los anales del mundo, ver á unos agentes de una sociedad de comerciantes, á seis mil leguas de su patria, meditar el trastorno de un vasto Imperio, que los toleraba en su seno con indulgencia; pero es circunstancia no menos extraordinaria la de que una conspiracion tan atrevida estaba totalmente puesta al cargo del débil Comandante de algunos batallones, de un simple comisionado, y al de tres agentes subalternos, cuya fortuna era tan desdichada, quanto sospechosos sus principios.

Meer-Jaffet, con quien los Ingleses negociaban, por medio de algunos Baniános, disfrutaba, con sus riquezas y su clase, de una grande influencia en el exér-

cito y en el Consejo del Subá. Deslumbrado ya con el brillo de la dignidad soberana, á que aspiraba, le hicieron facilmente consentir en quanto le propusieron. Prometió, que, una vez elevado al trono de Bengala, y dueño de los tesoros de su predecesor, serian sus amigos y enemigos los que lo fueran de los Ingleses; y que entregaria á la Compañía veinte y nueve millones de pesetas; á los habitantes de Calcuta, para indemnizarlos de sus pérdidas, catorce millones y quatrocientas mil pesetas; y una suma igual á las tropas Británicas de mar y tierra.

Por mas secreto que fué aquel tratado, no lo ignoró del todo el Subá; y quiso mandar asesinar á Meer-Jaffet; pero este Príncipe, siempre despierto con la desconfianza, estaba precavido contra qualquier sorpresa. Ambos competidores, que se odiaban mortalmente, se juraron inviolable amistad.

Estaba campado el ejército Mogol, el 26 de Junio de 1757, á la entrada de un vasto bosque, á algunas leguas al Sud

de Maxádabad. Engañado el Subá, y queriendo engañar, aguardaba el efecto de sus negociaciones con los Franceses, quando se vió acometido, el 30 al amanecer, por los Ingleses. Meer-Jaffet, que mandaba el ala derecha, no peleó. Esta es la prudencia de los pérfidos. Si el Subá vencía, se unia á él; si los Ingleses triunfaban, marchaba con ellos. Dícese, que, en aquella ocasion, algunos centenares de soldados Ingleses adquirieron inmortal honra. Pero ¿qué gloria es para hombres valerosos inundar las llanuras de la India de sangre de una multitud sin armas, sin concierto, sin confianza, sin disciplina; y tan incapaces de resistencia como de retirada, en la muerte ó desercion de sus xefes?

Dispusieron los Ingleses de la Subadía de Bengala en favor de Meer-Jaffet, quien les concedió, en total propiedad, un inmenso territorio, y quantas excepciones y favores podian desear.

Suraja-Dulah, abandonado de su ejército, huía solo, sin socorros ni esperan-

zas. Mostráronle una gruta, separada del camino, donde vivia un Santo Faquir. En ella buscó el Príncipe asilo; pero quedó pasmado, quando reconoció en el Santo fingido, á un malvado, á quien habia mandado, en otro tiempo, cortar ámbas orejas. El Príncipe y el Faquir se reconciliáron, mediante algun dinero; pero, por tener mas, denunció el solitario al vencedor el fugitivo. Fué cogido Suraja, y condenado á muerte por Jaffet.

Ni le salváron sus ruegos ni sus juramentos. Murió degollado, despues que lo bañáron en el Ganges.

 LXIV.

Entónces dexáron los Ingleses de fingir con los Franceses. Sus afortunadas empresas, y nuevos refuerzos, los pusieron en estado de dar la ley. Clive, Gobernador de Calcuta, atacó á Chandernagor, que era el puesto mas importante de los Franceses, en la India, despues de Pon-

dichery, y á un almacen inmenso de géneros, que Duval-Leyrit descuidó de proveer de municiones, baxo la fe de una negociacion insidiosa para la neutralidad de Bengala. La ciudad tuvo que capitular el 23 de Marzo de 1757. En ella se encontráron ciento y sesenta cañones; y en los almacenes, de los efectos que se vendiéron, doce millones de reales. La toma de Chandernagor produjo la de todas las escalas Francesas, que le estaban subordinadas; y puso á los Ingleses en el caso de enviar hombres, dinero, víveres, y navíos á la costa de Coromandél. La gloria que en ellos resaltaba, por aquella accion lucida, desviaba, para mucho tiempo, á los Príncipes Mogoles de la alianza de los Franceses; y les aseguraba una superioridad territorial, que era difícilísimo quitarles. Sobre las orillas del Ganges fué donde Clive conquistó verdaderamente á Coromandél y á Malabar.

Sucede con los tratados políticos en el Indostan, lo mismo que con los de Eu-

ropa, esto es, que ordinariamente no los observan los Príncipes, sino en quanto no les importa romperlos. Apenas ocupó Meer-Jaffet el trono de Maxádabad, quando se disgustó de un aliado, cuya conducta era tan altiva, quanto exorbitante é insaciable su avaricia. No bastaron los tesoros de su predecesor para cumplir con los empeños que le forzaron á contraer. Enviáronse á Calcuta diez y nueve millones y doscientas mil pesetas en especie. La lentitud de los otros pagos, los celos de corte, la insolencia de los Administradores Ingleses, las sospechas del nuevo Subá, y los manejos ocultos de sus primeros Oficiales, produxéron una serie tan complicada de disputas y de altercaciones, que, al fin, se terminaron con un rompimiento; pero los negocios de los Franceses en la India iban tan mal, que no se aprovecharon de aquella nueva revolucion.

LXV.

Resolvió la Francia, sobradamente tarde, enviar á Pondichery fuerzas de tierra y de mar. Fuéron mandadas por el Teniente General Lally, vástago de una de aquellas familias, que se transplantaron á Francia, siguiendo al desventurado Jayme II, Rey de Inglaterra, á quien hizo desgraciadamente célebre su trágico fin. El Vice-Almirante Aché mandaba la esquadra.

Se dice que Lally era de genio indomable, y casi siempre contradictorio á las circunstancias; que no había recibido de la naturaleza ninguna de aquellas prendas propias para el mando; que estaba dominado por una imaginacion tenebrosa, violenta, é irregular, que era causa de que sus proyectos y sus discursos, sus pasos y sus diligencias, formaran un continuado contraste; que, por ser arrebatado, suspicaz, celoso y dominante con exceso, infundió

desconfianza, y desaliento universal; y, finalmente, que excitó odios eternos. Dícese también, que sus operaciones militares, su administración civil, y sus combinaciones políticas, participaban del desorden de sus ideas; pero no puede negarse que se vió obligado á obrar, sobre la costa, ya sin esquadra, y ya con una esquadra inferior á la de sus enemigos. Quando quiso entrar en el país, sus aliados no quisieron ayudarle. Las tropas se le amotinaron, faltas de paga. Ganó nueve batallas, tomó diez plazas, y no fué vencido hasta que lo atacaron con fuerzas muy superiores.

LXVI.

La Direccion de la Compañía de la India, en Paris, encargó á Lally, que procurase investigar los abusos, que absorbían todas las rentas de la Compañía, y que castigase á los delinquentes. Los males que este General habia de remediar eran la distraccion de los caudales, la desobediencia,

el fraude, el pillage, la cobardía y la rebellion. Abusos tales eran casi irreformables, y quando hubieran podido desarraygarse, semejante operacion pedía el sosiego de la paz; porque no era practicable entre el tumultuoso ruido de las armas, y en un tiempo en que, para lograr buenos éxitos, era necesario manejar los ánimos con flexible astucia. Lally, conocido por su valor, y por su aborrecimiento á los Ingleses, no juntaba á sus virtudes guerreras la prudencia y moderacion necesarias en una comision tan espinosa.

Se figuró que Pondichery estaba provista de todo, que lo auxiliarian completamente los Oficiales de la Compañía, las tropas, y particularmente su regimiento Irlandes, que llevaba consigo. Pero quedaron frustradas todas sus esperanzas. Las caxas no tenian dinero. Las municiones de toda especie eran poquísimas. Los particulares estaban ricos. La colonia pobre; y la subordinacion no se conocia.

Estos objetos fomentaron é irritaron en

su alma aquel negro humor, que sienta tan mal á un xefe, y que es tan perjudicial á los negocios. Si no fué concusionario, mostró, á lo ménos, tal envidia de los que se habian enriquecido, que se atraxo el odio público.

La comision de Lally no era popular. Tenia á su cargo hacer una pesquisa para justificar y castigar las malversaciones. ¿Cómo, pues, podia ser bien acogido de aquellos á quienes habia de ser perjudicial la investigacion? No tardó en saber, á su costa, los peligros que corre el hombre de bien, que intenta arrancar á los malvados los despojos de su iniquidad. Formáronse ligas en todas partes para hacer imposibles ó infructuosas las pesquisas que queria hacer. Los que debian cooperar, con él, al bien del servicio, tomaron, de acuerdo, los medios para que no acertara, porque veian su ruina infalible, si no precipitaban la suya.

Qualquiera otro General, venido de Europa, no hubiera tenido mejor suerte que Lally, porque hubiera encontrado los

mismos vicios interiores con que luchar, y hubiera carecido de aquellos conocimientos preliminares, sin los cuales es imposible dirigir, con fortuna, ninguna empresa guerrera en el Indostan. Solo Bussi, muerto Dupleix, podia encargarse de la guerra con alguna apariencia de buen éxito; porque conocia á los Príncipes del país, y los recursos que de ellos podian sacarse. Los innumerables exércitos de los Mogoles eran, á veces, dispersados por algunos pocos Europeos; pero los pueblos favorecian á los aliados de sus Soberanos, y les suministraban gustosamente subsistencias; y se hallaban, ademas, en los tesoros de los Príncipes Mogoles, aquellos recursos que eran indispensables en un país en que la guerra costaba excesivas sumas.

Lally, que no tenia conocimiento del local, pensaba sobradamente mal de los Príncipes del país para sacar partido de su asistencia; y hasta descuidó la alianza del Subá de Dekan, Salabet-Zind. Bussi era el único hombre capaz de conservarla, en un momento en que la brillante expedi-

cion de Bengala inclinaba hácia la Gran Bretaña los corazones de todos los Príncipes Indios. Las competencias que se suscitaron entre Lally, que queria ser obedecido, y Bussi, que era solo el que hubiera mandado con fruto en aquellas comarcas, fuéron una de las causas de la decadencia de los Franceses; pero, reducidos á sus únicas fuerzas, les era imposible no ceder á los esfuerzos de una nacion, que disponia de los tesoros de Coromandél, de Malabar y de Bengala.

La esquadra Francesa, que traia al nuevo General, ancló en la rada de Pondichery el 28 de Abril de 1758. El navío Almirante fué saludado á cañonazos con bala. Esta equivocacion extraña, ó esta maldad de algunos subalternos, fué de malísimo agüero para los marineros, siempre supersticiosos, y aun para Lally, que no lo era.

Antes de empezar las hostilidades, poseia la Compañía, sobre las costas de Oriza y de Coromandél, á Masulipatnam, con quatro provincias, entre el Crisena

y el Ganges, una gran circunferencia al rededor de Pondichery, un territorio casi igual en Karical, y, en fin, la isla de Scheringhan junto á Tanjur. Estas posesiones formaban quatro masas. Separadas unas de otras, no podian apoyarse mutuamente sino quando se tenia la mar; pero como las posesiones de los Ingleses estaban igualmente cortadas, no debe contarse esta disposicion local en el número de las causas, que acarrearón las desgracias de la Compañía Francesa.

♦♦♦♦♦

LXVII.

Empezáron los Franceses con lucimiento. Apenas desembarcó Lally, quando mandó á Estaing atacar el fuerte de Gudelur, con dos batallones del regimiento de Lorena, dos del de Lally, trescientos hombres de las tropas de la India, y dos mil Cipayas; entre tanto que la esquadra Francesa bloqueaba la plaza, y quemaba, sobre la costa, dos fragatas

británicas, que no tuviéron tiempo de hacerse á la vela.

Luego que el Almirante Pocok supo el sitio de Gudelur, se acercó con su escuadra, compuesta de siete navíos, dos de setenta y quatro, uno de sesenta y seis, uno de cincuenta y quatro, uno de cincuenta, y dos fragatas. El Almirante Frances mandaba doce navíos: dos de setenta y quatro, uno de cincuenta y ocho, uno de cincuenta y quatro; y los otros eran navíos de la Compañía de á cincuenta. El dia 29 de Abril de 1758 se avistáron ámbas escuadras, á eso de las dos de la tarde, y se cañoneáron hasta la noche con éxito dudoso. Los Ingleses se retiráron á la rada de Madrás; y la guarnicion de Gudelur, que se vió sin esperanzas de socorro, se rindió prisionera de guerra. La ciudad negra fué entregada al saqueo. El botin que hiciéron los soldados en ella se valuó en quatrocientas mil piastras.

LXVIII.

El mismo dia de la toma de Gudelur mandó el General atacar el fuerte San David, considerado como una de las mejores plazas de la India, y situado á siete leguas de Pondichery. Abrióse la trinchera delante de la plaza el 20 de Mayo de 1758. Con esta novedad se preparó la escuadra Inglesa para socorrer la plaza sitiada. El Almirante Frances, que habia perdido el navío, *el Amado*, de cincuenta y ocho cañones, en el combate de 29 de Abril, se abrigó de Pondichery, y rehusó hacerse á la vela, con pretextó de imposibilidad. Si hubiera Aché verificado su intencion, hubiera tenido Lally que levantar el sitio de San David. Por esto mismo, pasó Lally á Pondichery, y precisó al Almirante á levar áncoras, mandando á unos granaderos, que le echasen mano, si se resistia á presentarse delante de San David. Puede ser que

Lally no tuviese derecho para proceder tan militarmente; pero ello es cierto, que la violencia se hizo con mucha oportunidad; pues apenas la esquadra Francesa salió de la rada de Pondichery, quando los Ingleses, cuyos navíos no estaban, sin duda, para combatir, tomaron la vuelta de Madrás. Aché ancló en la bahía del fuerte San David; y la guarnicion, que temió un asalto, se dió prisionera de guerra.

Se hallaron en el fuerte ciento y ochenta cañones, diez y ocho mil trescientas sesenta y siete balas de hierro, mil y ochocientas de plomo, trescientas y cincuenta balas enramadas, dos mil garfios de hierro, doscientas veinte y seis carcasas, setecientos y diez fusiles, dos mil setecientas veinte y seis bombas, quatrocientos y catorce sables, quatrocientas veinte y cinco bayonetas, un barril de balas de plomo, doscientos y sesenta barriles de cartuchos, ciento veinte y dos barriles de pólvora del país, cincuenta barriles de pólvora de Europa,

treinta y dos de pólvora de Bombay, cincuenta y quatro afustes de campaña, quarenta afustes de marina, y quarenta y un morteros.

Todas estas municiones no podían estar solo destinadas á la defensa de aquel fuerte. Sin duda meditaban los Ingleses alguna expedicion importante, quando dispusieron un almacen tan provisto. Halláronse, ademas, en el fuerte ciento y quarenta mil rupías en dinero; y géneros, por valor de doscientas y cincuenta mil pesetas. Setecientos veinte Ingleses, y mil y setecientos Cipayas, fuéron hechos prisioneros. Mandó Lally demoler aquel fuerte. ¡Derecho triste de la guerra, que fué el principio de la destruccion de Pondichery! Una conquista fué preludio de otra. Viéndose ya el General Frances dueño del fuerte San David, no dió á sus tropas mas descanso que el de tres dias en Porto-Novo, y luego se dirigió á Divicoté, plaza importante, situada á la embocadura oriental del Caveri. Su terreno está tan baxo, que no puede abrir-

se la trinchera sin dar con agua á un pie de excavacion. Las murallas de Divicoté, son muy buenas, y guarnecidas de baluartes á convenientes distancias. Circúndala un foso, inundado con las aguas del rio, y coronan todas sus obras ochenta cañones.

La guarnicion, verisimilmente sorprendida de las rápidas conquistas de Gudelur y San David, abandonó la plaza, y se retiró á Trichenapali, en lo interior de Tanjur. Con tal precipitacion hicieron los Ingleses aquella retirada, que ni aun enclavaron sus cañones. Halló el ejército Frances en la plaza muchas provisiones de guerra y boca.

LXIX.

Tomadas estas tres plazas, era necesario marchar en derechura á Madrás. Los sucesos con que acababan de coronarse inspiraban á las tropas aquella confianza, que es el preparativo de la victoria. La

conquista de aquella capital hubiera eclipsado, á los ojos de los Príncipes Mogoles, quantas habia hecho Clive en Bengala. Debía, sobre todo, tener lucidísimas conseqüencias. La esquadra de Walson, detenida en el Ganges por las operaciones empezadas sobre las orillas de este rio, no podia reunirse, á tiempo, á la de Pocok, y esta última no era temible. Lally queria atacar á Madrás. Escribió á Bussi, encargado de la defensa de los establecimientos Franceses entre el Crisena y el Ganges: „Luego que yo sea dueño de Madrás, voy
„al Ganges por mar ó por tierra: mi política está cifrada en estas palabras; *No
„haya mas Ingleses sobre las costas de Coro-
„mandél y de Bengala.*” Pero no pudo determinar á la empresa al Almirante Aché, sin cuyo concurso era impracticable.

LXX.

Este marino, que se acordaba de la violencia con que le habia amenazado el Ge-

neral, pretextó la necesidad de ir al encuentro de los socorros que aguardaba de la isla de Francia, y volvió la espalda á Madrás y á Pondichery, para establecer su crucero sobre la isla de Ceylan. Esta desercion introduxo el espanto en Pondichery, que quedaba expuesto á los insultos de la esquadra de Pocok. Despachó el Consejo una embarcacion al Almirante, intimándole, que protegiera los establecimientos Franceses de la costa de Coromandél, hasta el tiempo en que la mudanza de las muzones pusiese aquellos mares insostenibles para él y para los Ingleses. Volvió á Pondichery, propusieronle nuevamente que marchara contra la esquadra Inglesa, y se obstinó en mantenerse en la rada, para no comprometer, como él decia, el pabellon nacional. Advertidos los Ingleses del peligro que corria Madrás, y persuadidos de que el medio de evitarlo era aparentar no temerlo, enviaron su esquadra á la embocadura de la rada de Pondichery. Aché se vió forzado á combatir el 3 de Agosto. El fuego y las maniobras de la

esquadra Francesa iban adquiriendo la ventaja, quando los Ingleses, viéndose sobradamente estrechados, arrojaron al navío Almirante Frances, y á otro navío de la Compañía, tan gran porcion de fuegos artificiales, que ámbos buques se vieron en un instante incendiados, y hubieran volado, á no haber recibido tan pronto los socorros.

LXXI.

Tambien fué indeciso aquel combate. Los Ingleses se volviéron á Madrás, y los Franceses á Pondichery. Aché no se creyó seguro en aquella rada; y baxo pretexto de salir al encuentro á tres navíos de línea, que le enviaban de Francia, dexó á Pondichery seis semanas antes de la mudanza, á pesar de las instancias del General y del Consejo. Nada se consiguió con representarle, que, aun con las miras, bien que distantes, de ser útil á la colonia al año siguiente, no debia empezar abandonándola á unos enemigos infatigables, que

mantenían la mar muchos años habia, á pesar de las estaciones y de los vientos. Ni tampoco se sacó fruto de representarle, que dichos enemigos podian, en su ausencia, executar alguna empresa decisiva, que hiciese superflua la vuelta de su esquadra al año siguiente. Aché se apartó de Pondichery, no obstante las instancias de la colonia, para ir á la isla de Francia; y el sitio de Madrás quedó, por entonces, imposible.

LXXII.

Queriendo Lally, de acuerdo con el Consejo de Pondichery, aprovecharse hasta de los momentos, determinó hacer una incursion en la provincia de Tanjur, inmediata á los establecimientos Franceses de Scheringhan y de Karical.

Rajah Zaëb, depuesto de la Nababía de Carnáte por Mohammed-Aly-Kan, se hallaba entonces refugiado en Pondichery con su familia y con las reliquias de su fortuna. Lisonjeábanse de que, haciéndose due-

ños de la fuerte plaza de Trichenapaly, situada sobre el Cavery, á diez leguas de la pagode de Scheringhan, harian reconocer á este hijo de Chanda-Zaëb por Nabab en aquellas comarcas, y que, de aquella revolucion, se sacaria la ventaja de pedir á los pueblos subsistencias en nombre del Príncipe reynante. Lisonjeábanse tambien de apoderarse de un gran tesoro, que Mohammed-Aly-Kan conservaba en aquella fortaleza, reputada por inexpugnable en el Indostan.

Para salir bien de aquella importante expedicion, mandó Lally á Bussi, que pasara á unirsele con una parte de las tropas, que tenia baxo sus órdenes, sin atender á que, con aquella maniobra descubria á Masulipatnam, y á las quatro provincias Francesas, entre el Crisena y el Ganges. Los principios de la campaña fueron favorables á los Franceses. Asustado el Nabab, á la aproximacion del ejército, ofreció suministrar diez y siete millones, y guardar una neutralidad exácta entre Franceses é Ingleses, si querian no incomodarlo en la

posesion de sus estados. Ya habia mandado pasar al campo de Lally doce millones, á cuenta de la suma prometida, quando los Ingleses, temerosos de la ruina de aquel Príncipe, le hicieron promesas tan magnificas, que no solamente le determinaron á romper el tratado que acababa de firmar, sino tambien á que hiciera prisioneros á dos Oficiales enviados por el General Frances, para dar la última mano á la negociacion.

Vengóse Lally de aquella infidelidad en un pequeño pueblo perteneciente á Mohammed-Aly-Kan; pero los Ingleses tuvieron tiempo para meter en Trichenapaly las tropas y municiones necesarias á mantener un largo sitio, que los Franceses se obstinaron imprudentemente en sostener. Presto se multiplicaron los obstáculos. Inundó el Cavery las campiñas, hinchado con la estacion lluviosa. El ejército Frances, compuesto de cerca de seis mil hombres, se encenagó en unos arrozales pantanosos. La retirada era casi imposible en unos campos inundados. Los Máratas;

acostumbrados á tomar constantemente el partido dominante, se juntaron, en número de treinta mil hombres de caballería, á dos mil Ingleses, y á las tropas de Mohammed-Aly-Kan, que ascendian á sesenta mil hombres. Lally entró en Pondichery á los primeros dias del año 1759; pero perdió, en aquella ocasion, la mitad de su ejército, su artillería, los efectos del campamento, y se vió precisado á abandonar á Scheringhan y á Divicoté. Desde aquel instante parece que la fortuna volvió la espalda á aquel General.

LXXIII.

Aprovechándose Clive de la ausencia de Bussi, encargó al Coronel Ford, que atacase los establecimientos Franceses sobre la costa de Orixá. Sus acciones fueron tan lucidas como inesperadas, á causa de los innumerables obstáculos que tuvo que superar. Los Franceses no tenían navíos sobre aquella costa. Presentáronse inútil-

mente los Holandeses para defenderla: tambien fué inútil que Lally hubiese enviado al socorro de Masulipatnam á Moracin, Oficial en lo militar y en lo civil, hombre de seso y de resolucion, capaz de arrostrar la flota Inglesa, y de burlarla con la fuga. Este Oficial, miembro del Consejo de Pondichery, partió con quinientos hombres; pero quando llegó á la ciudad de Masulipatnam, ya habia esta capitulado. En lugar de volverse á Pondichery Moracin, se metió por el rio de Hughly, sobre un navío que le pertenecia, para guerrear con un Príncipe Índio, que debia dinero á la Compañía. Perdió sus quinientos hombres y su dinero. Este fué otro nuevo golpe irreparable. El Coronel Ford, dueño de Masulipatnam y de las provincias de Elur, de Chicacola, de Mutafanagar y de Ragimendri, recibió orden de interceptar á los Holandeses en su vuelta hácia la escala de Chinsura. Los soldados, en número de setecientos, fuéron hechos prisioneros; y los navíos presa de la escuadra Inglesa. La fama llevó el nombre de

Clive hasta la corte de Agra. El Emperador le envió un elefante, cargado de regalos magníficos, y una patente de Nabab.

LXXIV.

Ya no reynaba Allum-Gir en aquella antigua capital. Un destacamento Ingles, enviado á su socorro por Clive, intentó en vano protegerlo contra los Pátanos. Fué vencido en las llanuras de Buxar, y asesinado en la ermita de un Dervis Musulman. Sus criados le induxéron á que hiciese aquella peregrinacion para apaciguar la cólera de Dios, á la qual casi siempre atribuye la debilidad las desgracias causadas por la maldad y por la inepecia. Fué degollado por orden de su Gran-Visir, quando se prosternaba á los pies del Santon. Este crimen, precedido y seguido de otros mil, no contuvo los progresos de los Pátanos. Y aunque Mirs-Abdalah fué reconocido soberano de un pais extensísimo, apenas podia pagar sus tropas, que

subsistían casi continuamente de rapiñas. Presentóse baxo los muros de Ágra, y pidió una contribucion, á la qual no pudieron acudir los ciudadanos empobrecidos con quince años de rapiñas. La desesperacion les puso las armas en la mano. Abdalah mató y saqueó siete dias enteros. Las mas de las casas de Ágra quedaron reducidas á cenizas. Esta ciudad, que tenia diez y siete leguas de largo, y dos millones de habitantes, nadó en sangre; pero aun no habia llegado al fin de sus desventuras. Acudieron los Mátaras á partir la presa; y acometieron á Abdalah sobre las ruinas de la imperial ciudad. Estos ladrones echaron de allí al otro ladrón, y trataron á Ágra con una inhumanidad casi igual á la suya.

Entre estas sangrientas convulsiones, se reunieron los Grandes del Estado á los xefes de los Pátanos y de los Mátaras para elegir un Emperador de la casa Tamerlana. Cayó la eleccion sobre Schas-Gehan-Furuk-Zir, quien, no teniendo en el Indostan mas que una autoridad precaria,

estaba destinado á las mas extrañas aventuras.

LXXV.

Volvió Aché á parecer sobre la costa de Coromandél en la muzon del año 1759. Este Almirante no encontró en las islas de Francia y de Borbon los víveres y demas municiones necesarias, y lo tomó todo de los Holandeses del cabo de Buena-Esperanza, lo qual retardó su vuelta á la India. La esquadra Francesa habia sido reforzada con tres navíos de línea, y de muchos de los de la Compañía, baxo el mando del Xefe de Esquadra Aiguille.

LXXVI.

Antes de que la esquadra Francesa pudiese anclar en Pondichery, encontró, dia 10 de Setiembre de 1759, á los navíos del Almirante Pocok, en número de nueve. Los Franceses tenian dos navíos y

cien cañones mas. Con todo, no rehusó Pock el combate, que hubiera podido serle fatal, si el Almirante Frances hubiera sido tan diestro y valeroso como él. Aché se retiró en desórden, y ancló en Pondichery. Apenas estuvo en la rada, quando se apoderó de él un terror pánico; y mandó hacer con tanta precipitacion la señal de aparejar, que uno de los navíos, que tenia la arboladura quemada, lo dexó atras, por no haber habido tiempo para recomponerlo.

En los dos combates, dados el año antecedente, publicó Aché, que los Ingleses vencidos se coronaron de velas, para huir con mas velocidad; pero, despues de este combate último, confesó á los diputados del Consejo de Pondichery, enviados á él para reducirlo á que se mantuviese en la rada, que su esquadra estaba batida de manera, que no podia sostener la mar. Aseguráronle, que la esquadra Inglesa estaba todavia mas maltratada, y menos en estado de combatir de nuevo que la suya; que, ademas, los in-

tereses de la Compañía exigian imperiosamente que mostrase valor para imponer respeto á los Indios; y que, para convencerlos de que los Franceses habian salido victoriosos de la batalla naval, acababan de decretar un regocijo público. En efecto, una salva de cien cañonazos confirmó aquella noticia; pero el Almirante se mantuvo inflexible. No hubo medio de que cediera ni aun á las mas fuertes representaciones. Rogáronle, que se aprovechase del descalabro de la esquadra Inglesa para acabarla; ó bien que, si no queria aventurarse al riesgo de un segundo combate, prolongase, á lo ménos, su estacion sobre la costa todo el tiempo que se lo permitiese la mazon, y, en fin, que no partiese antes que la esquadra Inglesa. Añadiéronle, que la fuga de su esquadra, único apoyo de los establecimientos Franceses en la India, seria un terrible golpe para la reputacion de las armas Francesas; y que los aliados que le quedasen á la Compañía, convencidos, por su precipitada partida, de que no podia defen-

derlos contra la Inglaterra, romperian sus contratos, y se harian al partido de la nacion que juzgasen victoriosa.

LXXVII.

Mas como todas las sobredichas razones no hiciesen efecto alguno en el ánimo de Aché, se congregó la colonia, en una de las salas del Gobierno, y le mandó significar, en 17 de Setiembre de 1759, una protestacion nacional, en la que, despues de haberle ofrecido un aumento de fuerzas, quantos víveres necesitase, y todo lo necesario para reparar sus navíos, le hacian responsable de la pérdida de la colonia, si dexaba la costa antes del tiempo en que la mudanza de la mazon arrojase de ella á la esquadra Inglesa.

El Almirante dexó á los comerciantes protestar, dice á este propósito un autor Frances. Les dió el poco dinero que habia traído, desembarcó unos ochocientos hombres, y fué á repararse á la Isla de

Francia. Quedó Pondichery sin defensa. La discordia y la consternacion tomaron posesion de la plaza. Eran igualmente terribles lo pasado, lo presente y lo futuro; y toda esta perspectiva debió obligar al Almirante á quedarse sobre la costa, para evitar las desgracias que preveia. No puede decirse que Aché fuese cobarde. Tres combates en que su sangre corrió desmentirian á los que de tal lo acusasen. Pero, acaso, ¿ha de ser el valor la sola prenda de un General? Temió perder su esquadra. — Pero sus navíos ¿no fuéron enviados para defender la colonia? Y, en el caso de optar, ¿no era mejor sacrificar la esquadra por salvar una bella colonia, que abandonar la colonia por salvar algunos navíos? Es inexplicable la conducta que siguió Aché. Se apartó inoportunamente de Pondichery, baxo pretexto de estar bien informado de que aquella plaza estaba falta de todo lo necesario para las operaciones de su esquadra, cabalmente quando le ofrecieron todo lo que podia desear, en la protesta que le

significaron. Aché quiso justificar, en sus memorias, su evasión súbita de Pondichery, hablando de un proyecto que formó sobre Masulipatnam.—Luego no estaba tan escaso de subsistencias y de municiones.—Luego sus navíos no estaban tan deteriorados, supuesto que podía prolongar su campaña, correr los riesgos de una expedición que había de costarle tiempo, cercenarle hombres, consumirle víveres, y, acaso, exponerle á un nuevo combate, que él decía no hallarse en estado de sostener.

Refugióse Aché á la Isla de Francia. No volvió á la costa de Coromandél en la mazon del año 1760, fuese porque creyó su presencia necesaria en aquella isla, para defenderla de una invasion de que la amenazaban los Ingleses; ó bien fuese porque aborrecia á Lally, y no queria contribuir á proporcionarle lucimientos.

LXXVIII.

Resulta del prodigioso monton de memorias publicadas en pro y en contra de aquel desgraciado General, que su mando era duro y despótico, y que, por consiguiente, era poco á propósito para gobernar una colonia distante, cuyos intereses eran complicadísimos, y en la qual un Comandante, deseoso de hacer el bien, debía emplear aquel talento, que es tan raro, de gobernar á los hombres, sin chocar con sus pasiones; y que no tenia aquel espíritu conciliador, firme sin dureza, flexible sin debilidad, y capaz de constituir amable el servicio á quantos debian hacerlo, y su persona á todo el mundo. Lally fué enviado á la India así para defender la Compañía contra los enemigos domésticos, como para extender el honor de las armas Francesas. Los comisionados de la Compañía, enriquecidos con sus despojos, y no teniendo ya que esperar en lo veni-

dero, por el mísero estado, á que la habian reducido sus rapiñas, ¿no podian, por ventura, desear interiormente el caer en manos de los Ingleses, para cubrir sus malversaciones particulares con el desorden general que acarrea una conquista? y quando esto no hubiesen deseado, ¿era de esperar que auxiliasen con entusiasmo á un General, que sabian se hallaba con órdenes estrechas para averiguar su conducta presente y pasada?

Aunque Lally hubiera sido el hombre mas conciliador, lo hubieran aborrecido. La dureza de su genio provocaba al odio, no obstante de que aquella dureza fuese efecto del rigor que exíge la disciplina militar. Apenas desembarcó en Pondichery, dió á conocer el horror que le causaba la venalidad que advertia. Como superior á los viles artificios empleados astutamente para amontonar tesoros, mostró su desprecio á quantos no tenian otro objeto. Y como observador exácto de las leyes militares, exígia de todos la misma puntualidad. Se enemistó irrevocablemente con el

xefe de la armada, á causa de las empresas militares. Ya diximos, que mandó á unos granaderos prender al Almirante, si rehusaba presentarse con su esquadra delante del fuerte San David, sitiado por el ejército Frances, que fué un proceder violento; aun quando el General hubiera tenido derecho para verificarlo. Despues de haber agraviado al Almirante, con quien debió contemporizar, irritó contra él á todos los órdenes de la ciudad, Consejo, milicia y vecindario. Continuamente proferia palabras agrias y desabridas, y en sus escritos estampaba freqüentemente injurias. Aborrecia las contradicciones, y solia transformarlas en delitos. Quando este caso llegaba, olvidaba toda consideración y decencia, y degeneraba en feroz, ultrajando á un tiempo mismo á la humanidad y á la naturaleza; y añadía á todos los horrores que le sugeria la rabia, una ironía amarga, que era mas insultante y mas cruel que todo lo demas.

Pero estos procedimientos, cuya pintura se repite, en las memorias publicadas

contra Lally, hasta llegar á ser su repetición empalagosa y repugnante, ¿dispensaban á Aché de volver á Pondichery con su esquadra, luego que la muzon siguiente le permitiera hacer el viage? Se cansa en vano, quando, para disculparse, pinta el huracan del mes de Enero de 1760, cuya violencia reduxo la Isla de Francia á la mas triste extremidad. En vano objeta, para paliar su inaccion, los temores del Ministerio de Francia en quanto á la Isla de Borbon, y los avisos secretos que habia recibido de un armamento que hacian los Ingleses en Europa, y que amenazaba aquella isla. Fácil era juzgar que sus miedos carecian de verisimilitud; que los primeros esfuerzos del enemigo cargarian sobre Pondichery; que aquel baluarte de todas las posesiones Francesas, mas allá del Cabo de Buena-Esperanza, exigia urgente protección; y que siendo iguales los temores por ámbas partes, era forzoso acudir adonde era mas inminente el riesgo.

Mas lo que, sin duda, debió determinar á Aché á reparar sus averías, con toda la

prontitud posible, y á seguir á las esquadras Inglesas sobre la costa de Coromandél, fué la hambre, plaga cruelísima que amenazaba á las Islas de Francia y de Borbon; y que era un contrario invencible, contra quien de nada sirve el valor. Desforjes Boucher, Gobernador de las Islas de Francia y de Borbon, se sirvió inútilmente de este poderoso motivo, para persuadir á Aché á que se hiciese á la vela. Esté Almirante, despues de haber visto en Pondichery á la colonia protestar contra su salida, que dexaba la costa de Coromandél á merced de los enemigos del Estado, vió tambien, con igual indiferencia, al Consejo de la Isla de Francia protestar contra él, que, con su prolongada residencia en la isla, aumentaba el azote de la hambre. Asimismo vió, que sus propios Oficiales, y, entre otros, Ruis, Capitan del *Ilustre*, unieron sus reclamaciones á la de los habitantes. Vió tambien la turbulencia, el desórden, la disension y el espanto que causaba á la Isla de Francia. Persistió en mantenerse donde deseaban que no estu-

viera, porque, lejos de ser útil, las necesidades de la esquadra aumentaban las desgracias públicas; y rehusó de pasar á otro país, donde ansiaban que estuviese, porque su esquadra era la seguridad de él.

El mismo Aché convino en que su esquadra era el último recurso sobre que podía fundarse la esperanza de conservar á Pondichery, y los otros establecimientos Franceses en la península del Indostan; y tambien convino en que la pérdida de Pondichery acarrearía á los Franceses la de la India. — A pesar de todo lo dicho, fué tomada Pondichery en un momento en que aquella esquadra, mas floreciente que nunca, estaba en total inaccion, á mil y quinientas leguas de la costa de Coromandél. Acaso tendria Aché órdenes precisas para no salir de la Isla de Francia; mas la inflexible verdad de la historia obliga á decir, que aquella conducta fué causa de la pérdida de Pondichery.

LXXIX.

A principios del año 1760, se apoderaron los Ingleses de todos los establecimientos Franceses en Bengala, sobre la costa de Orixá, desde el Ganges hasta Masulitpatnam, y hácia las bocas del Caveri, que contenian á Karical y á Scheringhan; de manera, que no quedaba á la Compañía mas que la provincia que circundaba á Pondichery. Aquel mismo desamparo proporcionó á la plaza algun aumento de fuerzas, porque se refugiaron á su seno muchos defensores de los países conquistados por los Ingleses. — Rodeado Lally de enemigos domésticos, abrumado de inquietudes, y privado de fuerzas marítimas, no habia, con todo eso, olvidado el proyecto de sitiar á Madrás, y de buscar, en la toma de aquella plaza, los socorros que le faltaban. El sitio de una plaza marítima, no teniendo el dominio del mar, era una de aquellas empresas atrevidas, que so-

lo puede justificar su buen éxito. Se tenían suficientes tropas, pero era menester dinero para pagarlas. Lally suplicó á Bussi, cuyos riquezas eran muchas, que le prestase cinco millones. Bussi no era tan patriota, que aventurase una suma tan fuerte, para cobrarla sobre unas conquistas tan inciertas. Hay circunstancias en que, prestando dinero, se forma un enemigo oculto; y rehusándose al préstamo, un enemigo declarado. Lo indiscreto de la petición, y lo duro de la repulsa, originó entre estos dos Oficiales Generales una aversión, que degeneró en odio irreconciliable, y perjudicó al restablecimiento de los negocios de la colonia. A pesar de todo, se emprendió el sitio. Algunos miembros del Consejo de Pondichery prestaron cerca de ochenta mil pesetas; los arrendadores de los lugares, dependientes de Pondichery, adelantaron dinero; el General puso el suyo y el de sus amigos; se hicieron marchas forzadas; y se llegó al frente de Madrás, que no esperaba ser acometida.

LXXX.

Madrás, capital de los establecimientos Ingleses, sobre la costa de Coromandél, fué edificada, en el siglo décimo séptimo, por Guillelmo Lang-horne, sobre la orilla del mar, á quince leguas de Arcáte, y á veinte y cinco de Pondichery. Esta ciudad, como casi todas las que habitan los Européos en el Indostan, está dividida en ciudad blanca, y ciudad negra. La primera, mas conocida baxo el nombre del fuerte San Jorge, está solamente habitada de los Ingleses. Por mucho tiempo no tuvo mas que malas fortificaciones; pero á la sazón estaba defendida con obras de importancia. La ciudad negra, habitada por mas de cien mil hombres, entre Judíos, Armenios, Moros, ó Indios, estaba totalmente abierta; y hasta el año de 1767 no la circundaron los Ingleses con una buena muralla, y un aneho foso inundado.

Fué sorprendida y saqueada la ciu-

dad negra. Déxanse conocer todos los excesos y horrores á que se arroja, en tales casos, el soldado sin freno, que cree ser un derecho incontestable suyo la mortandad, la violencia, el incendio y la rapiña. Contuviéron los Oficiales quanto pudieron; pero lo que atajó las depredaciones del reducido ejército Frances fué, que, apenas entró en la plaza, tuvo que atender á su defensa.

Vueltos los Ingleses de su primera sorpresa, y no viendo llegar la escuadra de Francia á su rada, salieron del fuerte S. Jorge, y cayéron sobre los soldados, que saqueaban la ciudad. Estos se reunieron con mucha dificultad. En cada calle hubo un ataque. Casas, jardines, templos Christianos, Indios y Musulmanes, fueron otros tantos campos de batalla, en que los asaltantes, cargados de botin, peleaban contra los que venian á quitárselo. Estaing cargó á una tropa Inglesa, que ocupaba la calle mayor. El regimiento de Lorena, que él mandaba, no se habia juntado aun. Estaing peleaba casi solo, y fué hecho pri-

sionero. Esta desgracia le acarreó otra mayor, pues habiendo sido hecho prisionero por los Ingleses, en otra ocasion, y llevado á la Gran Bretaña, lo metieron en Portsmouth, en un calabozo; que fué un tratamiento indigno de nuestras costumbres, y de la generosidad Inglesa.

La prision de Estaing, al principio de la accion, pudo haber acarreado la pérdida del ejército Frances, el qual, despues de haber sorprendido la ciudad negra, fué tambien sorprendido. Lally restableció el orden, no sin trabajo. Los Ingleses fueron rechazados hasta un puente levadizo, donde empezaba el fuerte San Jorge. Crillon mató cincuenta Ingleses juntó á este puente. Hicieron treinta y tres prisioneros, y quedaron dueños de la ciudad negra.

Quedaba que tomar el fuerte San Jorge, como lo tomó Bourdonnaie en la última guerra anterior. De cinco á seis mil habitantes de Pondichery acudieron á aquella expedicion como á una fiesta; pero rehusaron tomar las armas para apre-

surar el suceso. El ejército asaltante constaba de tres mil Franceses, y de otros tantos Cipayas. Defendian el fuerte San Jorge mil y seiscientos Ingleses, y dos mil y quinientos Cipayas. Toda la artillería de los sitiadores consistia en veinte cañones y en diez morteros. Esperaron, sin fruto, la esquadra de Aché, que habia de suministrar otro tren de artillería mayor; pero lo que perjudicó á las operaciones del sitio más singularmente, fué el botin que hicieron los soldados en el saco de la ciudad negra.

Escribió el General desde su campo, delante del fuerte San Jorge, el 11 de Febrero, lo siguiente: „Si no salimos bien
 „de lo de Madrás, como lo creó, la
 „principal razon á que debe atribuirse,
 „es al saqueo de quince millones, quan-
 „do menos, á lo devastado y robado
 „por la tropa, y, me avergüenzo de de-
 „cirlo, por el oficial, que no ha repa-
 „rado en servirse de mi nombre para
 „emplear á los Cipayas en transportar á
 „Pondichery un botin, que hubierais de-

„bido detener, visto su inmenso valor.”
 Léese en el diario de Bussi: „El grandí-
 „simo saqueo; que las tropas hicieron en
 „la ciudad negra, extendió entre ellas la
 „abundancia; y muchos almacenes de li-
 „cores fuertes fomentaron la embriaguez,
 „y quantos males de ella se originan.
 „Era menester haber visto aquel desór-
 „den. La guardia de la trinchera y sus
 „trabajos estaban al cargo de unos hom-
 „bres borrachos. Solo el regimiento de
 „Lorena se exceptuó de aquel contagio.
 „Pero los demas cuerpos, y particular-
 „mente el de Lally, se excedieron en
 „los vicios; de manera, que se represen-
 „taron las mas vergonzosas escenas, des-
 „tructivas de la subordinacion y de la
 „disciplina. Viéronse soldados luchar á
 „brazo partido con sus oficiales, y otras
 „mil acciones como esta, cuya narracion,
 „aunque contenida en los límites de una
 „verdad exáctísima, pareceria una pon-
 „deracion monstruosa.”

Desesperado Lally, escribia: „El in-
 „fierno me ha vomitado en este pais de

„iniquidad. Aguardo, como otro Jonás,
 „la ballena que ha de recibirme en su
 „vientre.” Quiso sujetar á las tropas á
 la disciplina militar, y se introduxo en
 ellas la desercion. Doscientos desertores,
 que se pasaron en un solo dia á los In-
 gleses, se presentaron sobre las murallas,
 con una botella de vino en una mano,
 y una bolsa en la otra, exhortando á sus
 compañeros á que los imitaran.

En fin, señalaron que se veia una flo-
 ta. Lally, que no dudó fuese Aché, or-
 denó un asalto general. Empezaba á re-
 nacer la esperanza, quando entraron en
 la rada seis navios de guerra con pabe-
 llon británico. Era una division de la
 flota de Bombay, que traía á Madrás re-
 fuerzos de hombres y de municiones.
 Viendo aquello el oficial, que mandaba
 la trinchera, la abandonó. Fue preciso
 levantar el sitio á toda prisa, y preparar-
 se á defender á Pondichery, que los In-
 gleses podian bloquear á cada instante.

LXXXI.

Dueños los Ingleses, por la suerte de
 las armas, de una parte de Bengala, y
 persuadidos de que el agradecimiento de
 Meer-Jaffet debia someterles lo demas de
 aquella vasta region, pusieron ya en prác-
 tica aquel sistema destructor, aquella po-
 lítica maquiavélica, de que abusaron des-
 pues para la ruina total de aquel desgra-
 ciado pais. Meer-Jaffet hizo ocultos es-
 fuerzos para recobrar la independencia,
 que le habia quitado el Consejo de Calcu-
 ta. Deslumbrados los Ingleses con su ex-
 traordinaria fortuna, y con el torrente de
 riquezas, que corria incesantemente hácia
 ellos, no pusieron ya mas límites á sus
 especulaciones, y á su insaciable avaricia.
 Perpetuamente se ocupaban en buscar me-
 dios de aumentar sus posesiones. Acusá-
 ron de ingratitud al Subá de Bengala, por-
 que los servidores de la Compañía no eran
 siempre preferidos á sus mismos compa-

triotas para todos los empleos lucrativos. —La Junta secreta de Calcuta determinó hacer una nueva revolución. Eligiéron á Cossin-Aly-Kan para suceder al Subá. Este Príncipe estaba casado con la hija de Meer-Jaffet; y facilmente le hicieron prometer quanto deseáron. Meer-Jaffet, que vivia confiado, fué preso, en Maxábad, en su palacio propio. Era tal el horror que los Ingleses inspiraban, que, aunque no llegaban en la ciudad á mil y quinientos, nadie tomó las armas en favor del Subá destronado. Cossin-Aly-Kan se sentó sobre el trono con tanto sosiego, como si lo poseyera por muerte de su padre. Publicóse que Jaffet no tenia ninguna de aquellas prendas propias para gobernar un Imperio. Expusieronse los desórdenes de su vida privada. Afeáron su carácter con libelos infamatorios. Pero los Ingleses se rehusáron á condenarlo á muerte. Tuviéronlo encerrado, para servirse de él en caso necesario; y, una vez consolidado ya su poder en Bengala, reuniéron sus fuerzas terrestres y marítimas

á las de Madrás, para sitiár á Pondichery.

LXXXII.

Lally traxó sus tropas desanimadas á las cercanías de Pondichery, aun mas desanimado que ellas. Allí encontró enemigos domésticos, que le deseaban tanto mal como los Ingleses. Fatigáronlo con reproches, con cartas anónimas, y con sátiras de toda especie. El violento estado en que se encontró aquel General le causó una enfermedad molesta; y, en vez de consuelos, le aumentáron los insultos. Todos los días amanecian fixados en la puerta de su casa carteles injuriosos á su persona. Dichos ultrajes le hacian tanta impresion, que, en algunas ocasiones, parecieron ofendidos los órganos de su cerebro. La cólera y la inquietud le solian producir estos tristes efectos. Rajah-Zaëb estaba entonces en Pondichery. Este Príncipe, que vió varias veces al General Frances en su cama, enteramente desnu-

do, y cantando la misa y los salmos, preguntó ¿si era costumbre en Francia, que el Rey eligiese un loco para representante suyo?

La murmuracion y el descontento pasaron luego desde los oficiales civiles á las tropas que cubrían á Pondichery. Al fin se sublevaron. No fué esta una de aquellas sediciones que empiezan y acaban sin objeto.—Dadnos, decian los soldados, nuestro pan y nuestro sueldo, ó, si no, nos pasamos á los Ingleses. Los mismos soldados escribiéron, en cuerpo, al General, que aguardarian quatro dias, y que si, al cabo de este término, veian apurados todos sus recursos, se darian á Pigot, Gobernador de Madrás. Susurróse que aquella rebelion fué fomentada por un Jesuita, llamado San Estéban, celoso de su superior el Padre Lavour, quien, por su parte, vendia al General Lally, entre tanto que San Estéban vendia á los dos.

LXXXIII.

Fué menester buscar dinero. El Director de la moneda dió lo poco que le quedaba de plata y de oro; Lally adelantó noventa mil pesetas; Crillon prestó quatro mil rupías; y Gadeville otro tanto. Apaciguóse la sublevacion; pero el soldado no mostraba buena voluntad. La caballería se amotinó tambien poco despues; y el General la quietó sacrificando el poco dinero que le quedaba.— Por último, fué preciso encerrarse en Pondichery, sitiada por un ejército Ingles de quince mil hombres, y por las flotas reunidas de los Almirantes Pocok y Walsón, compuestas de diez y seis navíos de línea.

Contenia Pondichery, en la circunferencia de una legua, setenta mil habitantes. Quatro mil eran Européos ó mestizos. Contábanse hasta cerca de diez mil Mogoles Mahometanos. Lo restante eran

Indios, de quienes quince mil profesaban el christianismo, y los demas la religion de los Bramas. Tres aldeas ó lugares, dependientes de la plaza, y edificados dentro de los límites, contendrian como unas diez mil almas. Las calles de la ciudad, que las mas eran anchísimas y tiradas á cordel, tenian por toda su longitud dos filas de árboles, cuya sombra causaba una frescura preciosísima en un clima tan ardiente. Una mosquéea, dos pagodes, dos iglesias Christianas, y el Gobierno, teniendo por el edificio mas magnífico de la ciudad, eran unos monumentos públicos dignos de atención.

Construyose, en el año de 1740, una reducida ciudadela, que se inutilizó desde que permitieron edificar casas al rededor. Y para reemplazar este medio de defensa, se fortificaron tres lados de la plaza con murallas, fosos, baluartes, y un glasis imperfecto en algunos parages. La rada, que formaba el quarto lado, estaba defendida por unas baterías juiciosamente colocadas. La ciudad, privada de

puerto, como todas las que los Europeos han edificado sobre la costa de Coromandél, tiene, sobre las demas, la ventaja de una rada mas cómoda. Los navíos pueden anclar cerca de la orilla, bajo la proteccion del cañon de la plaza. Esta excelencia le era entonces inútil, porque no tenia ningun navío para su defensa.

El territorio de Pondichery, que tiene tres leguas de largo sobre una de ancho, no es mas que un arenal estéril á la orilla del mar; pero, mas tierra adentro, hay terrenos propios para la cultura del arroz, de las legumbres, y de una raiz llamada *chá-yáver*, que sirve para los colores. Dos riachuelos, que atraviesan el país, inútiles para la navegacion, suministran excelentes aguas para las tinturas, y en especial para la azul. A tres millas de la plaza, se levantan, á unas cien toesas sobre la orilla del mar, dos verdes collados, que sirven de guia á los navegantes, desde ocho leguas de distancia; cosa, á la verdad, ventajósima en una costa generalmente baxa.

A la extremidad de aquellas alturas, hay un estanque de vasta extension, cavado siglos ha, que recoge las aguas corrientes en la estacion lluviosa, y que, despues de haber humedecido y refrescado un gran territorio, forma un rio, que riega las cercanías de Pondichery.

El distrito de la ciudad estaba, en otro tiempo, circundado con una fuerte cerca, llamada *la Cerca de los límites*; que era para Pondichery una segunda fortificacion. — Podian los muchos habitantes causar en la plaza una hambre mientras el sitio. Propuso, pues, el General, á la llegada de los Ingleses, que se extraxeran las bocas inútiles; pero ¿cómo echar sesenta mil habitantes? Acaso hubieran incendiado la plaza. Por lo tanto, se abandonó el proyecto como impracticable. No tardó la plaza en verse en el aprieto de que la empezasen á faltar los víveres. Determinó Lally no rendirse hasta la extremidad, y publicó una proclamacion que prohibia, bajo pena de la vida, hablar de capitulacion, y se vió precisado, por la escasez,

á sacar de las casas particulares lo poco superfluo que en ellas se hallase, para suministrar á las tropas la necesaria subsistencia.

Los encargados de aquella comision enojosa no obraron bastante circunspectos con los principales habitantes. Quejaronse estos de que se les trataba con inhumanidad y tiranía. Los ánimos, ya ulcerados, se encrespáron hasta lo sumo. Dubois, Intendente del ejército, y Presidente de aquella operacion, indispensable entonces, fué objeto de la exécracion pública.

Quiso Lally persuadir á los enemigos, señores de la rada, que la guarnicion era muy numerosa y alentada; y para ello se sirvió de una estratagemá, harto comun en la guerra. Dispuso una revista general bajo las murallas de la plaza, del lado del mar, y mandó que todos los empleados de la Compañía se presentasen con uniformes. El Consejo de Pondichery declaró al General, que no se obedeceria su orden, porque los empleados de la Compañía no reconocian mas autoridad que la de Duval-Leyrit, Gobernador de Pondichery,

establecido por los directores de Francia. Pero en aquellas circunstancias, en que el choque de diferentes autoridades podia perjudicar al interes general, prohibió Lally al Consejo de Pondichery, que se juntara, sin una expresa autorizacion de parte suya.

Pero la plaza estaba estrechamente bloqueada nueve meses habia. Entre las disensiones civiles se hacia sentir la hambre, amenazando transformar á Pondichery en un vasto sepulcro. El soldado estaba reducido á quatro onzas de arroz por dia, y en visperas de faltarle del todo el alimento. Congregó el General un Consejo mixto, civil y militar, para discurrir sobre los medios de obtener una capitulacion tolerable para la plaza y para la colonia. El Consejo se negó formalmente á juntarse á la voz de su General. — *Nos habeis depuesto, dixéron los miembros del Tribunal, ya nada somos.* — No os depuse, replicó el General, pero os he prohibido congregaros sin mi permiso: hoy os mando, en nombre de la salud pública, que for-

meis un Consejo mixto, para ver el modo de suavizar la suerte de la colonia y la vuestra. — Respondió el Consejo á Lally con la intimacion siguiente. — Os intimamos, en el nombre de los habitantes, y en el nuestro, que pidais al instante una suspension de armas á Sir Cootes; y os hacemos responsable de quantas desgracias pudieren ocasionar las dilaciones inoportunas.

Juntó el General el Consejo de guerra, el qual concluyó á rendirse prisionero de guerra, segun los acuerdos hechos entre ambas naciones. El General Ingles quiso tener la plaza á discrecion. Sabia que la hambre la reduciria á tan horrorosa ley. Apenas leyó los artículos que Lally le envió por una diputacion, quando envió los suyos en estos términos:

El Coronel Cootes quiere que los Franceses se rindan prisioneros de guerra, para ser tratados como convenga á los intereses del Rey su amo: se tendrá con ellos quanta indulgencia exigiere la humanidad: enviará el Coronel mañana, entre ocho y

nueve de ella, á los granaderos de su regimiento para que tomen posesion de la puerta de Vilnur: pasado mañana, á la misma hora, tomará posesion de la puerta de San Luis. La madre y hermanas de Rajah-Zaëb, refugiados en Pondichery, serán escoltados hasta Madrás: se cuidará de ellos quanto se pueda, y no se les entregará á sus enemigos. Dado en nuestro quartel general, cerca de Pondichery, á 15 de Enero de 1761.

Morian de hambre en Pondichery. Fué preciso someterse á las órdenes del Coronel Cootes. Quedaba, no obstante, otro partido que tomar, y era el de que todos los hombres, en estado de llevar las armas, hiciesen una salida general, atacasen las líneas Inglesas, y buscasen una muerte honrosa, para forzar á sus enemigos, con aquel vigoroso esfuerzo, á que les concediesen otra capitulacion; pero casi toda la guarnicion habia perecido defendiendo la plaza. No quedaban mas que enfermos y heridos; y los afeminados vecinos, que se habian negado á montar una simple guar-

dia de parada para deslumbrar á los sitiadores, no quisieron exponer sus vidas para salvar su patria.

LXXXIV.

Pigot, Gobernador de Madrás por la Compañía Inglesa, dió orden á los habitantes de Pondichery para que saliesen de la plaza en tres meses, llevándose todos sus efectos. Diéron quejas inútiles sobre aquel proceder inhumano. Los Ingleses respondieron, que harian con Pondichery lo que los Mogoles hicieron con Calcuta, y lo que los Franceses verificaron en San David, quando lo arrasaron dos años antes. En efecto, Pondichery fué entregada á las llamas, y trocada en un monton de infelices ruinas.

LXXXV.

Aunque agoviado de pesadumbres y males, no pudo Lally conseguir que se difi-

riese su transporte á Inglaterra. Fué llevado, por fuerza, á bordo de un navío mercante, cuyo Capitan lo trató duramente en el viage. Llegó á Lóndres, y obtuvo del Almirantazgo el permiso de pasar á Francia. La mayor parte de sus contrarios consiguieron lo mismo. Fué este General á Paris, precedido de quejas de toda especie. El Consejo de Pondichery, en cuerpo, presentó demanda al Contralor general contra Lally. Decian en la demanda: „El deseo que nos anima no es el de vengar nuestras injurias personales: nos impele la fuerza de la verdad, el sentimiento puro de nuestras conciencias, y el grito general de la colonia.” Lally, que fué testigo de estos clamores, se ofreció á presentarse en la Bastilla; y dixo al Ministro de la guerra Choiseul: „Allí llevo mi cabeza y mi inocencia.” Expidióse la orden que él mismo solicitó; y lo encerraron en el mismo quarto que ocupó Bourdonnais en aquella prision funesta.

LXXXVI.

Tratábase de saber, que jueces podrian nombrarse á este General. Un Consejo de guerra parece que era el tribunal mas conveniente; pero los enemigos del acusado decian en público, que un tribunal de justicia semejante, compuesto de los compañeros de Lally, lo disculparian infaliblemente, aunque fuese culpado; y que, fuera de esto, se le imputaban malversaciones, concusiones, y crímenes de peculado, de que los militares no son jueces. El proceso era tan complicado, y era preciso oír á tantos testigos, que el preso estuvo en la Bastilla quince meses sin ser interrogado, y, acaso, sin saber ante que Tribunal habia de responder.

Luis XV, por un despacho que expidió, envió á la Cámara, y á la Sala del Crimen del Parlamento de Paris, *el conocimiento de todos los delitos cometidos en la India, para que se formase sumaria á los autores*

de dichos crímenes. El Procurador general acusó á Lally de vexaciones, de concusion, de traicion, y de crimen de lesa Magestad. Asegúrase, que el Jesuita Lavaur, superior de las Misiones de Pondichery, murió entonces en París, y que se le encontraron, en oro, mil doscientas y cincuenta pesetas, diamantes, letras de cambio, y dos Memorias sobre las cosas de la India, una en favor de Lally, y otra que culpaba á este mismo General de toda suerte de delitos. De este cuchillo con doble hoja llevaron los enemigos de Lally al Procurador general la que podia herir al acusado.

Envió el Parlamento la sumaria al *Châtelet*, ó tribunal donde se juzgaba en primera instancia. Como Lally estaba acusado de crimen de lesa Magestad, no le fué acordado Consejo, segun la extraña jurisprudencia que entonces se seguia en Francia. Vióse reducido á defenderse, y alguna vez, quando escribia, la pasion gobernó la pluma. Irritáron sus memorias á sus contrarios antiguos, y le suscitaron otros nuevos. Reprochó á Aché haber sido la

verdadera causa de la pérdida de la India, por dexar á Pondichery antes de la mazon del año de 1759.— Lo cierto es, que si aquel Almirante hubiese pasado á la costa de Coromandél, en 1760, con su esquadra, reforzada con tres navíos de línea llegados de Europa, no solamente hubiera precavido aquella destruccion, sino que tambien Madrás se hubiera sometido á las armas Francesas; y estas hubieran recobrado la superioridad que, algunos años antes, tenían en la península de la India.

Zahirió Lally sangrientamente al Mariscal de Campo Supire, quien depuso contra él con una moderacion tanto mas estimable, quanto era mas rara. Preciso tambien el acusado á Bussi á que le diera, por escrito, una respuesta que lo mortificó mucho. Todos los imparciales vieron, con dolor, á dos valerosos soldados, como Lally y Bussi, ambos de experimentada bizarría, y que habian despreciado mil veces sus vidas en las batallas, fingir que se sospechaban mutuamente de haber sido cobardes.

No parece que Lally hubiese vendido á su patria. Si este General se hubiera entendido con los Ingleses, y vendiéndoles á Pondichery, se hubiera quedado entre ellos, y no arrostrado en Francia el furor de sus enemigos, que no ignoraba eran poderosos, y que estaban encarnizados contra él. — De malversaciones no podia culpársele, pues nunca estuvo encargado de las rentas públicas; pero sí de asperezas de genio, de abusos de poder, y de opresiones particulares. Mucho de esto viéron los jueces en las deposiciones unánimes de los enemigos del acusado.

LXXXVII.

Fué condenado Lally á ser degollado, como debidamente convencido de haber hecho traición á los intereses del Rey, á los del Estado, y á los de la Compañía de la India, y de haber cometido abusos de autoridad, vexaciones y exácciones. Así que le pronunciáron la sentencia, se

indignó y se sorprendió igualmente con exceso. Se arrebató contra sus jueces, del mismo modo que lo hizo contra sus acusadores; y como tuviese, á la sazón, un compas en la mano, de que se servia en su prision para trazar cartas geográficas, se hirió hácia el corazon; pero el golpe no penetró lo bastante para quitarle la vida. Estaba destinado á perderla sobre un cadahalso, adonde lo lleváron en una carreta, con una mordaza en la boca, que desfiguraba su cara, y presentaba un espectáculo horrendo.

Aquella sentencia fué primeramente recibida con gozo; pero despues pareció rigorosísima, quando, saciada ya la venganza de los enemigos, pudo dexarse ver la equidad acompañada de la conmisericion. Lastimáronse de la funesta suerte de un General, implacable enemigo de los Ingleses, á quienes hizo siempre cara, cubierto de heridas recibidas en varios combates contra ellos en Europa, y hombre que, en tres años que estuvo en la India, dió nueve batallas, tomó diez pue-

blos, y, reducido á setecientos hombres contra mil y quinientos de tropas de tierra, y diez y seis navíos de línea, sin un solo barco para la defensa, sostuvo un asedio de nueve meses, y no se rindió hasta ver á la guarnicion sin alimentos, y extenuada por las necesidades y fatigas.



LXXXVIII.

Llegó la paz á consolidar las ventajas que los Ingleses debian á las faltas de sus enemigos mas que á su valor. Volviéron á los Franceses, en Bengala, la ciudad de Chandernagor, á condicion de que no se reedificasen las fortificaciones, y de que la Compañía Francesa no mantuviese ninguna fuerza armada sobre las orillas del Ganges. Chandernagor, que contaba antes de la guerra sesenta mil habitantes en su recinto, estaba ya totalmente abierta, y habia perdido, con su importancia, su poblacion y sus riquezas. A esta desgracia, que fué resultado de una situacion

precaria, se añadieron luego vexaciones de toda especie. Los Ingleses, dueños del pais, cometieron contra los Franceses escandalosos excesos. Insultaron sus almacenes, y les quitaron los obreros que mas les convenian. Despedazaron, sobre los mismos telares, las telas destinadas á los Franceses. Mandaron, que las manufacturas de Bengala no trabajasen sino para la Gran Bretaña, en los tres meses mas favorables del año; y que los carguíos Británicos se completasen antes de sacar cosa alguna de los talleres, para vender á las naciones Europeas establecidas sobre la costa. El proyecto, formado por los Franceses y los Holandeses reunidos, de hacer una lista exácta de los texedores, y de contentarse las dos naciones juntas con la mitad, dexando á los Ingleses disfrutar solos de la otra, fué desechado con desprecio por aquel pueblo ambicioso. Empujaron sus pretensiones hasta querer que sus factores pudiesen comprar en Chandernagor; y fué preciso someterse á tan dura ley, para no verse excluidos de

todos los mercados de Bengala.

Algo menos incomodados estaban los Franceses sobre la costa de Coromandél. Abandonáron á Rajah-Zaëb, y reconocieron por Nabab de Carnáte á Mohamet-Aly-Kan, protegido por los Ingleses. Salabet-Zind, Subá de Dekan, revocó la concesion hecha á la Compañía Francesa de las quatro provincias de Elur, Mutafanagar, Chicacola y Ragimendri; y aquellos establecimientos pasáron á manos de los Ingleses. A estas condiciones volviéron á la Francia á Pondichery, Carical y Yanum, y la diéron una escala en Masulipatnam.

Yanum, en la provincia de Ragimendri, no tiene territorio. Esta ciudad está situada cerca de la embocadura oriental del Godaveri. Estuvo, en otro tiempo, floreciente, porque era copiosa, en sus inmediaciones, la fábrica de las bellas telas; y algunas experiencias felices acreditaron que podria encontrarse en ella salida ventajosa para los paños de Europa. Tambien el comercio hubiera podi-

do ser lucrativo, si los Ingleses, señores del pais, no hubiesen puesto trabas á las operaciones de los negociantes extranjeros. Esta concurrencia fué mucho mas funesta en Masulipatnam. La Francia, reducida en aquella ciudad, conquistada por Dupleix, á la escala que en ella tenia antes del año de 1749, no pudo negociar de par con los Ingleses, á quienes era menester pagar derechos de entrada y de salida, y quienes, ademas, lo graban, en el comercio, todo el favor que atrae la soberanía.

El establecimiento de Karical valia mas. El territorio de esta ciudad, edificada sobre uno de los brazos del Caveri, se aumentó mucho baxo el gobierno de Dupleix. Los Ingleses se apoderáron de ella en 1760, y voláron las fortificaciones. A la paz restituyéron la ciudad; pero dismantelada toltamente, y reducida á su antiguo territorio de quatro leguas y media de circunferencia, con quince aldeas que lo cubren. La única que merece atencion es Tira-Nul-Ragenpatan, que no

contiene menos de veinte y cinco mil almas. En ella se fabrican y pintan *Persianas* de mediano valor; pero convenientes á Batavia y á Filipinas. Los *Banianos* y los *Mogoles* tienen en ella barquillos, con que hacen el cabotage y el comercio de Ceylan.

La ciudad de Pondichery (que fué, en tiempos pasados, una de las mas florecientes de la India, cuyas fortificaciones eran admiradas por los Príncipes del pais) ya no existía. Los Ingleses solo restituyéron el local de ella; pero las muchas ventajas de aquel local determinaron al Gobierno de Paris á reedificar la ciudad, para hacerla nuevamente el centro de su comercio sobre la costa de *Coromandél*.

No estaba la Francia mejor por la parte de Malabar. Poseía, sobre aquella costa, desde el año de 1722, la ciudad de Mahé, á la embocadura del rio del mismo nombre. Con el auxilio de seis mil Indios, cultivaban los Franceses, sobre aquellas orillas, una cantidad harto grande de ár-

boles de pimienta, quando los Ingleses se hicieron dueños del fuerte en el año de 1760. El afán de destruir, que manifestáron en sus anteriores conquistas, los siguió tambien á la costa de Malabar. Su proyecto fué destruir todas las casas de Mahé, y dispersar á todos sus habitantes. Heyder-Aly-Kan consiguió, aunque con mucha dificultad, mudarles la resolución. Todo se salvó, menos las fortificaciones, que fueron abaxo. Quando los Franceses entraron en su escala, hecha la paz, halláron las cosas casi lo mismo que las habían dexado; pero la ciudad, totalmente abierta, estaba expuesta á los insultos. Los mas de los Indios abandonaron la colonia para retirarse á las inmediaciones, con los Ingleses de Talicheri.

LXXXIX.

No solamente la Inglaterra, á la época del tratado de Paris, tenia sobre los Franceses la inestimable ventaja de estar sólida-

mente establecida sobre todas las costas del Indostan (mientras las escalas Francesas cercenadas, sin fuerzas por dentro, y sin consistencia por afuera, no hacian mas negocio que el que les dexaban hacer los Ingleses); sino que tambien dicha potencia conservaba sobre aquellos mares una esquadra formidable, que mantenía á los pueblos en la idea de que, estando totalmente destruida la marina Francesa, la de Inglaterra era la única destinada á dar leyes al universo. De aquí dimanaron los disgustos y las humillaciones, que sufrieron los comerciantes Franceses. De aquí la precision de comprar las telas de la segunda mano de los Ingleses, que se las vendian mas caras, y de la peor calidad. Y de aquí, finalmente, las desgracias, que acarrearón, algunos años despues, el aniquilamiento de la Compañía Francesa de la India.

La ruina de las fuerzas militares de Francia en el Indostan, forzó á muchos Oficiales y soldados á alistarse baxo las banderas de los Príncipes del pais. Heyder-Aly-Kan recogió los mas de aquellos hombres, su-

mamente preciosos en un Imperio, donde eran casi desconocidos los principios de la táctica. Lo que quedó de la caballería, y los obreros del arsenal de Pondichery, pasaron á su servicio; y desde entonces se vió aquel Príncipe en estado de representar un lucido papel sobre la costa de Malabar.

XC.

Ni la distancia, ni la dificultad ó escabrosidad de los caminos, quitáron á Heyder-Aly-Kan el enviar socorros al General Lally. Hubieran estos contribuido á que se levantára el sitio de Pondichery, si las flotas Francesas se hubieran presentado al mismo tiempo sobre la costa. Pero como quedáron inútiles dichos socorros, Moctum-Zaëb, cuñado de Heyder, y Hussein, que mandaban dichas fuerzas, se llevaron consigo una parte de la caballería Francesa, que no había podido entrar en la ciudad sitiada.

abund. oinoqmi na re sosoioqy conamam
 al ob soioqy na re sosoioqy conamam
 y. alioqy na re sosoioqy conamam
 q. alioqy na re sosoioqy conamam

XCI.

No se extendían los estados de Heyder-Aly-Kan, entonces, mas que desde las cercanías de Mahé hasta la embocadura en el mar de un riachuelo, que corria á quatro leguas mas allá de Banguelor: su longitud era de unas cincuenta leguas sobre la costa; pero las montañas, que los estrechaban, no les dexaban mas que una mediana latitud de quince leguas. Nand-Rajah, que gobernó el Masur mientras la menor edad de su sobrino, se dió al retiro luego que aquel Príncipe quiso gobernar por sí mismo, y que eligió para su Gran-Visir á un Brama, llamado Carneru, cuyo mérito principal era ser ambiciosísimo. Como era dueño del ánimo del jóven Rajah, le persuadió facilmente á que nunca se consolidaria su autoridad, mientras que Heyder-Aly-Kan tuviese grandes posesiones sobre las costas de su Reyno. La separa-

cion de algunas tropas de aquel Príncipe, que habian pasado á Carnáte para socorrer á Pondichery, presentaba una ocasion favorable de apoderarse de Banguelor, donde se habia encerrado Heyder-Aly-Kan con su familia. Hízose ocultamente un tratado con los Máratas, los quales, mediante una crecida suma, prometieron presentarse delante de Banguelor, en número de treinta mil hombres. Así que corrieron las voces de estos proyectos hostiles, salió de su retiro el anciano Nand-Rajah, y pasó á la corte, aunque en vano, para advertir á su sobrino de que aquella empresa le seria funesta. Sus consejos, dictados por la experiencia, fueron despreciados por una presuntuosa juventud; ó acaso seria, que aquel señor, que preside á los Imperios, habia señalado ya el instante de una revolucion en las provincias de Masur y de Canara.

El sitio de Banguelor, emprendido, con júbilo, en los primeros días del año de 1761, hubo de interrumpirse bien presto por las dificultades que se presentá-

ron. No era mucha la guarnición; pero se contaban en ella excelentes artilleros, que causaban grandes estragos á los sitiadores. Sobrevino la estación lluviosa, inundó las cercanías de la plaza, y la hizo mas inexpugnable. Moctum Zaëb volvió de Pondichery con un cuerpo de diez mil hombres, y trescientos caballos Franceses, que valian todo un ejército. Aumentóse diariamente aquella tropa con los refugiados Franceses, que abandonaron sus hogares por haberlos ocupado los Ingleses. Moctum-Zaëb tenia baxo sus órdenes, en el mes de Diciembre de 1763, tres mil hombres de infantería Francesa, y quinientos caballos. Con estas fuerzas quedáron prontamente disipados los Máratas, fatigados ya de lo largo de la guerra; y Heyder-Aly-Kan, señor del campo, descargó sobre sus enemigos los males con que quisieron agoviarlo.

XCII.

Seringapatnam, donde residia el Rey de Masur, fué tomada por asalto. Heyder-Aly-Kan miraba ya á los habitantes de aquella ciudad como vasallos suyos. Contuvo el furor de su ejército, que queria saquearles las casas. Privado el Rey de su trono, acabó sus dias cautivo. Carneru fué cogido con las armas en la mano; y el vencedor lo mandó juzgar por los Bramas. Fué condenado á muerte por haber llamado al Reyno á los enemigos del estado. Heyder conmutó la pena capital en la de ser metido en una jaula de hierro, suspendida en el mercado de Banguelor. Aun hoy dia se la vé con los huesos de aquel infeliz, que vivió dos años en ella, expuesto á los insultos del pueblo.

Despues de este suceso, fué rápido el curso de las victorias de Heyder. El terror de sus armas hizo su alianza digna

de ser buscada por todas las potencias del Indostan. Aumentó sus posesiones, tanto por sus hazañas militares, quanto por la sabiduría de sus tratados; de manera que, á fines de 1763, se extendía su Imperio, de Sur á Norte, el espacio de ciento y cincuenta leguas, desde el cabo de Comorin hasta el rio Goa, sobre una latitud de cincuenta leguas de Este á Oeste. Los mismos Ingleses se viéron precisados á reconocerlo como Sultan de Masur y de Canara, para evitar que atacase su escala de Talicheri, situada sobre las costas de sus estados.

 XCIII.

La Compañía Inglesa dominaba, entonces, sin competencia, sobre los mares de Orixá, de Coromandél y de Malabar; pero sobre las orillas del Ganges iba tomando su prosperidad una forma respetable. Preparabáse un fenómeno histórico muy extraordinario, qual era el

de una compañía de Comerciantes, que, sin abandonar sus especulaciones comerciales, iba á hacerse soberana de un vasto Imperio.

Cossin-Aly-Kan, á quien Clive y el Consejo de Calcuta establecieron Subá de Bengala, en lugar de Meer-Jaffet, sobrelevaba impacientemente el yugo que los Ingleses le impusieron. Parecía humilde y precario un establecimiento fundado bajo su proteccion. Se juzgaba con derecho, y tenia razon, de mandar á unas tropas, que estaba precisado á pagar; pero cada soldado Ingles ostentaba una independencia total. Sus Oficiales, lejos de gobernarlos por las reglas de la disciplina militar, les daban el exemplo de la insubordinacion, rehusando obedecer las órdenes que les daban los agentes del Subá, y no temiendo exponer la debilidad de su gobierno á la irrision de los Mogoles é Indios. Desde que ocupó el trono Cossin-Aly no pasó dia en que no se aprovechasen de las menores ocasiones de envilecer su dignidad, y de hacer mas insopor-

table su dependencia de la Compañía.

Dos autoridades discordantes no pueden subsistir mucho tiempo en un mismo país, sin que su frecuente choque no quebrante una ú otra, ó á veces ambas. Cometíanse abusos horribles en las escalas subordinadas á la de Calcuta. Abrogábanse los Ingleses el derecho de decidir de quantos negocios les interesaban, y hacian executar sus decisiones militarmente. Vendian y compraban al precio que ellos mismos ponian á los géneros, contrahacian pasaportes, y arrostraban y ridiculizaban la justicia y las leyes del país. Si los Magistrados Indios no cerraban los ojos á estas exácciones, eran ignominiosamente maltratados. Fuéron conseqüencias de esto el cerrarse las tiendas en los pueblos, y el que los habitantes de las aldeas dexasen el cultivo y las manufacturas. Y quando el Subá exponia estas quejas al Consejo de Calcuta, se le daban respuestas, que nada significaban; y si queria remediarlas, le acusaban de parcialidad los Ingleses.

XCIV.

Circundado Cossin-Aly-Kan de embrazos y de acechos, se resolvió á ganar, por los medios indirectos de la política, lo que desesperaba poder conseguir con sus inútiles representaciones. Renunció, pues, de un golpe, á la fruicion del luxô tan refinado en la India, é introduxo en su casa una reforma muy rígida. Aumentó su influencia en el ánimo de los pueblos, disminuyendo los impuestos sobre las tierras; disciplinó sus tropas segun la táctica Europea; se entregó al comercio; y halló nuevos manantiales de rentas.

Los Príncipes Mogoles, por una munificencia mal entendida, exceptuáron á las mas de las Compañías Europeas de los derechos de entrada y de salida, que pagaban sus vasallos Mogoles é Indios. Los Ingleses abusáron de este privilegio hasta el extremo de enarbolar el pabellon británico á quantos Capitanes de Navío que-

rian pagarles este derecho. Viendo Cossin-Aly-Kan, en esta maniobra, la ruina de sus rentas y de sus vasallos, tomó la noble resolución de hacer libre el comercio en todo el Bengala. Clive fué tan imprudente, que tuvo por una injusticia aquella sabia disposición. El Gobierno de Calcuta disputó abiertamente al Subá el derecho de proteger á sus vasallos, aboliendo un impuesto que él habia creado. Toda conciliación fué desechada por unos hombres avaros y crueles, que solo escuchaban el ruido de las armas, y que contaban por nada la vía de la justicia. El Subá se vió reducido á la alternativa de someterse pacientemente á la voluntad de los Miembros del Consejo de Calcuta, ó de venir á un rompimiento. El partido primero era contrario á su genio y á su modo de pensar, y el segundo lo exponia á sumos riesgos. Determinó, pues, contemporizar y emprender, con precaucion, la penosa tarea que las circunstancias le imponian, y abandonó la residencia en Maxádabad, á causa de su inmediación á Calcuta. Fixó su re-

sidencia en Manghir, cien leguas mas allá, yendo por el Ganges rio arriba, fortificó aquella plaza, alistó á los Pátanos, á los Máratas y á los Persas, cuyo conocimiento en el arte militar podia serle útil, incorporó á sus tropas los Europeos vagabundos, los desertores y los Cipayas, á quienes habian licenciado los Ingleses. Se estableció una inquisición severa contra los espías, que podían advertir á los enemigos de sus proyectos, ó inutilizarlos originando en su corte disensiones domésticas.

Empezaron los Ingleses á temer lo emprendedor y valeroso de aquel Príncipe, endurecido á las fatigas de los campos, y que, además de la bizarría de un soldado, y de la sagacidad de un estadista, tenia sumo conocimiento de los recursos del pais.

Hastings (que residió algun tiempo á la inmediación de este Príncipe, y que puso entonces los fundamentos de aquella celebridad, que le distinguió despues en Inglaterra y en la India) se persuadió á que Cossin-Aly-Kan tomaba las armas á pesar suyo, y á que fácilmente se le apaciguaria

dando fin á unos procedimientos injustos, que iban á sumir de nuevo á la Compañía en el abismo de una guerra sangrienta y dispendiosa. Por tanto, propuso el acomodamiento de las infelices desavenencias que subsistian entre el Príncipe y el Consejo de Calcuta. Esta misma fué la opinion de Vansittart, Presidente del Consejo; pero la pluralidad de los votos fué por la guerra, que arruina los estados, y enriquece á un monton de enredadores, que se multiplican en las calamidades, como los vichos ponzoñosos en las aguas pantanosas. Mientras que se deliberaba, un tal Ellis, xefe de la escala de Patna, y hombre, cuya conducta dió mas motivo de quejas al Subá de Bengala, tuvo la comision secreta de imposibilitar todo acomodamiento. Tenia baxo sus órdenes cerca de dos mil hombres. Sorprehendió á Patna, ciudad de gran comercio, edificada sobre el Ganges, á cincuenta leguas sobre Manghir. Los asaltantes estaban tan avarientos de botin, que no sacaron ventaja alguna de su hazaña. Entre tanto que se entrega-

ban, sin desconfianza, á los excesos que suelen acompañar á la conquista de una plaza tomada por asalto, volvió de su atolondramiento el Gobernador de Patna, y entró en la plaza: quantos Ingleses habia en ella fuéron degollados ó hechos prisioneros. Así que supo esto el Subá de Bengala, dió orden al Enviado Ingles, que residia en su corte, para que saliese al instante de ella. Este hombre, llamado Am-yart, fué asesinado por el pueblo junto á Maxádabad. En este asesinato fundó el Consejo de Calcuta su declaracion de guerra, aunque era verdaderamente consecuencia del asalto de Patna, donde muchos millares de hombres, industriosos é inocentes, fuéron víctimas de la feroz rapacidad de las tropas Inglesas.

Dióse orden al Mayor Adams, para que se pusiése en campaña al frente del ejército de la Compañía, que constaba de quince mil hombres, Ingleses y Cipayas, y que atacase la capital de Bengala. Fué tomada la ciudad en 2 de Agosto de 1763, no obstante la porfiada resistencia de sus

defensores. Por la primera vez se vió en el Indostan un ejército no disipado despues de vencido. Retiráronse los Indios, en buen órden, hasta ponerse delante de Manghir; pero, aun sin embargo de la disciplina introducida entre ellos por Cossin-Aly-Kan, no estaban capaces de aguantar el choque de quince mil Ingleses, protegidos por una artillería de campaña, diestramente servida, y continuamente animados con la perspectiva de un botin inmenso en aquellas comarcas fértiles y ricas.

XCV.

Ambos ejércitos se avistáron en las llanuras de Garceath. Los Indios, en número de veinte mil hombres de infantería, y ocho mil caballos, estaban divididos en brigadas regulares. Tren de artillería, armas y uniformes, todo era igual á los Ingleses. Quatro horas duró la acción; y aun tuviéron los Indios alguna ventaja en el principio; pero prevaleció, en fin, la cien-

cia militar de los Ingleses. Cossin dexó toda su artillería en el campo de batalla. Presentáronse los vencedores al frente de Manghir. Esta plaza, sin embargo de sus fortificaciones á la manera india, no retardó mas que nueve dias los progresos del ejército Ingles, el qual sacó de aquella conquista incalculables tesoros. Cossin-Aly-Kan, defendiendo palmo á palmo su pais, se cerró en Patna, que era su último recurso. Aquella plaza tenía una guarnicion de veinte mil hombres; y una caballería numerosa, esparramada por las cercanías; tenía órdenes de inquietar á los sitiadores, hasta que la estacion lluviosa, que por instantes se aguardaba, los precisase á una retirada. La impetuosidad Inglesa trastornó aquellas combinaciones. Despechado el Subá de ver tales progresos, mandó exterminar quantos Ingleses hubo á las manos, que fué una crueldad tan abominable como inútil; pues no por eso dexó la plaza de abrir sus puertas, despues de ocho dias de sitio; y el Subá, ya sin esperanza, y huyendo á rienda suelta, acompañado sola-

sus desgracias la magestad del Imperio, se estremecia al contemplar, que un corto número de aventureros, venidos del Occidente, habian acabado de aniquilar una vasta y floreciente monarquía, cuyos fundamentos antiguos habian lastimado los Persas, los Máratas y los Pátanos. Persuadióse, no obstante, á que la fortuna, en aquellas apuradas circunstancias, le presentaba un medio de restablecer alguna parte de su pasada grandeza: este medio fué expedir al Sultan Abdalak, y á la Regencia de Poonak, *firmans* Imperiales, que legitimasen las usurpaciones de los Máratas y de los Pátanos, á condicion de que aquellos pueblos tomarian, de acuerdo, las armas para arrojar á los Ingleses de Bengala. El Subá de Benarés, Suja-Ul-Dulah, fué nombrado Gran Visir. Los Bramas, cuya principal academia existia, desde tiempo inmemorial, en aquella antigua Metrópoli de la religion india, publicáron solemnemente, que eran ya venidos los tiempos de arrojar de las orillas del Ganges á los profanos sanguinarios y ambiciosos, que, des-

de siglos, manchaban la pureza de las aguas de aquel sagrado rio. Electrizados los pueblos con el religioso entusiasmo, se armáron por todas partes. Cossin-Aly-Kan, que habia reunido algunas de sus tropas, sostuvo su valor. Algunos sucesos, que coronáron su actividad, les parecieron sugestos garantes de una próxima victoria. Los Ingleses, que todavía campaban baxo Patna, fuéron atacados por los Indios, cuyo valor volvió á quedar desayrado por la fortuna. Cossin-Aly-Kan huyó aceleradamente, pero con la dicha, aunque perdía sus estados, de salvar las inmensas riquezas que habia acumulado. Se refugió entre los Seikes, pueblos que habitaban en las montañas junto al Thibet. En aquel asilo procuró hacerse aliados, y suscitar enemigos á los Ingleses.

XCVII.

La dispersion del ejército de Cossin-Aly-Kan aterró al débil Furuk-Zir. Este desgraciado Príncipe salió de Benarés, quan-

tos de su desesperacion, y diéron oídos á sus proposiciones de paz. Contentáronse con ocho millones por los gastos de la guerra, y le volviéron su trono, con unas condiciones que le imposibilitaban perjudicarles, pero que el Subá tuvo á mucha dicha aceptar.

XCIX.

Esta condescendencia tuvo por causa una negociacion, empezada en Hallahabad, con el Gran-Mogol Schagean-Furuk-Zir. Este Príncipe iba vagando de provincia en provincia, buscando un asilo en sus propios estados, y pidiendo inútilmente socorros á sus vasallos. Viéndose abandonado de estos, vendido por sus aliados, sin apoyo, sin ejército, y sin dinero, puso sus ojos en la potencia Inglesa, é imploró su proteccion. Prometiéronle, en efecto, volverlo á Agra, y restablecerlo en el trono de sus padres; pero, antes de cumplirle su promesa, se hicieron ceder el Bengala

en propiedad de soberanía. Aquella cesion se verificó el día 3 de Agosto de 1765 por un acto auténtico, y acompañado de todas las formalidades usadas en el Imperio del Mogol. Viéndose ya guarecidos con aquel título, que legitimaba, en algun modo, su usurpacion á los ojos de los pueblos, olvidáron los Ingleses bien pronto sus promesas. Diéron á entender al Emperador, que las circunstancias no les permitian abrazar una empresa, que llevaba consigo preparativos inmensos. Entre tanto, le señaláron la ciudad de Hallahabad para su residencia; y para subsistir, las rentas de una pequeña provincia, en las cercanías de dicha ciudad, que ascendian á tres millones. Esto es todo lo que quedó á la casa Tamerlana de los inmensos tesoros que acumuláron los Emperadores de aquella dinastía en quatro siglos y medio. Furuk-Zir murió en Hallahabad en 1770, dexando el vano título de Emperador de las Indias á su hijo Schas-Alem, que todavía reynaba quando se anunció la revolucion de Francia.

C.

La autoridad soberana, exercida por una compañía de comerciantes sobre un país mas vasto y opulento que la Inglaterra, la Escocia y la Irlanda juntas, es una singularidad política, de que no presentan exemplo alguno los anales del mundo; pero aun mas extraordinario es el modo con que dicha compañía administraba su territorio. Era un gobierno degradado é incoherente, en el que los agentes de la compañía, comerciantes por estado, introduxéron el espíritu del negociar, de modo, que no tenian otro objeto que el de chupar á los infelices Indios todo su dinero, sin dáseles nada de su seguridad ni de su bien. En lugar del poder arbitrario, que exercian los Príncipes del país, pusieron una tiranía metódica. Las exáciones se hicieron generales y regulares. Se perfeccionó la arte pérfida de los monopolios. Todos los manantiales de la feli-

cidad pública se corrompiéron; y se puso en práctica un nuevo género de despotismo, de que no se encuentra objeto alguno de comparacion en las instituciones de los tiempos antiguos y modernos, ni entre las naciones bárbaras, ó civilizadas.

Los Ingleses, soberanos de Bengala, afectáron reconocer la autoridad del Subá, establecido por ellos mismos en aquel vasto país, con su corte en Maxádabad. Presentábanse los actos públicos como emanados de él, aunque deliberados únicamente en el Consejo de Calcuta. Aquella fantasma de soberano, que ellos pagaban y quitaban á su arbitrio, ni podia nombrar sus Ministros, ni mandar sus exércitos, ni dirigir sus rentas, ni administrar la justicia á sus vasallos, ni hacer el mas indiferente acto de soberanía. La Compañía Inglesa arreglaba su casa, ordenaba sus gastos, y lo mantenía cautivo en su palacio propio; y llenaba su corte de satélites secretos y públicos, y se aseguraba de sus domésticos, y transforma-

ba en espías de su conducta privada á quantos malvados le servian.

No necesitaba la Compañía pretextar, para aquel manejo extraño, el deseo de conservar las formulas antiguas en un pais en que tanto poder tenian, y en el que acaso era el único poder seguro y durable. Su objeto era exercer vexaciones enormes, sin parecer injustas, y sacar el fruto de sus rapiñas, cargando sobre otros lo odio- so de su mal obrar.

Quando los Holandes, los Franceses, ó los Daneses, se dirigian al Consejo de Calcuta, para la compensacion de algun daño, ofrecia este su proteccion baxo el nombre de influencia; y hacía que el Soberano fantástico negara las peticiones que ella no queria conceder, rehusando, con arte, confesar la autoridad de la Compañía; pero se mostraba al descubierto en cada acto que de ella dimanaba. Si aquel poder soberano, que obraba de un modo universal é irresistible, no podia paliarse con los rodeos de la política, entonces los Ingleses se iban con la opinion

de los que miraban la Compañía como una potencia soberana, pero sin convenir directamente en ello. Querian acreditar aquella persuasion entre los naturales del pais, no con la afirmacion positiva de sus derechos, sino con su manejo constante y sostenido.

Habian oido hablar los Indios de lo equitativo é imparcial de las leyes Inglesas. Comparaban las ventajas que gozaba un Ingles (en un gobierno, que hermanaba las dulzuras de la libertad con la pompa de la monarquía), á la esclavitud política establecida en el Indostan. Habian sabido, con admiracion, que la constitucion Británica protegía los derechos de cada individuo; que ni el Príncipe, ni sus nobles, ni sus soldados, qualquiera que fuese su dominacion, podian despojar á ningun particular de ninguna porción de sus bienes; y que, en toda ocasion, los hombres eran juzgados por sus iguales, y que la clase mas elevada del culpado, lejos de proporcionarle el perdon, servia para castigarlo mas exemplarmente.

Estas impresiones dispusieron á muchos Indios á favorecer la potencia Británica, esperanzados en que les sería utilísimo mudar de dueños, y en que el establecimiento de leyes y de costumbres, observadas sobre el Támesis, sería una consecuencia de la revolución. Pronto quedáron cruelmente desengañados.

Apénas se viéron los Ingleses señores de Bengala, quando huyó de ellos todo espíritu de moderacion. Desaparecieron los principios, las disposiciones y las miras del antiguo Gobierno, y no se reemplazáron con ninguna innovacion favorable á los pueblos. Las fórmulas venerables, consagradas por la antigüedad, fueron violadas baxo pretexto de una reforma necesaria. Fueron tambien abolidos algunos establecimientos y usos, que, desde tiempo inmemorial, acostumbraban los Indios mirar con respeto. El determinado objeto de la Compañía Inglesa fué siempre invadir y engañar. No reconocia mas derecho que el de la espada. La conducta del Consejo de Calcuta acostum-

bró á los Indios á no tener por ilegítimo ningun medio para conservar las posesiones adquiridas por la violencia. Un poder de esta naturaleza, que no estaba contenido por ningun principio de justicia en lo interior, ni por ninguna autoridad superior por afuera, pareció á los Príncipes del Indostan un abismo, que amenazaba tragarse quanto se acercara á él, y contra el qual no existia mas preservativo que la ausencia y la fuga.

Quando los Príncipes Indios gobernaban el Bengala, era, por lo menos, un sistema establecido, invariable y conocido de todos, el despotismo que reynaba en todo el Imperio. Estaba fundado sobre máximas, que traian su origen de las costumbres del pueblo, y consagradas por una religion análoga á las moralidades del país, y transmitidas, sin alteracion, por entre una larga serie de siglos. El valor de las instituciones políticas no puede, ademas de eso, apreciarse sino por el grado de prosperidad general y de paz interior que producen y aseguran. El Indostan era ri-

co, pobladísimo, pacífico y feliz, baxo la administracion de los Príncipes Indios. El peso del despotismo y de la opresion caía solo sobre algunos individuos, cuya opulencia tentaba la avaricia de los Príncipes ó de sus Ministros; pero el agricultor, el obrero, el artífice &c., nada tenían que temer de los ocultos manejos de las cortes, y vivían en paz en medio de las guerras generales ó particulares.— Tal era la fuerza y la santidad de las instituciones antiguas del Indostan, que se veían á los labradores arando sosegadamente sus campos, mientras se daba una batalla en la llanura vecina. Las numerosas innovaciones, que distinguían el poder de la Compañía Británica, no tenían por base ninguno de aquellos objetos primitivos y esenciales de todo buen Gobierno. Los desventurados Indios no estaban defendidos contra las invasiones y depredaciones exteriores, sino por asegurar á los agentes de la Compañía un monopolio, que proporcionó riquezas sumas á los Clives y á los Hastings, pero que tambien acarreó la subversion

del pais, como se verá en lo sucesivo.

Baxo el reynado de los Emperadores Mogoles, los Subás, que gobernaban las grandes provincias, baxo la autoridad Imperial, tenían precision, por la naturaleza de las cosas, de abandonar la percepcion de las rentas públicas á los Nababes, quienes, baxo sus órdenes, regian los diferentes paises que señalaban cada Subabía. Los Nababes encargaban esta comision á los *Paleagares* y á los *Zemingares*, Gobernadores de pequeños distritos, quienes subarrendaban á otros Indios, y estos todavía á otros; de suerte, que el producto de las tierras se consumia, en parte, entre una multitud de manos intermediarias, antes de entrar en el tesoro del Subá, quien solo enviaba al Emperador una corta porcion de todo.

En esta disposicion de cosas habia, sin duda, un tropel de injusticias y de vexaciones particulares; y lo que no dexaba de ser favorable á los pueblos era el que nunca mudaban los arrendadores de la última clase. El precio de los arriendos par-

ticulares era siempre el mismo, porque si el menor aumento hubiera roto algun eslabon de aquella cadena, en que cada qual encontraba graduadamente su provecho, se hubiera seguido infaliblemente de ello una revolucion. Como la percepcion de los caudales públicos era siempre sobre un impuesto fijo, subsistia la emulacion. Los cultivadores, asegurados de conservar el producto de sus cosechas, con tal de pagar puntualmente el precio de su arriendo, sin admitir mudanza, auxiliaban, con su trabajo, la fecundidad del suelo. Los texedores, dueños del precio de sus obras, y libres en elegir el comprador que mas les convenia, se aplicaban á perfeccionar y extender el objeto de su comercio; y como unos y otros vivian asegurados de su subsistencia, se entregaban, con alegría, á los mas dulces movimientos de la naturaleza; y en el aumento de su familia no veian otra cosa que nuevos medios de aumentar sus comodidades. Tales son las causas del alto grado á que se elevó en la India la industria, la cultura y la poblacion.

Mudáron los Ingleses este órden establecido, sobre que reposaba esencialmente la prosperidad del pais, cuya soberanía habian adquirido. No contentos con recibir las rentas públicas sobre el mismo pie que los Subás de Bengala, quisiéron, á un tiempo mismo, aumentar el producto de los arriendos, y apropiarse su beneficio. Para llenar este doble objeto, se hizo la Compañía arrendadora de su propio Subá, esto es, de un esclavo á quien habian conferido este vano título. Los Agentes de la Compañía se substituyéron entonces á los Nababes, á los Paleagares y á los Zemingares, y á otros arrendadores generales. Solo por un año diéron á los agricultores sus arriendos; y en aquel corto intervalo eran limitados los emolumentos de su cultura, y los frutos de su trabajo. Los infelices habitadores se sometian á aquella dura ley, mas bien que á abandonar su tierra natal, y los campos que cultiváron sus antepasados; pero como fuéron observando que se arruinaban enteramente con los aumentos sucesivos, con que sobrecargaban cada

año sus tributos, se viéron forzados á dexar sus aldeas, para buscar, lejos de su patria, establecimientos mas sólidos y menos onerosos.

No paró aquí la Compañía. Publicáronse edictos, en que se establecia, que todos los contratos civiles fuesen nulos á cierta época; que se estableciesen impuestos sobre los géneros de primera necesidad; que los impuestos importasen el valor de la tercera parte de aquellos géneros; y que los Ingleses pudiesen almacenar, á su arbitrio, todos los dichos objetos, para venderlos segun las tasas que ellos mismos pusiesen. Entonces disfrutó la Compañía del privilegio exclusivo de la venta de sal, de tabaco, y de betel, que era objeto de primera necesidad en Bengala. La misma mano fiscal se dexaba sentir sobre las manufacturas. La Compañía, (para asegurarse el producto de todas las telas, y para forzar despues á los negociantes de las otras naciones, que quisiesen comerciar en el Indostan, á tomar de ellos los nombrados géneros á precios excesivos, ó

á renunciar á sus especulaciones), prohibió á los texedores vender sus obras á los comerciantes de otras naciones Europeas, antes de hallarse cumplidas las comisiones Inglesas; y al mismo tiempo pedian mas mercancías de las que Bengala podia dar de sí. De manera, que, quedando aquellos obreros sin libertad para elegir entre varios compradores, se veian precisados á vender el fruto de su trabajo, por el precio que los Ingleses querian ponerle.

Fuéron tan atroces las crueldades que se executáron para arrancar á los fabricantes los géneros de sus manufacturas, y especialmente á los que trabajaban en sedas, que muchos de aquellos desgraciados se cortaban el dedo pulgar, y se mutilaban voluntariamente, para no verse forzados á un trabajo, que los exponia á tantas exacciones.

Una opresion tan general necesariamente habia de ir acompañada de violencias; y por lo mismo fué menester recurrir frecuentemente á la fuerza de las armas para executar las órdenes del Consejo de Cal-

cuta. No solamente usáron de la fuerza contra los Indios sujetos, sino que tambien renováron el aparato de la guerra por todas partes en el seno de la paz. Los Europeos se vieron expuestos á unos insultos muy parecidos á hostilidades, y especialmente los Franceses de Chandernagor, los quales, no obstante su flaqueza, todavia excitaban celos en sus competidores.

TABLA

DE LA PARTE PRIMERA.

I. <i>Introduccion.</i>	Pág. 1
II. <i>Disposiciones del Gobierno Mogol, muerto Aureng-Zeb.</i>	5
III. <i>Azem-Schas, y seguidamente Mazum, Emperadores Mogoles.</i>	8
IV. <i>Gehander-Schas llega á coronarse. Mudanzas en el Gobierno.</i>	9
V. <i>Mohammet-Furuk-Zir. Sucede á Gehander-Schas.</i>	10
VI. <i>Rafiek-al-Dirjat sobre el trono Mogol.</i>	11
VII. <i>Mohammet-Schas le sucede. Causas de la decadencia de la Monarquía.</i>	12
VIII. <i>Nizan-el-Moluk, Subá de Dekan. Ambicion de este Príncipe.</i>	17
IX. <i>Establecimiento de los Europeos en el Indostan.</i>	19
X. <i>Extension de los estados de Nizan-el-Moluk: procura invadir al Masur.</i>	23

cuta. No solamente usáron de la fuerza contra los Indios sujetos, sino que tambien renováron el aparato de la guerra por todas partes en el seno de la paz. Los Europeos se vieron expuestos á unos insultos muy parecidos á hostilidades, y especialmente los Franceses de Chandernagor, los quales, no obstante su flaqueza, todavía excitaban celos en sus competidores.

TABLA

DE LA PARTE PRIMERA.

I. <i>Introduccion.</i>	Pág. 1
II. <i>Disposiciones del Gobierno Mogol, muerto Aureng-Zeb.</i>	5
III. <i>Azem-Schas, y seguidamente Mazum, Emperadores Mogoles.</i>	8
IV. <i>Gehander-Schas llega á coronarse. Mudanzas en el Gobierno.</i>	9
V. <i>Mohammet-Furuk-Zir. Sucede á Gehander-Schas.</i>	10
VI. <i>Rafiek-al-Dirjat sobre el trono Mogol.</i>	11
VII. <i>Mohammet-Schas le sucede. Causas de la decadencia de la Monarquía.</i>	12
VIII. <i>Nizan-el-Moluk, Subá de Dekan. Ambicion de este Príncipe.</i>	17
IX. <i>Establecimiento de los Europeos en el Indostan.</i>	19
X. <i>Extension de los estados de Nizan-el-Moluk: procura invadir al Masur.</i>	23

- XI. *Descripcion física de este Reyno.* 24
- XII. *Debilidad moral de sus habitadores.* 27
- XIII. *Nizan-el-Moluk invade al Masur.* 28
- XIV. *Nadim-Zaëb se refugia á la corte de Delhy: nacimiento de Heyder-Aly-Kan.* 30
- XV. *Disposiciones de la corte Mogola á la llegada de Nadim-Zaëb á Delhy: Nizan-el-Moluk se hace independiente del Emperador.* 34
- XVI. *Manejos ocultos de los cortesanos.* 37
- XVII. *Thamas-Couli-Kan ocupa el trono de Persia, baxo el nombre de Nadir-Schas.* 39
- XVIII. *Penetra este Príncipe en la India para conquistarla.* 40
- XIX. *Los Persas marchan á Delhy.* 43
- XX. *Nadir-Schas dueño de Delhy y del Emperador Mohammet-Schas.* 45
- XXI. *Desgracias que se sucedieron en el Imperio del Mogol.* 48
- XXII. *Mohammet-Schas intenta inútilmente prender á Nizan-el-Moluk.* 2

- Da principio el amor de Heyder-Aly-Kan á Azeyma, hija de este Subá.* 49
- XXIII. *Principio de la elevacion de Chanda-Zaëb. Parte Nizan-el-Moluk á sus estados de Dekan.* 57
- XXIV. *Relaciones de Nadim-Zaëb con Dupleix.* 58
- XXV. *Nadim-Zaëb se opone al casamiento de su hijo con Azeyma. Por qué.* 61
- XXVI. *Envia su hijo á Persia.* 62
- XXVII. *Marcha Heyder-Aly-Kan á la Persia.* 65
- XXVIII. *Entra en el desierto de Zend.* 66
- XXIX. *Se conjuran sus esclavos para asesinarlo: Hussein y Ferisha lo desfienden.* 69
- XXX. *Consequencias de la pelea. Desaparece Hussein. Ferisha lleva á Heyder-Aly-Kan á una caverna.* 73
- XXXI. *Tentativas de Heyder y de Ferisha para salir del desierto de Zend.* 85
- XXXII. *Ambos viageros examinan las sinuosidades de la caverna. Salen de ella por un camino que no conocian.* 98

- XXXIII. Se encuentran á la orilla del mar. Descripción de aquella costa. Hallan una muger. 100
- XXXIV. Heyder y Ferisha son llevados al valle de Dinam. 102
- XXXV. Recibimiento que les hicieron los habitadores del país. 104
- XXXVI. Tuviéron noticias indirectas de su compañero Hussein. 108
- XXXVII. Residen Heyder y Ferisha en el valle de Dinam. 117
- XXXVIII. Descripción física y moral de aquel valle. 120
- XXXIX. Cómo se pobló aquel país. 122
- XL. Nombres de los fundadores de la colonia: sus diligencias, entonces infructuosas. 124
- XLI. Descubrimiento feliz. 125
- XLII. Los nuevos colonos eligen el lugar de su domicilio. 131
- XLIII. Construyen cabañas. 132
- XLIV. Divisan los colonos un baxel sobre la costa: ofrécese uno de ellos á ir á reconocerlo. Lo matan. Consequencias de su muerte. 133

- XLV. Misuf, Xefe de la colonia, propone á sus compañeros que se casen. 135
- XLVI. Gobierno y usos de la colonia. 137
- XLVII. Fiestas públicas. 138
- XLVIII. Ceremonial de los casamientos. 139
- XLIX. Exéquias. 140
- L. Cómo se visten los colonos. 140
- LI. Cultura y producciones territoriales. 141
- LII. Aparicion de unas embarcaciones Arabes sobre la costa. 143
- LIII. Salen Heyder y Ferisha del valle de Dinam. 143
- LIV. Los hacen esclavos los Arabes Beduinos. 146
- LV. Estos Arabes los venden á otros comerciantes sobre la costa. 147
- LVI. Los lleváron á Basora, donde fuéron nuevamente vendidos. Ferisha fué el primero que vendieron. 148
- LVII. A Heyder lo compró Zama. 150
- LVIII. Cautividad de Basora. 151
- LIX. Zama trata á Heyder mas favorablemente que podia esperarlo. 154

- LX. *Historia de Luzina esclava de Zama.* 156
- LXI. *Confía Heyder á Luzina que sus padres eran opulentos.* 161
- LXII. *Segunda conversacion de Heyder con Zama. Esta dama le da libertad.* 164
- LXIII. *Fué presentado Heyder á las personas considerables de Basora.* 171
- LXIV. *Descripcion de aquella ciudad. Su comercio y su gobierno.* 173
- LXV. *Heyder y Zama van á pasar el tiempo caluroso al valle de Obbola. Descripcion de las cercanías de Basora.* 176
- LXVI. *Manifiesta Zama á Heyder algo mas que amistad.* 179
- LXVII. *Luzina previene á Heyder que Zama lo queria apasionadamente. Consejos que le da. Confianzas.* 180
- LXVIII. *Vuelta á Basora.* 187
- LXIX. *Pedida Zama en matrimonio por un pariente del Baxá de Basora, no lo admite, y declara á Heyder-Aly-Kan, que solo á él quiere por esposo.* 187

- LXX. *Segundo viage al valle de Obbola.* 190
- LXXI. *Zama cae peligrosamente enferma.* 191
- LXXII. *Debilidad de Heyder. Pasa tres años enteros en el valle de Obbola, olvidando á todo el universo en los brazos de Zama.* 195
- LXXIII. *Vuelve Heyder á Basora.* 196
- LXXIV. *Hace diligencias inútiles para encontrar á Ferisha.* 197
- LXXV. *Cae peligrosamente enfermo.* 198
- LXXVI. *Consiente Zama en que Heyder-Aly-Kan vuelva á la India.* 200

PARTE SEGUNDA.

- I. *Sale de Basora Heyder-Aly-Kan; se embarca para la India, y arriba á Diu.* 203
- II. *Entra en el navío, y encuentra á Hussein.* 206
- III. *Mohammed-Schas sobre el trono de la India.* 209
- IV. *Hussein cuenta á Heyder lo que*

- le sucedió desde que se separáron. 211
- V. Gaziodin-Kan , hijo de Nizan-el-Moluk , Gran Visir del Imperio del Mogol. Chanda-Zaëb hecho prisionero. 215
- VI. Preséntase una esquadra Inglesa sobre la costa de Coromandél. 217
- VII. Mahé de la Bourdonnaie la pone en fuga. 217
- VIII. Bourdonnaie se hace dueño de Madrás. 218
- IX. La capitulacion de dicha plaza anulada por Dupleix. 220
- X. Bourdonnaie vuelve á Europa. Su muerte. 222
- XI. Dupleix defiende á Pondichery , sitiada inútilmente por los Ingleses. 223
- XII. Manejos ocultos en la corte de Agra. Los partidarios de Nizan-el-Moluk fuéron los autores. 225
- XIII. Derrotan los Máratas á Mohamet-Schas. Advenimiento de Achmed-Schas á la corona. 227
- XIV. Muerte de Nizan-el-Moluk , Suhá de Dekan. 229

- XV. Acércanse á Agra los Pátanos. El Emperador reconoce á Abdalak , xefe suyo , por Rey de los Aghuanos. 232
- XVI. Azeyma dexa á Golconda , para fixar su residencia en Agra. 233
- XVII. Luego que esta supo la muerte de Heyder , quiso tambien morir. Reclamó el derecho de quemarse. 234
- XVIII. La madre de Azeyma halló un pretexto para retardar el sacrificio de su hija. 238
- XIX. Nadim-Zaëb pasa á Pondichery á la intermediacion de Dupleix. 241
- XX. Vuelve Hussein al valle de Dinam , y está poquísimo tiempo en él. 242
- XXI. Entra en la península del Indostan. 244
- XXII. Guerra entre Franceses é Ingleses , sin embargo de que sus metrópolis estaban en paz en Europa. 244
- XXIII. Acláranse los proyectos de Dupleix. 247
- XXIV. Toma el partido de Muza-Ferzind. Chanda-Zaëb recobra su libertad. 249

- XXV. *Entra en el Masur Nadim-Zaëb; y le abre sus puertas la fortaleza de Banguelor.* 251
- XXVI. *Desembarca Heyder en Banguelor.* 254
- XXVII. *Prosperidad de la Compañía Francesa en la India.* 255
- XXVIII. *Muza-Fer-Zind pasa á Pondichery, para concertarse con Dupleix.* 258
- XXIX. *Su competidor Nazer-Zind lo sorprende y hace prisionero.* 259
- XXX. *Introduce Heyder en sus tropas la táctica Européa.* 259
- XXXI. *Trescientos Franceses derrotan el ejército de Nazer-Zind; y este Príncipe pierde la vida.* 260
- XXXII. *Es reconocido nuevamente Muza-Fer-Zind por Subá de Dekan. Su entrada en Pondichery.* 263
- XXXIII. *Llega la Compañía de Francia al mayor periodo de su grandeza. Extension de sus posesiones.* 264
- XXXIV. *Vuelve Heyder á Agra.* 265
- XXXV. *Muerte de Muza-Ferd-Zind.*

- Salabet-Zind es proclamado Subá.* 266
- XXXVI. *Mohammet-Aly-Kan disputa la Nababía de Carnáte á Chanda-Zaëb.* 267
- XXXVII. *Muerte de la madre de Azeyma.* 269
- XXXVIII. *El Persa Mirsa-Mula en Agra.* 271
- XXXIX. *Mirsa-Mula cuenta los sucesos de su vida.* 274
- XL. *Pelea entre Heyder y Mirsa-Mula.* 287
- XLI. *Heyder-Aly-Kan se casa con Azeyma.* 291
- XLII. *Sitia Heyder á Trichenapali. Fué desgraciado aquel sitio.* 292
- XLIII. *Empiezan á declinar los negocios de la Compañía Francesa en la India.* 293
- XLIV. *Muerte de Chanda-Zaëb. Reconocen los Franceses por su sucesor á su hijo Rajah-Zaëb.* 297
- XLV. *Demostracion de las fuerzas de Heyder-Aly-Kan en el año de 1752. Destruccion de la ciudad de Dupleix-Fateabad.* 298

- XLVI. Salabet-Zind se hace reconocer
Subá en todas las partes de su do-
minacion. 300
- XLVII. Recibe con ceremonial á un
Embaxador del Gran Mogól. 302
- XLVIII. Dupleix es nombrado Na-
bab de Carnáte. 303
- XLIX. Negociaciones de paz entre las
Compañías Francesa é Inglesa. 307
- L. Rómpanse las conferencias. 308
- LI. Es destronado el Emperador Schas-
Achmed. Allum-Gir ocupa el trono
de los Mogoles. 310
- LII. Remueven á Dupleix de Pondi-
chery; y le sucede Godeheu. 311
- LIII. Condiciones provisorias de paz,
publicadas en Madrás y en Pondiche-
ry, entre Ingleses y Franceses. 313
- LIV. Fué una paz simulada; porque
los Ingleses continuáron, baxo mano,
arruinando los negocios de la Compa-
ñía Francesa. 315
- LV. Dexa Dupleix al Indostan, y
vuelve á Francia: cómo lo tratan. 319
- LVI. Los Ingleses inducen á Salabet-

- Zind á que despida las tropas Fran-
cesas, y no lo logran entonces. Por
qué. 322
- LVII. Guerra de los Ingleses con el pi-
rata Angria. 324
- LVIII. Toma de Geriak. Destruccion
de los piratas. 331
- LIX. Salabet-Zind, á instigacion de
los Ingleses, despide las tropas Fran-
cesas. 334
- LX. Retírase Bussi, y lo atacan las
tropas de Salabet-Zind. Los Ingle-
ses atacan á los Franceses, no obstan-
te la tregua que subsistia entre am-
bas naciones. 335
- LXI. Suspenden los Ingleses sus opera-
ciones hostiles sobre la costa de Coro-
mandél, para marchar al socorro de
Calcuta. 337
- LXII. Vencen al Subá de Bengala, á
quien debieran haber socorrido los
Franceses. 343
- LXIII. El Subá de Bengala, destrona-
do por los Ingleses, es reemplazado
por Meer-Jaffet. 345

- LXIV. *Atacan los Ingleses á los Franceses. Toma de Chandernagor.* 348
- LXV. *La corte de Francia envia á Lally á la India.* 351
- LXVI. *Situacion de los negocios de la Compañía Francesa á la llegada de este General.* 352
- LXVII. *Empieza sus operaciones con lucimiento.* 357
- LXVIII. *Toma de Gudalur y de San David por los Franceses.* 359
- LXIX. *Fué entonces necesario sitiarse á Madrás.* 362
- LXX. *Batalla naval indecisa entre Franceses é Ingleses.* 363
- LXXI. *El Almirante Frances abandona la costa de Coromandél antes de la mazon.* 365
- LXXII. *Expedicion, sin éxito, á Tanjur.* 366
- LXXIII. *Hacense dueños los Ingleses de los establecimientos Franceses sobre la costa de Orixa.* 369
- LXXIV. *Muerte del Emperador Allum-Gir. Queda totalmente destruida la ciudad de Agra. Eligen por Em-*

- perador á Furuk-Zir.* 371
- LXXV. *Preséntase sobre la costa de Coromandél el Almirante Aché.* 373
- LXXVI. *Batalla naval entre las flotas Francesa é Inglesa, cuyo éxito vuelve á quedar indeciso.* 375
- LXXVII. *Aché dexa la costa de Coromandél, sin embargo de las protestas de los habitantes de Pondichery.* 376
- LXXVIII. *Reflexiones sobre el General Lally.* 379
- LXXIX. *Estado de los establecimientos Franceses en la India, en el año de 1760.* 385
- LXXX. *Los Franceses emprenden el sitio de Madrás.* 387
- LXXXI. *Meer-Jaffet, Subá de Bengala, destronado por los Ingleses, es reemplazado por Cossin-Aly-Kan.* 393
- LXXXII. *Lally lleva su ejército á Pondichery.* 396
- LXXXIII. *Sitian los Ingleses esta plaza.* 397
- LXXXIV. *Toma y ruina de Pondichery.* 405

- LXXXV. *Vuelve á Europa el General Lally, y lo encierran en la Bastilla.* 405
 LXXXVI. *Hacense su proceso.* 407
 LXXXVII. *Sentencia y suplicio de este General.* 410
 LXXXVIII. *Posesiones que se devolvieron á los Franceses en la paz.* 412
 LXXXIX. *Ventajas de la Compañía Inglesa en aquella época.* 417
 XC. *Extension de las posesiones de Heyder-Aly-Kan, en el año de 1763.* 419
 XCI. *Acomete á este Príncipe el Rajah de Masur.* 420
 XCII. *Apodérase Heyder de Seringapatnam; y es proclamado Sultán del Masur y de Canara.* 423
 XCIII. *Erígese la Compañía Inglesa soberana de Bengala.* 424
 XCIV. *Echan de aquel país al Subá Cossin-Aly-Kan.* 427
 XCV. *Refúgiase á los estados de Suja-Ul-Dulah, Subá de Benarés.* 432
 XCVI. *Tambien se refugia á Benarés, arrojado de sus dominios por los Patanos, el Emperador Furuk-Zir.* 435

- XCVII. *Batalla indecisa entre el Subá de Benarés y los Ingleses.* 437
 XCVIII. *Suja-Ul-Dulah hace la paz con la Compañía Inglesa.* 439
 XCIX. *Tratado de Hallahabad, que asegura á los Ingleses la soberanía de Bengala.* 440
 C. *Método de gobierno adoptado por los Ingleses en aquel país.* 442



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NUEV
LIOTEC